

ANNIE B
REV
LEAD

PLATICAS SOBRE EL SENDERO
DEL OCULTISMO

II

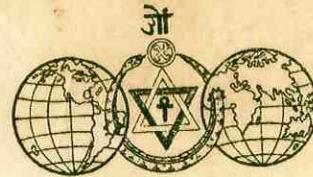
EDITORIAL
FRATERNIDAD
UNIVERSAL
MEXICO

ANNIE BESANT, D. L. Y
REV. C. W. LEADBEATER

PLATICAS SOBRE EL SENDERO DEL OCULTISMO

Comentarios sobre "A LOS PIES DEL
MAESTRO", "LA VOZ DEL SILENCIO" Y
"LUZ EN EL SENDERO".

Tomo II
"LA VOZ DEL SILENCIO"



EDITORIAL FRATERNIDAD UNIVERSAL
MEXICO, D. F.

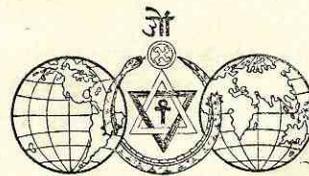
1955

ANNIE BESANT, D. L. y
REV. C. W. LEADBEATER

PLATICAS SOBRE EL SENDERO DEL OCULTISMO

Comentarios sobre "A LOS PIES DEL
MAESTRO", "LA VOZ DEL SILENCIO" Y
"LUZ EN EL SENDERO".

Tomo II
"LA VOZ DEL SILENCIO"



EDITORIAL FRATERNIDAD UNIVERSAL
MEXICO, D. F.
1955

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

NOTA DE LOS EDITORES

Con la idea de lograr una forma más manejable, hemos dividido el libro "PLÁTICAS SOBRE EL SENDERO DEL OCULTISMO", en tres partes que se publican separadamente. La numeración de las páginas de los tres volúmenes, sin embargo, sigue consecutiya hasta el último y el índice de toda la obra aparece impreso en el tercer volumen.

AL LECTOR

Este libro no es más que una recopilación de las pláticas que dimos el Sr. C. W. Leadbeater, —actualmente Monseñor Leadbeater— y yo, sobre tres libros famosos: tres libros de tamaño pequeño, pero de gran contenido.

Esperamos que este libro sea de utilidad para los aspirantes y para algunos que ya hayan trascendido ese grado, ya que los autores de estas pláticas eran de mayor edad que los oyentes, y contaban con mayor experiencia en la vida del discipulado.

Esas pláticas no fueron dadas en un solo lugar; hablamos ante nuestros amigos en diversas ocasiones y lugares, principalmente en Adyar, Londres y Sidney. Un gran número de notas fueron tomadas por los oyentes. Estas se coleccionaron y se arreglaron; se condensó su contenido eliminando todas las repeticiones.

Desgraciadamente las anotaciones que se hallaron sobre "*La Voz del Silencio*", fragmento I, fueron muy pocas, por lo cual utilizamos algunos apuntes hechos en una clase que dió nuestro buen colega Sr. Ernesto Wood, en Sidney, y las incorporamos con las pláticas de Monseñor Leadbeater en la sección correspondiente. De mis comentarios sobre ese libro no se encontraron

anotaciones; aun cuando hablé mucho sobre él, de esas pláticas más nada se ha podido reconstruir.

Ninguna de esas pláticas ha sido publicada con anterioridad, excepción hecha de algunas alocuciones de Monseñor Leadbeater ante un grupo selecto de estudiantes, sobre el libro "*A los Pies del Maestro*" con referencias incompletas de algunas de estas pláticas. Este libro no volverá ya a editarse; lo que hay en él de substancial encuentra aquí su lugar correspondiente y aparece aquí cuidadosamente condensado y editado.

Sirva este libro de ayuda a algunos de nuestros hermanos más jóvenes para que puedan entender mejor estas enseñanzas de valor inapreciable; mientras que se estudien y se *vivan*, más será lo que en ellas se encuentre.

ANNIE BESANT

PLATICAS SOBRE EL SENDERO DEL OCULTISMO

TOMO II. "LA VOZ DEL SILENCIO"

Parte VI.

Fragmento I.

"LA VOZ DEL SILENCIO"

CAPITULO XXX

PREFACIO

C. W. L.—Aun considerado desde un punto de vista superficial y puramente físico, LA VOZ DEL SILENCIO es uno de los libros más notables de nuestra literatura teosófica, ya sea atendiendo a su contenido, a su estilo o a su forma de producción, y cuando lo examinamos con mayor profundidad y echamos mano a nuestro poder de investigación clarividente, no disminuye en nada nuestra admiración. No significa esto que incurramos en el error de considerarlo como una escritura sagrada, cuyas palabras deban ser aceptadas en su totalidad sin ningún reparo: nada de esto, pues, como pronto podremos ver, se han deslizado en él varios errores de poca significación y adolece de confusión en algunos puntos; no obstante, quien por tales motivos considerase que este libro no merece su confianza o estimase que ha sido escrito descuidadamente, caería, en la dirección opuesta, en un error menos disculpable aún.

Madame Blavatsky estuvo siempre dispuesta a admitir y en ocasiones lo hizo notar enfáticamente, que todos sus trabajos adolecían de inexactitudes: debióse

a ello el que durante los primeros tiempos de nuestro movimiento, al tropezar con una de sus aseveraciones que aparecían como improbables, hacíamosla a un lado reverentemente, estimando que quizá fuera alguna de sus inexactitudes. Fué sorprendentemente grande el número de veces en que un estudio ulterior vino a poner de manifiesto que Madame Blavatsky estaba en lo cierto; lo que sirvió para aleccionarnos en este punto y hacernos mucho más cautos, habiendo aprendido a confiar en la amplitud y minuciosidad de sus conocimientos sobre toda clase de disciplinas especiales. No hay que llegar al extremo de sospechar un significado oculto al tropezar con una obvia errata de imprenta, como han hecho algunos estudiantes demasiado crédulos y, por nuestra parte, no vacilamos en admitir que nuestra Fundadora, a pesar de sus profundos conocimientos, haya caído en error al escribir alguna palabra tibetana, o más aún, haya podido usar equivocadamente algún término inglés. Nos da, en su prefacio, alguna información sobre el origen del libro: información que al principio ocasionó serias dificultades, pero que a la luz de investigaciones recientes, ha llegado a ser mucho más comprensible. Mucho de lo que ella escribió se ha interpretado comunmente en un sentido mucho más amplio que el que ella quiso darle y así es como se ha hecho aparecer que en ocasiones expuso cosas extravagantes; pero el estudio de los hechos viene a demostrar que tales cargos carecen de fundamento.

Dice la autora: "*Las siguientes páginas están tomadas de El Libro de los Preceptos de Oro, una de las obras que se ponen en manos de los estudiantes místi-*

cos en Oriente. Su conocimiento es obligatorio en esa escuela, cuyas enseñanzas son aceptadas por muchos teósofos. Por tanto, sabiendo yo de memoria muchos de esos preceptos, su traducción ha sido un trabajo relativamente fácil para mí." Y más adelante: "*La obra de la cual estoy ahora traduciendo forma parte de la misma serie de la que se tomaron las estrofas de El Libro de Dzyan, en el cual se basa "La Doctrina Secreta."* Dice también: "*El Libro de los Preceptos de Oro contiene cerca de noventa diferentes pequeños tratados.*"

En nuestras primeras épocas dimos a estas palabras un significado mayor que el que su autora quiso impartirles, suponiendo que esta obra se ponía en manos de todos los estudiantes místicos de Oriente y que "la escuela en la cual su conocimiento es obligatorio" significaba la escuela de la propia Gran Fraternidad Blanca. Como resultado de todo esto, cuando nos encontramos con ocultistas avanzados que no habían oído hablar de *El Libro de los Preceptos de Oro*, nos quedábamos sorprendidos y algo inclinados a mirarlos de soslayo, con ciertas dudas de que no habrían elegido el camino correcto: pero de entonces acá hemos aprendido muchas cosas, que han dado mayor amplitud a nuestra perspectiva original. El curso natural del tiempo, además, nos fué proporcionando mayor información sobre las estrofas de Dzyan y mientras más supimos de ellas y de su única y especial posición, más claramente comprendimos que, ni *La Voz del Silencio*, ni ningún otro libro, pudo haber tenido, en un sentido real, el mismo origen que ellas.

El original de *El Libro de Dzyan* está en manos del

augusto Jefe de la Jerarquía Oculta y no ha sido visto por nadie; nadie sabe de qué fecha data, pero se rumora que su parte primitiva (consistente en las seis primeras estrofas) tiene un origen muy anterior a nuestro mundo, y aun se llega a decir que no es una historia, sino una serie de direcciones, más bien una fórmula para la creación, que una narración de la misma. En el museo de la Fraternidad se conserva una copia de ese libro y es esa copia (posiblemente el libro más antiguo que se ha producido en este planeta) la que han visto Madame Blavatsky y varios de sus discípulos y que describe de tan gráfica manera en *La Doctrina Secreta*. El libro tiene, sin embargo, ciertas peculiaridades de las que ella no hace mención. Parece ser que se halla fuertemente magnetizado, pues tan pronto como alguien toma entre las manos una página, ve pasar ante sus ojos una visión de los hechos que en el libro se describen, al mismo tiempo que escucha una rítmica relación de ellos en su propia lengua y hasta donde ella permita el servir de medio para transmitir tales ideas. En sus páginas no hay ninguna palabra escrita; hay símbolos nada más.

Cuando comprendimos todo esto de una manera completa, nos causó cierta extrañeza el saber que había otro libro que pretendía tener el mismo origen que las sagradas Estancias, y nuestro primer impulso fué suponer que había tenido lugar un extraño error. Esta extraordinaria discrepancia fue, en verdad, lo que nos indujo a iniciar una investigación sobre el verdadero autor de *El Libro de los Preceptos de Oro*; y cuando

la hubimos llevado a cabo, nos proporcionó una explicación extremadamente sencilla.

En las diversas biografías de Madame Blavatsky se expone que en cierta ocasión pasó unos tres años en el Tibet y que en otra intentó infructuosamente penetrar en esa tierra prohibida. En una u otra de esas visitas, parece ser que permaneció por un período de tiempo considerable en un monasterio de los Himalayas, cuyo jefe, en aquella época, era un discípulo del Maestro Morya. Tengo entendido que ese lugar está más bien en Nepal que en el Tibet: pero es difícil tener seguridad sobre este punto. Allí estudió con gran asiduidad y obtuvo también un desarrollo psíquico considerable, y en ese período de su historia fué cuando aprendió de memoria los diversos tratados a que hace alusión en el prefacio. El aprendizaje de ellos es obligatorio para todos los estudiantes de dicho monasterio y el libro del cual proceden se considera allí como de excepcional valor y santidad.

Ese monasterio es sumamente antiguo. Fué fundado en los primeros siglos de la era cristiana por el gran predicador y reformador del budismo, conocido comúnmente con el nombre de Aryasanga. Sostienen algunos, entiendo yo, que el edificio existía ya dos o tres siglos antes; pero, como quiera que sea, su historia, por lo que a nuestro asunto concierne, comienza cuando él ocupa el monasterio. Fué un hombre de gran poder y conocimiento, muy avanzado ya en el sendero de la santidad; había sido en una de sus vidas anteriores, en que llevó el nombre de Dharmajyoti, uno de los inmediatos seguidores del Señor Buda, y posterior-

mente, con el nombre de Kleinias, uno de los más adelantados discípulos de nuestro Maestro Kuthumí, en su nacimiento como Pitágoras. Kleinias fundó una escuela para el estudio de su filosofía en Atenas —oportunidad que aprovecharon varios de los actuales miembros de la Sociedad Teosófica. Siglos más tarde nació en Peshawar, llamada entonces Purushapura, con el nombre de Vasubandkju Kanushika. Cuando fue admitido en la orden de los Monjes tomó el nombre de Asanga “hombre sin impedimento” y posteriormente en esa misma vida, sus entusiastas seguidores ampliaron su nombre hasta convertirlo en Aryasanga, con el cual se le conoce principalmente como autor y predicador. Se dice que vivió hasta una edad muy avanzada (cerca de ciento cincuenta años, si la tradición es verdadera) y que murió en Rajagriha.

Fue un fecundo escritor: el principal trabajo suyo de que tenemos noticia es el Yogacharya Bhumishastra. Fue el fundador de la escuela Yogacharya del budismo, que parece haber comenzado con una tentativa para fundir con el budismo el gran sistema yoga de filosofía o quizá, mejor dicho, para adoptar de este último lo que pudiera ser interpretado y usado budísticamente. Viajó mucho y fue una poderosa fuerza en la reforma del Budismo. En efecto, su fama llegó a tal altura que su nombre se une a los de Nagarjuna y Aryadeva, habiendo sido llamados ellos tres, los soles del budismo, por su actividad para derramar sobre el mundo la luz de esta religión. Data el nacimiento de Aryasanga, un poco vagamente, de mil años después que el del Señor Buda; los eruditos europeos parecen

no estar seguros de la época de su vida: pero ninguno de ellos fija una fecha posterior al siglo séptimo de la era cristiana. Los miembros de la Sociedad Teosófica lo conocemos en esta vida con el nombre del Maestro Djwal Kull, instructor de calidad especial, sano y paciente, que para nosotros se halla colocado en una posición única, por cuanto que algunos tuvimos el honor de conocerlo hace cerca de cuarenta años, cuando aún no había dado el último paso de la evolución humana, que es la iniciación Aseka. Es así como entre nuestros Maestros él es el único a quien conocimos en esta encarnación, antes de que llegara a ser Adepto, cuando era aún el discípulo principal del Maestro Kuthumí. El hecho de que, en su encarnación como Aryasanga, haya introducido el budismo en el Tibet puede ser la razón por la cual haya elegido tomar para esta vida un cuerpo tibetano; pudo haber habido algunas asociaciones o ligas kármicas de las cuales quisiera desembarazarse antes de llegar a su final iniciación de Adepto.

Durante uno de sus dilatados viajes como misionero, en su vida como Aryasanga, llegó al monasterio de los Himalayas y habitó en él, permaneciendo allí por cerca de un año, dando enseñanza a los monjes, organizando la religión en forma general en una gran zona del país y convirtiendo el monasterio en una especie de sede principal de la religión reformada, habiendo dejado en el lugar una impresión y una tradición que subsisten hasta el presente. Entre otras reliquias suyas se conserva un libro, objeto de la mayor reverencia; y es este la escritura a que alude Madame Blavatsky,

cuando habla de *El Libro de los Preceptos de Oro*. Parece ser que Aryasanga dió comienzo a este libro con la idea de formar un compendio o extracto en que quedara todo aquello que fuera de utilidad para sus discípulos, empezando con las *Estancias*, no en símbolos, como el original, sino en palabras escritas. Hizo otros muchos extractos, algunos de ellos de las obras de Nagarjuna, como dice Madame Blavatsky. Después de su muerte, sus discípulos agregaron a ese libro algunos informes (algunos compendios diríase mejor), de sus conferencias o sermones, y son éstos los "pequeños tratados" a los que Madame Blavatsky hace alusión.

Tocó a Alcyone, en su última vida, preparar y añadir a *El Libro de los Preceptos de Oro*, la relación de los discursos de Aryasanga, tres de los cuales constituyen el tema del presente estudio. Y así es como le somos deudores de este pequeño volumen de valor inapreciable, debido a su celo en transmitir enseñanzas, así como le debemos también la posesión del exquisito volumen su compañero "*A los Pies del Maestro*". Comenzó esa vida de Alcyone el año 624 de nuestra era y transcurrió en la India del Norte. En ella ingresó Alcyone en la orden de monjes budistas en temprana edad, habiendo establecido muy estrecha asociación con Aryasanga, quien lo llevó al monasterio de Nepal, dejándolo allí para impulsar y dirigir los estudios de la comunidad reorganizada; actividad de servicio que Alcyone llevó a cabo con muy notable éxito durante dos años. (1)

(1) Véanse las *Vidas de Alcyone*.

En este sentido, y solamente en este sentido, se afirma que *La Voz del Silencio* y las *Estancias de Dzyan* tienen el mismo origen; esto es, que ambas son copias del mismo libro. No debemos olvidar tampoco que aun cuando con toda seguridad estos tratados nos transmiten mucho de las enseñanzas de Aryasanga, no pueden estas haber escapado a la influencia de las opiniones de los que intervinieron para que llegaran hasta nosotros y esto en grado considerable y es probable también que, por lo menos en algunos pasajes lo hayan malentendido y fracasado en transmitir la idea precisa del autor. Al examinar el libro en detalle, encontramos aquí y allá algunas expresiones que exponen sentimientos que difícilmente pueden aceptarse como de Aryasanga y que manifiestan una ignorancia de que él no pudo haber adolecido.

Hay que llamar la atención respecto al hecho de que Madame Blavatsky habla de traducir los preceptos; indicación que hace surgir algunas cuestiones interesantes; sabemos que ella no conocía ninguna lengua oriental, excepto el árabe. El libro está escrito en caracteres desconocidos para mí, lo mismo que el idioma que se emplea; puede este último ser el sánscrito, el pali o algún dialecto prakrítico o posiblemente el nepalés o el tibetano; pero los caracteres no son ninguno de aquellos que por lo común se usan ahora para escribir tales lenguas. De cualquier manera puede establecerse razonablemente como cosa cierta que en el plano físico Madame Blavatsky no pudo haber conocido ni los caracteres, ni la lengua.

Para aquel que pueda funcionar con libertad en el

cuerpo mental, hay diversos métodos para comprender el significado de un libro, completamente diferentes al ordinario proceso de la lectura. El más sencillo es leerlo con la mente de alguien que lo haya estudiado; pero esto se presta a la objeción de que lo que se obtenga no sea el verdadero significado del libro, sino el concepto que el estudiante tenga de tal significado, que puede no ser, ni con mucho, la misma cosa. Consiste el segundo método en examinar el aura del libro, frase que requiere algunas explicaciones para quienes no estén muy versados en el aspecto oculto de las cosas. Un manuscrito antiguo está, en este respecto, en una posición algo diferente a la de un libro moderno. Si no es el trabajo original del propio autor, ha tenido que ser copiado palabra por palabra por alguna persona de cierta educación y cultura, conocedora del asunto del libro y con opiniones propias sobre el mismo. Debe recordarse que el trabajo de copiar, hecho por lo común con un punzón, es casi tan lento y tan minucioso como el de grabado, por lo cual el que hace la copia imprime su pensamiento fuerte e inevitablemente sobre su manuscrito.

Cualquier manuscrito, por lo tanto, aun cuando nuevo, tiene siempre una especie de aura de pensamiento a su alrededor, impregnada de su significado y del color del mismo. Cada vez que el libro es leído por alguien, se incrementa el aura de pensamiento y si es cuidadosamente estudiado la adición es, naturalmente, grande y valiosa. Un libro que ha pasado por muchas manos, tiene generalmente un aura mejor equilibrada, redondeada y complementada por los divergentes

puntos de vista de sus diversos lectores; en consecuencia, la psicometrización de tal libro rinde, por lo general, una mejor comprensión de su contenido, aun cuando con un margen considerable de opiniones no expuestas en el libro, sino sustentadas por sus lectores.

Quando se trata de un libro impreso, el caso es muy semejante, salvo que no hay trabajo de copia, de tal manera que, al empezar a ser leído, no lleva otra cosa que los aislados fragmentos de pensamientos del encuadernador y del librero. Además, pocos son en la actualidad los lectores que hagan un estudio tan meditado y completo como el que hacían los antiguos y por esta razón las formas de pensamiento conectadas con un libro moderno rara vez son tan precisas y definidas como las que circundan los manuscritos del pasado.

Un tercer método, que requiere poderes más elevados, consiste en ir tras el libro o manuscrito en su totalidad y penetrar en la mente del autor. Si el libro está escrito en alguna lengua extranjera, si su asunto es completamente desconocido y si no lo circunda ninguna aura que pueda dar alguna indicación útil, el único medio es inquirir en su historia, determinar de dónde ha sido copiado (o impreso según sea el caso) e investigar así su origen, hasta llegar a su autor. Si el asunto del libro es conocido, un método menos enfadoso es psicometrizar ese asunto; ponerse en relación con la corriente general de pensamiento sobre el mismo y dar así con el determinado autor que se busca, para ver lo que piensa. Puede decirse, en cierto sentido, que todas las ideas conectadas con un asunto da-

do son locales, es decir, que están concentradas alrededor de cierto punto del espacio, de modo que, visitando mentalmente ese punto, puede uno ponerse en contacto con todas las corrientes convergentes de pensamiento sobre ese punto, aun cuando, por supuesto, todas esas corrientes estén ligadas por millones de líneas, con toda clase de otros asuntos.

Suponiendo que Madame Blavatsky hubiera tenido todos los suficientes poderes de clarividencia en esa época, pudo haber empleado cualquiera de los tres métodos descritos para obtener el significado de los tratados procedentes de *El Libro de los Preceptos de Oro*, aun cuando podría ser causa de cierta confusión el considerar todos esos tratados como traducciones sin apreciar bien tal afirmación. Las otras posibilidades restantes son algo remotas. En la actualidad no hay nadie en ese monasterio de los Himalayas que hable ninguna de las lenguas europeas; pero sí es probable que en los cuarenta años que han transcurrido (1) desde la estancia de Madame Blavatsky hasta el presente, haya habido muchos cambios. Se refiere que ocasionalmente, aunque muy raras veces, algunos estudiantes indúes han ido a beber de esa fuente arcaica de conocimiento, y si pudiéramos afirmar que la visita de alguno de esos estudiantes coincidiera con la de Madame Blavatsky, pudiera también suceder que alguno de ellos que conociera tanto la lengua inglesa como la del manuscrito, o al menos el lenguaje de otros hués-

(1) La primera edición inglesa de ese libro es de 1926. N. del T.

pedes del monasterio, haya podido leer el manuscrito y traducirlo para ella.

Aunque pudiera parecer extraño, existe también la posibilidad de que Madame Blavatsky haya recibido el significado del libro en su lengua nativa. En la Rusia Europea, en las riberas del Volga hay varias zonas pobladas por tribus budistas, probablemente de origen tártaro y se dice que algunos de estos pobladores, aun cuando muy alejados ya del Tíbet, por lo que toca al plano físico, suelen considerarlo como su tierra sagrada y hacer peregrinaciones hasta ella. Estos peregrinos permanecen a veces durante años como discípulos en los monasterios de Nepal o del Tíbet, y como algunos de ellos pueden haber hablado, además de su dialecto mongólico, la lengua rusa, pudo haber sido esa la forma en que Madame Blavatsky se comunicó con ellos. En todo caso, es notorio que no podemos esperar una reproducción verbal exacta de lo que Aryasanga dijo a sus discípulos. Ni siquiera en el mismo libro arcaico tenemos sus palabras, sino nada más la recordación de ellas hecha por sus discípulos y lo que de ella ha llegado hasta nosotros no es otra cosa que la traducción de una traducción, o el relato de una impresión mental general de su significado. Por supuesto, hubiera sido fácil para cualquiera de nuestros Maestros o para el mismo autor, producir una traducción inglesa exacta y directa; pero como quiera que Madame Blavatsky, de manera bien precisa, hace aparecer como suyo el trabajo de traducción, es evidente que no pudo haber sido este el plan adoptado.

Al mismo tiempo, la narración que tenemos por

parte de un testigo presencial de la rapidez con que escribió el libro, sugiere la idea de que alguna ayuda le fue impartida, aun cuando pudo ella haber sido inconsciente de ello. La Dra. Besant escribe sobre este asunto:

“Lo escribió en Fontainebleau, la mayor parte mientras estaba yo con ella en el mismo cuarto en que escribía. Sé bien que al escribirlo no consultaba ningún libro, sino que lo hacía invariablemente hora tras hora, exactamente como si lo hiciera de memoria o como si leyera en algún libro que no había. Por la tarde tenía ya listo el manuscrito que yo le había visto escribir sentada a su lado y nos indicaba a mí y a otras personas que lo corrigiéramos por lo tocante al inglés, indicando que como lo había escrito tan aprisa, tenía la seguridad de que estaba defectuoso. No alteramos sino unas cuantas palabras y ahí está como un espécimen de maravilloso trabajo literario.”

También es posible que haya hecho ella la traducción al inglés de antemano, durante su permanencia en el monasterio y que en Fontainebleau lo haya realmente leído a distancia, tal como le pareció a nuestra Presidenta. Con frecuencia la he visto hacer tal cosa en otras ocasiones.

Las seis escuelas de filosofía indú a que se refiere en el primer párrafo del prefacio son la nyaya, la vaisheshica, la sankhya, la mimansa, la yoga y la vedanta. Afirma que todos y cada uno de los instructores indúes tienen su sistema especial de enseñanza que guardan

comunmente muy en secreto. Es natural que así sea porque no desean asumir la responsabilidad de las consecuencias que pudieran originarse en el caso de que, al divulgarse esos sistemas, alguna persona incapacitada o falta de responsabilidad tratara de ponerlos en práctica. En la India ningún instructor que realmente lo sea, se hace cargo de un discípulo a menos de tenerlo bajo su vigilancia, de tal manera que, al prescribirle determinado ejercicio pueda observar los efectos y corregirlo inmediatamente si advierte cualquier cosa que vaya mal. Tal ha sido la costumbre inmemorial en estas cuestiones ocultas y es la única forma en que puede obtenerse un progreso real con rapidez y con seguridad. La primera y la más difícil tarea del discípulo es transformar en orden el caos que hay en él mismo: eliminar la multitud de pequeños intereses y dominar los pensamientos errantes, lo que habrá de conseguir por medio de una firme presión de la voluntad ejercida sobre todos sus vehículos durante un largo período de años.

Nos dice el autor que si los sistemas de instrucción en las escuelas esotéricas difieren en este lado de los Himalayas, en el otro lado son todos iguales. Debemos hacer aquí hincapié en la palabra esotérica, pues saben que en la religión exotérica la corrupción y las prácticas mágicas malas son peores en el lado norte de las montañas que en el sur. Quizá podamos interpretar la expresión “más allá de los Himalayas” en un sentido simbólico más bien que estrictamente geográfico y muchos suponen que son las escuelas que rinden homenaje a nuestros Maestros, aquellas cuyas enseñan-

zas no difieren unas de otras. Esto es perfectamente cierto en determinado sentido: en el más importante de todos, pero que puede extraviar al lector, de no explicarlo cuidadosamente. El sentido en el cual todas son iguales es el de que todas reconocen que es la vida virtuosa el único sendero que conduce al desarrollo oculto y la conquista del deseo el único camino de liberarse de él. Hay algunas escuelas de conocimiento oculto que afirman que la vida de la virtud impone ciertas limitaciones innecesarias. Dan algunas enseñanzas sobre la forma de adquirir desarrollo oculto; pero sin ocuparse para nada del uso que los discípulos puedan hacer posteriormente de la información que reciben. Otras hay que sostienen que a los deseos de todas clases hay que darles la mayor satisfacción posible, para que la saciedad pueda engendrar la indiferencia. Pero ninguna de las escuelas que profesan tales doctrinas está bajo la dirección de la Gran Fraternidad Blanca; todos los establecimientos, aun los que están remotamente conectados con ella, prescriben como indispensables requisitos la pureza de vida y la nobleza de intenciones.

El párrafo siguiente del Prefacio contiene dos de las insignificantes inexactitudes a que me he referido. El autor hace mención de "la gran obra mística llamada *Paramartha*, que se supone haber sido revelada a Nagarjuna por los Nagas". El gran libro de Nagarjuna no lleva el nombre de *Paramartha*, sino el de *Prajna Paramita*, éste es, la sabiduría que conduce hacia la otra costa; pero es cosa bien cierta que el asunto de que trata este libro es la paramartha satya, la conciencia

del sabio que vence la ilusión. Nagarjuna, como queda ya dicho, fue uno de los tres grandes instructores budistas de los primeros siglos de la era cristiana que se cree haya muerto en 180 de la misma era. Los teósofos lo conocen ahora con el nombre de Maestro Kuthumí. Los escritores exotéricos lo describen a veces como rival de Aryasanga; pero conociendo, como conocemos su íntima relación en un anterior nacimiento en Grecia y ahora en la vida presente, vemos desde luego que no pudo haber habido tal rivalidad. Es muy posible que, después de su muerte, sus discípulos hayan tratado de presentar como contrarias las enseñanzas de uno y otro, como suelen frecuentemente hacer los discípulos incapaces de discernimiento; pero que ellos estaban perfectamente de acuerdo queda bien manifestado por el hecho de que Aryasanga estimó como muy valioso el libro de *Nagarjuna*, habiéndolo transcrito a su libro de extractos para uso de sus discípulos.

No es cierto, sin embargo, que el *Prajna Paramita* haya sido obra de Nagarjuna, pues según la leyenda, le fue entregado por los Nagas o serpientes. Madame Blavastky interpreta esta palabra como el nombre dado a los iniciados antiguos, cosa que bien puede ser, aun cuando haya otra posibilidad muy interesante. Yo he llegado a aclarar que el nombre de Nagas o serpientes fué aplicado por los Arios a una de las grandes tribus o clanes de la subraza tolteca de los atlantes, porque llevaba a su vanguardia, como bandera, cuando iban a la guerra, una serpiente de oro enroscada en un báculo. Esto puede muy bien haber sido un tótem o símbolo de la tribu, o quizá, simplemente, el escudo

de una gran familia. Esta familia o tribu debe haber tomado parte prominente en la colonización original de la India por los atlantes y de las tierras que entonces existían al sur de la misma. Se hace mención a los nagas entre los habitantes aborígenes de Ceylán, hallados por Vijaya y sus compañeros cuando desembarcaron ahí. Una interpretación posible de esta leyenda, por tanto, podría ser que Nagarjuna recibió este libro de una raza anterior; en otras palabras, que es una escritura atlante. Y si, como se ha llegado a suponer, algunos de los Upanishads proceden de la misma fuente, no hay razón para extrañarse de esta identidad de las enseñanzas a la que se refiere Madame Blavatsky en la misma página.

El *Gnyaneshwari* (escrito *Dhyaneshwari* en la primera edición) no es libro sánscrito, sino que fué escrito en maharathi en el siglo decimotercero de nuestra era.

En la página siguiente nos encontramos con una referencia a la escuela Yogacharya (más exactamente Yogachara) de la Mahayana. Ya he mencionado el intento que hizo Aryasanga, pero no estaría por demás unas cuantas palabras con respecto a la enfadosa cuestión de las Yanas. La Iglesia Budista está dividida actualmente en dos grandes partes: la del Norte y la del Sur. La primera incluye China, Japón y el Tíbet; la segunda domina en Ceylán, Siam, Birmania y Camboya. Se afirma con frecuencia que la Iglesia del Norte adopta la Mahayana y la del Sur la Hinayana; pero la seguridad con que se puede decir esto depende del matiz de significado que demos a esta palabra tan dis-

cutida. Yana significa vehículo y se ha convenido que debe aplicarse al Dhamma o Ley como el bajel que nos conduce a través del mar de la vida hasta el Nirvana, pero son por lo menos cinco las teorías que hay con respecto al exacto sentido en que debe tomarse esta palabra.

I.—Que se refiere simplemente a la lengua en la cual está escrita la Ley, de acuerdo con esta hipótesis, el Gran Vehículo (o Mahayana) es la lengua sánscrita y el Vehículo Menor (o Hinayana) la lengua pali; teoría que me parece insostenible.

II.—Hina puede muy bien tomarse con el significado de inferior o fácil o también pequeño. Una interpretación considera así la Hinayana como el camino inferior o más fácil hacia la liberación; como el irreducible minimum de conocimiento y conducta que se requiere para alcanzarla, mientras que la Mahayana es la doctrina completa y más filosófica que incluye mucho conocimiento adicional sobre los elevados reinos de la naturaleza. Es inútil indicar que esta interpretación proviene de fuente mahayánica.

III.—Que el budismo, invariablemente cortés con todas las demás religiones, las acepta todas como caminos de liberación, aun cuando considera el método prescrito por su Fundador como la vía más segura y más corta. De acuerdo con este punto de vista, el budismo es la Mahayana y la Hinayana incluye el brahmanismo, el zoroastrismo, el jainismo y todas las otras religiones que ya existían en el tiempo en que se formuló esta definición.

IV.—Que las dos doctrinas son simplemente etapas

de una misma doctrina: esto es, que el Hinayana es para los shravakas u oyentes y el Mahayana para los estudiantes más adelantados.

V.—Que la palabra Yana debe interpretarse, no exactamente en su significado primario de vehículo, sino más bien en un sentido secundario muy aproximado al de la palabra inglesa "career", carrera, curso, profesión. Según esta interpretación, la Mahayana señala al hombre la "gran profesión" de convertirse en un Bodhisattva y dedicarse al beneficio del mundo, mientras que la Hinayana solamente le pone delante la "pequeña profesión", esto es, vivir en forma tal que pueda alcanzar el Nirvana en su beneficio.

Las iglesias budistas del Norte y del Sur tienen entre sí una relación semejante a la de los católicos con los protestantes, entre los cristianos. La del Norte se asemeja a la Iglesia Católica: ha hecho adiciones a las enseñanzas del Señor Buda; por ejemplo, adoptó mucho de las formas originales de adoración que se practicaban en el país, tales como algunas ceremonias en honor de los espíritus de la naturaleza o de fuerzas naturales divinizadas. Cuando los misioneros cristianos se pusieron en contacto con los budistas del Norte, se encontraron con ceremonias tan similares a las suyas, que las calificaron de plagios hechos por el demonio y, cuando de manera concluyente se demostró que tales ceremonias se practicaban ya desde antes de la era cristiana, dijeron que eran "plagios hechos con anticipación". En las escrituras budistas, como en todas las demás, hay afirmaciones contradictorias; y es por ello que la Iglesia del Sur ha buscado su funda-

mento en ciertos textos y, con la mira de evadir superfluidades, hace caso omiso de los otros o los califica de interpolaciones. Esto ha originado que tenga una concepción de menos alcances que la Iglesia del Norte. Pongamos un ejemplo: el Señor Buda predicó constantemente contra la idea —que con toda evidencia prevalecía en su tiempo— de la continuación de la personalidad. Esta idea es también común entre los cristianos: que nuestra personalidad sobrevive eternamente. Pero aun cuando es cierto que El enseñó que nada de lo que el hombre estima generalmente que es el ser humano vive para siempre, hizo las más inequívocas afirmaciones sobre las vidas sucesivas del hombre. Dió ejemplos de vidas precedentes y cuando algún rey le preguntó cómo sería la recuperación de la memoria de las vidas pasadas, dijo que sería como cuando se recuerda lo que se ha hecho ayer o en los días anteriores al visitar tal o cual pueblo. Sin embargo, la Iglesia del Sur sostiene ahora que sólo el karma persiste; no el ego: de modo que, si un hombre en su vida generó determinada cantidad de karma y luego murió, nada quedará ya de él, sino que otra persona nacerá para pagar un karma que no ha producido.

No obstante, a la vez que los budistas enseñan que sólo subsiste el karma, hablan al mismo tiempo de la obtención del nirvana. Si preguntáis a un monje para qué lleva la túnica amarilla, os contestará que para lograr el nirvana y si le preguntáis que si en esta vida, os contestará inmediatamente: "Oh, no; esto requiere muchas vidas." Así también, después que un monje ha predicado sus sermones, terminará invariablemente

con la bendición concebida en estas palabras: "Que os sea posible obtener el nirvana", y si en tal caso le preguntáis si esto puede lograrse en esta vida, os responderá: "No, esto necesita muchas vidas." Así, persiste la creencia en las vidas continuas del individuo, a pesar de la enseñanza formal de lo contrario.

Madame Blavatsky dedica un par de páginas a la cuestión de las diversas formas de escritura que se emplean en los monasterios del Himalaya. El alfabeto latino está de tal manera difundido en Europa y América, es de un uso tan universal, que quizá sea conveniente, en beneficio de los lectores occidentales, explicar que en el Oriente prevalece en este asunto una condición muy diferente. Cada una de las distintas lenguas orientales (tamil, telegu, singalés, malahalam, hindi, gujarati, caranés, bengali, birmano, nepalés, tibetano, siamés y muchos otros) tiene su propio alfabeto y su propio método de escritura, y una persona al escribir en una de ellas, al hacer una cita en lengua extranjera, expresa esa frase en los caracteres de la suya, de igual manera que un escritor inglés, al tener que citar una frase alemana o rusa, la escribirá no con caracteres alemanes o rusos, sino latinos. Y por eso, al hallarnos ante un manuscrito oriental, tomamos siempre dos puntos que atender: el idioma y los caracteres que no son siempre iguales.

Es casi seguro que un libro de hojas de palma en Ceylán esté escrito con los caracteres hermosos de la lengua singalesa; pero de aquí no se sigue que esté escrito en *lenguaje* singalés. Tan probable es que esté escrito en singalés como en pali, sánscrito o elú. Lo mis-

mo sucede con cualquiera de los demás grupos de caracteres. Así que cuando dice Madame Blavatsky que los preceptos están escritos a veces en tibetano, es muy probable que quiera significar, únicamente, que están expresados en caracteres tibetanos, no necesariamente en lenguaje tibetano. No he visto yo ningún caso de las curiosas criptografías que ella describe, en las cuales los colores y los animales representan letras. Habla en el mismo párrafo de las treinta letras simples del alfabeto tibetano. Estas letras están reconocidas universalmente; pero no está claro el sentido de la referencia que viene un poco más adelante acerca de las treinta y tres letras simples, pues si no incluye en ellas las cuatro vocales, no son más que treinta, pero si quiere comprender también las vocales, no son treinta y tres, sino treinta y cuatro. En cuanto a las letras compuestas, su número puede establecerse de varias maneras; una gramática que tengo a la vista las hace pasar de cien; pero es probable que Madame Blavatsky se refiera únicamente a las que son de uso general.

Recuerdo un caso muy interesante de lo que dice con relación a uno de los modos de escribir en lengua china. Cuando estuve en Ceylán vinieron a visitarnos dos monjes budistas del interior de China, quienes no sabían ninguna de las lenguas que hablábamos nosotros. Por fortuna, dos jóvenes japoneses estaban con nosotros estudiando, con el propósito de llevar a la práctica el espléndido proyecto del Coronel Olcott de que cada iglesia del Norte y del Sur enviara algunos de sus neófitos para que aprendieran los métodos y las enseñanzas de la otra. Estos jóvenes no podían entender ni una palabra de lo que decían los monjes chinos;

pero sí eran capaces de intercambiar sus ideas valiéndose de los caracteres escritos. Los símbolos escritos significaban lo mismo para unos que para otros, aun cuando les dieran diferentes nombres, así como un español y un francés pueden ambos entender perfectamente cuando tienen una hilera de cifras, aun cuando uno les llame "uno, dos tres" y el otro "un, deux, trois". Tal acontece también con las notas de la escala. La conversación así sostenida con estos dos monjes fue verdaderamente interesante. Cada pregunta era primeramente traducida al singalés por uno de nuestros miembros, para que fuera entendida por los jóvenes japoneses; estos, en seguida, la escribían con una brocha en los caracteres comunes al chino y al japonés; los monjes chinos la leían y escribían su contestación empleando los mismos caracteres; esta contestación era vertida por los monjes al singalés y uno de nuestros miembros, por último, la traducía al inglés. En tales circunstancias la conversación fue muy lenta y algo escasa de precisión pero, aun así, la experiencia resultó sumamente interesante.

CAPITULO XXXI

LOS PODERES ELEVADOS Y LOS INFERIORES

Las presentes instrucciones son para aquellos que ignoran los peligros del Iddhi inferior.

C. W. L.—Esta frase inicial del primer fragmento tiene la siguiente nota de Madame Blavatsky: *La palabra Pali Iddhi es sinónima de la voz sánscrita Siddhis, o facultades psíquicas, los poderes anormales del hombre: Hay dos clases de Siddhis. Un grupo de ellos comprende las energías psíquicas y mentales inferiores, toscas, mientras que el otro requiere la más elevada educación de los poderes espirituales. Dice Krishna en el Shrimad Bhagavat: "Aquel que vive consagrado a la práctica del Yoga, que ha subyugado sus sentidos y ha concentrado su mente en mí (Krishna), es un Yogui a quien todos los Siddhis están prestos a servir".*

Hay mucha falta de comprensión con respecto a los poderes psíquicos, y el estudiante se evitará muchísimas molestias si trata de tener una razonable concepción de los mismos que le sirva de punto de partida. En primer lugar, no hay que atribuir a la pala-

bra "anormales" una interpretación errónea. Estos poderes son anormales solamente en cuanto que al presente no son comunes, y de ninguna manera en el sentido de que no sean naturales. Son perfectamente naturales para todos los hombres y en todos ellos están latentes aquí y ahora, aun cuando sean pocos los que hayan logrado que pasen del estado latente al de actividad; pero esto se debe a que la mayoría no hace aún ningún esfuerzo en tal dirección, por lo que los poderes permanecen dormidos.

La manera más sencilla de captar la idea general, consiste en tener presente que el hombre es un alma, que se manifiesta en diversos planos por medio de cuerpos apropiados a los mismos. Si quiere actuar, ver u oír en este mundo físico, sólo puede lograrlo por medio de un cuerpo integrado por materia física. De modo semejante, si desea manifestarse en el plano astral, necesita tener un vehículo astral, ya que el cuerpo físico es inútil y aun invisible en el mundo astral, lo mismo que este es invisible para la vista física. De igual manera, el que desee vivir en el plano mental debe usar para ello un cuerpo mental.

Desarrollar las facultades psíquicas significa aprender a usar los diversos cuerpos de esa clase. El hombre que nada más puede usar sus sentidos físicos, solamente podrá ver y oír las cosas de este mundo físico; si aprende a usar los sentidos de su cuerpo astral, podrá también ver y oír las cosas del plano astral. Es cuestión solamente de aprender a responder a esas vibraciones adicionales. Si examináis la tabla de vibraciones en cualquier libro de física, veréis que muchas de ellas

no despiertan respuesta en nosotros. Cierta número de ellas afectan al oído y las percibimos como ondas sonoras; otro grupo de las mismas impresiona nuestros ojos y a esas las llamamos rayos de luz. Pero entre estos dos grupos y por encima y por debajo de ambos hay millares de otros grupos de oscilaciones que no causan ninguna impresión en nuestros sentidos físicos. Es posible para un hombre desarrollarse en forma tal que sea sensitivo a las ondulaciones del éter; al hombre que ha llegado a tal estado le llamamos clarividente o clariaudiente, porque puede ver y oír más que el hombre no desarrollado.

Las ventajas de ese desarrollo de la visión interna son considerables. El hombre que las posee vive en un mundo muchísimo más amplio, o, para hablar con mayor exactitud, se percata de que el mundo en que hasta entonces había vivido tiene toda clase de extensiones y posibilidades de las cuales nada sabía con anterioridad. Sus estudios pueden haberle proporcionado ya información sobre la presencia de una amplia y complicada vida no-física que le circunda: los reinos de devas y de espíritus de la naturaleza, de la enorme multitud de sus prójimos que han dejado aparte sus cuerpos físicos por el sueño o por la muerte; de fuerzas y de influencias de muchas clases que pueden evocarse y usarse por quienes las entienden; pero el ver todas estas cosas por sí mismo, en lugar de creer simplemente en ellas, el poder ponerse en su contacto directamente y experimentar con las mismas, todo eso hace la vida mucho más plena y mucho más interesante. Aquel que puede seguir así en los planos superiores

los resultados de su pensamiento y de su acción, se transforma por ello mismo en una persona mucho más eficiente y mucho más útil. Es obvia la ventaja de tal desarrollo de conciencia; pero ¿cuál es el otro aspecto de este asunto? Madame Blavatsky nos habla de los peligros de este desarrollo y de sus dos clases: una inferior y otra superior. Examinemos primero este último punto.

Toda la información que viene desde el exterior, nos llega por medio de vibraciones: las vibraciones del aire hacen llegar el sonido a nuestros oídos; las vibraciones de la luz permiten la vista a nuestros ojos. Ver cosas y criaturas de los mundos astral y mental, podrá ser solamente por medio del impacto de las vibraciones de la materia astral y mental sobre cuerpos capaces respectivamente de responder a ellas, porque el hombre solamente puede percibir el mundo astral por medio de sus sentidos astrales y el mental por conducto de sus sentidos mentales.

En cada uno de esos mundos, como en éste, hay tipos de materia más toscos y más finos, y, rudamente hablando, las radiaciones de los tipos más finos son convenientes, mientras que las de los tipos groseros son definitivamente inconvenientes. El hombre tiene en su cuerpo astral materia de ambas calidades, y, por lo tanto, es susceptible de responder tanto a las vibraciones elevadas como a las bajas; a su elección queda el prestar atención a unas o a otras. Si de manera resuelta cierra la entrada a las bajas influencias y acepta solamente las elevadas, le serán estas sumamente beneficiosas, aun en los niveles astral y mental. Pero Mada-

me Blavatsky las rechaza todas; ni siquiera las recomienda como ayudas temporales: las cataloga todas juntas como "energías físicas y mentales groseras y bajas" y nos estimula para elevarnos a los planos mucho más altos que estén más allá de las ilusiones de la personalidad. Evidentemente considera que los peligros de un desarrollo psíquico ordinario pesan más que sus ventajas; pero como quiera que en el curso de la evolución del discípulo tiene que venir un cierto grado de desarrollo de esta clase, nos previene de algunos peligros contra los cuales es necesario cuidarse en extremo.

Durante los cuarenta años que han transcurrido desde que Madame Blavatsky escribió esto, hemos tenido alguna experiencia sobre dichos peligros en los casos de varios estudiantes. El primero de todos, muy considerable, es el orgullo. La posesión de una facultad que, aun cuando es la herencia de toda la raza humana, está aún manifiesta solamente en muy raras ocasiones, suele ocasionar que el hombre (y con más frecuencia la mujer) que ejerce la clarividencia, se crea superior a los demás; se considere elegido por el Todopoderoso para una misión de importancia universal; dotado con un discernimiento incapaz de errar jamás o designado por los guías angélicos para ser el fundador de una nueva religión, etc. etc. Hay que recordar que al descorrer el velo que nos oculta el más allá, nos encontramos siempre con muchas pequeñas entidades juguetonas y traviesas, ansiosas de alimentar en nosotros tales pueriles ilusiones, de reflejar y dar cuerpo a tales pensamientos y de desempeñar el

papel de arcángeles o guías espirituales que pueda ocurrírseles. Desgraciadamente es cosa sumamente fácil el persuadir al hombre común y corriente de que en el fondo es un ser extraordinario, digno de servir de receptáculo a una revelación especial, aun cuando sus amigos, por ceguera o por prejuicios, no hayan, hasta aquí, advertido en él, de algún modo, tan relevantes prendas.

Otro de los peligros, quizá el mayor de todos, porque a todos los engendra, es la ignorancia. Si el clarividente conoce algo de la historia de este asunto, si comprende, aunque sea poco, las condiciones de estos otros planos dentro de los cuales está penetrando su visión, no puede, sin duda, considerarse la única persona tan altamente favorecida, ni puede tampoco alentar en sí mismo la halagadora satisfacción de que le es imposible equivocarse. Pero si está —como a muchos les acontece en completa ignorancia de la historia, condiciones y todo lo demás, de los planos superiores, es probable, en primer lugar, que cometa toda clase de equivocaciones con respecto a lo que ve, y en segundo, que sea fácil presa de todas las entidades astutas y engañosas del plano astral. Carece de criterio con qué juzgar lo que ve, o lo que cree que ve, y de piedra de toque para estimar sus visiones o comunicaciones, y por lo tanto, no tiene el sentido de proporción o de idoneidad de las cosas; creará ver en cualquier manuscrito un fragmento de la sabiduría divina, confundirá una perogrullada de tipo ordinario con un mensaje angélico. Además, por falta de un conocimiento general, malentenderá frecuentemente lo que sus facultades le

permiten percibir y por consecuencia, difundirá los absurdos más groseros.

El tercer peligro es el de la impureza. El hombre puro en pensamiento y en vida; puro de intenciones y libre de la mancha del egoísmo, está por eso mismo, protegido contra la influencia de las entidades perniciosas de los otros planos. No hay en él nada sobre lo cual puedan actuar tales entidades; no es medio adecuado para ellas. Por otra parte, todas las influencias naturalmente buenas se apresuran a usarlo como canal para su expresión y así se erige ante él una nueva barrera que lo resguarda contra todo lo vil, bajo y malo. El hombre de vida o motivos impuros, por lo contrario, atrae hacia sí, inevitablemente, todo lo peor del mundo invisible que tan estrechamente nos rodea, a lo cual responde prontamente, mientras que es difícilmente posible que las fuerzas del bien causen impresión sobre él.

Pero el clarividente que tenga presentes en su mente todos estos peligros; que se esfuerce por evitarlos; que se tome el trabajo de estudiar la historia y la racionalidad de la clarividencia; que logre hacerse humilde de corazón y puro de intenciones, podrá seguramente aprender mucho por medio de esos poderes que posee y convertirlos en valiosos elementos para el trabajo que tiene que llevar a cabo.

En el tercer capítulo de los *Yoga Sutras* de Patanjali, aparece una enumeración muy extensa de los Siddhis. Indica que pueden obtenerse de cinco maneras: por nacimiento, por las drogas, por los mantras, por los tapas y por samadhi.

Hemos nacido en un cuerpo de determinada clase, como resultado de nuestros actos en encarnaciones pasadas y si nos encontramos por la naturaleza en posesión de poderes psíquicos, podemos dar por seguro que hemos hecho esfuerzos por obtenerlos de alguna manera en nuestras vidas pasadas. Muchos de los clarividentes de la actualidad, en los cuales tal facultad despertó fácilmente, pero quizá sin alcanzar gran elevación de espiritualidad, desempeñaron actividades tales como las de las vírgenes vestales de Grecia y de Roma, de los yoguis inferiores de la India y aun quizá de los curanderos de las diversas tribus salvajes o de las adivinas de la edad media; siempre ha sido muy extenso el campo de tales actividades.

Lo que habrá de suceder a tales personas; la forma en que su vida espiritual se habrá de desarrollar, depende en gran parte de aquellos con quienes por razones kármicas tengan que ponerse en contacto. Si su karma es suficientemente bueno para conducirlos a la Teosofía, tendrán la oportunidad de aprender algo sobre esas alboreantes facultades y de entrenarse en la Escuela Esotérica en las cualidades preliminares de carácter y de pureza de vida física y magnética que se prescriben por todos los verdaderos ocultistas, de modo que algo más adelante puedan desarrollar sus facultades psíquicas y convertirse en grandes servidores de la humanidad.

Si, de otra manera, se ponen en contacto con la escuela espiritista de pensamiento, es del todo probable que hayan de seguir un camino que frecuentemente da por resultados una pasiva mediumnidad,

cosa diametralmente opuesta a la que nosotros nos proponemos alcanzar.

Hay quienes emprenden el estudio de pseudo-ocultismo con el fin de obtener poderes mágicos y satisfacer así su ambición personal. Este camino está lleno de los más serios peligros. Estas personas suelen sentarse en actitud pasiva e invitar a desconocidas entidades del plano astral para que actúen sobre sus auras y organismos y los adapten a sus propósitos; en ocasiones practican diversas formas de hatha yoga que consisten en peculiares clases de respiración, las que desgraciadamente han sido enseñadas profusamente en el mundo occidental desde hace treinta años. Como resultado de tales procedimientos, con frecuencia sobrevienen graves desórdenes mentales y corporales, mientras que, a lo mejor, el contacto que se obtiene con los mundos internos casi nunca alcanza más allá de los niveles astrales más bajos, de los cuales nada pueden venir que sea motivo de elevación para la humanidad.

Con relación al segundo método, el uso de las drogas, hay una anotación de Vyasa, en su comentario sobre los *Yoga Sutras*, en el sentido de que tales drogas se emplean "en las casas de los asuras", con el propósito de despertar los siddhis. Los asuras son opuestos a los suras; este último término puede traducirse como "los justos, los piadosos" y el primero de ellos, como lo contrario, esto es, "los injustos, los impíos"; los suras son los seres que están al lado de Dios, los que trabajan por su plan, la evolución ascendente de la vida.

Patanjali no recomienda este método: enumera so-

lamente las maneras como se pueden adquirir los sidhis. El estudio de los *Sutras* pone claramente de manifiesto que su autor solamente aprueba el último de los cinco métodos mencionados; esto es, por medio de samadhi o contemplación.

Podemos comprender hasta cierto punto la acción de las drogas sobre el cuerpo, cuando se usan con el fin de despertar los poderes psíquicos, si recordamos que en la cuarta raza raíz era muy común la clarividencia por medio del sistema nervioso simpático. No estaba entonces la envoltura astral organizada propiamente como un cuerpo o vehículo de conciencia y respondía de una manera general a las impresiones que recibía de los objetos del plano astral. Esas impresiones se reflejaban entonces en los centros simpáticos del cuerpo físico, de modo que la conciencia de ese cuerpo recibía juntas las impresiones astrales y físicas y con frecuencia casi no las distinguía. Ciertamente, en los primeros tiempos de esa raza, así como de la lemuriana, la actividad del sistema simpático era mucho mayor que la del sistema cerebro-espinal, y de aquí que las experiencias astrales fueran mucho más prominentes que las físicas. Pero de entonces acá el sistema cerebro-espinal se ha convertido en el mecanismo dominante de la conciencia del cuerpo físico, y, consecuentemente, el hombre ha venido poniendo más y más atención en las experiencias del plano físico, al irse estas haciendo cada vez más fuertes e insistentes. Por lo tanto, el sistema simpático ha ido gradualmente cesando en su carácter de proveedor de impresiones, siendo ahora su propia función la de llevar

a cabo, en forma involuntaria, muchas de las funciones corporales que no requieren la atención del hombre, porque su vida, más bien que física, es mental, emocional y espiritual.

La objeción contra el empleo de drogas, por lo tanto, no es solamente que trastornen las saludables actividades del cuerpo y den al sistema simpático nuevamente una preponderancia que no debe tener, sino aun desde el punto de vista de los poderes que se obtienen porque tales poderes sólo despiertan ese sistema y llevan de nuevo a la conciencia física borrosas impresiones del mundo astral; esas impresiones provienen, por lo general, de la parte más baja del plano astral, en la cual se acumula toda la materia astral y toda la esencia elemental, cuya actividad consiste en excitar las pasiones e impulsos bajos. En algunas ocasiones proceden de regiones astrales ligeramente más elevadas, de la zona de los placeres sensuales, como los que se describen en las visiones del Conde de Monte Cristo, la famosa novela de Dumas, o en las *Confesiones de un Fumador de Opio* de De Quincy; pero esas impresiones no son mucho mejores que las otras.

Todo ello es enteramente opuesto al plan de evolución asignado a la humanidad. El destino de todos los seres humanos es desarrollar la clarividencia y otros muchos poderes de conocimiento; pero no de esa manera. Primeramente debe obtenerse un desarrollo de los cuerpos astral y mental, para que puedan constituir vehículos definidos de conciencia en sus propios planos; en seguida puede procederse a despertar los chakras del doble etéreo por cuyo medio pueda el va-

lioso conocimiento obtenido a través de tales elevados cuerpos, descender a la conciencia del plano físico. Pero todo esto deberá hacerse solamente cuando y cómo el Maestro lo aconseje; tengamos presentes sus palabras en *A los Pies del Maestro*: “No desees poderes psíquicos.”

El tercero de los métodos mencionados es el uso de los mantras. Con el término mantra se designan ciertas palabras de poder que se emplean en la meditación o en ceremonias rituales y que suelen repetirse una y otra vez. Estas palabras se emplean tanto en los rituales cristianos como en el Oriente, según queda explicado en *La Ciencia de los Sacramentos*. En muchas religiones se hace uso de sonidos, en asociación con pinturas, signos, símbolos y actitudes y, a veces, también con danzas.

La voz *tapas*, que se usa para describir el cuarto método, va asociada con frecuencia con ideas de extrema austeridad y aun de auto-tortura, tales como el tener el brazo extendido hasta que se seque o el acostarse en un colchón de clavos. Es verdad que semejantes procedimientos desarrollan la voluntad; pero hay medios mejores de conseguirlo. Las prácticas de la hatha yoga tienen el grave inconveniente de que hacen el cuerpo inútil para el servicio de la humanidad que es lo que está primero en lo que concierne al trabajo del Maestro. La voluntad puede desarrollarse igualmente al luchar con las dificultades que la vida nos presenta (que no son sino actividades kármicas, que nos proporcionan un método eficaz para el desarrollo volitivo) sin necesidad de procurarnos torturas.

En el *Gita*, Shri Krishna ataca vigorosamente esta superstición, cuando dice: “A los hombres que hacen prácticas severas de austeridad que no están prescritas por las Escrituras, sojuzgados por la vanidad y el egoísmo, compelidos por la fuerza de sus deseos y sus pasiones, dando torpe tormento a los elementos que integran sus cuerpos, y también a Mi, que moro en sus cuerpos internos —conocedlos como *asúricos* en sus resoluciones.” (1) Extravagancias de esta índole no pueden juzgarse realmente como *tapas*, término que literalmente significa “calor” y que quizás pueda traducirse de la manera más apropiada, cuando se le quiere aplicar a la conducta humana, con el término “esfuerzo”. El significado de esta enseñanza parece ser el que sigue: —“Haced por el cuerpo lo que sepáis que le es conveniente, sin atender a la mera comodidad. No permitáis que la pereza, el egoísmo o la indiferencia se opongan a vuestra acción para obtener una personalidad saludable y eficiente para el trabajo que hay que desempeñar en beneficio del mundo. (2) Dice Shri Krishna en el *Gita*: “Reverencia a los Dioses, a los ancianos, a los maestros, y a los sabios: pureza, rectitud, continencia e inofensividad, son el *tapas* del cuerpo; palabra veraz, agradable y benéfica y el estudio de las obras sagradas, son los *tapas* del hablar: alegría, equilibrio, silencio, el dominio propio y la veracidad para consigo mismo, son los *Tapas* de la mente.” (3) Estas descripciones, hechas por quien la mayoría de

(1) Obra citada: XVII, 5-6.

(2) Véase Raja Yoga por Ernesto Wood.

(3) *Gitá*, XVII, 14.16.

los hindúes consideran como una de las más grandes encarnaciones de la Deidad, no indican, ciertamente, que deba practicarse ninguna de las temibles extravagancias de las que tenemos tan tristes ejemplos.

El quinto método, el samadhi es el que recomienda el *Libro de los Preceptos de Oro*, y debe ser precedido, como queda expuesto en los *Yoga Sutras* y en otros trabajos clásicos sobre este asunto, por dharana y dhyana, que suelen traducirse como concentración y meditación, correspondiendo a samadhi, para ser traducido, el término de contemplación. Estas traducciones, por medio de una sola palabra en cada caso, de términos sánscritos, son sin embargo, con frecuencia, poco satisfactorias; las palabras sánscritas, que llegan hasta nosotros desde tiempos muy remotos, se han ido enriqueciendo con una maravillosa complejidad, han ido adquiriendo profusión de finos matices, que no pueden encontrarse en ninguna expresión de las lenguas modernas. El único medio que verdaderamente nos permite entenderlas, es el de estudiar los términos en el significado que tienen en los libros antiguos.

Los siddhis pueden dividirse en dos clases: no sólo como elevados y bajos, sino también como poderes y como facultades. El mundo actúa sobre nosotros por conducto de nuestros sentidos; por medio de la vista, el oído y los demás; pero nosotros actuamos también sobre el mundo. Esta dualidad existe también en lo superfísico. Recibimos impresiones por conducto de los poderes recientemente desarrollados de nuestros vehículos astral y mental; pero nosotros podemos también ac-

tuar por medio de ellos. Los libros indúes suelen hablar de ocho siddhis: (1) *ahima*, el poder de colocarse en la posición de un átomo, de volverse uno tan pequeño que pueda entrar en relación con entidad tan diminuta; (2) *mahima*, el poder de adquirir un tamaño monstruoso, para poder relacionarse, sin desventaja, con cosas enormes; (3) *laghima*, el poder de convertirse en algo tan ligero como un copo de algodón que arrastra el viento; (4) *garima*, el poder de volverse tan denso y tan pesado como lo más pesado; (5) *prapti*, el poder de trascender al exterior, tan lejos como la luna; (6) *prahamya*, el poder de voluntad por medio del cual se logra realizar todos los deseos; (7) *ishatwa*, el poder de controlar y crear; (8) *vashitwa*, el poder de mando sobre todas las cosas. Estos son llamados "los grandes poderes"; pero se mencionan otros, tales como la firmeza y esplendor del cuerpo, el dominio de los sentidos y apetitos, la belleza, la gracia, etc.

Nosotros, los estudiantes de esta época, nos colocamos en un punto de vista, con respecto a estos asuntos, tan diferente de los escritores indúes de hace miles de años, que es frecuente que nos sea difícil entenderlos. Somos el producto de nuestra época y el ejercicio metódico cuasicientífico a que todos estamos sometidos, hace que sea una necesidad mental para nosotros tratar de clasificar nuestro conocimiento. Todo hombre se esfuerza por construir para sí una especie de esquema de las cosas, por imperfecto que pueda ser, y cuando se presenta un nuevo hecho, trata de encontrar en ese esquema un nicho donde colocarlo. Si cuadra bien en él acepta el hecho; si no, es casi seguro que

lo rechace, aunque tenga en su apoyo la más sólida comprobación. Aun cuando hay personas que parecen ser capaces de dar fácil cabida a creencias mutuamente contradictorias, hay algunas otras que no pueden hacerlo y es frecuente que tengan estas que someterse a un penoso proceso de reconstrucción del edificio de sus pensamientos, para poder admitir un nuevo hecho; tan penoso puede parecerles el proceso, que no es raro que eludan esta contrariedad, ya sea negando el hecho, o bien olvidándolo. Nuestros antiguos hermanos indúes me dan la idea de que han catalogado sus observaciones y ahí las han dejado, sin hacer esfuerzo especial por relacionar unas con otras o por clasificarlas según los planos en que las recibieron o según la clase de facultades necesarias para ello.

No tenemos ninguna dificultad para reconocer el primero y el segundo de los poderes anotados en la lista de los siddhis; son ejemplos de alteración del foco de la conciencia; les solemos llamar poderes de magnificación y de reducción. Significan la adaptación de la conciencia a los objetos con los cuales tiene que tratar, hecho que no presenta ninguna dificultad al ocultista ejercitado, aun cuando no es cosa fácil explicar en el plano físico que es lo que exactamente ocurre. El tercero y el cuarto mencionan la posibilidad de hacerse ligeros o pesados a voluntad; esto puede efectuarse comprendiendo y empleando la fuerza de propulsión, que es la opuesta a la gravedad. No estoy bien seguro sobre el quinto; puede simplemente aludir al poder de viajar en el cuerpo astral, ya que el límite de la migración astral se indica por la mención que se hace

de la luna; pero más bien creo que significa el poder de producir un resultado definido a distancia, por medio de un esfuerzo de la voluntad. El sexto y el octavo son solamente desarrollos del poder de voluntad, aun cuando muy notables; el séptimo es igual, con la adición del conocimiento especial que se requiere para la desmaterialización y rematerialización de los objetos. En esta lista no parece haber ninguna referencia directa a la clarividencia, ya sea por lo que toca al espacio o por lo relativo al tiempo.

Hay que fijarse en que *La Voz del Silencio* no dice que debemos desdeñar por completo los bajos iddhis, esto es, los que pertenecen a los cuerpos astral y mental; se limita a indicar, que en conexión con ellos hay peligros serios. Más adelante tendremos que prestarles nuevamente nuestra atención, pues aquel que se proponga ascender la escala, tiene que poner el pie en cada uno de sus peldaños.

*Aquel que pretenda oír la voz de "Nada",
"El Sonido Insonoro", y comprenderla, tiene
que entender la naturaleza del Dharana.*

Sobre esta frase hay las dos notas marginales que siguen:

La "Voz Insonora", o "La Voz del Silencio". Literalmente, quizás debería leerse: "Voz en el Sonido Espiritual", siendo "Nada" el término sánscrito equivalente al término senzar.

Dharana es la intensa y perfecta concentración de la mente en algún objeto interno, acompañada de una

completa abstracción de todas las cosas pertenecientes al universo exterior o al mundo de los sentidos.

La palabra que aquí se traduce por concentración, viene de la raíz *dhri*, asir. La palabra *dharana*, con una vocal corta final, significa asimiento o soporte en general; pero aquí nos hallamos con un sustantivo femenino especial, con una vocal terminal larga, que significa, como término técnico, concentración o asimiento de la mente.

En algunas ocasiones, se describe como una especie de reflexión especialmente sobre un objeto o pensamiento dado y se dice en los libros indúes que la meditación y la contemplación no podrán tener buen éxito sin haberse practicado primero la concentración. Es cosa obvia que mientras la mente esté dando respuesta a las vibraciones de los planos físico, astral y mental inferior, no es apta para oír el mensaje que el ego trata de transmitir a la personalidad desde sus propios planos elevados.

La concentración es un requisito para poder prestar atención al objeto elegido y no a la incesante actividad de los vehículos inferiores. Se acostumbra comenzar la práctica de la concentración con cosas sencillas. En cierta ocasión, algunos se acercaron a Madame Blavatsky y le preguntaron en qué sería conveniente meditar; arrojó ella una caja de cerillos sobre la mesa, diciendo: "Meditad en eso". Ellos quedaron un tanto desconcertados, pues se habían imaginado que les iba a decir que meditaran en Parabrahman o lo Absoluto.

Es muy importante que esta concentración se practique sin esforzar el cuerpo. La Dra. Besant nos ha dicho que, cuando Madame Blavatsky comenzó a instruirla en estas prácticas, empezó ella con una gran intensidad; pero su instructora la interrumpió diciéndole: "No medite usted con sus conductos sanguíneos".

Lo que se requiere es mantener la mente en quietud, para poder mirar el objeto elegido con una calma completa, como se hace cuando se mira un reloj para ver la hora, con la diferencia de que hay que seguir mirándolo durante todo el tiempo que se ha resuelto dedicar a la concentración. Con frecuencia la gente se queja de dolores de cabeza y de otras molestias como resultados de la meditación; nunca deben presentarse tales trastornos, si se tiene cuidado de conservar el cuerpo físico en calma y libre de tensiones de todas clases, aun en los ojos; procediendo así, se notará que la concentración es mucho más fácil y libre de molestias físicas y de peligros.

Varios son los libros que se han escrito sobre esta materia, algunos de los cuales contienen sugerencias extremadamente peligrosas. Quien desee más amplia información sobre este asunto, puede leer la obra del Prof. Wood, *Un Curso Práctico de Concentración*, del cual escribió la Dra. Besant: "Nada hay en él que al ser practicado pueda causar al que se esfuerce por lograr la concentración el menor daño físico, mental o moral."

En su nota marginal H.P.B. asocia *dharana* con el plano mental superior, pues dice que la mente debe fijarse en un objeto interior y quedar abstraída del

mundo de los sentidos, esto es, de los planos físico, astral y mental inferior. Esa es una prescripción para el candidato que se halla en el Sendero y aspira a llegar al samadhi del plano nirvánico o átmico. Sin embargo, los tres términos, concentración, meditación y contemplación se usan también en un sentido general. Fijar el pensamiento en un versículo de las escrituras; esto es la concentración. Mirarlo desde todos los puntos de vista, esforzándose por penetrar en su significado, por alcanzar un nuevo profundo pensamiento o por recibir alguna luz de intuición sobre él; esto es la meditación. Fijar la atención firmemente por algún tiempo sobre la luz que se recibe; esto es la contemplación. Se ha definido la contemplación como la concentración en la cúspide de la línea de pensamiento o meditación. El estudiante oriental suele comenzar sus prácticas valiéndose de un objeto externo sencillo y de ahí llevar su pensamiento al interior o elevarlo a cosas superiores.

CAPITULO XXXII.

EL DESTRUCTOR DE LO REAL.

Habiéndose vuelto indiferente a los objetos de percepción, debe el discípulo ir en busca del Rajah (Rey) de los sentidos, el productor del pensamiento, aquel que despierta la ilusión.

*La mente es el gran destructor de lo real
Destruya el discípulo al destructor.*

Esto se refiere a lo que se ha hecho durante la práctica de la concentración. En los libros indúes que tratan de la materia, se explica que con prioridad a la concentración propiamente dicha, el estudiante que emprende estas prácticas debe apartar su atención de los objetos de sensación: debe aprender a pasar inadvertido todo sonido o visión que del exterior pueda llegar a su alcance: no debe ser atraído por nada, ni por nadie que se coloque dentro de su radio de percepción o que afecte su sentido del tacto. Entonces estará en condiciones de observar cuales son los pensamientos que surgen de su mente y de contender con ellos.

Como he explicado ya, en la mayoría de las personas los cuerpos astral y mental están en constante estado de actividad, llenos de vórtices que deben ser eliminados antes de poder lograr un progreso real. Son estos los que crean el tumulto de ilusiones que asedian al hombre común y que le hacen extremadamente difícil obtener una visión correcta de cualquier cosa en absoluto. Es un axioma de la enseñanza de Shri Shankaracharya que de igual manera que el ojo puede ver bien una cosa cuando está fijo en ella, pero no cuando se mueve de un lado a otro, la mente puede sólo entender las cosas con claridad cuando está quieta. Pero si está llena de vórtices, es seguro que estos deformarán su visión, creando ilusión.

A la mente se le llama el *Raja* o rey de los sentidos. En alguna ocasión se habla de ella como de un sentido, como en el *Gita*, cuando dice:

*“Una partícula de mi propio Sér, transformada.
En el mundo de la vida, en un espíritu inmortal, se
rodeó de los sentidos, de los cuales la mente es el
sexto, velada en la materia”. (1)*

Es obvio que la mente actúa como una especie de rey de los sentidos, ya que corrige las percepciones de los mismos e indica también la presencia de los objetos que están más allá del alcance de ellos, como cuando al notar una sombra en el quicio de una puerta, inferimos que alguien está ahí.

¿Qué cosa es la mente, con la cual el aspirante tie-

(1) Obra citada, V-7

ne que enfrentarse con tanta seriedad? Patanjali trata este punto al definir la práctica del yoga como *chitta-vritti-nirodha*, que significa refrenamiento (*nirodha*) de los vórtices (*vritti*) de la mente (*chitta*). Entre los vedantinos o en la escuela de Shri Shankaracharya, el término *antahkarana* no se usa como nosotros solemos emplearlo por lo general, sino que indica la mente en su pleno sentido. Significa para ellos literalmente el órgano interno completo o instrumento entre el ser interno y el mundo exterior, y siempre se le describe como de cuatro partes: el “Yohacedor” (*ahamkara*); visión interna, intuición o razón pura (*budhi*); pensamiento (*manas*) y discernimiento de los objetos (*chitta*). Son estas dos últimas partes lo que el hombre occidental denomina por lo común su mente, con sus poderes de pensamiento abstracto y concreto: cuando piensa en los otros dos procesos, se los imagina como algo que está ya por encima de la mente.

El teósofo puede reconocer en estas cuatro divisiones vedánticas, su usual nomenclatura de *atma*, *budhi*, *manas* y la mente inferior. Madame Blavatsky llama a la última *kama-manas*, porque es la parte de *manas* que trabaja con el deseo y que, por lo mismo, está interesada en los objetos materiales. *Kama* no debe entenderse solamente como relacionado con los bajos deseos y con las pasiones, sino también con toda clase de deseos o intereses en favor del mundo externo. Todo el triple yo superior es, desde este punto de vista, solamente el *antakarana* (o agencia interna) entre la mónada y el yo inferior. Se ha con-

vertido en una tétrada, a causa de que manas es dual en la encarnación.

Las tres partes del yo superior se consideran como tres aspectos de una gran conciencia o mente; todos ellos son modos de conocimiento. Atma no es el ser, sino la conciencia que conoce al ser; budhi es la misma conciencia al conocer la vida de las formas, por su propia directa percepción, manas es la misma conciencia cuando mira el mundo de los objetos y kama-manas es un fragmento de esta última sumergida en ese mundo y afectada por él. El verdadero yo es la mónada, cuya vida es algo más grande que la conciencia, que es la vida de esta mente completa, el yo superior. Por tanto, Patanjali y Shankara están de completo acuerdo: es chitta, el kama-manas, la mente inferior, el destructor de lo real y tiene que ser destruido.

Gran parte de lo que los teósofos llaman ahora cuerpo astral, puede incluirse en la idea hindú de kama-manas o chitta. Madame Blavatsky habla también de cuatro divisiones de la mente. La primera es manas-tajasi, el manas resplandeciente o iluminado, que, en realidad, es budhi, o, por lo menos, aquel estado del hombre en el cual su manas se ha sumergido en budhi no teniendo ya voluntad propia. Luego está manas propiamente dicho, el manas superior, la mente de pensamiento abstracto, viniendo después el antahkarana, término que usa Madame Blavatsky simplemente para indicar el eslabón, canal o puente entre el manas superior y el kama-manas durante la encarnación y, finalmente, viene kama-manas, que es, en esta teoría, la personalidad.

En ocasiones llama a manas el ego-deva, o sea lo divino como distinto del yo personal. El manas superior es divino porque tiene pensamiento positivo que es *kriyashakti*, el poder de hacer las cosas. En realidad todo nuestro trabajo es ejecutado por el poder del pensamiento; no es la mano del escultor la que hace el trabajo, sino el poder del pensamiento que la dirige. El manas superior es divino porque es un pensador positivo, que emplea la cualidad de su propia vida que resplandece desde el interior: tal es lo que significa la palabra divino, que procede de *div*, brillar. Pero la mente inferior es tan sólo un reflector; como todas las otras cosas materiales, carece de luz propia; es algo a cuyo través viene la luz o el sonido; simplemente una *persona*, una máscara.

El antahkarana se considera usualmente, en las obras teosóficas, como un eslabón entre el yo superior o ego divino y el yo inferior o personal. El *chitta*, en ese yo inferior, lo pone a merced de las cosas, de modo que nuestra vida aquí abajo puede compararse a las experiencias de un hombre que lucha en un maelstrom. Pero a esto seguirá después de la muerte, un período de vida celeste. El hombre ha sufrido los embates del torbellino; ha visto muchas cosas; no ha podido, sin embargo, espaciarse en ellas con mente firme y serena, sino con kama-manas, y de aquí que no haya podido entender la significación que tienen para el alma. Pero en el mundo celeste el ego puede ampliar el antahkarana, porque ahora todo se halla en calma; no hay ya que acumular nuevas experiencias: puede examinar y reflexionar tranquilamente sobre todas las cosas pasadas y asimilar su esen-

cia, como si dijéramos, en el ego-deva, pues todas son de interés para él. Así, con mucha frecuencia, el ego comienza realmente su ciclo de vida personal al entrar en el mundo celeste y presta muy poca atención a la personalidad durante el período de recolección de materiales.

En ese caso, el aspecto de la mente, que en la clasificación de Madame Blavatsky se designa con la palabra antahkarana, funciona muy poco antes de la vida celeste: pero si el hombre se propone alcanzar experiencia en los planos astral y mental durante su vida física, necesita hacer descender los poderes del yo superior, a través de ese canal, por medio de la práctica de dharana o concentración, y convertirse en dueño completo de su personalidad: en otras palabras, debe eliminar los torbellinos astrales y mentales. Un hombre genial en determinado campo de acción puede aplicar fácilmente una concentración tremenda a su manera particular de obrar; pero al cesar en esto, su vida ordinaria puede muy bien hallarse todavía llena de estos torbellinos. No es esto lo que nosotros nos proponemos: aspiramos no menos que a una completa destrucción de ellos hasta aplacar la mente inferior y hacer de ella en todas las ocasiones, un tranquilo y obediente siervo del yo superior.

Estos torbellinos pueden, y lo hacen constantemente, cristalizar en prejuicios permanentes y constituir verdaderas congestiones de materia que parecen verrugas del cuerpo mental. Entonces, si el hombre trata de ver algo a través de esa determinada parte del cuerpo, no puede ver claramente: todo está

deformado, pues en ese punto la materia mental no tiene ya vida, ni circulación, sino que se halla estancada y corrompida. La manera de curarla es adquirir más conocimiento; poner de nuevo en movimiento a la materia, y entonces todos los prejuicios, uno por uno, se irán eliminando y disolviendo.

En tal sentido es la mente el gran destructor de lo real, pues a través de ella no vemos ningún objeto como es en realidad; sólo vemos las imágenes que de ellos podemos formarnos y todas las cosas quedan necesariamente coloreadas por esas formas de pensamiento que nosotros mismos hemos creado. Observad cómo dos personas con ideas preconcebidas, viendo el mismo conjunto de circunstancias y estando de acuerdo por lo que toca a los hechos que ocurren, harán de ellos, sin embargo, narraciones totalmente diferentes. Esto mismo exactamente es lo que sucede con mucha frecuencia con todo hombre ordinario, sin que nosotros advirtamos cuán absurdamente deformamos los hechos. —El discípulo tiene que dominar todo esto; debe “destruir al destructor”. No debe destruir su mente, por supuesto, ya que no puede prescindir de ella; pero sí debe dominarla; es *suya*; pero no es *él*, aun cuando trate de hacerlo creer tal cosa.

La mejor forma de dominar su divagación consiste en usar la voluntad; los esfuerzos de la mente son exactamente iguales a los del cuerpo astral, que siempre está tratando de persuadirnos de que sus deseos son nuestros: hay que enfrentarse con ambas tendencias de una manera precisamente similar.

Aun después de que hayan sido eliminados los

torbellinos que llenan la mente de prejuicios y errores, subsiste mucha ilusión. La traducción de la palabra sánscrita *avidya*, como ignorancia, no es, quizás, muy atinada, aun cuando goce de universal aceptación. Es muy frecuente encontrar en las palabras sánscritas tales matices de significado que hacen muy difícil su correcta traducción al español. Podría decirse en este caso que lo que aquel término indica, no es tanto ignorancia, como falta de sabiduría. Puede un hombre tener almacenada una gran cantidad de conocimientos y no ser sabio, sin embargo; pues el conocimiento concierne a los objetos y a sus relaciones en el espacio y en el tiempo, mientras que la sabiduría es concerniente al alma o conciencia que está incorporada en esas cosas. El político sabio entiende las mentes de su pueblo; la madre sabia entiende las mentes de sus hijos. Por muchos que sean los conocimientos que se tengan de las cosas materiales, si solamente se llega a la visión de la materia y no a la visión de la vida, no se ha alcanzado la sabiduría: se está aún dentro del radio de *avidya*. "Por lo general, el intelecto crece a expensas de la sabiduría", dijo Madame Blavatsky. Así, de esa ignorancia o falta de sabiduría brotan otros grandes obstáculos al progreso espiritual, que suman cinco en conjunto y los cuales reciben el nombre de los *kleshas*.

El primer obstáculo es *avidya*; el segundo, *asmitta*, esto es, la idea de que "yo soy éste" o lo que un Maestro llamó en cierta ocasión "auto-personalidad". La personalidad se va desarrollando en la vida hasta llegar a constituir una cosa perfectamente definida, con formas física, astral y mental determinadas, con

ocupaciones y con hábitos; y no habría ninguna objeción que hacer, si se tratara de un buen espécimen; pero si la vida interna llega a quedar persuadida de que es ella la personalidad, comenzará a servir los intereses de ésta última, en vez de emplearla simplemente como instrumento para su progreso espiritual.

A consecuencia de este segundo error, los hombres buscan la riqueza inmoderada, el poder y la fama. Cuando un hombre pasa inspección a sus fincas de campo, a sus edificios, sus yates y sus factorías, se hincha de orgullo juzgándose grande porque se le llama propietario de esas cosas; cuando oye que todos los labios pronuncian su nombre, cuando advierte que millares de personas piensan en él con elogio, o quizás atacándolo, porque la notoriedad suele agrandar a los humanos cuando no pueden lograr la fama; él se estima como una persona verdaderamente grande. Tal es la "auto-personalidad", una de las mayores supersticiones que existen en el mundo y una gran fuente de perturbación para todos y para cada uno. El hombre espiritual, por lo contrario, se considera afortunado si es dueño de sus manos y de su cerebro y siente satisfacción de poder conservar en su mente las imágenes de millares de seres a quienes poder servir, en vez de regocijarse con el pensamiento de que su imagen está multiplicada y engrandecida en las mentes de los demás: de aquí que la autoperpersonalidad sea el mayor de los obstáculos que se oponen a que el yo superior haga uso de la personalidad y por lo tanto al progreso espiritual.

El tercero y cuarto obstáculos pueden considerarse en conjunto. Son los llamados *raga* y *dwesha*, sim-

patías y antipatías, atracción y repulsión. Surgen estos obstáculos, asimismo, de la autopersonalidad. Indebido es que haga esta patentes sus gustos: es como si un automóvil tuviera voz propia y manifestara su disgusto porque su dueño lo condujera por un camino quebrado o hiciera patente su gozo al transitar por una buena carretera. El camino puede ser malo para el coche, pero desde el punto de vista del que lo maneja, es bueno que haya siquiera un camino que lo lleve hacia donde quiere llegar, lo que sería difícil si no hubiera ese conducto. Es agradable tener sillones, estufas, luz eléctrica y calefacción; pero el que desee hacer progresos tiene que ir a un país nuevo —materialmente hablando en algunos casos— y siempre en pensamientos y en sentimientos. El hombre gusta de aquello que coincide con sus conveniencias establecidas y con sus hábitos: todo aquello que lo perturba es “malo”; todo aquello que concuerda con ellos y los acrecienta, es “bueno”. Semejante criterio sobre la vida no está en armonía con el progreso espiritual; no es que debamos rechazar las comodidades cuando nos lleguen, pero debemos aprender a sentir indiferencia hacia ellas y a tomar las cosas como vengan; esto de dar importancia a lo que nos gusta y a lo que nos disgusta debe desaparecer y ser reemplazado por el sereno juicio del yo superior sobre lo que es bueno y lo que es malo.

El quinto obstáculo es *abhinivesha*, el resultado del anterior, o sea del *dwesha*, el estado de fijarse, de apegarse a determinada forma o modo de vida o a la personalidad. De aquí nace el miedo a la vejez o a la muerte, acontecimientos que no pueden

existir nunca para el hombre en sí, pero que inevitablemente tienen que llegar a su debido tiempo a la personalidad. De este quinto obstáculo puede resultar una verdadera muerte en vida; el hombre gasta su juventud en procurarse los medios que necesita para gozar de comodidades y seguridad en su madurez y luego gasta su madurez en añorar su pérdida juventud o evita usar sus cuerpos por temor a que se gasten. Le pasa lo que a aquel que compra un costoso automóvil y se sienta en su garage, gozando de su nueva adquisición, pero es incapaz de sacar el coche al camino, por temor de que sufra desperfectos. A nosotros nos toca proceder como lo demande el yo superior y tener completo deseo de morir en su servicio, si fuere necesario.

Todos los torbellinos proceden de estos cinco obstáculos: la concentración y la meditación son los medios de disiparlos por completo. Cuando el *kamamas* no gravita ya hacia abajo, el *manas* puede volverse hacia arriba y convertirse en *manas-tajasi*.

Otra palabra sánscrita relacionada con esta autopersonalidad, es *mana*, traducida a veces orgullo, pero que quizá corresponda más bien a amor propio. Esta raíz se encuentra en la palabra *nirmanakaya*, que significa un ser que está más allá de esta ilusión, *nirmana*. Madame Blavatsky dijo que había tres clases o modos de encarnación: primera, la de los *avatars*, los que descienden de las más altas esferas, a las que han llegado en un ciclo de evolución anterior al nuestro; segunda, la de los seres de clase ordinaria que, habiendo pasado por los planos astral y men-

tal, toman un nuevo cuerpo, y tercera, la de los *nirmanakayas*, que encarnan de nuevo, sin intermedio, en ocasiones, después de unos cuantos días solamente. En *La Doctrina Secreta* cita al Cardenal de Cusa, como un ejemplo de esto, quien volvió a nacer prontamente en la personalidad que conocemos como Copérnico; y dice que un renacimiento tan rápido no es cosa poco común. Habla de otras personas como de adeptos; pero no emplea esa palabra exactamente como nosotros lo hacemos ahora, sino en el sentido de que son adeptos o expertos en los planos astral y mental inferior; dice que hay ocasiones en que actúan como espíritus en las sesiones y que los Hermanos de la Sombra se oponen a ellos de una manera especial, posiblemente a causa del progreso que están obteniendo tanto para ellos mismos como para la humanidad en general.

Dice que hay dos clases de *nirmanakayas*; los que han renunciado al mundo celeste, como arriba queda dicho, y los que, en una etapa posterior y más alta, renuncian a lo que ella denomina el nirvana absoluto, para poder seguir ayudando al progreso del mundo. La moderna literatura teosófica limita el término a esta última clase; pero aquí nos referimos a la clase inferior. El hombre que ha destruido al destructor, ha vencido en gran parte los cinco obstáculos y se ha convertido en servidor del yo superior, sin que haya nada en él más que lo conveniente para los propósitos de este último. Ha ampliado su antahkarana de modo tal que durante su vida corporal está en pleno contacto con su yo su-

perior y todo el tiempo ese ego obtiene lo que necesita; la abeja puede ya libar la flor a su deseo, pues no hay tempestad que lo impida; y cuando el cuerpo físico muere, la parte sutil de la personalidad puede nuevamente utilizarse en la próxima encarnación, porque no está llena de torbellinos que representan deseos arraigados, rígidas opiniones y hábitos egoístas de sentimiento y pensamiento.

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

CAPITULO XXXIII.

LO REAL Y LO IRREAL

Cuando su forma le parezca irreal, como le parecen al despertar, todas las formas que se ven en sueños; cuando haya cesado de oír los muchos sonidos, entonces podrá discernir al Uno, al sonido interno que mata al externo.

C. W. L. — El símil del sueño y del despertar se usa con mucha frecuencia en la filosofía oriental. Su uso tiene razón de ser, pero hay que cuidar de que no sea causa de errores.

Cuando despertamos de un sueño ordinario, nos damos cuenta de que nuestros sentidos han sido engañados, de que lo que pensábamos ser una experiencia verdadera, no era, en verdad, nada semejante. Pero no es esto exactamente lo que nos sucede cuando despertamos a una percepción de la realidad espiritual: despertamos a una vida más elevada y más amplia; advertimos por primera vez las limitaciones, tan rudas cuanto del todo insospechadas bajo las cuales hemos vivido hasta entonces. Pero esto no significa que nuestra vida anterior a ese momento ha-

ya sido otra cosa que una decepción inútil. El despertar a las cosas elevadas hace que parezca irracional nuestro estado mental anterior; pero, después de todo, sólo fue así relativamente. Habíamos estado actuando entonces de acuerdo con nuestras luces, según las informaciones que teníamos; unas y otras son ahora en tal forma más amplias, que han hecho cambiar por completo nuestras líneas de pensamiento y acción.

Ni siquiera el vedantista se permite negar que este nuestro sueño del plano físico tenga su valor como factor de ilustración. Un hombre puede estar soñando que una víbora lo amenaza y sentirse muy alarmado por ello; por último sueña sentir la mordida del reptil y este choque lo hace despertar y serenarse al encontrar que la experiencia en su totalidad fue una ilusión. Fué, no obstante, la mordida de la ilusoria serpiente lo que lo despertó a una vida más real. De modo semejante, en el *Gitá*, Shri Krishna dice a su discípulo que la sabiduría es superior a los bienes mundanos, por cuanto expresa: "Todas las acciones, en su integridad culminan en sabiduría".

(1) Ese gran Instructor no condena una vida de actividad, sino que la recomienda en grado sumo; sin embargo, dice que no se debe tener apego a las actividades y a las cosas con ellas relacionadas, sino buscar únicamente la sabiduría que puedan proporcionar. Es en la sabiduría donde el hombre tiene su verdadero ser, ya que él es una parte del Logos. Si presta oídos a la voz de la sabiduría, irá siendo progre-

(1) Obra citada, IV-33

sivamente el amo de sí mismo y de su vida; el sonido interno lo aislará así de los clamores externos que dirigen las febriles actividades de los hombres comunes.

Es perfectamente cierto que un hombre debe cesar de prestar su atención a las muchas cosas que lo circundan y obran sobre él y que debe volverla a su interior, el gran testigo de todas esas cosas; pero no estará completamente libre para proceder así hasta que de una manera completa haya llevado a la práctica su dharma en el mundo externo. Cualquier hombre, en cualquier tiempo, sean los que fueren sus deberes, puede poner sus afectos en las cosas elevadas y no en las cosas terrenas; pero puede no estar libre para dedicar toda su vida a un trabajo elevado hasta que haya satisfecho las demandas del karma que haya generado ya sea en sus vidas anteriores o al comienzo de la presente. Puede, en verdad, sentir vagar; pero mientras le queden deberes físicos, debe retener el suficiente interés para cumplirlos tan perfectamente como sea posible.

Si su deseo de liberación es lo suficientemente fuerte y a menos que su karma le ponga en el camino obstáculos insuperables, probablemente encontrará que pronto se abre ante él el sendero de la libertad. Yo mismo tuve una experiencia de esta clase: recibí un mensaje de mi Maestro, en el que me ofrecía ciertas oportunidades que acepté con la mayor gratitud. Pero si me hubiese sido hecha esa oferta generosa con un poco más de anterioridad, no hubiera yo estado en condiciones de aceptarla, por no haber gozado de

libertad; tenía que dar cumplimiento a una obligación definida que no hubiera podido evadir.

Vairagya tiene dos partes: *apara* o vairagya inferior y *para* o vairagya superior.

Tres son las etapas en el abandono del apego a las cosas externas: primero el hombre se hastía de las cosas que solían causarle placer, pero siente tristeza de haberse cansado de ellas; desea aún gozarlas, pero no puede; luego esa saciedad le impulsa a buscar satisfacciones en todas partes; finalmente, cuando llega a vislumbrar claramente las cosas elevadas, despiertan en él los deseos espirituales; ejercen tan fuerte atracción sobre él, que no piensa ya más en las otras. O bien, habiendo llegado a su conocimiento la existencia de las cosas más elevadas, y decidido a buscarlas, ya en la segunda etapa, se propone observar los defectos de las cosas inferiores, con la idea de crearse un disgusto artificial hacia ellas, o fija su voluntad con rígida determinación para rechazar su atracción y ahogar el deseo por las mismas. Por último, como en el caso anterior, quizá solamente después de muchas fluctuaciones, el hombre ve lo elevado; escucha el sonido interno que mata el externo. Es entonces cuando llega al vairagya elevado.

En el período medio de la lucha, a menudo sucede que el hombre siente una positiva repugnancia por las cosas que fueron antes para él motivo de placer; esto es con frecuencia síntoma de que sólo hasta muy recientemente se ha liberado de esa esclavitud y de que aún teme su atracción; siente que es capaz de sufrir la tentación de su proximidad, y, temeroso de caer, se estremece de temor y evita las ocasiones o

bien las ataca y se esfuerza en destruirlas con vehemencia no razonable. Todos esos aspectos diferentes de la segunda etapa son formas de vairagya inferior.

Entonces únicamente, y no antes, abandonará la región de Asat, lo falso, para entrar en el Reino de Sat, lo verdadero.

Pongamos aquí mucho cuidado para no entender mal. Muchos han supuesto que este pasaje implica que los planos inferiores son mera ilusión; pero no es esto en manera alguna lo que quiere significar. He tratado ya sobre lo real y lo irreal, y explicado que cada plano es real para la conciencia que en él funciona. (1) Lo que sí es cierto es que hasta que el hombre sea capaz de oír la voz interna y de observar la vida desde el punto de vista de los planos superiores, no ha logrado aún una comprensión real de la verdad que se halla detrás de toda esta complejidad de manifestación que nos circunda.

Antes de que el alma pueda ver, debe haberse alcanzado la armonía interior, y los ojos carnales deben haberse vuelto ciegos a toda ilusión.

Antes que el alma pueda oír, es menester que la imagen (el hombre) se vuelva tan sorda a los rugidos como a los susurros; a los gritos de los elefantes furiosos, como al

(1) Ante, Vol. I Págs. 18, 41

zumbido argentino de la dorada mosca de fuego.

Antes que el alma pueda comprender y recordar, debe estar unida con el orador silencioso, de igual modo que la forma en la cual es modelada la arcilla, está primero unida con la mente del alfarero.

La armonía interior es la que existe entre el ego y sus vehículos y también, por supuesto, entre todos esos mismos vehículos. En el hombre común existe una perpetua tensión entre el cuerpo astral y el cuerpo mental, entre los deseos y la mente; y ninguno de estos cuerpos está, en lo más mínimo, a tono con el ego, o preparado para actuar como su vehículo. Hay que purificar la personalidad y abrir y dar amplitud al canal entre esta y el ego.

Mientras esto no se haya conseguido, la personalidad mirará todo desde su muy limitado punto de vista. El ego no puede ver lo que está sucediendo realmente; sólo percibe la imagen deformada en la personalidad, que es como una cámara con lente defectuoso que tuerce los rayos de luz o como una placa o película de mala calidad que da un resultado borroso indistinto y desigual.

Por eso el ego, en la mayor parte de la gente, no puede derivar ninguna satisfacción de la personalidad, hasta que se halla en el mundo celeste. El ego conoce lo verdadero por medio de lo falso; reconoce la verdad cuando la ve y rechaza la falsedad; pero, por lo general, al echar una mirada hacia abajo a la

personalidad, se encuentra con tal confusión de incongruentes formas de pensamiento, que no puede distinguir nada definido; retira su vista desesperado y decide aguardar la quietud del mundo celeste antes de intentar recoger fragmentos de verdad en este incoherente caos. En las condiciones más apacibles de la vida celeste, al presentarse uno a uno las emociones y los pensamientos de la reciente vida física, los examina, a la vívida luz de ese plano, con clara visión, desecha la escoria y guarda los tesoros. El discípulo deberá esforzarse por lograr esta condición mientras está todavía en su cuerpo físico, purificando para ello la personalidad y armonizándola con el alma.

Las posibilidades de caer en errores personales son casi infinitas: supongamos que un gusano, un pájaro, un mono y un viajero ven un mismo árbol simultáneamente. El primero pensará en él como alimento, el segundo como casa; el tercero como gimnasio y el cuarto, como una especie de paraguas; todas estas imágenes serán diferentes entre sí y diferentes también de la concepción que el árbol tiene de sí mismo.

Mientras que la visión está en relación con el exterior, el oído tiende a lo que viene del interior. El hombre tiene que aquietarse para poder oír la voz todavía pequeña; dharana o concentración producirá esta quietud; si el alma ha de oír esta voz interna con certeza y precisión, el hombre externo debe quedar a cubierto de la agitación que producen las cosas externas, del clamor de las grandes rompientes que se estrellan contra él, así como del murmullo delicado de las más leves ondas. Debe aprender a per-

manecer muy en calma, a no tener deseos ni aversiones.

Mal puede invocarse la intuición mientras el hombre no esté totalmente dispuesto a considerar sus mandatos como la guía más aceptable, sin la obstrucción de sus deseos personales. Sería de muy poco resultado esperar que la intuición solucionara cualquier problema de conducta si al mismo tiempo el hombre deseara que la respuesta fuera esta o aquella. Excepto en raras ocasiones, en que la intuición es extraordinariamente fuerte, sólo cuando los deseos personales y las aversiones han dejado de existir, cuando la voz del mundo externo ya no lo domina, puede un hombre escuchar la voz interna que debe ser su guía infalible.

Antes de que el alma pueda comprender plenamente el cúmulo de enseñanza que le viene del exterior y escuchar la intuición que procede de su interior, debe haber otro proceso de armonización, por medio del cual el manas se pone gradualmente a tono con la voluntad que da *dirección* a su vida.

Tres son las etapas en el desarrollo de la conciencia. Durante el sendero probatorio, la conciencia más elevada del hombre actúa sobre el plano mental superior; después de la primera iniciación y hasta la cuarta, la conciencia se eleva firmemente a través del plano búdhico; y, al final de esta etapa, entra ya en el plano átmico o espiritual: se ha unido él entonces con la voluntad, el agente directivo, el que domina su destino. Mientras el hombre, en la etapa de en medio, pudo haber dicho: "Hágase tu voluntad, y no la mía", ahora dice: "Tu voluntad y la

mía son una". Y así como el diseño de la olla que va a hacer el alfarero se halla primero en su mente, y así como el modelo de una raza de hombres existe primeramente en la mente del Manú, que de arriba lo ha recibido, así también la meta final que a cada uno de nosotros corresponde, está ya marcada por la mónada y debe ser alcanzada durante la vida evolucionante del hombre consciente por el principio espiritual que está en su interior.

Hay, pues, una razón para usar en estos tres versos la palabra alma: es el alma, no la personalidad, la que transita por el sendero del progreso. En la primera mitad del sendero, se une de manera más y más completa con el budhi, formando así el alma espiritual, manas-taijasi; pero todo este trabajo se lleva a cabo bajo la dirección del atma, la voz del silencio.

CAPITULO XXXIV.

LA VOZ QUE NOS PREVIENE

Porque entonces el alma oirá y recordará. Y entonces hablará al oído interno

LA VOZ DEL SILENCIO

Y dirá:

Si tu alma sonríe mientras se baña en la luz del sol de tu vida; si canta tu alma dentro de su crisálida de carne y materia; si llora en su castillo de ilusiones; si pugna por romper el hilo argentino que la une al Maestro: sabe, discípulo, que tu alma es de la tierra.

C. W. L. — En los libros ocultos se hacen referencias frecuentes a la voz del silencio y a menudo podemos advertir que lo que se dice en una parte no está de acuerdo con lo que aparece en otras. En los primeros tiempos de la Sociedad solía suceder que nos confundíamos respecto al significado exacto, tratando de que este fuera siempre el mismo. Sólo después de mucho estudio pudimos descubrir que ciertos términos tienen un significado general. La voz del silencio para cualquier hombre es la que le llega de aquella parte suya que está por encima de todo

lo que su conciencia puede alcanzar y que, como es natural, va cambiando conforme progresa su evolución. Para los que ahora están luchando con su personalidad, la voz del silencio es la voz del ego; pero para los que han dominado completamente la personalidad, habiéndola unificado con el ego, en forma tal que el ego pueda ya actuar perfectamente a su través, la voz del silencio es la voz del átma, el espíritu triple en el plano nirvánico. Cuando se llega a este punto, aún hay una voz del silencio: la de la mónada en su plano correspondiente. Cuando el hombre identifica el ego con la mónada y obtiene el adeptado, encontrará todavía una voz del silencio que de arriba le llega, pero en tal caso esa voz será, tal vez, de alguno de los Ministros de la Deidad, de alguno de los Logos Planetarios, como se les llama. Quizá para ellos, a su vez, será la voz del propio Logos Solar y si para este último hay aún una cosa semejante, la voz del silencio será para él la de un Logos superior. Pero de esto ya nada podemos decir.

“La luz del sol de tu vida”, indica aquellos períodos de nuestra existencia personal en los que la fortuna nos sonríe y todo nos parece hermoso y brillante. El ego que halla encanto en ese placer y lo considera equivocadamente como la verdadera felicidad del yo superior, no tiene aún el Vairagya superior, que mata los sonidos externos. En *La Sabiduría Antigua* explica nuestra presidenta cómo el hombre que siente que nada terrenal puede satisfacerlo, ni siquiera aquellas cosas que constituyen los mayores placeres para los mortales comunes, puede, por medio de un fuerte pero tranquilo esfuerzo de

la voluntad, elevarse y unirse con la conciencia superior y encontrarse libre del cuerpo; pero esto es sólo para aquellos que obedecen la primera condición, para quienes no puedan satisfacerse con algo inferior a esa unión.

Los tres cuerpos, físico, astral y mental, que con sus hábitos constituyen la personalidad, son, propiamente hablando, una crisálida en la que la mariposa está tomando su forma gradualmente. En nuestro estado actual de orugas, el alma debe estar en el cuerpo y en el mundo; pero no debe ser *de* ellos; no debe aceptar esa vida como la suya propia, sino que debe comprobar que su vida es independiente de sus vehículos. Y aquí nuevamente debemos poner cuidado para no confundirnos. Es cosa conveniente, más aún, cosa necesaria que el alma se regocije al ascender en su camino; que sonría y que cante dentro de su crisálida; nada hay en ello que pueda ser dañoso; más bien, todo ello es muy conveniente. Lo que *no* debe hacerse es gozar por el bien que únicamente corresponde a la crisálida o por cualquier cosa que afecte agradablemente a la corteza exterior. Sería un error, un error terrible, que el alma llorara dentro de su castillo de ilusión, porque la depresión y la tristeza son siempre erróneas. Pero esto, aunque es cierto, no es lo que se nos quiere decir aquí. Lo que Aryasanga quiere darnos a comprender en su gracioso y poético lenguaje es que el alma no debe ni regocijarse ni entristecerse por ninguna cosa conectada con la crisálida, con el castillo, con cualquiera de las formas exteriores; debe el alma ser indiferente a la forma; debe no sentirse afectada por ninguna co-

sa que a esa forma le suceda. Si no es *indiferente* es todavía de la tierra; aún sufre el apego a este bajo mundo y por lo tanto no está aún lista para su perfecta liberación.

Todo lo que nos circunda está sufriendo cambio eterno; pero el alma debe seguir enérgicamente su camino adelante, sin sentirse afectada por los cambios, pues el dejarse influenciar por tales cosas externas es prueba de debilidad. Recordemos lo que escribe Shakespeare en sus *Sonetos*:

Cuando miro desfiguradas por la mano inexorable del Tiempo las ricas y orgullosas suntuosidades de los monumentos de los siglos sepultos; cuando veo desplomadas las torres en otra época altivas, y al bronce eterno esclavo de la rabia mortal;

Cuando veo al hambriento océano socavar el dominio de las playas, y a la tierra firme apoderarse de la inmensidad del mar, creciendo la ganancia con la pérdida y la pérdida con la ganancia;

Cuando considero semejante intercambio de grandezas, o a la grandeza misma, destruída, al decaer; tantas ruinas me hacen así reflexionar que vendrá el Tiempo y se llevará a mi amor.

Este pensamiento es como una muerte, el cual no puede privarse de llorar, porque conserva aquello que tiene miedo de perder.

Puesto que ni el bronce, ni la piedra, ni los continentes, ni el mar sin límites esca-

pan al poder de la triste mortalidad, ¿cómo podrá defenderse contra su furia la belleza, cuya energía no es más resistente que una flor?

¡Oh! ¿Cómo el aliento melífluo del verano sostendría el asalto inevitablemente fatal de los días que lo atacan, cuando las rocas inexpugnables no son bastante fuertes, ni las puertas de acero tan sólidas, ante el estrago del Tiempo? (1).

Pero el tiempo, en realidad, es un amigo del aspirante, pues precisamente son las cosas más finas, más elevadas y más íntimas, las que están menos sujetas a destrucción. El ocultista aprende esta verdad por el conocimiento y la experiencia y así es como los cambios de las cosas externas llegan por fin a no afectarlo para nada.

El hilo que une el alma con el ego superior es de plata porque la plata es símbolo de pureza. Cada contacto del alma con las impurezas del cuerpo, de las emociones o del pensamiento, es una lucha por romper ese hilo de plata; una tentación de no prestar su oído a esa voz débil todavía.

Madame Blavatsky pone al margen las siguientes notas:

“Gran Maestro” es la expresión usada por los (Lanus o) Chelas para indicar el “Yo Superior”. Es el equivalente de Avalokitéshvara, y lo mismo que el

(1) Sonetos LXIV, y LXV.

Adi-Buddha de los Ocultistas Budhistas, el Atma, el "Yo", (El Yo Superior) de los Brahmanes y el Christos de los Antiguos Gnosticos.

Alma se usa aquí para expresar el Ego Humano o Manas, al que se refiere nuestra división septenaria oculta como "Alma Humana", para diferenciarla de las almas espiritual y animal.

Madame Blavatsky emplea aquí la palabra Maestro en un sentido no usual, indicando que así es usada por los chelás o discípulos. En la posterior literatura teosófica este título se ha reservado para aquel limitado número de miembros de la Gran Fraternidad Blanca que aceptan discípulos de entre aquellos que viven aún en el mundo. Su número es reducido; podría estimarse que un solo Adepto, en cada uno de los rayos, está comisionado para ese trabajo y que todos aquellos que pertenecen a su rayo especial de evolución quedan bajo su cuidado. A nadie que no haya alcanzado el rango de Adepto se le permite asumir total responsabilidad con respecto a un discípulo, aún cuando aquellos que han sido discípulos por determinado número de años, suelen ser utilizados como agentes y reciben el privilegio de aconsejar y ayudar a los aspirantes jóvenes que constituyen una promesa. Estos discípulos más antiguos están siendo amaestrados gradualmente para su futuro trabajo, para cuando les llegue el turno de convertirse en Adeptos, y están aprendiendo a quitar cada vez más, de manos de sus Maestros, el trabajo rutinario dejándolos en libertad

para dedicarse a más altas labores que sólo Ellos pueden desempeñar. La elección preliminar de candidatos para el discipulado está quedando ya a cargo de los discípulos antiguos: los candidatos electos quedan ligados temporalmente con ellos más bien que con los grandes adeptos directamente; pero los discípulos están unificados con el maestro tan maravillosamente, que podría decirse que esa unificación es casi "una distinción sin diferencia".

Comprenderemos mejor los términos que usa Madame Blavatsky en estas notas, si estudiamos las diversas trinidadas en el universo y en el hombre. Es experiencia de todos que existe la dualidad del conocedor y de lo conocido, del que ve y de la cosa que es vista, del sujeto y del objeto. Tal es la vieja división del mundo de la experiencia en dos partes, espíritu y materia, tomando estos dos términos en su significado general, en su significado de sentido común. Espíritu o conciencia, y materia son un par de opuestos; el espíritu es el principio activo; la materia el pasivo; el espíritu tiene centro, pero no circunferencia; la materia tiene circunferencia, pero no centro; el espíritu se mueve por sí mismo; la materia se mueve por el impulso exterior. En estos dos tenemos también la división de realidad en lo divino y en lo material; lo libre y lo sujeto; lo que brilla con propia luz y lo que sólo tiene luz refleja.

Al examinar esto más de cerca, se observa que esas dos entidades están representadas, digámoslo así, en un escenario que se halla ante nosotros; que no son ellas el principio N° 1 y el principio N° 2, como mu-

chos creen, sino que son el principio N^o 2 y el N^o 3, pues el que ahora presencia su interrelación, es el N^o 1; el N^o 2 es el *Dios que es visto*; pero el N^o 1 es el Dios que es el Sér verdadero, que es la causa de toda la interrelación entre el N^o 2 y el N^o 3.

En la terminología cristiana, Cristo es el Dios que es visto. "Ningún hombre ha visto nunca a Dios". (1) Pero también Cristo dijo: "Yo y mi Padre somos Uno." (2).

Esto nos conduce al término Avalokiteshvara. Esta palabra se compone de *avalokita* (visto) e *Ishvara* (Dios, el Regente) significando así el Sér Superior en la dualidad de espíritu y materia en el universo. "Tres son los que dan testimonio en el cielo", dijo San Juan, "el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo". (3) El Verbo, el Logos, Avalokitésvara, es el Segundo. Es el Cristo, el Dios que es visto. Este es el espíritu universal o purusha, que se distingue de la materia o prakriti. El hombre es conciencia que mira la materia y este Dios es el hombre universal o glorificado, el sujeto supremo. Analizaos a vosotros mismos y encontraréis el reflejo de ésto, el Dios interno en vosotros. Sin embargo, únicamente ese Dios que es visto da el testimonio del Dios real, del ego en el hombre, del "yo" que abarca a la vez el sujeto y el objeto.

Este "yo" no es un nuevo sujeto que observa los antiguos sujeto y objeto, que juntos constituyen ya

(1) Primera Epístola de Juan.—IV-12.

(2) Juan—X-30.

(3) Primera Epístola de Juan. V-7.

un nuevo sujeto compuesto: es "yo" y esto es todo lo que se puede decir.

Cualquier hombre que piense puede mirar su propio cuerpo físico, y en algunos casos sus cuerpos astral y mental también y llamarlo "esto"; quiere decir, que puede considerarlos como un objeto. También puede tener un concepto de la conciencia o sujeto de su prójimo e inferir que es de la misma naturaleza que aquella conciencia que encuentra en sí mismo (que consiste en voluntad, sentimiento y pensamiento). *Pero en este punto sufre un grave error*, al dar nombres diferentes a la misma cosa: cuando ve esa cosa en su prójimo la llama "tú" y cuando ve esa misma cosa en él, ¡la llama "yo"! Observe el hombre la conciencia o sujeto que hay en él (en su totalidad), tal como lo hace cuando se trata de los demás y llámela "tú", considerándola exactamente como una gota en el gran mar de "tus" que constituyen al Logos, como gotas de agua que integran el océano y estará en condiciones de trascender la conciencia y alcanzar el verdadero "Yo", el Sér o Dios, que no es visto. (1) Esta conciencia, el "tú" es una porción de Avalokiteshvara, el Dios que es visto, el Cristo, la luz que alumbra a todo hombre que viene al mundo; en la misma forma en que los cuerpos son partículas de materia cósmica; y ambos, por igual, no son el Sér. Nadie ha visto al Supremo Dios jamás: ni siquiera el Hijo.

Esta trinidad se ha considerado de varias maneras:

(1) Este argumento se explica en *Los Siete Rayos de Ernesto Wood*, Capítulo XXI.

Avalokiteshvara ha sido descrito por Swami T. Subba Rao, en la forma siguiente: "parabrahman por sí mismo no puede ser visto como Aquello es. Aquello es visto por el Logos con un velo que le encubre y ese velo es la poderosa expansión de la materia cósmica". Y añade: "Parabrahman, después de haber aparecido por una parte como el Ego y por otra parte como Mulaprakriti, actúa como la energía una a través del Logos". El peligro de todas estas descripciones es inmenso; el uso de la palabra "Aquello" solamente, en lo que a esto concierne, puede causar una completa confusión. La verdad debe buscarse saliendo del cautiverio *de uno mismo*. Tan sólo Yo, siendo Yo, puedo resolver este misterio, que es cosa fácil, pero que la gente no puede desentrañarlo. Puede objetarse fuertemente aún el empleo de la palabra Dios para designar a Parabrahman, ya que pensar en Dios es pensar en lo que es visto, esto es en Avalokiteshvara, y aquel Dios, después de todo, es un "tú, o más bien, todos los "tús".

El concepto del sujeto "tú" implica una limitación de tiempo: el de objeto o "esto" implica una limitación de espacio. Pero el movimiento, tanto en el tiempo como en el espacio, es un misterio. Algunos escritores antiguos arguyen que nada puede moverse en realidad, "porque nada puede moverse en el espacio donde está, y, ciertamente, nada puede moverse en el espacio donde no está". Pero los sujetos pueden moverse en el tiempo y los objetos pueden moverse en el espacio, porque todo movimiento es Parabrahman. Tanto el tiempo como el espacio son se-

cundarios al movimiento, concibiendo las cosas propiamente. (1)

"Y estos tres son uno". (2) Mulaprakriti, la raíz de la manifestación, la materia básica, el ser externo, no es algo distinto de Parabrahman; sino que es lo mismo cuando se ve a través de las limitaciones temporales de la conciencia. Parabrahman está más allá de las limitaciones del tiempo, y por lo tanto, parecería estar quieto y de aquí dimana la apariencia de espacio, la característica de Mulaprakriti que es en realidad un espacio que contiene todas las cosas que han existido siempre y que existirán durante los tres períodos de tiempo: pasado, presente y futuro. Por consiguiente, la conciencia universal, el gran Hombre, llamado también Daivaprakriti (la manifestación divina), en contraposición de Mulaprakriti (la manifestación material), es Avalokiteshvara, el Ishvara o Regente, el Dios que es visto, en contraposición a Parabrahman, el primer miembro de la Trinidad, que no es visto directamente ni siquiera por El.

Ahora bien: en la triada superior de la conciencia del hombre tenemos un reflejo de esta gran Trinidad. Por lo tanto Madame Blavatsky dice que el Espíritu Superior, con lo que quiere significar buddhi o el amor intuicional, es el *equivalente* de Avalokiteshvara. Cualquier confusión en nuestro pensamiento de la realidad universal con atma, buddhi y manas —las tres modalidades de conciencia en el hombre—, puede ocasionar un serio error; pero hay una analogía entre

(1) Véanse *Los Siete Rayos*, cap. VIII.

(2) Primera Epístola de Juan. V-7.

las dos. La gran Trinidad se refleja de varias maneras en el hombre y aparece en una forma en estos tres aspectos de su conciencia, así como átma, buddhi y manas reflejan en su pequeña esfera las características de la trinidad universal. Atma es la conciencia del yo y también la voluntad que da la auto-dirección. Manas, en el otro extremo, es la conciencia del mundo y su poder de pensamiento hace todo nuestro trabajo aun aquel que se efectúa con las manos. Pero buddhi, que está entre los dos, es la verdadera esencia de la *conciencia*, de la *subjetividad*.

Así es como la gran Trinidad se reproduce en la conciencia del Ego.

Más allá de este miembro intermedio de triple carácter está la Mónada en el hombre, que representa en él a Parabrahman, el estado de su verdadero y absoluto nirvana, más allá de la conciencia. El atma es el estado de su falso y relativo nirvana del plano nirvánico, su última ilusión que subsiste entre la cuarta y la quinta iniciaciones.

Así como la Mónada está por encima de la trinidad de conciencia, así los cuerpos personales están por afuera o por debajo de ella; solamente pueden ser conocidos en su reflejo en manas. En la primera mitad del sendero (de la primera a la cuarta iniciaciones) el hombre tiene la tarea de liberarse de esas limitaciones personales, de la ilusión de "esto". En la segunda mitad tiene por delante el trabajo de libertarse de la ilusión de "tú".

Quedan aún algunos puntos más que tomar en consideración en las notas de Madame Blavatsky. Su

referencia a Adi-Budha y Atma requiere algún comentario, aun cuando la que hace sobre el Cristo de los gnósticos, queda suficientemente aclarada con lo asentado arriba. El "Atma de los brahmanas" es más bien lo que los budhistas creían que los brahmanes entendían por ese término brahmánico (y lo que quizá muchos de los brahmanes, que malinterpretaron este punto de su filosofía, pensaron en realidad); es el alma espiritual del hombre que el Buda declaró que no es del todo permanente. Sí; aun el Cristo (el ego superior) en el hombre, es al final, mortal. Bello y maravilloso y muy por encima, como se halla, de la visión del hombre común, debe, por fin, desasirse de su vida para unificarse con el Padre.

Es el "tú" disfrazado de "yo" en los hombres espirituales, tal como, muy anteriormente en la evolución, la absurda personalidad, el "esto" pretendía ser el "yo". Pero cuando el Buda dice que la creencia de ellos en atma es errónea, el budista ortodoxo no ha podido comprender la elevación del verdadero pensamiento brahmánico y de una manera especial la enseñanza de Shri Shankaracharya, que fué en realidad uno con el Buda en su doctrina de anatma, pues por atma entendió la Mónada, el indescriptible aspecto parabrámico del hombre. Vió el Buda que la gente llamaba "tú" al atma, al Sér y trató de sacarlos de este error diciéndoles que lo que ellos llamaban "yo" era perecedero.

En la nota de Madame Blavatsky dice que Avalokiteshvara es lo mismo que Adi-Buddha. En *La Doctrina Secreta* amplía esta afirmación como sigue:

“En el Budismo esotérico del Norte y aun en el exotérico, Adi-Buddha... el Uno Incognoscible, sin principio ni fin, idéntico a Parabrahman, emite un Rayo brillante de su Oscuridad. Este es el Logos, el Primero, o Vajradhara, el Supremo Buddha, llamado también Dorjechang. Como Señor de los Misterios no puede manifestarse, pero envía al mundo de manifestación su Corazón —el “Corazón de Diamante”, Vajrasattva o Dorjesempa. Este es el Segundo Logos de la Creación. (1)

En este extracto deja ella ver claramente que el Primero y el Segundo Logos son respectivamente Adi-Buddha y Avalokiteshvara, pues el último es igual a Vajrasattva. Así, pues, cuando habla ella de ambos como de uno, solamente puede hacerlo como cuando los cristianos hablaban de Cristo como de uno con el Padre. Este punto lo trato yo en *La Vida Interna*, Sección II, como sigue:

“Mucho se ha discutido con respecto al significado exacto de los términos Adi-Buddha y Avalokiteshvara. Yo no he estudiado especialmente estas cosas desde un punto de vista filosófico, pero hasta donde he podido aclarar en la discusión que he tenido con los exponentes encarnados de la religión, Adi-Buddha parece ser la culminación de una de las grandes líneas del desarrollo super-humano, lo que pudiera llamarse

(1) Obra citada, Tomo 1, pág. 624.

el principio abstracto de todos los Buddhas. Avalokiteshvara es un término que pertenece a la Iglesia del Norte y parece ser el nombre que los budistas dan a su concepción del Logos. Los estudiantes europeos han traducido este nombre como “El Señor que mira hacia abajo desde arriba”, pero esta traducción parece llevar implícita cierta inexactitud, ya que claramente este es siempre el Logos manifestado; a veces el logos de un sistema solar y a veces un Logos superior, pero siempre manifestado. Debemos no olvidar que mientras que los fundadores de las grandes religiones ven y conocen las cosas que nombran, sus discípulos suelen no verlas; sólo conocen los nombres con los que hacen únicamente malabarismos intelectuales, incurriendo así en muchas incorrecciones e incongruencias”. (1)

Hemos visto ya que con el término El Yo Superior Madame Blavatsky quiere significar el buddhi en el hombre, el miembro central de la trinidad de su conciencia inmortal. Pero es un reflejo de la Sabiduría universal, sin el cual no podría haber humana sabiduría. De modo semejante, sin el Dhyani-Buddha Avalokiteshvara, el “centro de energía”, de la sabiduría final, Adi-Buddha, no podría ningún ser humano llegar a ser Buddha. La Iluminación del sabio Gautama, por lo tanto, no fué, esencialmente, el florecimiento de un hombre en un Dios, sino la unión de la conciencia humana perfecta con la Sabiduría del Logos.

(1) Obra citada, Tomo 1 pág. 169.

La segunda de las notas que estamos considerando habla no solamente del manas como el alma humana, sino que se refiere también al alma animal en el hombre. Este es el manas inferior, el kama-manas. En este plano residen las almas-grupo de los animales, mientras que las almas del reino vegetal están aún en el plano inferior a este y las del mineral, más abajo todavía. A estos significados de los términos Alma, Yo Superior, etc., Madame Blavatsky se apega con perfecta consistencia a través de todo el libro.

CAPITULO XXXV

EL YO Y EL TODO-YO

Cuando tu alma en capullo presta oído al bullicio mundanal; cuando responde a la rugiente voz de la gran ilusión; cuando temerosa a la vista de las ardientes lágrimas de dolor, y ensordecida por los gritos de la desolación, se refugia tu alma, a manera de cautelosa tortuga dentro de la concha de la personalidad, sabe, oh discípulo, que tu alma es santuario indigno de su "Dios" silencioso.

Cuando, ya más fortalecida, tu alma se desliza de su seguro refugio, y arrancándose del tabernáculo protector, extiende su hilo de plata y se lanza adelante; cuando, al contemplar su imagen en las olas del espacio, murmura: "Este soy yo"; declara, oh discípulo, que tu alma esté presa en las redes de la ilusión.

C. W. L.—Al principio de este pasaje, en la expresión "alma en capullo", tenemos una indicación de la idea de evolución. Durante muchos siglos los europeos

no pensaron en la evolución: tuvieron la idea de que el mundo, con todas sus diversas criaturas había sido creado repentinamente y no supusieron que las formas más complejas habían procedido de las inferiores y que habrían de convertirse en algo más perfecto. Vino luego la idea —desde hace cosa de ciento cincuenta años— de que las formas materiales de las criaturas vivientes estaban siguiendo un desarrollo que algunos creyeron que era debido a un impulso de la vida immanente y otros a la acción selectiva del ambiente natural.

Pero hace mucho tiempo existe una teoría de la evolución del alma, que ha sido siempre la doctrina central de las tradiciones indúes y budistas y que ha sido difundida profusamente por los teósofos durante los últimos cincuenta años, juntamente con la doctrina de la reencarnación. Esta ha sido expuesta como la teoría más lógica y más acorde con la ética por lo que concierne al destino humano, una vez que haya quedado establecido, en los campos religioso y científico, que el alma humana sobrevive a la muerte del cuerpo. El alma encarna muchas veces con el fin de obtener experiencia y cada uno de los humanos llegará a ser así al final, no sólo un genio en determinado campo del pensamiento o de la actividad, sino un hombre perfecto, capaz de divinidad plenamente consciente.

Hay dos grandes etapas en el sendero de la evolución del alma: la primera se llama *pravritti-marga*, el camino hacia adelante; y la segunda, *nivritti-marga*, el camino de retorno. En el primero se verifica el desarrollo de la personalidad, a la vez que la acumulación de

karma conforme el alma prosigue su inquieta carrera ansiando dar satisfacción a sus múltiples deseos en el mundo exterior. En el segundo, el alma, paso a paso va dando gradualmente su espalda al mundo y volviendo su faz hacia lo divino, su fuente y su meta, prosigue la tarea de perfeccionarse a sí misma, hasta alcanzar el fin de la evolución humana.

Es esta segunda etapa, *nivritti-marga*, la que está dividida en sendero probatorio y sendero de la iniciación, que han quedado totalmente descritos en *El Sendero del Discipulado, La Iniciación y el Perfeccionamiento del Hombre y Los Maestros y el Sendero*. Esta marga implica un curso de evolución voluntaria, en el cual el candidato se ejercita deliberadamente en las elevadas cualidades del carácter: la evolución de las criaturas inferiores y del hombre durante el *pravritti-marga* es involuntaria; en esta etapa buscan y responden a las experiencias y aprenden sin tener una clara idea de lo que les está sucediendo.

En una nota al margen, respecto a la palabra ilusión, Madame Blavatsky la denomina Maha-Maya, la gran ilusión, el universo objetivo. El significado de la palabra ilusión, aplicada al mundo externo, se ha explicado ya. No encierra esa palabra la misma idea que aquella a que se hace referencia en el texto como “redes de ilusión”, palabras con las cuales se alude —como se dice en otra nota— a “Sakkayaditthi”, el engaño de la personalidad.

Cuando el señor Buda reveló a los hombres el Noble Octuple Sendero, el camino de la libertad, los medios prácticos para poner término al dolor, les habló de

las diez cadenas de que el candidato debía desasirse, una tras otra. La primera de ellas se denomina Sakkaya-ditthi, el engaño de la personalidad. Nace un niño, sujeto al karma, esto es, al resultado de sus vidas pasadas. Tiene un cuerpo de cierta clase, al que acontecen varias cosas. Con el curso del tiempo oye el niño lo que la gente dice de él y va sabiendo lo que puede hacer y lo que no le es dado hacer. Se ve a sí mismo en esas cosas como en un espejo: uno de esos espejos que deforman las figuras y que suelen encontrarse en lugares de diversión para hacer reír a la gente con imágenes grotescamente aplanadas o alargadas. Así obtiene el niño ideas sobre sí mismo: que es inteligente o estúpido; hermoso o feo, débil o fuerte. Al irse educando va adquiriendo posición social y carácter y contrayendo los hábitos corporales y mentales de un doctor, de un abogado, de un ama de casa, según lo que fuere y en esta forma va estableciendo una definida *personalidad* fija. Cuando piensa que él es esa personalidad, tiene lo que se llama "auto-personalidad": es víctima de una idea engañosa, en la misma forma en que los infortunados seres recluidos en un manicomio son víctimas de una ilusión cualquiera, imaginándose, por ejemplo, que son una tetera, un tambor, el polo norte, la Reina Isabel o Napoleón.

Un grupo definido de cuerpos y una personalidad bien amaestrados y con hábitos útiles, es, claro está, una cosa conveniente, de igual modo que lo es un buen juego de instrumentos o un buen automóvil: no así una personalidad débil o extravagante. Pero por buena que pueda ser nuestra personalidad, no debemos

creer que sea nosotros mismos y debemos ser capaces de gozar de todo nuestro nativo poder de voluntad, de todo nuestro poder de amor y de todo nuestro poder de pensamiento en pro de nuestros propósitos de vida espiritual en el mundo material. Estas personalidades no deben erigirse a sí mismas como candidatos a la inmortalidad ni tratar de atrincherarse contra los estragos que el tiempo y el uso causan en todas las cosas materiales. Un hombre de cierta edad dijo en una ocasión a un hijo suyo que se ofreció a relevarlo de cierto trabajo: "No, no, hijo mío; siempre hay que emplear primero a los viejos". Las personalidades deben siempre estar deseosas de ser usadas, de adaptarse a los propósitos espirituales del momento; de ser gastadas en la actividad y deben quedar satisfechas con la única recompensa de un largo y glorioso devachán, que es lo que sigue a la muerte del cuerpo externo en el caso de todos aquellos que han servido al divino ser interno, excepción hecha, por supuesto, de los servidores del Maestro que renuncian a esa recompensa y vuelven a encarnar rápidamente para poder trabajar en beneficio del mundo.

Esta tierra, discípulo, es la mansión de dolor, en donde hay colocados, a lo largo del sendero de tremendas pruebas, lazos para coger a tu Ego por medio de la ilusión llamada "La Gran Herejía".

Que el plano físico es un lugar de dolores es idea muy difundida en el pensamiento budista e indú. Trabajo inadecuado, con frecuencia debilitante o deformante, opresión, enfermedad, ultraje y temor, son el

lote que toca a la mayoría de la humanidad. Aquellos cuya suerte los ha colocado en condiciones de comodidad pueden decir que hallan mucho placer en ello: pero Patanjali dice: "Para el iluminado *todo es miseria*". Hay muchas cosas que no ocasionan molestias a aquellos que sólo son relativamente evolucionados, por ejemplo, el olor del alcohol, de la carne, de la cebolla; el ruido de las sirenas de las fábricas, de la música vulgar, de la forma grosera en que se conducen los demás; el vestir repugnante, los grotescos edificios y millares más de otras cosas que lesionan a los más sensitivos. A más de todo esto, existe el ansia de adquirir lo que no se tiene; el temor de perderlo cuando ya está adquirido y el sufrimiento por los demás, cuando no por nosotros mismos. Seguramente que el hombre debe estar loco cuando se abraza a tales cadenas. Efectivamente este mundo es de verdad una mansión de dolor. Considerad cuán pobre es, cuando es mejor, desde el punto de vista de los que conocen los planos más elevados.

Pero esto es así, principalmente, porque el hombre así lo ha hecho. Pensad en el vasto océano de vida que anima los reinos mineral, vegetal y animal de la naturaleza y cómo toda esa vida palpita de placer. Aun la terrible descripción del poeta que pinta "la naturaleza con dientes y garras rojas por la sangre de su presa", pierde mucho de su horror si nos damos cuenta de que los animales no piensan, como el hombre, "antes y después" con dolorosos anhelos y temores; y si advertimos que mientras prosiguen las batallas y la sangre y las heridas conmueven a los humanos, la excitación de la

conciencia animal se halla en la cumbre y con frecuencia experimenta su mayor placer. La tierra es un valle de dolor sólo para el hombre que con su codicia y su ira, nacidas de una fuerte imaginación que alimenta las llamas de un cálido deseo, ha envenenado con horrores innumerables, tanto su vida personal como su vida social.

Sin embargo, basta con aniquilar el *egoísmo* para que desaparezcan todos esos horrores y para que se hagan accesibles para toda la humanidad los goces de este mundo, el deleite y la profunda paz de la belleza, del descubrimiento, del trabajo creador, del bienestar social y corporal.

Madame Blavatsky, en una nota al calce, habla de:

Attavada, la herejía de la creencia en el alma, o mejor dicho, en la separatividad del alma o Yo, del Sér único, universal e infinito.

Atta es el término pali equivalente al sanscrito *atma* y *vada* significa doctrina. La doctrina de *atma*, que ya hemos considerado, es la gran fuente de división entre indués y budistas; pero, de hecho, esta distinción no pasa de ser una cuestión de palabras, porque cuando el indú dice que el sér o átma en el hombre es uno con el Sér universal, no quiere significar con esas palabras lo que los hombres entienden cuando hablan o piensan en sí mismos, sino algo totalmente más profundo, algo que sólo el yogui avanzado puede aun imaginar. Hay un pasaje en el *Shri Vakya Sudha* que advierte al aspirante que al repetir la gran fórmula religiosa "Yo soy Aquello", debe poner cuidado en lo que entiende por

“Yo”; explica que el individuo, separado debe entenderse como triple, y que es solamente la unión con Brahma del más elevado de estos tres, la que se proclama diciendo “Tú eres Aquello” y otras expresiones semejantes. Como ya queda explicado, la personalidad no es “yo”, y aún el “tú” en mí no es “yo”, sino que el “yo” es algo indistinguible del Sér universal, en el cual los muchos y el Uno son uno. El Señor Budha en su enseñanza niega la permanencia del “tú” que los hombres llaman “yo”.

Es cosa lamentable que dos religiones tan grandes como el budismo y el induísmo hayan sufrido separación debido principalmente a una mala comprensión tan insignificante y asímismo, que a causa de ello el moderno movimiento teosófico se haya extendido muy lentamente entre los budistas. Hemos producido una extensa literatura teosófica en la que las palabras atma y Sér se hallan profusamente empleadas, y esto ha malquistado a muchos budistas que no se han tomado el trabajo de allanar este obstáculo de palabras que, sin advertirlo, hemos puesto en su camino.

Esta tierra, oh ignorante discípulo, no es sino el sombrío vestíbulo que conduce al crepúsculo que precede al valle de la luz verdadera; aquella luz que ningún viento puede extinguir; aquella luz que arde sin pabulo ni combustible.

En este y en algunos otros versículos encontramos que se dan nombres poéticos a los planos de la naturaleza. Como queda dicho con anterioridad, era fre-

cuenta entre los ocultistas orientales agrupar los planos astral y mental inferior y Madame Blavatsky procede frecuentemente en su enseñanza en la misma forma. Esta combinación de los dos planos está indicada en la descripción de un “crepúsculo que precede al valle de la luz verdadera”. Esa descripción del valle de la luz verdadera muestra que es la región del Alma y del Yo Superior, planos donde el budhi y el mental superior tienen su residencia.

Si trazáramos una línea para separar el plano mental inferior del plano mental superior, nos encontraríamos con una diferencia radical entre ambos, esto es, entre el que queda por abajo de la línea y el que queda por encima de ella; en el primero predomina la materia; es lo primero que atrae la vista y la conciencia brilla con dificultad a través de las formas; pero en el plano superior la vida es la prominente y las formas sólo existen para los propósitos de la primera. La dificultad en el plano inferior consiste en dar expresión vital a las formas, mientras que en el superior es todo lo contrario, esto es, en contener y dar forma al desbordamiento de la vida. Es solamente por encima de la línea divisoria donde la luz de la conciencia queda al amparo de todo viento y brilla con su propio poder. El símbolo de un fuego espiritual es muy apropiado para la conciencia en esos niveles, en contraposición con los planos inferiores, para los cuales es más apropiado el símbolo del combustible abrasador.

Dice la gran ley: “Para llegar a ser conocedor del Todo-Yo debes primeramente ser conoce-

dor del Yo. Para lograr el conocimiento de aquel Yo, tienes que abandonar el Yo al No-Yo, el sér al no sér”.

En una nota al calce, Madame Blavatsky distingue entre el Atmajnani que aquí se menciona y el Tattvajnani. En la literatura indú esta distinción es ligera y por lo general ignorada; pero la señora dice: “El Tattvajnani es el conocedor o discernidor de los principios en la naturaleza y en el hombre y Atmajnani es el conocedor de Atmá o el Universal Uno.”

Jnani significa un conocedor y tattva, la verdad o la naturaleza real de las cosas.

Siempre ha sido una enseñanza de la Teosofía el que para progresar debemos aplicar la antigua fórmula griega, “Conócete a tí mismo.” En consecuencia, una gran parte de nuestra literatura teosófica moderna trata de la constitución, historia y destino del hombre. Es por medio del estudio de los diversos principios y cuerpos del hombre como podemos ir gradualmente distinguiendo lo que es, y separándolo en el pensamiento, de los vehículos que emplea, hasta que al final llegamos al verdadero Yo. Entonces, por medio de este Yo verdadero en nosotros, podremos conocer al Yo Universal; en realidad, los dos son uno solo.

Pero para conocer al Yo verdadero en nosotros mismos, el Yo inferior debe desecharse, debe anularse. Como ya hemos visto, la destrucción total de la “auto-personalidad” es la primera tarea del iniciado en el sendero propiamente dicho, ya que sakkayaditthi, la ilusión del Yo personal, es el primer grillete que debe romperse.

Y entonces podrás reposar entre las alas de la Gran Ave. Siempre es dulce reposar entre las alas de aquello que no ha nacido, ni muere, sino que es el Aum a través de las eternidades.

Sobre la Gran Ave, que ocupa prominente lugar en el simbolismo religioso oriental, Madame Blavatsky pone la siguiente nota:

Kala Hamsa, el “Ave o Cisne”. Dice el Nada-Vindupanishat (Rig-Veda), traducido por la Sociedad Teosófica de Kumbakonam: “La sílaba A se considera que es el ala derecha (del Ave Hamsa); U la izquierda; M, la cola y de Ardha Matra (medio metro) se dice que es su cabeza.”

La palabra Aum, que generalmente se pronuncia Om, se usa al principio de toda buena obra o pensamiento, porque es una palabra de poder, que simboliza la creación divina. Innumerables libros sánscritos afirman repetidamente que el oído, el tacto, la vista, el gusto y el olfato, corresponden respectivamente a los órdenes de materia que se denominan *akasha*, (éter o firmamento), *vayu* (aire), *tejas* o *agni*, (fuego), *apas* o *jala* (agua), y *prithivi*, (tierra) que en nuestra nomenclatura son los cinco planos de la manifestación humana, o sean, el átmico, el búdhico, el mental, el astral y el físico. Estos planos fueron creados en el orden expresado, comenzando con el átmico, donde se aplicó el sonido como poder creador. Por supuesto, esto no pudo ser lo mismo que nuestro sonido físico que es una

pulsación en el aire o en alguna otra substancia física; fué de la naturaleza de la voz del silencio, la voluntad o átma. Sin embargo, aun en nuestro plano físico el sonido es un gran constructor de formas, como lo sabe cualquier estudiante de ciencia elemental que haya hecho las figuras de Chladni o practicado experiencias similares. En las escrituras indúes hay mucho simbolismo conectado con la idea de que el mundo fue creado por el sonido.

Se dice que la palabra Aum tiene un valor especial como mantra, porque es la palabra humana más completa. Comienza con la vocal A, en el fondo de la boca, continúa con la vocal U, que suena en el centro de la misma y termina con la consonante M, con la cual quedan cerrados los labios. Recorre, pues, toda la gama del habla humana y así representa en el hombre la palabra creadora completa. Sus tres partes se consideran también como símbolos de la manifestación de la Trinidad en tan gran diversidad de formas, que podrían llenar un libro entero. Así, tenemos Parabrahman, Daivi prakriti y Mulaprakriti; Shiva, Vishnu y Brahmá; voluntad, sabiduría y actividad; ánanda, chit y sat, o felicidad, conciencia y ser; átma, buddhi y manas; tamas, rajas y sattva, y muchas otras. Aum es, pues, un término que constantemente nos recuerda la triple naturaleza de todas las cosas; es, por lo tanto, una clave para la solución de muchos misterios, a la vez que una palabra de poder. La cabeza del ave se toma como el origen inmanifestado del triple verbo.

Kala, palabra que significa "tiempo"; es uno de los nombres de Vishnu o Avalokitéshvara. Kala-Hamsa,

por lo tanto, significa el cisne del tiempo o en el tiempo, pues hamsa significa cisne. Este símbolo de un pájaro contiene implícita la idea de tiempo, ya que procede a través del espacio. Es una característica de la conciencia que progresa o evolucione, y, por tanto, que exista en el tiempo, la conciencia del Logos es tiempo: no principia ni acaba en el tiempo, y es, por eso, sin nacimiento y sin muerte.

El pájaro es pues símbolo del Segundo Logos, que es también la gran Sabiduría. Hay una fábula indú muy conocida que relaciona el hamsa o cisne con la idea de la sabiduría, pues refiere que cuando ante este pájaro se pone una mixtura de agua y leche, puede separar la leche del agua. Así es precisamente como la sabiduría actúa en la vida humana, seleccionando de entre nuestras múltiples experiencias, el alimento esencial del alma. La sabiduría subsiste en el alma espiritual del hombre cuando se han extinguido gradualmente sus experiencias, pues, como dice el Bhagavad-Gita: "Todas las acciones en su integridad culminan en sabiduría." (1).

A un hombre que sigue el sendero y que ha pasado ya la tercera iniciación se le llama también Hamsa o cisne. Su actuación consiste en libertarse de raga y dwesha, la cuarta y la quinta ligaduras, que son las simpatías y las antipatías, y está, por tanto, practicando de una manera especial la sabiduría. Los humanos en el mundo están llenos de simpatías y antipatías y por ello sufren mucho a causa de sus propias opiniones sobre las cosas. Libertado ya de estas dos ligaduras, el

(1) Obra citada - IV - 33.

Hamsa viene a ser como el sabio que se describe en el *Gita*, satisfecho con la sabiduría y el conocimiento, para quien son iguales un puñado de tierra, una piedra y el oro: quien considera con imparcialidad a los amigos y a los enemigos; a los justos y a los malvados; y no es que tal hombre no estime el oro y los amigos, sino que estima también el barro y los enemigos. El hombre sabio puede derivar ventaja de cualquier clase de experiencia; todo es de utilidad para el alma. Tal es la aserción de Epicteto cuando dice: "Solamente para una cosa me ha enviado Dios al mundo: para perfeccionar mi carácter en la virtud; y nada hay en el mundo que no pueda yo emplear para ese propósito".

Hamsa es también una forma de la expresión "Aham Sah", o "I am That" (palabras inglesas que equivalen a "Yo soy Aquello") o como se usa con frecuencia, "So'ham", forma que consiste en las mismas palabras colocadas en orden inverso, (1) y así, al repetir esta frase, el estudiante recuerda a la vez que la forma de montar el Hamsa o pájaro de la vida, es comprender que él es el Sér. Se dice que el yogui devoto pronuncia esta fórmula con cada una de sus respiraciones, las que se estiman en 21,600 durante el día y la noche, pues se considera que el aire es aspirado al pronunciar la palabra "sah" y expirado al pronunciar "ha".

(1) En castellano no se encuentra la semejanza fonética de las voces sánscritas, como sucede en inglés, en este caso. Por ello es que este párrafo no puede traducirse adecuadamente. (N. del T.).

Mientras el pájaro permanece volando, suena la palabra creadora, existe el tiempo. Aun cuando este tiempo no tiene ni principio ni fin, es, sin embargo, un período mensurable, lo cual constituye un gran misterio. En este punto Madame Blavatsky pone la nota siguiente:

La Eternidad, entre los orientales, tiene una significación enteramente distinta de la que tiene entre nosotros. En general, se aplica a los cien años o "Edad" de Brahma, a la duración de un gran Kalpa, o sea un período de 311,040,000,000 años.

Esta parte del asunto termina con las siguientes palabras:

*Monta en el Ave de Vida, si pretendes saber.
Abandona tu vida si quieres vivir.*

A las que se agregan las siguientes notas:

Dice el Nadavindu: "Un Yogui que cabalga en el Hamsa, (meditando así en Aum); no es afectado por las influencias Kármicas o Crores (medida indú) de pecados".

Abandona la vida de la personalidad física si quieres vivir en espíritu.

Un crore equivale a diez millones. No debe, sin embargo, interpretarse que el yogui queda autorizado para cometer tales pecados; no sería yogui si los co-

metiera. Esta expresión es solamente una forma oriental de indicar que el yogui está completamente libre de las manchas del mundo material. El hombre que piensa y obra sin deseos personales, con total altruismo, no sufre consecuencias kármicas. El fruto de todos sus esfuerzos pasa al gran receptáculo de fuerza espiritual para ser empleado en beneficio del mundo, como ha quedado explicado con anterioridad.

CAPITULO XXXVI

LOS TRES VESTIBULOS

Tres vestibulos, oh fatigado peregrino, conducen al termino de las penas. Tres vestibulos, oh vencedor de Mara, te conducirán por tres estados al cuarto, y de allí a los siete mundos, a los mundos del eterno reposo.

Si deseas saber sus nombres, oye y recuerda.

El nombre del primer vestibulo es ignorancia, Avidya.

Es el vestibulo en que tu viste la luz, en que vives y en que morirás. El nombre del segundo es el vestibulo del conocimiento; en el encontrará tu alma las flores de la vida: pero debajo de cada flor una serpiente enroscada.

El nombre del tercer vestibulo es sabiduría, más allá del cual se extienden las aguas sin orillas de Akshara, la fuente inagotable de omnisciencia.

C. W. L.—En el primer caso, el vestíbulo de la ignorancia es el plano físico, y el vestíbulo del conocimiento que se describe en una nota al margen, como el vestíbulo del “conocimiento probatorio” es lo que podría llamarse el plano astro-mental (el plano astral y el plano mental inferior tomados en conjunto). Cuando escribí yo, hace dieciseis años “*La Vida Interna*”, me pareció probable que con el término vestíbulo del conocimiento, Madame Blavatsky aludía al plano astral y que con el término vestíbulo de la sabiduría se refería al plano mental inferior; pero, habiendo pensado mucho sobre este asunto y discutiéndolo muchas veces desde entonces, me inclino hoy a opinar que podemos interpretar más exactamente su pensamiento diciendo que el vestíbulo del conocimiento incluye no sólo el plano astral, sino también el mental inferior y que el vestíbulo de la sabiduría está formado por los planos de manas superior y de budhi.

Que Aryasanga no pensaba en el plano astral como el plano del conocimiento y en el plano mental inferior como el vestíbulo de la sabiduría, queda manifiesto un poco más adelante, cuando habla del último como aquel “en donde son desconocidas todas las sombras y donde la luz de la verdad brilla con gloria inmarcesible”. El plano mental inferior no corresponde a esta descripción; mucho más glorioso y delicado que el plano astral, es aún un mundo material y en el habitan las personalidades humanas. Además, el maestro dice también que lo que es increado, habita en el vestíbulo de la sabiduría, y es el ego, no la personalidad, el que es increado. Y en el plano mental inferior, lo

mismo que en el astral, hay una serpiente enroscada debajo de cada flor, pues si la pasión y los necios deseos infestan el uno, el orgullo y los prejuicios tienen su morada en el otro. En el plano mental superior, aun cuando ahí pueda haber muchas cosas que el ego no conozca, lo que conoce lo conoce correctamente, mientras que el plano mental inferior es región de personalidad y de error.

Hasta qué grado son los planos inferiores mundos de ilusión, se ve también en la manera en que nuestros sentidos y nuestros poderes actúan en ellos. Para dar un ejemplo; vemos porque nuestra vista es obstruída; si pudiéramos ver perfectamente a través de una pared, no podríamos ver la pared; lo mismo acontece con el movimiento: gozamos de cierta libertad para caminar de un lado a otro porque la tierra resiste el libre movimiento de nuestros pies. En los planos superiores se vive en la luz.

La combinación de los planos astral y mental no es poco frecuente en las escuelas orientales de amaestramiento oculto. Los vedantistas hablan de un cuerpo (que llaman manomayakosha, el cuerpo hecho de mente), (1) mientras que nuestra literatura teosófica distingue por lo general, los dos (el astral y el mental) y a ese cuerpo, cuando está despierto y en funciones, le atribuyen las experiencias propias de ambos planos. El aspirante a la senda de yoga, en las Escuelas Rája Yoga, era siempre adiestrado para trabajar del mental, bajando al astral. Este procedimiento, que es muy prudente, se sigue también en la enseñanza de Patanjali,

(1) Véase la Doctrina Secreta Vol. I, Pág. 181.

quien establece que los dos primeros pasos deben ser de carácter moral y requiere un definido progreso en ellos antes de comenzar las prácticas que conducen al despertar de los siddhis o poderes de yoga. En "*Raja-Yoga, el Entrenamiento Oculto de los Hindúes,*" del Profesor Wood, se llama a estos primeros pasos "Los Diez Mandamientos" y los ha traducido como las cinco prohibiciones: "No causarás daño, no mentirás, no robarás, no serás incontinente, no serás avariento" y a las cinco prácticas: "Serás limpio, alegre, dueño de tí, estudioso y devoto". Estos métodos se ponían en práctica plenamente mucho antes de los tiempos de Aryasanga: Pandit N. Bhashyacharya y algunos otros san-critistas, sostienen que Patanjali, que no fue tampoco el creador de tales sistemas, dió al mundo sus famosos *Sutras*, en el siglo noveno antes de Cristo.

En "*Los Maestros y el Sendero*" he explicado ya que en las antiguas Iniciaciones se empleaba con frecuencia mucho tiempo en instruir al candidato en el trabajo astral, pues el despertar del discípulo para obrar a ese nivel se dejaba para un período relativamente posterior al que se acostumbra entre los teósofos modernos, quienes, con frecuencia, han hecho ya mucho trabajo astral y conocido así los detalles de ese mundo, mucho antes de la iniciación.

Si consideramos los tres vestíbulos subjetivamente, como etapas de progreso en el desarrollo humano tendremos la siguiente conocida división: (1) El hombre que vive ignorantemente en el mundo, atraído y repelido por las cosas que le rodean, impulsado a la

acción por sus propias pasiones y deseos no dominados; tal es el estado de ignorancia. (2) El hombre que está comprendiendo que la naturaleza tiene leyes definidas y que está advirtiéndolo que, si obra de acuerdo con ellas, puede obtener mucho más poder del que tenía en los días de su ignorancia; tal es el vestíbulo del conocimiento. (3) El hombre que ha comprobado que hay leyes espirituales y está aprendiendo a obedecerlas: sabe ya de la reencarnación y del karma y de las leyes morales y éticas que rigen el progreso de su propia alma y de la de los demás; se ha dado cuenta de que las cosas externas existen solamente para los propósitos del alma en evolución, y vive de acuerdo con esos conocimientos; este hombre está en el vestíbulo de la sabiduría.

Madame Blavatsky describe esos cuatro estados de conciencia, como sigue:

Los tres estados de conciencia que son: Jagrat, la Vigilia; Swapna, el Sueño; y Sushupti, el sueño profundo; estas tres condiciones del Yogui conducen a la cuarta, Turiya, el estado que excede al sueño sin ensueños, el superior de todos, un estado de elevada conciencia espiritual.

Estos estados de conciencia no son fijos, sino que pueden ponerse en correlación con grupos de planos o vestíbulos objetivos arriba mencionados, en el caso del candidato que está siendo preparado para la iniciación Arhat. En este caso, el estado de vigilia puede ser el fi-

sico; el estado de sueño, el astro-mental; el estado de sueño profundo, el mental superior y el búdhico; y el turiya, el estado átmico.

Los términos de vigilia, sueño y sueño profundo, un tanto curiosos, parecen haber sido elegidos desde un punto de vista del plano físico para designar los grados de elevación de conciencia que alcanza el candidato en diferentes ocasiones. Cuando el hombre en el plano físico, se encamina a sus negocios, con todas sus facultades despiertas en este plano, va en el primer estado. Para comprender lo que es el segundo estado, debemos recordar que hay dos clases de ensueños: las imágenes, a veces disparatadas que produce el cerebro (físico y etéreo), y las verdaderas experiencias del hombre que ha abandonado su cuerpo físico y que actúa y aprende en las regiones astro-mentales; a estas últimas es a las que se aplica el término sueño. Después de que el candidato ha estado dormido, o ha estado casi dormido en un diurno sueño, puede recordar algunas de esas experiencias y atribuírlas a "la conciencia del estado de sueño". Supongamos, sin embargo, que el aspirante, fuera de su cuerpo, pase en cualquier momento a lo que puede llamarse un segundo sueño y se eleve al próximo grupo de planos, hasta llegar a ser consciente, por cierto tiempo, en ese alto nivel: es probable que al despertar físicamente, no recuerde nada de lo que le ha acontecido al estar fuera de su cuerpo, no estando su cerebro acondicionado para registrar experiencias procedentes de planos superiores a su "estado de ensueño"; así, le parecerá haber dormido

profundamente sin haber soñado, y por lo común, sólo experimentará gran satisfacción y bienestar. El estado de "profundo sueño" es, por lo tanto, conciencia en esa región aún más elevada.

Ahora bien; el cuarto estado se suele llamar *trance*, por la razón siguiente: frecuentemente se ha explicado que cuando un aspirante se halla fuera de su cuerpo, puede elevarse a un estado más alto que cuando está en él. Es posible también para el discípulo, al practicar una meditación profunda, elevarse en trance al estado superior y posteriormente hacer bajar esa experiencia a su memoria vigílica. Y así es como el Arhat puede tocar el nivel búdhico mientras está en su cuerpo físico, y el plano átmico o nirvánico mientras está fuera de él, por hallarse en meditación profunda o en trance. El término akshara, que se aplica aquí a la cuarta región, significa simplemente aquella que no se disuelve, lo inalterable.

El mismo grupo de términos puede usarse como una serie relativa para estudiantes de ocultismo menos avanzados. Puede uno tener su conciencia vigílica en el plano físico, su conciencia de sueño en el plano astral, su conciencia de sueño profundo en el plano mental; otra persona, capaz de ejercer sus facultades astrales mientras está en su conciencia vigílica, tendrá su conciencia de sueño en el plano mental inferior, y su conciencia de sueño profundo en el plano mental superior, y así sucesivamente. Turiya es un estado más elevado al que se llega en todos los casos por medio de un esfuerzo especial de voluntad y de meditación

y que es un medio de elevar definitivamente los tres estados, a un nivel más alto que el precedente. Mientras que esta transición está en progreso, antes de establecer un nuevo nivel, habrá siempre este cuarto estado.

Esto se observa en la meditación: tomará asiento el candidato fijando su conciencia vigílica en un objeto cualquiera, en un gato, por ejemplo; de aquí se elevará al "estado de sueño", tratando de darse cuenta del aspecto astral del animal; de aquí ascenderá al estado de "sueño profundo" y prestará atención al ser mental del gato. El cuarto estado sería samadhi, un intento del ego por comprender la significación y realidad del gato, objeto de la meditación, de trascender las tres formas del animal, hasta llegar a su significado subjetivo. El fijar la mente en el gato, es, en el primer caso, concentración; el proceso de elevación de la conciencia, es meditación; la concentración final en un campo más elevado de visión, es contemplación o samadhi. El último esfuerzo puede ser como perforar una nube o una capa de niebla, fuera de la cual la nueva visión se irá formando gradualmente, o bien, de la cual podrá brotar como un relámpago de luz. En cualquiera de ambos casos, el que medita, debe mantenerse muy quieto, con objeto de retener las impresiones durante el mayor tiempo posible: un solo pensamiento en sí mismo, en la vieja relatividad personal, puede disiparlo todo, de manera que no quede ni el menor rastro de memoria de lo que sucedió.

Se dice que los tres vestíbulos conducen al término de las *penas*; no al término de los trabajos, nótese bien. En estos mundos inferiores tenemos un concepto del trabajo en verdad bien diferente al de los niveles elevados. Para nosotros, aquí abajo, la palabra trabajo es casi siempre sinónimo de fatiga, de faena penosa; pero desde un punto de vista más elevado, trabajo es realmente juego, es recreo. La faena penosa es simplemente acción; no crea al hombre que la ejecuta; pero la más pequeña pizca de trabajo, hecha como debe practicarla el ocultista, esto es, cordialmente, "hecha como para Dios y no para los hombres"; hecha mejor que nunca jamás; es buena para la evolución del que la lleva a cabo. Si al escribir una carta, por ejemplo, hace uno todo el esfuerzo para hacerla limpia, hermosa, si es posible, para expresar nuestras ideas breve, clara y graciosamente, habrá uno conseguido el desarrollar la mano, el ojo y el cerebro, el poder de pensamiento, el poder de amor y el poder de voluntad. El trabajo verdadero, tal como el de un artista, está lleno de influencias creadoras y de gozo. Encontramos todavía alguna fatiga en esas cosas, no obstante, a causa de la obstrucción de los planos inferiores; sin embargo, aun aquí mismo, no hay una clara línea divisoria entre la fatiga y el juego. Al dar un largo paseo a caballo, por ejemplo, la primera parte del viaje será deliciosa para el hombre y para el animal; pero de una manera insensible irá sobreviniendo la fatiga, hasta que, de repente, el hombre advertirá que el paseo, que fue un juego al principio, se ha convertido ya en trabajo, o más bien, en fatiga. En otros casos puede

haber una tarea no prolongada, pero algo más allá de nuestra fuerza; entonces hay una sensación de fatiga. Pero todo trabajo es, en realidad un juego, cuando se hace con buena voluntad y sin fatiga o demasiado esfuerzo.

Mucho tenemos que aprender, a este respecto, de los animales y aún de las plantas. "Crece como crece la flor", dice *Luz en el Sendero*, "abriendo tu corazón al sol". Dijo el Cristo: "Mira los lirios del campo, cómo crecen; no se afanan ni inquietan, y, sin embargo, yo te digo que ni Salomón en toda su gloria lucía tanta hermosura como uno de ellos." (1) Es el miedo mortal al mañana lo que vuelve fatiga el trabajo del hombre, lo que lo hace sudar de amargura. Pero la Ley dice: "Obra sabia y correctamente hoy y deja que el resultado venga por sí mismo." No es esta una doctrina de holgazanería, sino de trabajo que es juego en lugar de fatiga. Un ejemplo de esto se ve en la manera como las distintas gentes hacen un largo viaje. Un hombre toma el tren en Chicago y permanece en febril impaciencia durante los tres o cuatro días que tarda la travesía hasta San Francisco, su punto de destino; tiene fija su mente en algo que desea hacer ahí y mientras tanto, su viaje es fatiga y sufrimiento. Otro encuentra miles de cosas interesantes durante el trayecto; el paisaje, la gente, el mismo tren; para él es el viaje un feliz día de fiesta, y al fin, ha logrado mucho más que el primero. El aldeano indú vive muy en contacto con la naturaleza y, ciertamente, crece como crece la flor. Sale un hombre de su aldea

(1) Mateo VI-28 y 29.

para recoger su correspondencia o depositar una carta en la Oficina Postal a 25 ó 30 kilómetros de distancia. Durante su camino no se irrita neciamente sacudiendo sus nervios con esos indecorosos movimientos derivados de un ánimo impaciente. La visión de su correspondencia no es una manía que cierre todos los otros intereses y lo haga maldecir de su largo recorrido; no; se deleita con los insectos, los pájaros, las flores, los ríos, las nubes del cielo, los campos, las casas, la gente y los animales, y por último con la bendita tierra, recostarse en la cual, por algún tiempo, es, para él, reposar en los brazos de Dios. ¡Cuán poco sabe el hombre blanco del goce de la vida y cómo se atormenta!

Los indúes han afirmado de muy atrás, que Dios juega. El Lila o juego de Shri Krishna, como se le llama, es la gran obra de la evolución, que nos parece tan fatigosa, que nos horroriza pensar en la inmensidad del trabajo que tenemos por delante e implorar descanso. Pensad en los 311,040,000 millones de años que forman un mahakalpa. ¡Qué ilusión! Cuando lleguemos al término de las fatigas, la vida será un juego, será toda felicidad.

El término de las fatigas, aun cuando no del trabajo, llega con la entrada del candidato en el cuarto sendero, dentro del plano nirvánico. Ha dado término a la fatigosa actividad de desasirse de las cinco primeras ligaduras: auto-personalidad, duda, superstición, simpatías y antipatías, todo lo cual indicaba su esclavitud a las cosas materiales con lo que su vida fue una larga lucha en su camino cuesta arriba. Pero ahora las cinco ligaduras restantes, de las que aún tiene que li-

berarse, son internas; tiene que dominarlas, ciertamente, pero con las armas de la serenidad, la quietud, la calma, el uso de la voluntad, que es la cosa más quieta que existe. Estas ligaduras son: el deseo de vida en forma y de vida sin forma, el orgullo, la agitación y la ignorancia. Poco provecho se obtendría de hacer un minucioso examen de ellas en este lugar: baste, pues, con señalar su carácter interno y decir que para destruirlas, el hombre tiene que aquietarse a sí mismo y a sus vehículos por encima de la línea que divide la personalidad del ego.

En el estado preliminar, antes de llegar al término de las fatigas, el estudiante hará bien en organizar su vida sabiamente, de manera tal que su trabajo en servicio del Maestro constituya un juego para él, hasta donde sea posible: deberá ser delicia pura, plena felicidad sin mezcla, condiciones que determinarán el más rápido progreso. El trabajo que causa fatiga no es meritorio ni especialmente fructífero, aun cuando en ocasiones puede ser necesario. Con cuánta frecuencia un estudiante practica su meditación, sintiendo que ésta es fastidiosa; pero considerándola como un deber que hay que cumplir, aunque sea con fatiga y sufrimiento: hacedla feliz y alegremente, como un juego, o, al menos, mirad hacia adelante, al tiempo en que podáis hacerlo así. Hay quienes se entregan voluptuosamente en brazos del presente, diciendo: "Gocemos ahora, que ya vendrá lo demás". Otros permanecen apartados con orgullosa energía y dicen: "Rehusamos responder a todo aquello que pueda molestarnos"; pero el estudiante debe desnudar su espalda a los golpes del

tiempo, regocijándose en el lejano futuro, en el juego en que cada movimiento podrá ser un poema delicioso.

Respecto a los siete mundos, dice Madame Blavatsky:

Algunos místicos orientales fijan siete planos de existencia, los siete Lokas, o Mundos Espirituales, dentro del cuerpo del Kala-Hamsa, el Cisne fuera del tiempo y del espacio, convertible en el Cisne en el tiempo, cuando se convierte en Brahma en lugar de Brahman.

Todas las manifestaciones séptuples de la naturaleza, tales como los siete principios del hombre o los siete planos en el mundo, proceden de la séptuple división que se origina en Parabrahman. Tres de los siete principios están manifiestos en la conciencia universal y tres más en mulaprakriti; uno permanece en su fuente, e incluye todos los otros, pues la presencia de muchos no daña a la unidad de aquello que es verdaderamente Uno. Así, en su bajo nivel, el hombre que trasciende su grupo medio de principios (atma-buddhimanas) y se eleva hasta el primero (la Mónada), aun cuando escapa de los mundos o planos, los halla todos presentes en ese nuevo estado de verdadero nirvana, que está más allá del estado de conciencia, tanto como este se encuentra más allá del mero estado de materia. Hablamos así de ello en tercera persona, sólo como una concesión a la ignorancia, debiendo aclarar que lo que se ha dicho, debe traducirse con las palabras "tú" para la conciencia y "yo" para la vida de nirvana supraconsciente, si es que queremos entenderlo. En estos

“mundos”, sin embargo, no entra el arhat, sino el verdadero adepto.

Hay otras varias formas en que puede considerarse que el arhat entra en los siete mundos de eterno reposo: en cierto sentido, estos mundos son los subplanos del plano átmico, a través de los cuales el arhat comienza a ascender; la característica del hombre que habita en ellos es una inalterable serenidad, pues todo se ve allí como el Yo-Uno, y donde esto se realiza no puede haber ni temor ni ansiedad. Como dice el *Gita*: “Para el sabio entronizado en yoga, la serenidad se llama el medio.” (1) No es que haya falta de actividad en esas regiones —que son una gran onda de vida siempre en movimiento— sino que ahí no hay obstrucciones a la voluntad del Uno. En el plano búddhico tenemos dualidad en cierto sentido, pues ahí uno ve a los demás, aun cuando se ve que el mismo Yo mora en ellos como en nosotros. Pero buddhi tiene que ser trascendido, ya que el amor implica dualidad.

La serenidad que el arhat va adquiriendo más y más, da un nuevo aspecto a los planos comunes de nuestra existencia; goza en ellos de una libertad que otros no conocen; ha encontrado que el trabajo es juego; habiendo alcanzado el valle de la felicidad, descubre que la vida, no solamente allí, sino también en todos los planos, es delicia pura; no solamente ve y ama la vida que progresa bajo las formas perecederas, sino que también siente y se regocija con la divina voluntad inmanente en las formas mudables; el eterno

(1) Obra citada, VI-3.

reposo que goza no es holganza, sino la completa paz interna del que sabe que todo está bien; que la divina voluntad está presente en aquello que para otros pueda parecer obstrucción al progreso, así como en el mismo progreso aparente. Un filósofo tuvo cierta vez un vislumbre de esta idea, cuando dijo: “Permanece sereno, pues si fracasas por una falta que no es tuya, tu fracaso es un éxito superior al que imaginas, porque se está cumpliendo la voluntad divina.” El arhat conoce algo de la paz que trasciende el conocimiento porque está empezando a vivir en lo eterno. Esta es, dice Madame Blavatsky, “la región de la plena conciencia espiritual, más allá de la cual no hay peligro para el que la ha alcanzado.”

Si quieres cruzar con seguridad el primer vestíbulo, no permitas que tu mente confunda los fuegos de concupiscencia que arden en su interior con la luz de la vida.

Si pretendes cruzar sano y salvo el segundo, no te detengas a aspirar el aletargador perfume de sus flores. Si de las cadenas Kármicas quieres libertarte, no busques tu Guru en aquellas mayávicas regiones. Los sabios no se detienen jamás en los jardines de recreo de los sentidos.

Los sabios desoyen las halagadoras voces de la Ilusión. Busca a quien te hará nacer en el vestíbulo de la sabiduría, el vestíbulo que está situado más allá, en donde son desco-

nocidas todas las sombras y donde la luz de la verdad brilla con gloria inmarcesible.

El gurú de que aquí se habla, es el Maestro, el Instructor, como lo expresa Madame Blavatsky en la siguiente nota:

El iniciado que, por medio del conocimiento que le imparte, conduce al discípulo a su nacimiento segundo o espiritual, es llamado el padre, Gurú o Maestro.

En *Los Maestros y el Sendero* se hace una exposición de la vida y el trabajo de los gurús o maestros; un vislumbre de lo maravilloso de sus altísimos poderes se ve en el relato que ahí se hace de una meditación del maestro Kuthumí. Sentado en su jardín o en su cuarto, parece estar meditando; pero en realidad está dando su atención a algunos millones de personas, tratando con cada una de ellas tan individualmente como lo podría hacer cualquier hombre común, cuando dedica toda su atención a una sola persona.

Cada ego recibe ayuda de uno de los maestros, por lo que el hombre que puede vivificar el eslabón que hay entre su Yo inferior y su Yo superior, puede recibir esa ayuda durante su vida personal. Los gurús que pueden hallarse en el plano físico, son, por lo general, iniciados, discípulos adelantados de los verdaderos adeptos, como ya queda dicho.

Aquello que es increado, reside en ti, discípulo, como reside en aquel vestíbulo. Si quie-

res llegar a él y fundir los dos en uno, debes despojarte de tus negras vestiduras de ilusión. Acalla la voz de la carne; no consientas que ninguna imagen de los sentidos se interponga entre su luz y la tuya para que así las dos puedan fundirse en una. Y tan pronto hayas aprendido tu propio "Ajnana", huye del vestíbulo del conocimiento. Este vestíbulo, tan peligroso en su pérfida belleza, es necesario solo para tu prueba. Cuidado, Lanu, no sea que, deslumbrado por resplandor ilusorio, se detenga tu alma, y en su engañosa luz quede presa.

Esta luz emana de la joya del gran engañador (Mara); hechiza los sentidos, ciega la mente y convierte al incauto en un naufrago desvalido.

Aquello que es increado, se refiere a la triada superior, atma-buddhi-manas, en contraposición con la personalidad y sus cuerpos. La afirmación de que el vestíbulo del conocimiento es necesario solamente para prueba, se aplica igualmente al vestíbulo de la ignorancia; el grupo de planos materiales, físico, astral y mental inferior, no es sino el edificio y el equipo de una escuela dedicada al hombre, en la cual se le enseña por medio de juguetes; no hay ninguna experiencia que modifique el alma y le imparta algo de sabiduría; pero aquel que ha quedado advertido del propósito educativo de todo ello y anhela aprender más y extraer

de la experiencia de la vida inmanente lecciones de valor eterno, no encontrará atracción en los juguetes; será como la abeja que chupa la miel de la flor y se aleja sin marearse con su color y con su aroma.

Mara es una personificación de lo atractivo de las cosas externas. Madame Blavatsky la describe como sigue:

Mara, en las religiones exotéricas, es un demonio, un asura; pero en la filosofía esotérica, es la tentación personificada por los vicios de los hombres y traducida literalmente la palabra, significa "Lo que mata" al alma. Es representado como un rey (Rey de los Mares), con una corona en la cual brilla una joya con un resplandor tal, que ciega a cuantos la miran, figurando, naturalmente, este brillo, la fascinación producida por el vicio sobre ciertas naturalezas.

En *La Luz del Asia*, (1) Sir Edwin Arnold nos da una vívida descripción de este príncipe de la obscuridad, cuando llega conduciendo los diez pecados capitales, sus ángeles del mal, contra el señor Buddha, que se halla sentado bajo el árbol Bodhi, próximo ya a su iluminación.

La pequeña mariposa, atraída por la deslumbradora luz de tu lámpara de noche, está condenada a perecer en el viscoso aceite. El alma imprudente que deja de luchar arrebatada por

(1) Obra Citada. Libro VI.

el demonio burlón de la ilusión, volverá a la tierra como esclava de Mara.

Contempla las legiones de almas, mira cómo se ciernen sobre el proceloso mar de la vida humana. Y cómo caen exhaustas, sangrando, rotas las alas, caen una tras otra en las en-crespadas olas; sacudidas por los huracanes, acosadas por el furioso vendaval, precipítanse en los remolinos y desaparecen abismadas en el primer gran vórtice.

El asunto de las "almas perdidas" es muy complejo. Algunas son como los muchachos de una clase escolar, que no están listos para pasar al curso siguiente con todos sus compañeros al fin del año, sea porque son demasiado jóvenes o porque han sido perezosos; luego, además, hay casos en que la personalidad se ha enmarañado tanto en la materia durante la vida corporal, que nada tiene que dar al ego y que puede, por tanto, ser apartada; existen, además, los terribles frutos de la magia negra. Este asunto es demasiado extenso para ser discutido aquí: lo he tratado con alguna extensión en el artículo *Almas Perdidas*, en el Primer Tomo de *La Vida Interna*.

Algunas de las expresiones de estos pasajes tienen toda la fuerza de la imaginación oriental; no hay que tomar demasiado literalmente las palabras náufragos desvalidos y alas rotas; el que sufre una caída en el sendero, a consecuencia de sus deseos materiales, naufraga, ciertamente, en sus objetivos espirituales, pero

aun en tal caso, algo habrá aprendido que más adelante será de utilidad para el alma. En todo caso, es lo mejor para el hombre usar del pensamiento sensato para aprender, y es sólo cuando este se abandona cuando la amarga experiencia tiene que sustituirlo.

No es de ninguna manera indispensable que todo ser humano tenga que pasar por todas las experiencias; mientras más progresa y mientras más sabio se vuelve un hombre, más verá en todas las cosas y mucho aprenderá de bagatelas que otros podrán pasar por alto como insignificantes.

Se dice que el necio no puede aprender ni siquiera del sabio; pero que el hombre sabio puede siempre aprender, aun del tonto; para saber que el fuego quema, no es necesario tocarlo con la mano; un necio podrá hacerlo así; pero el hombre prudente tiene otros medios de llegar a tal conocimiento; es una gran bendición, por tanto, que los que no quieren pensar y aprender así voluntariamente, tengan que pasar por la dura escuela de la experiencia, sin lo cual no aprenderían nada absolutamente y no harían ningún progreso.

La ley de karma, que trae al hombre las experiencias que ha hecho este pasar a los demás, es, así, un benefactor y finalmente, un libertador, no un instrumento de venganza o castigo. Supongamos, por ejemplo, que un bandolero asalta a un caballero, lo derriba, lo golpea, lo asesina quizá y le roba su dinero; la ley hará que, más o menos tarde, el agresor sufra una amarga experiencia semejante. El ladrón pudo cometer el asal-

to por ser un hombre rudo, carente de sensibilidad y de imaginación; de no haber sido así, hubiera tenido en cuenta los sentimientos de su víctima, o los de su viuda y sus familiares y tal pensamiento hubiera sido suficiente para impedir su acción; y por ser un hombre rudo, tosco, y desprovisto de imaginación, es por lo que el bandolero necesita sufrir la violenta experiencia que ha infligido a otros; nada menos que esto le conmovería; más tarde, cuando haya pasado por el sufrimiento que le trajo la ley kármica de retribución, lo recordará cuando esté a punto de herir a otro; dirá para sí: "esto no es muy agradable para este pobre hombre." Comenzará entonces a reformarse gracias a la acción de la ley, que siempre es educativa y nunca punitiva.

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

CAPITULO XXXVII

“LA MADRE DEL MUNDO”

Si a través del vestíbulo de la sabiduría, pretendes llegar al valle de bienaventuranza, cierra fuertemente tus sentidos, discípulo, a la grande y espantable herejía de la separatividad, que te enajenara el afecto de los demás.

C.W.L.—Heriberto Spencer se aproximó mucho a la revelación de la verdad espiritual acerca de la evolución al definirla como el cambio progresivo de un estado de homogeneidad incoherente a otro de coherente heterogeneidad en la estructura y en la función. Para él la evolución significa que las cosas que al principio son similares y separadas, más tarde se vuelven diferentes, pero unidas. Esta especialización se observa en el cuerpo humano, que tiene diferentes órganos que trabajan para el todo; así, el aparato digestivo digiere los alimentos para todo el cuerpo y las manos toman, los pies caminan y los ojos miran, no en beneficio de las manos, de los pies y de los ojos, sino de todo el cuerpo. De manera semejante, la sociedad se va elevando en su organización conforme va pasando el tiem-

po; los hombres se van diferenciando más y más unos de otros, en la misma forma en que las profesiones en la vida van avanzando en conocimientos y en habilidad; el médico cura a todos; el maestro enseña a todos; el constructor de puentes los construye para todos en general; un hombre trabaja en beneficio de muchos, y el trabajo de muchos, a su vez, retorna para beneficiar a ese hombre.

Cuando los hombres desarrollan el sentido de solidaridad y de afecto por sus semejantes, dejan de ser una chusma de incoherentes homogéneos y se transforman en heterogéneos coherentes; un hombre con tal espíritu hará cuanto pueda a favor de su comunidad, de su nación o de la humanidad, dejando al cuidado de la ley de unidad el ser provisto de lo que necesita por los otros órganos del gran conjunto. Los elementos homogéneos incoherentes de la materia o de la sociedad, no pueden organizarse por sí solos; es el principio interno el que los hace unirse y el que hace posible para ellos el rápido progreso por medio de la ayuda mutua: la unidad es amor, la fuerza inmanente de la evolución, la *energía* de la vida; es buddhi, la gran sabiduría. Hay una gran diferencia entre cooperación y fraternidad: emana la primera de una apreciación inteligente de las mutuas relaciones humanas, y la segunda, de la realización del sentimiento de que es una la vida que anima a todos.

En la evolución de un individuo es, por lo general, el espíritu de cooperación lo que primero se desarrolla; las actividades de la vida hacen que los hombres se unan y es entonces cuando, por contacto, se

enciende el fuego de buddhi. Dos hombres por ejemplo, van progresando juntos y se ayudan mutuamente en sus trabajos; sobreviene entonces la verdadera amistad; pero, si la fraternidad viene primero, como suele acontecer en ocasiones, no culminará en una perfecta y útil cooperación, a menos que la inteligencia despierte también y se aplique a las actividades de la vida; un ejemplo oportuno es el amor entre David Copperfield y su esposa Dorá, mujer desprovista de sentido práctico, a la que el novelista se ve obligado a matar, para poner en su lugar a Agnes, muchacha práctica, y dar así a la novela un final más feliz.

En la vida oculta, los candidatos que han desarrollado la inteligencia elevada, lo que les da una sutil apreciación del principio de cooperación y de las leyes espirituales, suelen hallarse con frecuencia todavía torpes y aparentemente incapaces de rápido progreso; están a la espera de que despierte en ellos el amor verdadero, buddhi: esta es la ardiente energía del hombre interno; todavía en este segundo estado del verdadero desarrollo espiritual, habrá con frecuencia mucha agitación y muchas molestias; la divina energía se derrama irregularmente y no siempre de la manera más prudente, lo que causa mucho dolor a quien así la recibe; hasta que se alcanza la tercera etapa espiritual, el estado de serenidad. Como es esta serenidad la meta a donde conduce la voz del silencio al candidato, se dice de él que pasa, *a través* del vestíbulo de la sabiduría, al valle de bienaventuranza, pero aun en el plano búddhico hay una cierta dualidad o estado de separatividad. No podemos amarnos a nosotros mismos; el

amor necesita un objeto, aun cuando no sea un objeto material, sino la vida divina manifestada en diferentes almas espirituales. Buddhi es el primer velo, el Avalokitéshvara del Yo Superior, no el Parabrahman. La "espantable herejía de la separatividad" tiene que desecharse en cada plano en su turno, el físico, el astral, el mental y aun el búddhico.

No permitas que tu "nacido del cielo", sumergido en el mar de maya, se desprenda del padre universal (Alma), antes deja que el ígneo poder se retire al recinto más interno, la cámara del corazón y morada de la madre del mundo.

Entonces, desde el corazón, aquel poder ascenderá a la región sexta, la región media, el lugar situado entre tus ojos, cuando se convierte en el aliento del alma-una, la voz que todo lo llena, la voz de tu Maestro.

El "nacido del cielo" es chitta, la mente inferior. Nace del alma superior, cuando manas se vuelve dual en la encarnación. Los planos de atma-buddhi-manas se representan como el cielo, mientras que de la personalidad se habla como de la tierra. Hemos observado ya la distinción de carácter que divide en dos los cinco planos de la manifestación humana; los planos monádico y divino, allende estos cinco, tomados en conjunto, forman una tercera división; así, los siete mundos pueden también conside-

rarse como formando tres grupos; la división más baja está en la región de sattwa o ley. Aquí encontramos todo regulado, aun cuando el hombre goce de cierta libertad, porque el "nacido del cielo" está en él y así mucha de la energía del hacedor de la ley obra por su medio, y debido a que el hombre deja que esa libertad y ese poder sigan su propio camino, su vida es, por lo general, más desordenada, menos regular que la de los reinos inferiores de la naturaleza externa.

El grupo medio de planos contiene los de energía espiritual, la vida inmanente, sin la cual todo lo demás estaría muerto e inmóvil; son los planos de lo divino, del esplendor, de Avalokita, o del Dios "visto", la vida vista por la sabiduría, no la forma vista por el conocimiento.

El grupo más elevado de planos es el de la Mónada, el Sér que es felicidad y libertad, donde residen las realidades más allá de todas las realidades humanas y el éxtasis que trasciende la conciencia, o sea el extracto de la quintaesencia de la belleza, la bondad, la verdad, la armonía, la comprensión, la unión y la libertad.

Lo que aquí se nombra "el poder ígneo" es la fuerza llamada kundalini en sánscrito; puede esta describirse como un fuego latente enroscado a manera de serpiente dormida en la base de la espina dorsal en todos los hombres, excepción hecha de aquellos pocos en quienes ha sido despertada y está obrando activamente en el cuerpo etérico. No debería ser difícil comprender la existencia de dicho fuego, ya que es cosa bien sabida que el aliento de nuestros pulmones mantiene constantemente un fuego lento y que la digestión es tam-

bién una especie de fuego. Kundalini se asemeja más a un fuego eléctrico, —una fuerza que desarrolla calor cuando encuentra resistencia— que al fuego que produce el combustible; pero no es de la misma clase de fuerza que la electricidad.

Sobre este asunto he escrito ya en los artículos “El Fuego Serpentino” y “Los Centros de Fuerza”, en el libro *La Vida Interna*; así como en el referente a la Vitalidad, Capítulo IV del libro *El Lado Oculto de las cosas*; y espero publicar en breve un estudio algo más amplio, ilustrado con láminas a color. (1) Existe también sobre el mismo asunto una extensa literatura en sánscrito, si bien algo obscura, que incluye el *Shatchakranirupana*, la *Ananda Lahari* y muchas otras obras; hay una excelente traducción de la primera de éstas, con comentarios por Arturo Avalón, con el título de *El Poder Serpentino*, publicada por Ganesh & Co., Madrás.

Lo que sigue es un breve sumario de este asunto. Kundalini es el extremo inferior de una corriente de cierta clase de fuerza del Logos que comúnmente yace dormida en el chacra o centro de fuerza que se halla en la base de la espina dorsal. Si esta fuerza se despierta prematuramente, esto es, antes de que el hombre haya purificado su carácter de toda mancha de impureza sensual y egoísmo, puede lanzarse hacia abajo y vivificar algunos centros inferiores del cuerpo (que sólo se usan en ciertas formas reprobables de magia negra) y llevar irresistiblemente al hombre a una vida de horror indescriptible; en el mejor de los

(1) Después se ha publicado en Adyar, por la T.P.H., un libro sobre los chacras, por C. W. L.

casos, esta fuerza intensificará todo lo que el hombre tiene en sí, incluyendo cualidades tales como la ambición y el orgullo. Sólo debe despertarse kundalini bajo la dirección de un Maestro, quien instruirá al estudiante en el uso de la voluntad para despertarlo, en la manera como debe manejarse cuando haya sido despertado, y en el curso espiral a lo largo del cual debe ser conducido a través de los centros de fuerza, desde el que está cercano a la base de la espina, a los que se encuentran en la superficie del doble etéreo en el bazo, (1) el ombligo, el corazón, la garganta, el entrecejo y en la parte más alta de la cabeza. Este curso difiere mucho según los diferentes tipos de personas y es una cosa física perfectamente definida, pues esta fuerza tiene que quemar, literalmente hablando un sendero para sí a través de las impurezas del doble etéreo.

Hay también chacras en el cuerpo astral que ya están despertados por kundalini, y actuando en ese plano en todas las personas cultas de las razas superiores. El proceso de desarrollo de esos centros ha vuelto al cuerpo astral sensitivo en ese plano, despertando su sentimiento, su poder de viajar aquí y allá, su capacidad de dar una adecuada respuesta a otras entidades que actúan en ese plano, su visión, su audición y otras facultades astrales en general. Pero la memoria de tales experiencias o el uso de las

(1) Las obras indúes mencionan generalmente en segundo lugar el chacra de la raíz de los órganos genitales. Reconocemos la existencia de tal centro; pero creemos, como los antiguos egipcios, que es eminentemente peligroso excitar su actividad.

facultades astrales mientras el hombre está en su cuerpo físico, se hacen posibles de manera definida y bien controlada, solamente cuando kundalini en el doble etéreo ha sido llevado a través de los centros correspondientes.

La mención especial del lugar entre los ojos en nuestro texto hace referencia a la glándula pineal y al cuerpo pituitario; las fuerzas procedentes del sexto y del séptimo centros astrales (que están entre las cejas y en la parte superior de la cabeza) convergen, por lo general, en el cuerpo pituitario, cuando el centro etéreo es despertado, y entonces lo vivifican y actúan a través de él. Pero hay un cierto tipo de personas (a quienes se dirige nuestro texto) en quienes el séptimo chacra astral vivifica la glándula pineal en lugar del cuerpo pituitario, y en tal caso, forma una línea directa de comunicación con el plano mental inferior, sin que, en apariencia, pase a través del plano astral en la forma ordinaria. A través de ese canal les llegan las comunicaciones del interior, mientras que a las personas de otros tipos, les llegan a través del cuerpo pituitario.

Cuando kundalini despierta espontáneamente —cosa que sucede con poca frecuencia— o cuando despierta en forma accidental, trata, por lo común de subir por el interior de la espina, en vez de seguir el curso espiral en el que el ocultista se entrena para guiarlo. En este caso, se lanza probablemente a través de la cabeza y el hombre sufre a lo más una inconsciencia temporal.

Los libros indúes bosquejan, más bien que explican, lo que sucede. No hacen referencia a los chacras que

se encuentran en la superficie del doble etéreo, pero sí hablan de sus raíces, que están en la espina dorsal; en esta, corriendo desde la base hasta el extremo superior, está lo que se denomina Merudanda, la vara de Meru, el eje central de la creación. En esta vara está el canal que se llama sushumna, y dentro de este, a su vez, está otro canal llamado chitrini, que es "tan fino como el hilo de una araña." Sobre aquel están ensartados los chacras, a semejanza de los nudos de una caña de bambú. El más bajo de los chacras, que se llama muladhara, yace en la base de la espina dorsal y en este duerme kundalini, cerrando la boca de la Merudanda.

La meta del aspirante es elevar kundalini, a través de todos los chacras, hasta que alcance el que está entre las cejas. Encontrará entonces el candidato que él, por decirlo así, se queda atrás, mientras kundalini se lanza sobre sahasrara, el gran loto de "mil pétalos", que está en la parte superior de la cabeza. Si él va con kundalini, ello lo llevará fuera del cuerpo, poniendo término, por de pronto, a su práctica de meditación en el cuerpo; kundalini se va elevando poco a poco por chitrini según el candidato va ejerciendo su voluntad en la meditación; en una práctica no puede conseguir gran cosa, pero en la próxima logrará algo más y así sucesivamente. Cuando kundalini llega a uno de los chacras o lotos, lo perfora, y la flor, que hasta entonces estaba hacia abajo, se vuelve hacia arriba. El candidato medita sobre kundalini en alguna forma, y sobre sus asociados, situados en aquel loto; una elaborada dhyana o meditación, plena de rica simbología, se recomienda

para cada loto. Cuando la meditación ha terminado, el candidato hace regresar a kundalini por el mismo camino hasta muladhara, aun cuando en algunas escuelas se hace volver solamente hasta el chacra del corazón y entrar ahí en lo que se denomina su cámara.

Kundalini puede despertarse por varios métodos, pero esto debe hacerse solamente bajo la dirección de un gurú o instructor competente, siendo responsable el Maestro, ante la Fraternidad, por el entrenamiento del candidato; no es probable que dirija este despertar sino hasta que el candidato, por su propio esfuerzo, haya destruído las tres primeras ataduras del sendero, de manera que no esté ya en peligro de ser atraído por las cosas sensuales o materiales. Entonces, su "nacido del cielo", íntimamente unido o en armonía con el manas superior, puede seguir siendo dueño de la triple casa de la personalidad, y cuando la energía de kundalini quede libre en el cuerpo, será probable que corra en canales puros de servicio hacia el Yo Superior. Por esto, el despertar de kundalini ocurrirá comunmente cerca ya de la Tercera Iniciación, o más tarde todavía en el presente kali-yuga o edad negra. Aún entonces, este despertar se procura obtener gradualmente, para que en los primeros pasos no pueda dar sino una sensibilidad general a los planos elevados.

A Kundalini se le considera como a una diosa: es lo que se llama la shabdabrahman en el cuerpo; shabda significa sonido; el sonido es la fuerza creadora como se ha dicho ya; la palabra se considera como la más externa forma del sonido; es la expresión del pensamiento que, en su verdadera forma activa, es kriyashak-

ti. Ciertas letras del alfabeto, que son fundamentos de la palabra humana, se dice que residen en cada uno de los chacras y el poder de tales letras (su porción de la palabra creadora) se despierta cuando kundalini entra en ellas después de su unión con Shiva en el centro más elevado, haciendo que brillen con el esplendor de su luz. La palabra creadora de Brahma, el tercer Logos, tiene cuatro formas o etapas; por ello Brahma recibe el nombre de "El de cuatro caras." Cuando kundalini lo representa en el cuerpo, exhibe también esas cuatro formas, conforme se va elevando a través de los chacras.

Kundalini recibe el nombre de madre del mundo porque la acción externa de los poderes de la conciencia se ha considerado siempre como femenina; así, la voluntad, la sabiduría y la actividad, son femeninas, siendo shaktis o poderes, aspectos de la divinidad que se han manifestado en el exterior; Kundalini es representante de todas ellas, tal como tuvieron expresión en la creación del mundo, en la actividad de Brahma, el tercer Logos. Se ha dicho también que es ella la madre del mundo porque por medio de ella es como los varios planos han sido puestos en existencia consciente, para el ocultista.

La nota siguiente, puesta al margen por Madame Blavatsky arrojará también alguna luz sobre las precedentes explicaciones:

La cámara interna del corazón, llamada en sánscrito brahma-pura, el igneo poder, es kundalini.

"El Poder" y "La Madre del Mundo" son nombres dados a kundalini, uno de los místicos poderes del

yogui. *Es el buddhi considerado como principio activo en vez de pasivo, (como lo es generalmente cuando se le considera como simple vehículo o estuche del espíritu supremo, Atma). Es una fuerza electro-espiritual, una potencia creadora, que una vez despertada a la actividad, puede matar tan fácilmente como puede crear.*

De ningún modo es cierto lo que Madame Blavatsky significó al afirmar que kundalini es buddhi activo; pero pueden exponerse varias especulaciones sobre este punto:

En los hombres normales, buddhi no es positivamente activo en la vida externa, pero cuando las tres primeras ligaduras quedan rotas, la personalidad ha sido purificada de tal manera que el cuerpo astral no será ya activo sólo por su propia cuenta, sino que corresponderá fielmente a buddhi, ahora activo. En este punto, o muy cerca de él, es cuando kundalini despierta, como ya hemos visto, y cuando las facultades del cuerpo astral quedan así abiertas al candidato mientras se halla en su cuerpo físico; su cuerpo astral que está reflejando a buddhi, es el que ahora se convierte en un verdadero fuego de amor en la vida del hombre. Queda también indicado por la Dra. Besant, en su libro *Iniciación, el Perfeccionamiento del Hombre*, que no es necesario, ni aun en esta avanzada etapa del progreso humano, despertar la clarividencia y otros poderes psíquicos. Expone allí que antes de que el hombre pueda llegar a la tercera iniciación, debe aprender a hacer descender el espíritu de intuición (buddhi) hasta su conciencia física, para que pueda habitar en él y guiar-

lo. Luego añade: "Este proceso es llamado, generalmente, *el desarrollo de las facultades psíquicas* y así es en realidad en el sentido de la palabra *psíquicas*. Pero ello no significa el desarrollo de la clarividencia y de la clariaudiencia, que se obtiene por diferentes procedimientos. (1)

La triada superior en conjunto (atma-buddhi-manas) no es sino el miembro central o el buddhi de la triada aún más inclusiva de Mónada, Ego y Personalidad. Este buddhi en plenitud es triple, (voluntad, sabiduría y actividad) y ahora su tercer aspecto (actividad, kriyashakty) comienza a funcionar en el cuerpo, para despertar sus órganos y dar libertad a sus poderes latentes.

Sólo entonces podrás tú convertirte en un "Caminante del Cielo", que con su planta hue-lla los vientos sobre las olas, sin que a su paso los pies toquen las aguas.

Sobre este punto Madame Blavatsky dice:

Kechara o "Paseante del Cielo" o el "Caminante que va al Cielo". Según se expone en el sexto Adyaya del Rey de las obras místicas, el Jnaneshvari, el cuerpo del Yogui se vuelve como formado de aire. Como "Una nube de la cual han brotado miembros", después de lo cual "El (El Yogui) ve las cosas existentes más allá de los mares y las estrellas; oye y comprende el lenguaje de los Devas (Dioses), y percibe lo que pasa en la mente de la hormiga".

(1) Obra citada, pág. 821, edición inglesa.

La expresión "paseante del cielo" tiene diversos grados de significado: en la historia Hindú, por ejemplo, se aplica al gran Rishi Narada, como emisario del Logos, que puede viajar a través del puro akasha, de globo a globo. En los planos inferiores, tanto el cuerpo astral como el mayavi-rupa pueden tomarse como un ejemplo, pues estos cuerpos pueden usarse para viajar en lo que es el aire o el cielo para las personas comunes.

En el cuerpo astral el hombre común es como una especie de nube, un ser lleno de kama, esto es, de deseos y de emociones; más de ninguna manera una entidad definida, tal como lo es en el plano físico. Pero cuando el hombre domina su kama, dándole precisión, el cuerpo astral queda organizado como un vehículo; no es ya kama, sino kama-rupa. Posteriormente, cerca ya del tiempo en que desaparecen las tres primeras ligaduras se forma el mayavirupa, el que capacita al hombre para operar con su cuerpo mental en el plano astral, así como en el plano mental inferior. Esto puede considerarse como una interpretación de la afirmación de que "su pisada no toca las aguas", que son un símbolo del plano astral.

CAPITULO XXXVIII

LOS SIETE SONIDOS

Antes que asientes el pie en el peldaño superior de la escala, la escala de los místicos sonidos, tienes que oír la voz de tu Dios interno, de siete modos distintos.

C. W. L. Queda indicado ya que "La Voz del Silencio" está destinada a guiar al candidato hasta la cuarta Iniciación. En ese punto su conciencia se eleva hasta el séptimo principio y comienza a funcionar en el plano átmico o nirvánico; está entonces el hombre listo para iniciar sus pasos en lo que aquí se llama el peldaño superior de la escala, para pasar el entrenamiento que lo prepara para la Quinta Iniciación, esto es, la del Adepto Asekha.

El Sendero tiene dos divisiones iguales, que pueden denominarse el peldaño superior y el peldaño inferior de la escala.

Se dice que el iniciado que está en el peldaño inferior de la escala debe oír la voz de su Dios interno de siete maneras: ese Dios interno, en su presente etapa, es el Yo superior, el Buddhi, el segundo principio.

El aspirante, en su meditación, puede oír o puede no oír una serie de siete sonidos que marcan su acceso a los siete sub-planos del plano búddhico; esto depende de su temperamento psíquico: pero *lo que sí debe hacer*, en todos los casos, es atraer la influencia de Buddhi a su vida en cada uno de los planos inferiores, de tal manera que la actividad de todos sus principios quede gobernada por ella y así su Dios interno esté siempre presente en su vida.

La última etapa se llama la escala de los sonidos místicos; esto es, quizá, porque son los sonidos de la voz del silencio, escondidos en el átma o el Sér. No se debe exigir una interpretación demasiado exacta de cualquier palabra inglesa de nuestro texto, ya que éste tan sólo es una traducción, aún cuando cada una de las palabras Sánscritas y Palis que lo componen es rica en significado técnico; Sin embargo, la palabra "místico" que procede de una raíz que significa cerrar los ojos, indica aquí ciertos sonidos que no se mezclan para nada en la vida externa, sino que imparten una dirección que viene de las regiones superiores, en la forma *ex-cáthedra* de conciencia pura. Está implícito que los sonidos que vamos a mencionar son más accesibles, y que de ningún modo son "místicos" para el candidato en la etapa que estamos considerando.

La verdadera conciencia no dice *qué* es lo que se debe hacer, como vulgarmente se supone, sino que cuando la mente trata de inventar alguna excusa para actuar de otra manera, *ordena* proceder como ya realmente se sabe que es lo mejor. Habla con la autoridad de la voluntad espiritual, determinando nuestro sen-

dero en la vida; no es el átma, sino el buddhi, el segundo principio, el que da conocimiento intuitivo respecto a lo bueno y a lo malo. Manas da inspiración: buddhi, intuición con respecto al bien y al mal; átma, la conciencia directriz.

—*El primero es como la melodiosa voz del ruiseñor entonando un canto de despedida a su compañera.*

—*El segundo se percibe a la manera del sonido de un cimbalo argentino de los Dhyanis, despertando las centelleantes estrellas.*

—*Suena el siguiente como la melodiosa queja del espíritu del océano aprisionado en su concha.*

—*Y este va seguido por el canto de la vina.*
(1).

—*El quinto suena vibrante en tu oído a manera de flauta de bambú.*

—*Y luego se convierte en sonido de trompeta.*

El último vibra como el sordo retumbar de una nube tempestuosa.

El séptimo absorbe todos los otros sonidos. Estos se extinguen, y ya no se les vuelve a oír.

(1) La vina es un instrumento musical hindú parecido al laúd.

La serie de siete sonidos que aquí se mencionan ha causado mucho desconcierto entre los que meditan en las enseñanzas de este librito. Hay que notar, primeramente, el carácter de los sonidos; después veremos cómo hay diversas interpretaciones de los mismos.

En el orden aquí señalado van aumentando en materialidad y disminuyendo en penetrabilidad. Puede observarse, por ejemplo, la diferencia entre la vina, y una trompeta hindú de tipo antiguo; casi siempre es motivo de sorpresa para el Europeo oír por primera vez, quizá en una sala amplia y llena de gente, la música maravillosamente delicada de la vina, que, al ser tocada sin esfuerzo alguno llega a todos los rincones dando la impresión de un sonido medio-alejado de nuestros planos materiales.

El sonido más agudo de la serie se compara con cierto canto del ruiseñor; se dice que en algunas ocasiones la voz de este pájaro va subiendo más y más de tono hasta trascender el radio de la audición humana, lo que no obsta para mirar que la garganta del pajarito cantor prosigue vibrando al emitir su canto. Es cosa bien sabida por los estudiantes de ciencia que existen tales sonidos. La nota de una sirena, por ejemplo, puede elevarse aumentando la presión del aire o del vapor, hasta que uno tras otro de los que la escuchan declaran que ya no pueden oírla. Hay cierta clase de silbatos que se emplean para llamar a los perros policías alemanes. Al soplar este instrumento que parece un pito ordinario nadie puede oír el menor sonido; solamente el perro, en algún cuarto o lugar retirado, levanta al instante las orejas y se lanza saltan-

do y dirigiéndose al sitio exacto donde presume que se produjo el sonido.

Las interpretaciones de los sonidos pueden dividirse en dos grupos; el primero que en la lista se menciona puede representar el último que oye el candidato. Los sonidos se enumeran de arriba abajo en el orden de su creación, de acuerdo con la costumbre Oriental, de tal suerte que el primero en creación es el séptimo que alcanza el candidato al aproximarse al Señor de esa creación; y así, primero viene el sordo retumbar de una nube tempestuosa, esto es, un sonido que representa al, o es correlativo del, principio físico del hombre; en la mitad está la vina, que representa el Antahkárana (según la clasificación de Madame Blavatsky) y, por último, viene la melodía del ruiseñor, asociada con átma, el silencio; este simboliza el séptimo, el sonido insonoro, dentro del cual todos los otros tienen que elevarse hasta que se extingan y no se oigan más. El candidato tiene que aprender a oír a Dios en el sordo retumbar del plano físico; luego, en el sonido de trompeta, del plano astral; después en el sonido del plano mental inferior, que se asemeja a la música de una flauta de bambú; y así, ascendiendo, hasta llegar al mundo de su principio más elevado.

Estos mismos sonidos pueden interpretarse de otra manera como típicos de la intensidad con la que oye el aspirante la voz de su yo superior; es una voz, pero se oye de siete maneras; al principio, es delicada y dulce como el canto del ruiseñor, y con frecuencia desaparece en el silencio: en seguida, se hace más fuerte, como "el címbalo argentino de los Dhyanis"; más y

más fuerte se va haciendo hasta que, al fin, se oye constantemente como si llenara el aire a la manera de "sordo retumbar de una nube tempestuosa". En las primeras etapas de nuestro progreso, la voz del yo superior puede parecer débil y lánguida pero ulteriormente implicará para nosotros toda la realidad del trueno.

Además, la descripción que el texto hace de esos sonidos sigue la ruta mencionada para Kundalini, que es conducido a través de los chakras. Esta fuerza se despierta en siete etapas o grados y da así en poder creciente, los resultados psíquicos que ya se han mencionado. La voz que se oye cuando kundalini se eleva al entrecejo se oirá, por lo tanto, con siete grados de intensidad, simbolizados por los siete sonidos que aquí se mencionan.

Una vez más: es natural que en el más denso de los planos el candidato deberá oír la voz interna muy débilmente, como la voz de un ruiseñor; cuando se eleva al plano siguiente en donde no es tan densa la envoltura del Sér interno, su voz será más fácilmente oída; hasta que, finalmente, cuando alcance el principio más elevado, se oirá como el retumbar de una nube tempestuosa. Tan solo la ilusión de los bajos planos es la que nos hace atribuir delicadeza a las cosas elevadas.

Finalmente encontraremos que tiene la corporeidad y la realidad del trueno.

Estas interpretaciones no se excluyen unas a otras; todas las experiencias que sugieren son posibles para el candidato simultáneamente.

Recuerdo que en cierta ocasión, en una de nuestras pláticas en la terraza de Adyar, se hizo una pregunta con relación a estos sonidos; la Presidente y yo contestamos respectivamente como sigue:

A. B.—En la meditación, uno de los sonidos que comienzan a oírse (por ejemplo, algo que yo oí con toda claridad) fué un sonido semejante al del tam-tam o tambor de una aldea india; lo describí al H. P. B., quien me dijo: "Eso está muy bien, adelante". Poco después oí unos bellísimos acordes de música, y luego algo parecido al sonar de campanillas de plata; percibí otro sonido semejante al repicar de las campanas de un templo, como las que se oyen, por ejemplo, en Benarés; mas nunca descubrí que tales sonidos fuesen otra cosa sino que yo empezaba a ser capaz de oír en el mundo astral.

En la India hay una escuela establecida por un hombre del cual el Maestro M. habló con encomio. Los que pertenecen a esa escuela, después de cierta práctica, claramente oyen sonidos en el cerebro; pero jamás he sabido que ninguna de esas personas haya progresado algo más en ese camino. Muchos venían a visitarme, en el Norte, para preguntarme qué significaban tales sonidos, a lo que les contestaba: "Yo creo que lo único que significan es que ustedes se están volviendo clariaudientes."

Nunca he podido explicarme estos siete sonidos mencionados por H. P. B.: Pueden significar que hay que despertar la conciencia plano tras plano y que con cada uno de ellos se quiera simbolizar la nota de un plano particular; así como aquí abajo, Fa, es la combinación de los innumerables sonidos del mundo físico mezclados entre sí; pero esto, en realidad, no explica el asunto.

C. W. L.—Yo no puedo conseguir que ellos correspondan exactamente a los planos; posiblemente se trata de sub-planos; podría también simbolizarse con ellos los sonidos que acompañan el despertar de los siete centros por medio de Kundalini, pues el sonido es una de las expresiones que tienen lugar en ese caso particular; mas nunca he podido quedar perfectamente cierto de lo que ella quiso significar; se inclinaria uno a decir que el címbalo de plata, en sus diferentes tonos, bastaría para todos; el trueno, en verdad, no parece adaptarse muy bien.

A. B.—Por supuesto hay en la cabeza un cierto número de sonidos que pertenecen enteramente al sistema vascular; cuando una persona los oye muy fuertemente, es síntoma de que está en peligroso estado de anemia.

Los sonidos no son progresivos. Muy frecuentemente pone H. P. B. las cosas en círculo; algunas veces comienza por el número cuatro y da luego la vuelta hacia ambos lados. Puede ser también que mencione estos sonidos no por su orden; tal vez se puede comenzar con el trueno, continuar con el sonido de la trompeta y en seguida con el lamento del espíritu del océano; podrá colocarse luego el címbalo en cuarto lugar; la flauta en el quinto y la vina, cuyo sonido es más delicado, en el sexto, y por último, el ruseñor en el séptimo, el superior.

C. W. L.—Si nos fuese permitido darles así la vuelta comenzarían a tener un significado definido.

A. B.—Al ser consultada H. P. B. astralmente, dijo: “¡Cuán necios fuisteis todos vosotros al considerarlos en aquella forma; pudisteis haberlos arreglado antes: trueno, trompeta, concha de mar, címbalo, flauta, vina y ruseñor!” Dijo que la forma *literal* en que tomábamos las cosas era abominable.

C. W. L.—En varios libros sánscritos pueden encontrarse listas similares de sonidos. Del “*Shiva Samhitá*” hemos tomado el ejemplo que sigue:

“El primer sonido es como el zumbido de una abeja pletórica de miel; el siguiente, como el de una flauta; luego, como el del arpa; después de este, por medio de la práctica gradual del yoga, destructor de la obscuridad del mundo, oye el hombre el sonido del repicar de campanas; luego, sonidos como el rugir del trueno. Cuando se fija la atención completa en este sonido, estando libre de temor, se alcanza la absorción: ¡Oh, amado mío! Cuando la mente del yogui se concentra totalmente en este sonido, olvida todas las cosas externas y se absorbe en este sonido” (1).

Cuando los seis han sido muertos y abandonados a los pies del Maestro, entonces el discípulo está sumido en el Uno, se convierte en este uno, y en el vive.

Madame Blavatsky habla de los seis como sigue:

Los seis principios (que constituyen al hombre). Alusión a cuando la personalidad inferior es destruida

(1) Op. cit. V-27-8

y la individualidad interna se sume y pierde en el séptimo, o sea el espíritu. (Atman).

Y del Uno que aquí se menciona, dice:

El discípulo se unifica con Brahman o Atma.

Cuando los seis principios son “Destruídos”, en otras palabras, cuando no ejercen ya su independencia, sino que se han vuelto por completo obedientes a la voluntad del Sér, el aspirante vive en ese Uno; la séptima voz de Buddhi lo elevará hasta Atma. Madame Blavatsky aplica el término Bráhman por analogía al átma humano. Bráhman (Neutro) es el uno que contiene los Tres; así átma contiene dentro de sí mismo a Buddhi y a manas, cuando el hombre se ha vuelto un Arhat y aprendido a vivir en el triple espíritu.

Antes de entrar en ese sendero, debes destruir tu cuerpo lunar, limpiar tu cuerpo-mental y purificar tu corazón.

Para explicar el término “Cuerpo Lunar”, Madame Blavatsky inserta la siguiente nota:

La forma astral producida por el principio Kámico, el Kama Rupa, o Cuerpo de Deseo.

El término “Cuerpo Mental” lo comenta así:

Manasa Rupa. Así como el Kama Rupa se refiere

al Yo astral o personal, el Manasa Rupa se relaciona con la individualidad o el Ego que reencarna, cuya conciencia en nuestro plano, o sea el Manas inferior, tiene que ser paralizada.

Madame Blavatsky no da al término *Planos* el sentido tan completo que le da la mayoría de los teósofos de la actualidad; pensaba ella más bien en principios y veía la materia de los diferentes niveles tomando forma bajo la influencia de los primeros. Habla aquí de "nuestro Plano", significando la región de la existencia personal, física, astral y mental inferior. La "forma astral" no es en modo alguno necesariamente el cuerpo astral, sino más bien la forma personal construida en las regiones subjetivas de nuestra vida personal (los planos astral y mental inferior), en relación con nuestra forma personal y con los sentimientos y pensamientos conectados con ella. En mi pequeño libro "*el Plano Devachánico*" y en el de la Dra. Besant "*Sabiduría Antigua*", se da una descripción de los cuatro tipos de vida en el mundo celestial: (1) amistad personal, (2) devoción personal, (3) el verdadero espíritu misionero, y (4) realización humana. Todos ellos son emotivos, pues, aun cuando inegoistas, no son impersonales, sino Kámicos; toman su forma del carácter de las experiencias del plano físico. Pero el manas inferior puro sería el antahkárana, sería la mente del alma, no la mente corporal; su actividad sería estimulada *única*mente desde arriba; debería estar ahora limpio de todo

Karma para llegar a ser un canal puro para el alma.

Consideremos las condiciones del cuerpo astral de una persona avanzada. Prácticamente no da respuesta directa a los impactos externos; de por sí está muerto para el mundo; no tiene vida propia independiente; ha sido ya "destruido". Si alguien golpea a un hombre de tipo común, probablemente su cuerpo astral estallará súbitamente en llamaradas de cólera; tal sería su respuesta inmediata. No sucede así con el hombre avanzado, el impacto en su caso pasará al interior mediante el cuerpo astral, al vehículo búddhico, el cual responderá a su propia manera; entonces *su impacto* sobre el mundo astral haría surgir los hermosos colores de las emociones de amor, que son *sus correspondencias* en el cuerpo astral. La Dra. Besant ha explicado con frecuencia que el aura astral de un hombre avanzado es incolora, o más bien, es de un color blanco ligeramente lechoso cuando está en reposo, pero que a través de él fluyen todos los más agradables colores que el plano puede exhibir en contestación a la gran respuesta búdica, al mundo, del hombre superior.

Las aguas puras de la vida eterna, claras y cristalinas, no pueden mezclarse con los cenagosos torrentes del tempestuoso monzón.

La gota de rocío celeste que acariciada por el primer rayo de sol matutino, brilla en el seno del loto, cuando cae al suelo, se convierte en barro; mira: la perla es ahora una partícula de cieno.

Lucha con tus pensamientos impuros antes de que te dominen; trátalos como pretenden ellos tratarte a ti. Porque, si tolerándolos arraigan y crecen, sábelo bien, estos pensamientos te subyugarán. Cuidado, discípulo, no permitas que ni aún su sombra se acerque a ti, porque crecerá, aumentará en magnitud y poder, y entonces ésta cosa tenebrosa absorberá tu sér antes que te hayas dado cuenta de la presencia del monstruo negro y abominable.

Hay en el mundo quienes imaginan que es posible mantener las cosas bajas y progresar al mismo tiempo en el Sendero, algunas veces piensan realmente que, mediante varias formas de viciosa excitación, pueden generar una gran suma de energía que les ayudará a impulsarlos adelante y elevarlos. Temerosos están de volverse incoloros, si reprimen por completo las bajas actividades. Se ha dicho, ciertamente, que la persona incolora, el hombre débil y bueno, no puede progresar: "Quisiera que fueras frío o caliente", dice el Espíritu en "la Revelación", y "porque eres tibio y ni frío ni caliente, te escupiré fuera de mi boca. (1)

Esto representa muy bien los hechos; las personas que más prometen, en orden de preferencia, son (1) El hombre vigorosamente bueno, (2) el hombre vigorosamente malo, y (3) el hombre ordinariamente bueno. Nadie puede ser un criminal verdaderamente eficaz sin tener alguna cualidad divina fuertemente desarro-

(1) Revelación III. 15-16.

llada; su maldad resulta de la falta de equilibrio; por ejemplo un gran poder de voluntad y valor o una gran inteligencia, sin amor por sus semejantes; o bien un gran amor y una gran fuerza de voluntad, sin inteligencia, pueden hacer a un hombre igualmente peligroso y dañino, ya que lo convierten en un fanático guía-dor de fuerzas de descontento y rompimiento. El hombre simplemente bueno, débil en todas las cualidades, en voluntad, inteligencia, y amor, progresa poco aunque pueda ser firme y constante. Los grandes hombres tienen grandes faltas; pero pueden libertarse de ellas rápidamente; los hombres moralmente pequeños tienen pequeñas faltas, que a menudo parece que van a durar para siempre. No hay en esto ninguna recomendación para mal vivir; indica que para un progreso rápido no basta la simple represión de las tendencias bajas, sino que deben hacerse positivos y vigorosos esfuerzos en la expresión de lo que es bueno y elevado. Al estar haciendo tales esfuerzos, puede una persona caer; la misma fuerza de voluntad, el propio conocimiento, o amor, que haya logrado mediante sus esfuerzos, hará que su caída sea profunda y terrible si llegare a faltarle equilibrio; y así la misma magnitud del pecado de un hombre puede ser signo de un posible progreso rápido para él; pero tal progreso comenzará solamente cuando el hombre, por medio de sufrimiento Kármico, se haya convencido de un error y purgado las impurezas inherentes a su caída. No puede lograrse mucho, sin embargo, hasta que se haya realizado aquella purificación.

Madame Blavatsky trata vigorosamente este punto

en su libro "Primeros pasos en ocultismo", como sigue:

"Hay algunos cuyos poderes de raciocinio han sido de tal manera deformados por influencias extrañas, que imaginan que las pasiones animales pueden ser sublimadas y elevadas de tal manera que su furia, su fuerza y su fuego, puedan, digamos, volverse al interior; que pueden ser albergadas y acalladas en su pecho hasta que su energía sea, no extendida, sino dirigida hacia propósitos más elevados y más santos; esto es, hasta que su fuerza colectiva y concentrada, capacite a su poseedor para penetrar en el verdadero Santuario del Alma y permanecer allí adentro, en presencia del Maestro, el YO SUPERIOR. Para conseguir tal propósito no lucharán con sus pasiones, ni las destruirán; se limitarán sencillamente, por un vigoroso esfuerzo de voluntad, a atenuar sus fieras llamaradas y tenerlas a raya dentro de su carácter, permitiendo a su fuego permanecer latente bajo delegada capa de ceniza. Se someten gustosos a las torturas del muchacho Espartano que permitió a la zorra devorarle las entrañas, antes que deshacerse de ella".

"¡Oh, pobres, ciegos visionarios! De igual modo podía esperarse que una banda de deshollinadores ebrios, acalorados y grasientos por su trabajo, puedan ser encerrados en un Santuario ataviado con linos blancos y puros, y que, en lugar de ensuciarlo y convertirlo en un montón de tiras mugrientas, se vuelven ellos los amos del sagrado recinto, y finalmente salgan de él tan immaculados como el mismo retiro. ¿Por qué no imaginan que una docena de zorrillos, encerrados en la atmósfera pura de un Dgon-Pa (Monasterio), pueda salir de él impregnada con todos los perfumes de los inciensos que allí se usan? Extrañas aberraciones de la mente humana."

Esta porción del texto concluye con los siguientes pasajes en que no se admiten componendas:

Antes que el "Místico Poder" pueda hacer de ti un Dios, oh Lanú, debes haber adquirido la facultad de destruir a voluntad tu forma lunar.

El Yo de la materia y el Yo del espíritu jamás pueden estar juntos. Uno de los dos tiene que desaparecer; no hay lugar para entrambos.

Antes que la mente de tu alma pueda comprender, debe ser aplastado el capullo de la personalidad; y el gusano del sensualismo ha de ser aniquilado, sin resurrección posible.

De nuevo "el poder místico" es Kundalini, el representante en el cuerpo de "La Gran fuerza prístina inmanente en toda la materia tanto orgánica como inorgánica". La Nota de Madame Blavatsky sobre este punto, es como sigue:

Kundalini, el "Poder serpentino" o fuego místico.— Es denominado poder "Serpentino" o anular por razón de su modo de obrar, o de su proceso en espiral, en el cuerpo del Asceta que desarrolla en sí mismo tal poder. Es una fuerza eléctrica, ignea, oculta o Fohática la grande energía primordial que existe en el fondo de toda materia orgánica e inorgánica.

CAPITULO XXXIX

CONVIERTETE EN EL SENDERO

No puedes recorrer el sendero, antes que tu te hayas convertido en el sendero mismo.

C. W. L. Viene luego la nota que sigue:

Este sendero se halla mencionado en todas las obras Místicas. Como dice Krishna en el Naneshwari: "Cuando este Sendero es contemplado... ya parta uno hacia los florecimientos del oriente o en dirección a las cámaras del occidente, sin moverse, oh, tu, que empuñas el arco, está el viajero en este camino. En este Sendero, cualquier lugar a donde uno quiera ir, aquél lugar se convierte en el propio Yo de uno mismo. "Tú eres el Sendero", se le dice al Adepto Gurú, y por este último al discípulo después de la Iniciación. "Yo soy la vía y el Sendero" dice otro Maestro.

Ya fué explicado (en los comentarios al libro "A los Piés del Maestro"), que los pensamientos y sentimientos que al principio difícilmente se alcanzan y mantienen, se nos hacen fáciles al transcurso del tiempo.

Cuando el aspirante se ha capacitado y desarrollado a sí mismo de tal manera que el panorama búddhico y la respuesta a la vida sean para él perfectamente naturales y espontáneos, podemos decir que se ha convertido en el Sendero mismo. Con frecuencia este resultado del esfuerzo continuado y de la práctica recibe el nombre de "Segunda índole." Tal expresión, empero, nos da cierta impresión de habernos revestido de nuevas cualidades, que después llegan a ser habituales; no es esto así: es nuestra índole original y mejor, nuestra naturaleza elevada, la que se manifiesta en la vida superior; nos parece ser algo nuevo sólo porque hasta ahora había estado oscurecida por nuestra vestidura material y por la presión de las circunstancias en los mundos de nuestro ser personal.

En esta nota queda indicada una interesante verdad metafísica; nuestra evolución no es un tránsito, ni siquiera un crecimiento; no es un proceso de ir a alguna parte, ni un aumento de tamaño; es un desarrollo virtual de los poderes de nuestras vidas. Como se ha dicho ya, en los planos del ego, la materialidad pasa a un segundo lugar, y los poderes de la conciencia, voluntad, sabiduría y actividad (o voluntad, amor y pensamiento) dominan casi por completo la materia de los planos; por lo tanto, el espacio no es el carcelero de aquí abajo, y la conciencia no necesita viajar a través de él, para poder aparecer en otro lugar. Para ilustrar este punto se ha narrado la siguiente conversación entre un Gurú y su discípulo. El Gurú dijo al discípulo que caminara a través del cuarto y luego le preguntó: ¿Qué estabas haciendo? —¿Te estabas moviendo?

Después de meditar sobre el asunto, el discípulo dió la contestación siguiente, que fué declarada correcta:

"No Yo no estaba avanzando, estaba observando que el cuerpo se movía, yo estaba pensando, sintiendo y queriendo; sólo el cuerpo se movía". (1) Esto es un hecho cierto para todos nosotros; sabemos que el cuerpo está en movimiento, sólo porque así lo observamos por medio de los sentidos, lo mismo que hacemos con cualquier otro objeto. La sensación que experimentamos al correr en un automóvil abierto, por ejemplo, se reduce, si cerramos los ojos, a la simple percepción del aire que se precipita sobre nosotros y a un sentimiento de poder que, por medio de la imaginación, produce alegría corporal. Podría reproducirse la misma experiencia por medio de aparatos adecuados, compuestos de máquinas ventiladoras y de movimiento, sin ningún traslado del cuerpo; además la mayor parte de los que han viajado de noche en carros dormitorios, han tenido la experiencia de caminar y se preguntan si lo han hecho con la cabeza o los pies para adelante y aún si el tren se movía o no y por lo general han resuelto la cuestión levantando las persianas de la litera e infiriendo la dirección que llevan por la observación de las luces y sombras que pasan.

El hecho de que no sea necesario para el ego viajar para ir de un lugar a otro, queda también manifiesto por la manera en que pueda aparecer simultáneamente en diferentes partes del mundo en las imágenes devachánicas de cierto número de personas, en el plano mental inferior.

(1) Véase "Los Siete Rayos", P. 13.

Aun cuando en la etapa de desarrollo que presupone esta enseñanza, el candidato se halla trabajando en la perfección de su personalidad, al mismo tiempo su labor interna está particularmente relacionada con el desarrollo del Buddhi, el alma espiritual. Para decirlo con otras palabras, está ascendiendo a través del plano búddhico; de aquí que su conversión en el Sendero se manifieste por un gran desarrollo de simpatía y amor hacia los demás, como se indica en los versículos siguientes:

Preste tu Alma oído a todo grito de dolor, de igual manera que descubre su corazón el loto para absorber los rayos del sol matutino.

No permitas que el sol ardiente seque una sola lágrima de dolor, antes que tu la hayas enjugado en el ojo del que sufre.

Pero deja que las ardientes lágrimas humanas caigan en tu corazón y que en él permanezcan sin enjugarlas, hasta que se haya desvanecido el dolor que las causara.

Estas lágrimas, oh, tu, de corazón muy compasivo, son las corrientes que riegan los campos de caridad inmortal; en este suelo en donde crece la flor de media noche, la flor de Buddha, más difícil de encontrar y más rara de ver que la flor del árbol vogay, es la semilla que libra del renacimiento. Pone al Arhat

a cubierto de toda lucha y concupiscencia, y le guía, a través de los campos del sér, a la paz y la bienaventuranza conocidas únicamente en la región del silencio y del no-ser.

Cuando Cristo dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí", (1) declaró una verdad mística, pues el Cristo es uno con el aspecto búddico de la conciencia universal. Hay solamente una conciencia; al alcanzar el pleno conocimiento de este hecho, el Iniciado puede convertirse en Arhat; pero a menos de que vaya a través de este principio crístico no puede alcanzar al Padre, el Atma, que está arriba. Esta verdad, expuesta con maravillosa inspiración y claridad en "El Cristianismo Esotérico" de la Dra. Besant, es, sin embargo, solamente un aspecto del asunto, pues el Cristo encarnado personificó el mismo principio en su vida externa en Palestina, que ha inspirado a millones de humanos porque no se substrajo al dolor. La mayor parte de los hombres tratan de escapar al dolor hasta donde les sea posible; pero Cristo aceptó el suyo, añadiéndole el de todos los demás. Los que siguen el sendero búddico dicen instintivamente, cuando la pena los aflige: "Son muchos los que sufren; ¿Por qué desearía yo ser eximido?" Más aún, en la plenitud de su simpatía, sienten ellos en su máxima agudeza el dolor ajeno, antes de alcanzar la serenidad del Arhatado, la iluminación que los pone por encima de la muerte, que los hace brillar con el gozo de la libertad, cualesquiera que sean

(1) S. Juan - 14-6.

las penas que les sobrevengan. Tal libertad conduciría a un reposo exento de cuidados, si los hombres pudieran alcanzarla antes de experimentar los sufrimientos del Cristo, en quien el dolor de la cruz es como nada ante su compasiva respuesta al lamento de un mundo sufriente. Entonces adviene el momento en que el Hombre dice: "¿Qué importa que yo sufra o no?". Su mente está tan ocupada en el servicio que apenas puede atenderse a sí mismo.

Expresiones tales como "La paz y la bienaventuranza conocidas únicamente en la región del silencio y del no-ser", pueden ser comprendidas únicamente por aquellos que quieren pensar en las realidades metafísicas; la mayor parte de las expresiones orientales semejantes a esta, están basadas en la idea fundamental de que el Dios Universal se expresa a sí mismo como *sat*, *chit*, y *ánanda*, ésto es, como sér, conciencia y bienaventuranza.

El sér se comprende bien; la gente lo mira por doquiera a su alrededor, conoce también la conciencia por experiencia; pero a la felicidad *la busca* el hombre. Todos se buscan a sí mismos. La felicidad no es cosa que se pueda ganar, obtener y poseer; es nuestro verdadero estado de Sér; pero más allá de ambos, materia y conciencia, está la verdadera vida interna, que es silencio y no-ser, desde el punto de mira de lo externo, no obstante lo cual es la felicidad del verdadero sér.

Mata el deseo, pero si lo matas, vigila atentamente, no sea que de entre los muertos se levante de nuevo.

Mata el amor a la vida; pero si matas el Tanha, no permitas que sea por la sed de vida eterna, sino para substituir lo pasajero por lo perdurable.

Nada deseas; no te irrites contra el Karma, ni contra las leyes inmutables de la naturaleza. Lucha tan sólo contra lo personal, lo transitorio, efímero y perecedero.

Deseo común es el amor por las cosas externas en obsequio al goce astral o sensorial. Ya hemos visto que el discípulo no debe buscar la satisfacción de tales deseos, sino dedicar toda la energía de la personalidad, —física, emocional y mental—, a la obra de la evolución espiritual y al servicio de la vida interna en sí mismo y en las demás personas.

Tanhá es la raíz de estos deseos, porque es la sed de vida sensible. En su propio plano el Ego está lejos de ser plenamente conciente; pero la conciencia que tiene le proporciona un sentimiento de gran placer y le despierta una especie de sed por una realización más plena de la vida; eso es lo que se halla tras el gran clamor del mundo por una vida más intensa. Como antes se ha explicado, en el caso de las personas comunes, las fuerzas del plano mental superior pasan por el cuerpo causal en su mayor parte sin afectarlo, pues el ego no está aún lo suficiente desarrollado y adiestrado para responder a más de unas cuantas de las vibraciones de su propio nivel. No hay vibraciones groseras en aquel plano, tales como a las que pudiera dar respuesta en sus días juveniles, por lo cual descende

a los planos inferiores a efecto de sentir que vive más ampliamente. Así pues, durante mucho tiempo, su conciencia es más vívida cuando se le presentan las cosas del plano físico; pero más tarde, al despertar la naturaleza astral, los placeres de ese plano demuestran ser mucho más intensos aún.

En el cuerpo físico no es posible darse cuenta de cuan intensas son las delicias de la vida astral, tanto es así, que frecuentemente desvían y detienen a personas que ya mataron el deseo de la misma clase de placeres del plano físico. Sin embargo, tal peligro no es muy grande para aquellos que en la vida física están buscando definitivamente las cosas del Sendero, si se trata de personas de tipo avanzado, porque están en condiciones de experimentar delicias aún más elevadas, de mucho mayor atractivo. Esto mismo es cierto para cada plano en su turno correspondiente.

No obstante, el discípulo debe cuidarse de renunciar a los placeres inferiores, no meramente en obsequio de los relativamente más elevados, ha de mantener siempre la mira en su meta ideal, más allá de *todos* los placeres transitorios; no deberá anhelar el goce de los prolongados placeres del mundo celestial, sino que debe desechar *todo* lo que sea transitorio y personal. Mientras por una parte no debe tratar de obtener los objetos de deseo, por la otra, no habrá de atemorizarse por las lecciones que Karma ponga en su camino; no debe desear que el campo de la experiencia sea distinto del que es. Sabe que, por ser inmutables las leyes naturales, puede él utilizar la experiencia para progresar. Si no fuera por el orden que la naturaleza establece en el

mundo, sería imposible que el intelecto se desarrollara o que el hombre pudiera usar sus poderes en forma alguna. Así, no tiene ningún resentimiento contra Karma, que es la personificación de la Ley.

Ayuda a la naturaleza, trabaja con ella, y la naturaleza te considerará como uno de sus creadores y te prestará obediencia.

Y ella te abrirá de par en par las puertas de sus recintos secretos, descubrirá ante tus ojos los tesoros ocultos en las grandes profundidades mismas de su seno puro y virginal, no contaminados por la mano de la materia. Muestra ella sus tesoros únicamente al ojo del espíritu. Ojo que jamás se cierra, y para el cual no hay velo alguno en todos sus reinos.

Entonces te mostrará los medios y el camino, la primera entrada y la segunda y la tercera, hasta la misma séptima. Y luego te mostrará la meta, más allá de la cual hay, bañadas en la luz del sol del espíritu, glorias inefables únicamente visibles para los ojos del alma.

Todos los estudiantes de las ciencias materiales están familiarizados con el hecho de que "La naturaleza se conquista por la obediencia". Todas las fuerzas que utilizamos en la vida moderna, tales como la presión del vapor o la electricidad, son ejemplos de nuestra colaboración con la naturaleza; quizá sea algo inadecua-

do usar la palabra "conquista", ya que el hecho es que todo nuestro poder en el mundo es la resultante de la armonía entre el hombre y la naturaleza. El hombre en su bote que pone su vela en forma tal que pueda caminar contra el viento, no está conquistando el viento; está armonizando sus actividades con las leyes que lo rigen; obrando de acuerdo con las leyes; y no oponiéndose a su acción, es como el hombre gana en poder. El ocultista sabe que el mismo principio es cierto en todos los planos y no sólo con relación a la materia de cada mundo; sino también con las formas de vida que en ellos residen, elevadas o inferiores en la escala de evolución; por lo tanto, el conocimiento de las leyes mecánicas de la naturaleza, del que se ha derivado tanto en poder y tanta ayuda para la humanidad, representa sólo un aspecto de la armonía que debe subsistir entre los dos. Un sentimiento de amistosa simpatía para los animales, para las plantas y aun para los minerales, así como para los espíritus de la naturaleza y los devas, es tan importante, si no más, para el progreso humano; la naturaleza se compone tanto de vida como de materia y solamente por medio de un sentimiento de simpatía con esa vida se deja conocer y se pone en armonía con la vida del hombre. Considerar el mundo como un lugar lleno de entidades hostiles, es la desastrosa costumbre de nuestro tiempo; pero el hombre que se enfrenta a la vida con sentimientos de amabilidad para todo sér viviente, no tan sólo verá y aprenderá más que los otros, sino que su paso por el mar de la vida le será más suave; hay una tradición en la India de "La buena Mano" de ciertas personas que tienen esa sim-

patía y para las cuales las plantas crecerán bien, mientras que para otros se secarán. Ha quedado también explicado muchas veces por las autoridades en materia oculta que a causa de su amor a todos los seres, el verdadero yogui o sanyasi puede vagar entre las montañas y las selvas sin ningún peligro debido a los animales feroces o a los reptiles. En la vida ordinaria esta simpatía actúa de diversas maneras; el moderno hombre de negocios sabe que el primer requisito para el éxito consiste en establecer relaciones de amistad con aquellos con quienes tiene que tratar. La misma cualidad se necesita para la enseñanza de los niños, que con frecuencia consideran a sus mayores como seres extraños y arbitrarios, diferentes por completo de su clase; como seres algo exóticos; como un hombre de nuestro planeta podría considerar a uno de aquellos marcianos creados por la fantasía de Mr. Wells; pero cuando se establece la simpatía desaparece toda extrañeza y se hace posible la educación verdadera.

Los espíritus de la naturaleza están en la misma posición que la de los niños; con la salvedad de que no necesitan de nosotros y pueden evitar fácilmente nuestra vecindad; como lo hacen, generalmente, los tipos más atractivos de ellos cuando llega a sus regiones el verdadero hombre "civilizado", con sus maneras ruidosas, toscas y crueles, su repelente aura impura y su nube de formas de pensamiento; es un hecho que si el hombre tuviera simpatía hacia los otros reinos de la naturaleza, si repoblara los bosques y no solamente los destruyera, y si fuera bondadoso hacia la naturaleza en general, gozaríamos de climas más uniformes y de más

prósperos cultivos; debemos reconocer, por supuesto, que el movimiento en favor de cultivar jardines alrededor de la casa y plantar árboles y flores aún en los caminos de nuestras ciudades, va en la dirección correcta y que los hombres han hecho mucho ya en favor del trabajo de los espíritus de la naturaleza, al implantar nuevas formas del cultivo de las tierras, especialmente por lo que toca a las flores, los cereales, y los árboles, así como en el cuidado de los animales; pero, con mayor simpatía, se obtendrían resultados aún mejores. Esta simpatía ha sido puesta de manifiesto en algunas ocasiones, especialmente por los poetas; los ensayos y los poemas del Dr. Rabindranat Tagore la muestran en muy alto grado; en efecto, la difusión de esta cualidad puede considerarse como su contribución a la civilización moderna. Otro ejemplo bien conocido es el del filósofo Emerson, que al regresar de sus giras de conferencias de invierno a su casa de Concord, acostumbra saludar a las ramas bajas de sus árboles estrechándolas con su mano, y declaraba que podía percibir la alegría que experimentaban los árboles con motivo de su regreso; y sin duda que la cualidad de simpatía contribuía en gran modo a su inspiración.

Algunos hombres que viven en sus jardines como Lutero Burbank, de California, suelen decir que tienen la perfecta conciencia del sentimiento que les llega de algunas plantas, arbustos y árboles; algunos canadienses cuyo deber les hace vivir constantemente en los bosques para inspeccionarlos, marcar los árboles y ejecutar otros trabajos, me han dicho que sienten una vida en los bosques completamente distinta de la que ex-

perimentan en cualquiera otra parte y que saben que hay ciertos lugares y ciertos árboles que quieren al hombre y otros que no lo quieren. Tal simpatía es perfectamente natural; si sentís especial amor y admiración por determinado sér humano, hay una tendencia de su parte a interesarse por nosotros y a corresponder a nuestro afecto; en un grado inferior, si sentís afecto a un animal, éste se aficionará fuertemente hacia vosotros; más abajo aún, en los reinos minerales y vegetales prevalece la misma ley aún cuando sus efectos sean menos notorios; de esto nace la tradición de que ciertas plantas y flores crecen mejor para una persona que para otra, siendo iguales las demás condiciones; el magnetismo personal es lo que las atrae y esto es lo que, en un nivel más alto, llamamos afecto.

No es necesario decir aquí nada con relación a las siete partes que se mencionan en este mensaje, ya que la totalidad del tercer fragmento está dedicada a los siete portales, y al comentarlo trataremos de ellas detalladamente.

CAPITULO XL

LA VIA UNICA

Sólo existe una vía hacia el sendero; tan solo a su término puede oírse la "Voz del Silencio". La escala por la cual asciende el candidato está formada por peldaños de sufrimiento y de dolor; estos solamente pueden ser acallados por la voz de la virtud. Por tanto, ¡Ay de ti, discípulo, si queda un solo vicio que no hayas dejado atrás! Porque entonces la escala cederá bajo tus plantas y te derribará: su base descansa en el profundo cenagal de tus pecados y defectos, y antes que puedas aventurarte a cruzar este ancho abismo de materia, tienes que lavar tus pies en las aguas de la renunciación. Ten cuidado, no sea que pongas un pie todavía manchado en el peldaño inferior de la escala. ¡Ay de aquel que se atreva a ensuciar con sus pies fangosos un escalón tan solo! El cieno inmundo y viscoso se secará, se hará tenáz, pegará entonces sus pies en aquel sitio y como el pájaro cogido en la liga

del cazador astuto, quedará imposibilitado para un nuevo progreso. Sus vicios tomarán forma y le arrastrarán hasta el fondo. Sus pecados levantarán la voz semejante a la risa y al plañido del chacal después de la puesta del sol; sus pensamientos se convertirán en un ejército, y se lo llevarán trás si como a un esclavo.

C. W. L.—Hemos visto en “*Los Maestros y El Sendero*”, que hay cuatro maneras de llegar al principio del sendero probatorio, a saber: por el contacto con aquellos que ya se hallan en el Sendero; por el pensamiento profundo; por escuchar y leer sobre la palabra sagrada, y por la práctica de la virtud. (1) Entonces, en el Sendero probatorio, hay cuatro cualidades que obtener, la última de las cuales se indica en “*A los Pies del Maestro*”, como AMOR y se dice que sin ésta, las otras cualidades son en vano. (2). Esta, pues, es la única vía que conduce al Sendero propiamente dicho; la vía del *amor*, de altruismo en el pensamiento, en la palabra y la acción.

Todos los antiguos hábitos del cuerpo y de la mente deberán ser subyugados por medio de virtud positiva. La palabra virtud, tal como aquí se usa, no puede significar la simple bondad pasiva o ausencia de mal obrar; debe tomarse en su antiguo sentido de fortaleza. Las virtudes son formas de la fuerza del alma; cuando el alma domina la vida personal, aparece plena de tal virtud. Pero entre tanto tiene que

(1) op. cit. Cap. VI.
(2) ante. pág. 429.

librarse una gran batalla; en muchísimos casos el candidato al Sendero necesita poner en juego toda su determinación para extinguir en sí, completamente, cualquier culpa de egoísmo que pudiere encontrar en sí mismo, en el diario examen de su conducta. Esto puede hacerse más fácilmente figurando una escena en la que se ponga de manifiesto la falta y reconstruyéndola después en la imaginación, de tal manera que se muestre en élla la virtud correspondiente; entonces podrá uno considerarla detenidamente por algún tiempo y determinarse a manifestar de ahí en adelante, en tales circunstancias, la virtud y no la falta.

A veces es muy difícil vencer los defectos habituales; de aquí la frecuente mención del sufrimiento y del dolor: Por ejemplo, es motivo de gran dolor para el ebrio resistir la tentación de “la última copa la última nada más”; pero si se mantiene firme en su resolución de no volver a tomar bebidas fuertes ni una sola vez, con el tiempo desaparecerá el sufrimiento y el hombre experimentará un placer de naturaleza más elevada que el que obtenía con el estímulo de la bebida. Exactamente sucede lo mismo con las emociones y pensamientos impuros o egoístas; muchos fracasan por dar albergue a un pensamiento indigno “una sólo vez nada más”; precisamente ese último es el que deben rechazar, rehusando abrigarlo en la mente. Para poder abandonar sus faltas, la gente tiene que sufrir algunas veces grandes heridas en su orgullo; en todos estos casos la humildad es de gran ayuda, porque hace que los hombres deseen modificarse a si mismos.

Además, hay muchos que sienten poco o nada de este dolor; por haber purificado considerablemente su vida. Es cierto que se ha llegado a sugerir que en este pasaje Aryasanga ha exagerado el sufrimiento; no es así precisamente, más bien lo ha expresado en términos extremos a fin de que nadie se asombre de encontrar dolor en el Sendero habiendo esperado lo contrario y de que todos estén dispuestos a pagar tributos al pasado, a enfrentarse a cualquier sufrimiento y ponerle fin para siempre por medio de la práctica de la virtud. Es oportuno recordar aquí las alentadoras palabras del *Gitá*: "Aun si fueres tú el más pecador de todos los pecadores, atravesarás por sobre todo pecado en la balsa de la sabiduría. Así como el fuego ardiente reduce a cenizas el combustible, oh Arjuna, así el fuego de la sabiduría reduce todos los Karmas a cenizas".

(1) Y también: "Nunca tuvo que cruzar la senda de la pesadumbre aquel que procedió con rectitud, oh Amado". (2).

Como ya se ha dicho (3), todos los sistemas de Yoga, han puesto énfasis en la necesidad de libertarse de los vicios desde el principio. Tan sólo cuando las virtudes han quedado firmemente establecidas en su carácter, podrá serle permitido al estudiante avanzar a los pasos subsiguientes en el Sendero, incluyendo las prácticas de posturas, respiración, dominio de los sentidos y meditación. La razón de esta exigencia es que, conforme el discípulo va progresando en el Sendero, las fuerzas de su voluntad y de su pensamiento se ha-

(1) op. cit. IV. 36 - 37.

(2) Ibid. VI. 40.

(3) Ant. pág. 641-642.

cen más poderosas que nunca antes lo fueran, y llegará el tiempo en que el Ego haga descender su energía hasta el cuerpo. Si aún quedaren en el cuerpo residuos de cualquier vicio, aquella energía les impartirá nueva fuerza al grado de que la caída del aspirante será mucho más grande que la que fuere posible para alguien no tan avanzado: los poderes son poderes, lo mismo para el bien que para el mal, y así el candidato deberá purificarse antes de buscarlos, de otra suerte dañaría a los demás y a sí mismo. Hay una etapa en el Sendero, precisamente después de la Segunda Iniciación, en la que el peligro es mayor, especialmente en cuanto al vicio del orgullo, como ampliamente se ha explicado en "*Los Maestros y El Sendero*". (1).

Mata tus deseos, Lanú; reduce tus vicios a la impotencia antes de dar el primer paso en el solemne viaje.

Ahoga tus pecados, enmudécelos para siempre, antes de levantar un pie para subir la escala.

Aquieta tus pensamientos y fija toda tu atención en tu maestro, a quien todavía no ves, pero a quien sientes.

Funde tus sentidos en un solo sentido si quieres estar seguro contra el enemigo.

Por medio de este sentido único, que está

(1) Obra citada. Cap. IX.

oculto en la concavidad de tu cerebro, es como puede mostrarse ante los ofuscados ojos de tu alma el escarpado sendero que a tu maestro conduce.

La repetición que hace Aryasanga del precepto de libertarse de deseos y vicios, pone de manifiesto la importancia que concede a esta parte de la obra. No sólo se intensifican enormemente los defectos del candidato conforme se desarrollan sus poderes, sino que también aumenta su responsabilidad y se vuelve capaz de generar más Karma que antes.

El sexto sentido, la mente, tiene su órgano físico en el cerebro; por lo general la gente no hace uso de él al enfrentarse a los diferentes objetos y experiencias de la vida: vive demasiado en su cuerpo astral; le "agradan" ciertas cosas y le "disgustan" otras, completamente sin razón para ello, sin considerar para nada lo que son, ni cuales sean realmente buenas o malas, útiles o inútiles; esto no bastará, por supuesto, para quienquiera que pretenda hollar el Sendero oculto; deberá él considerar todas las cosas desapasionadamente y valorizarlas de acuerdo con su utilidad para el alma.

En el cerebro se hallan también los órganos por medio de los cuales puede obtenerse una percepción directa de las cosas allende el alcance que pudieran tener los sentidos físicos. El cuerpo pituitario es un eslabón entre el cuerpo físico y el cuerpo astral, y así sucesivamente; en la misma cavidad del cerebro, pero un poco más atrás, se halla la glándula pineal que está directamente conectada con el cuerpo mental y que

sirve para atraer las impresiones del plano mental. Algunos desarrollan primero el cuerpo pituitario; otros la glándula pineal; cada quien debe seguir el método prescrito por su propio Gurú.

Largo y penoso es el camino que tienes ante ti, oh discípulo. Un solo pensamiento acerca del pasado que has dejado atrás de ti, te arrastrará al fondo y tendrás que emprender de nuevo la subida. Mata en ti mismo todo recuerdo de pasadas experiencias. No mires atrás o estás perdido.

Encontramos una vez más que Aryasanga pone énfasis en el peor aspecto del asunto, con la mira de que nadie encuentre el Sendero más arduo de lo que había pensado antes de entrar en él; relativamente, ese sendero no es largo si tomamos en consideración que son tan sólo las últimas catorce vidas de una serie de muchos cientos, o aún millares de ellas, las que comúnmente transcurren entre la Primera y la Quinta Iniciaciones. Mas aún, en muchos casos la labor de estas catorce vidas se hace en unas cuantas, tomadas consecutivamente, sin intermedios devachánicos, lo cual reduce en mucho el tiempo.

Cierto es que "El camino serpentea cuesta arriba en todo su trayecto", pero no necesita forzosamente ser fatigoso; el viaje es cansado únicamente cuando se piensa en la meta final. Un estudiante, al entrar al colegio, encontrará allí intensamente fastidiosos sus tres o cuatro años si está pensando solamente en obtener

su título y salir con él al mundo, sin estar realmente interesado en sus estudios. Pero si ha planeado bien su tarea que naturalmente lo llevará a conseguir su título, si la lleva a cabo adecuadamente, y si de veras está interesado por las materias de sus estudios, podrá entonces olvidar todo lo relativo a los años que le esperan delante y pasar su tiempo en fascinadora actividad.

Así también, en el Sendero, la labor está llena de interés para el corazón y la mente, y el que así la pueda encontrar, la hará más corta de hecho y en apariencia, que aquel que solo se preocupa por alcanzar cierta meta previamente establecida.

Lo mismo sucede con la meditación; algunos que fielmente la practican sienten que es algo fastidiosa; pero la llevan a cabo, sin embargo, en gracia a sus resultados; otros la encuentran llena de interés y por esto es que obtienen mucho más de ella. Que no piense el candidato en su propio progreso en el Sendero, como se recomienda con mucha frecuencia; que se olvide de sí mismo y trabaje para el mundo, y el progreso vendrá por sí solo. El examen de sí y el adiestramiento de uno mismo son necesarios, pero eso equivale solamente a la preparación y engrasamiento de una maquinaria; no deberá dedicarse a esto mucho tiempo; lo verdaderamente importante es el trabajo.

Es cierto que en ocasiones algunos discípulos necesitan forzarse a sí mismos, al principio, para efectuar determinadas clases de trabajo, de pensamiento o de meditación, cuando advierten que deben practicarlas, muy bien: adelante con la penosa tarea, si tal os pa-

rece; que si el motivo es puro, pronto notaréis que el tedio se evapora, que se despierta un nuevo interés y que el trabajo se vuelve delicioso.

La afirmación de que tan sólo un pensamiento sobre el pasado puede arrastrar de nuevo al candidato a lo terrenal, sin duda hará vacilar a todo aquel que, proponiéndose entrar en el Sendero, no se resuelva todavía a desechar algún vicio favorito por insignificante que sea; no es tanto el acto, cuanto el pensamiento en él lo que nos perjudica; dice Madame Blavatsky en *La Doctrina Secreta*.

“La pureza de la mente es de mucha mayor importancia que la pureza del cuerpo... puede llevarse a cabo un acto sin prestarle gran atención, lo cual es de importancia relativamente pequeña; pero si se piensa en él; si la mente le da albergue, el efecto es mil veces mayor; los pensamientos deben mantenerse puros.” (1).

Recuerdo una anécdota del Coronel Olcott que ilustra este punto. Un joven que mucho deseaba vivir la vida más elevada vino a buscarlo un día y le preguntó si era necesario abandonar el vicio del tabaco, a lo que el Coronel respondió: “Bien, si no puedes, debes hacerlo; pero si puedes, no lo necesitas”. Ciertamente, la fuerza de voluntad y la pureza de pensamiento son de suprema importancia y sin ellas no podrá haber progreso, no importando cuán limpio esté el cuerpo; las palabras del Coronel acentuaron el punto con gran acierto. Pero hubiera podido añadirse también que el vicio de fumar es un hábito inmundo; ensucia los cuerpos y con frecuencia causa mucha mo-

(1) Obra citada, Tomo III. 570.

lestia e incomodidad a otros. Lo peor de su egoista su-
ciedad es que el humo se humedece con la saliva y
se lanza luego para que entre a los pulmones de los
demás; es una horrible necesidad de la vida moderna
el verse uno a veces obligado a respirar con el humo
asi inficionado.

Por lo que hace al efecto de un pensamiento cuya
calidad pertenezca al pasado, Madame Blavatsky dice
también:

*“El estudiante debe vigilar sus pensamientos; cinco
minutos de pensamiento pueden anular la labor de
cinco años; y aun cuando la obra de esos cinco años
pueda recuperarse más rápidamente la segunda vez, em-
pero, el tiempo se perdió.”* (2).

Debemos distinguir aquí entre un pensamiento que
meramente sea una forma flotante que haya entrado
en la mente, y un pensamiento propiamente dicho, que
sea un acto deliberado; es este último el que puede
causar gran daño. Podrá penetrar en la mente un mal
pensamiento, pero si no se le acoge, si no se le anima y
fortalece, poco perjuicio causará.

Es alentador que aquel que sufra una de tales caí-
das pueda levantarse de nuevo rápidamente. Aquella
antigua alegoría Griega, de que cada vez que el héroe
cae por tierra, vencido en el combate, saca nuevas
fuerzas de élla, es también aplicable al progreso del
hombre. Lo mejor sería que sin caer ganara la batalla
de una vez por todas; pero en todo caso está destinado
al triunfo final. Mucho puede aprender el discípulo

(2) Obra citada, Tomo III. 573.

dotado de inteligencia y voluntad sin que le sea nece-
saria la amarga experiencia, así como se puede apren-
der que el fuego quema, sin que sea preciso poner la
mano sobre él; pero todo lo que sea necesario habrá
de ser aprendido tarde o temprano, de una manera o
de otra.

*No creas que pueda jamás extirparse la con-
cupiscencia satisfaciéndola o saciándola, pues
esto es una abominación inspirada por Mara;
alimentando el vicio es como se desarrolla y
adquiere fuerza, a manera del gusano que se
ceba en el corazón de la flor.*

*La rosa tiene que convertirse nuevamente en
el capullo nacido de su tallo generador, antes
que el parásito haya roído su corazón y chu-
pado su savia vital. El árbol de oro produce
las yemas preciosas antes que la tormenta ha-
ya deteriorado su tronco.*

*El discípulo ha de recobrar el estado infantil
que perdió, antes que pueda oír el sonido pri-
mero.*

Sir Edwin Arnold habla de Mara, tal como lo in-
terpretan los budistas, en términos vigorosos y gráficos,
en conexión con la tentación que sufrió el Buddha po-
co antes de Su iluminación.

*“Pero el que es Príncipe de las tinieblas, Mara,
sabiendo que allí estaba Buddha y que al encontrar la
Verdad salvaría al mundo, dió órdenes a todos sus*

poderes malignos, por lo que, salidos de todos los profundos abismos se reunieron los demonios que combaten contra la Sabiduría y la Luz; eran Arati, Trishná, Raga y sus hatos de pasiones, horrores, ignorancia, y concupiscencia; la ralea de las tinieblas y el terror, todos odiando a Buddha y tratando de perturbar su mente.” (1).

Empero, Madame Blavatsky dice: “Pero Mara es también el que inconscientemente apresura el nacimiento de lo espiritual”. La resistencia que Mara pone al aspirante, lo capacita para desarrollar su fuerza; un atleta podría subir y bajar los brazos más fácilmente sin ningún peso de gimnasia que con él, pero en tales condiciones no desarrollará la misma fuerza tan rápidamente si acaso la desarrolla. Que el mismo mal se emplea para producir el bien, fué expuesto cierta vez por un hombre muy espiritual que había alcanzado una elevada Iniciación; durante algún tiempo antes había sido terriblemente censurado, y había sido estropeada la importante obra en la cual había puesto él todo su corazón. En alguna ocasión alguien lo consoló con palabras de simpatía, que resultaron completamente innecesarias para él, porque respondió: “El hecho es que yo tengo una deuda de gratitud hacia todas esas personas que trataron de injuriarme, aunque no lo comprendí a tiempo; pues sin su ayuda no hubiera recibido todavía aquella iniciación”. Un hombre común se hubiera dejado llevar por la ira o por la depresión; pero en un hombre como éste, Mara hace surgir una fuerza igual, solamente que en forma de amorosa piedad o compasión. Y así puede convertirse en amigo

(1) “La Luz del Asia”. Libro VI.

nuestro aun el mayor de nuestros enemigos, mientras caminamos con él.

Por supuesto que no es la ignorancia, sino la inocencia de la niñez lo necesario para el verdadero progreso espiritual; la simple bondad no es progreso, es sencillamente purificación preparatoria; progreso es el desarrollo del Ego en sus propios planos, que al mostrarse en la personalidad, se manifiesta como fuerza de carácter, así como en voluntad y amor y pensamiento. En las tres etapas de las relaciones de un discípulo con su Maestro, es la tercera y más elevada la que contiene la idea de la niñez, ya que primeramente se es discípulo a prueba, luego discípulo aceptado y en tercer lugar, un Hijo del Maestro.

CAPITULO XLI

LOS ULTIMOS PASOS

La luz del maestro uno, la luz aurea e inextinguible del espíritu, lanza desde el principio mismo sus refulgentes rayos sobre el discípulo. Sus rayos pasan a través de las densas y oscuras nubes de la materia. Ora aquí, ora allí, estos rayos la iluminan de igual modo que a través del espeso follaje de la selva los rayos del sol alumbran la tierra. Pero ¡Oh discípulo! A menos de ser pasiva la carne, fría la cabeza y el alma tan firme y pura como deslumbrador diamante, sus irradiaciones no llegarán a la cámara; su luz solar no calentará el corazón, ni los místicos sonidos de las alturas Akásikas llegarán al oído del discípulo a pesar de todo su entusiasmo en la etapa inicial.

C. W. L.—Así como el Sol brilla sin cesar detrás de las nubes, así el yo superior está vertiendo constantemente sus rayos sobre el aspirante. Los destellos de inspiración y de intuición que llegan una y otra vez a

la obscuridad de nuestras mentes en aquellos momentos que consideramos los mejores, se derivan de aquella elevada fuente. Procedemos con sabiduría al esforzarnos por capturar estos momentos mejores, mantenerlos en la imaginación y espaciarnos en ellos durante la meditación, infundiendo así toda nuestra vida en esa condición "diamantina" que se menciona en el texto.

Con referencia a "Los místicos sonidos de las auras akáshicas", añade Madame Blavatsky la siguiente nota al calce:

Los místicos sonidos, o sea la melodía que oye el asceta al principio de su ciclo de meditación, llamados Anáhata-Shabdá por los Yoguis. El Anáhata es el cuarto de los Chakras.

El cuarto centro o chakra es el del corazón. En el curso de la meditación, cuando la conciencia se concentra en el corazón, es más susceptible a la influencia del alma espiritual o ego superior; el corazón es el centro del cuerpo para la triada superior, atma-buddhi-manas; la cabeza es el asiento del hombre psíco-intelectual; tiene sus diversas funciones en siete cavidades, incluyendo el cuerpo pituitario y la glándula pineal.

Aquel que en la concentración pueda hacer bajar su conciencia del cerebro al corazón, será capaz de unir Kama-manas al Manas superior, por medio de manas inferior, que, cuando se encuentra puro y libre de Kama, es el antahkárana. Estará él entonces en condiciones de captar algunas de las inspiraciones de la triada superior; pues esa conciencia mayor trata de guiarlo por conducto de la conciencia; no puede hacerlo hasta

que el candidato se haya unificado con buddhi-manas. La explicación precedente es un resumen de anotaciones sobre enseñanzas verbales de la señora Blavatsky que han sido agregadas al tercer tomo de *La Doctrina Secreta*. (1).

La tradición hindúe sobre este asunto dice que cuando Kundalini se eleva, disuelve las cualidades de los diversos chakras a través de los cuales pasa y lleva su esencia hacia arriba; cuando llega al cuarto, el chakra del corazón, el yogui oye el sonido de lo alto, llamado *anáhata-shabdá*. Shabdá es sonido, *an-aháta* significa "No golpeado", así, es el sonido que se obtiene sin golpear una cosa contra otra. El término es, pues, simbólico de aquello que está por encima de los planos de la personalidad. El contacto de los practicantes con la triada superior comienza en este punto; quienes aspiran a aumentar el contacto entre el manas superior y el inferior no deberían ocuparse durante su meditación en cosa alguna por debajo de tal contacto. La meditación siguiente, traducida del *Gheranda-Samhitá*, es una de las que se prescriben para el centro cardíaco: Ilustra la manera en que el yogui va gradualmente retirando su atención de las cosas circundantes y la concentra en un ideal:

"Que en su corazón encuentre inmenso mar de néctar,
Y dentro de él, bella isla cuajada de gemas
Donde sean las arenas oro luciente rociado de joyas,
y cerquen sus playas selectas plantas llenas de flor.
Y en el centro, variados arbustos y lianas y juncos,
Por doquier exhalando fragancia muy grata al olfato."
"Quien gustar quisiera la dulzura de divina perfección
deberá imaginarse allí un árbol prodigioso de cuyo
extenso ramaje penden fantásticos frutos:

(1) Op. cit. Vol. 3. pp. 582-4.

Las cuatro poderosas Doctrinas que salvan al mundo.
Allí, ni frutos ni flores sufren muerte o tristeza.
Por siempre la abeja zumba y canta el suave cucú."

"Bajo la sombra de aquella apacible enramada se mira
un Templo de fulgurantes rubies, donde, quien busca,
en nítido asiento descubre
a su tiernamente Amado, como reliquia escondida...
Que su mente, como lo enseña el Maestro, repose
en aquella Forma Divina, con Sus dones y Sus signos..."
(1).

*A menos de oír, tu no puedes ver; a menos
de ver, tu no puedes oír; oír y ver: he aquí la
segunda etapa.*

Hemos considerado ya la importancia de ver y oír.
(2) A menos de que el candidato sea capaz de responder a la voz interna, esto es, a menos de que comprenda las leyes espirituales, jamás podrá ver las cosas externas tales como son; deberá aprender a mirar las cosas de la materia con los ojos del espíritu, como en cierta ocasión dijera un Maestro. Cuando vea de esa manera las cosas materiales o externas, irá comprendiendo más y más la voz interna; algo semejante a la necesidad de que la meditación y la experiencia se vayan alternando. Lanzarse a la vida apresuradamente, sin detenerse a meditar sobre ella, es perder mucho de la significación de sus acontecimientos; hay que dedicar algún tiempo, todos los días, para que los ilumine la luz interior.

(1) "Concentración Mental" E. Wood. Cap. X.

(2) Ant. pág. 603.

Por otra parte, recluírse en el estudio de sí mismo y dedicar todo su tiempo al pensamiento, produciría poco provecho, pues de esa manera cometería el hombre interminables equivocaciones, ya que se requiere la experiencia para corregir y ampliar nuestra meditación. Lo que ha de buscar el discípulo es el equilibrado juego de lo interno con lo externo; debe aspirar a ser "armónico", para usar la expresión una y otra vez repetida en el *Gitá*.

En el sistema de Dios los mundos interno y externo se corresponden perfectamente uno a otro, punto por punto. Dice Madame Blavatsky en *La Doctrina Secreta*.

"En el reino de las fuerzas ocultas, un sonido audible, no es sino un color subjetivo; y un color perceptible es un sonido inaudible." (1)

Se habla aquí de color, no de forma; lo cual hace más exacta la aserción, porque lo que realmente vemos son únicamente colores, no formas.

Es imposible decir con toda certeza por qué este estado de armonización del ver y del oír se llame la segunda etapa. No podemos decir cual sistema de etapas estaba exponiendo Aryasanga, pues en este punto se corre un velo sobre sus instrucciones; la línea de puntos indica que se perdió una parte relativa a la tercera etapa. Cuando la enseñanza surge de nuevo, después de este hiato o hueco, sigue tratando Aryasanga de las últimas etapas exactamente en el orden en que

(1) Op. cit. Vol. III. p. 508.

las colocan los *Yoga-Sutras*, esto es, (5) pratyáhara, dominio completo de los sentidos; (6) dhárana, concentración; (7) dhyána, meditación y (8) samádhi, contemplación.

Cuando el discípulo ve y oye, y cuando huele y gusta teniendo cerrados los ojos, los oídos, la boca y la nariz; cuando los cuatro sentidos se mezclan y se hallan prestos a pasar al quinto, al del tacto interno, entonces el ha pasado a la cuarta etapa.

Hay algunos yoguis que literalmente obstruyen la boca y la nariz, cuando practican la meditación o el trance; los dedos están colocados de tal modo que mantienen cerrados los ojos, las fosas nasales y la boca; y estos hombres han adiestrado también la lengua de manera tal que puedan voltearla hacia arriba y hacia atrás en la parte superior de la cavidad bucal, y así impedir la entrada del aire; esto se llama *Khecharí mudrá* y la practican algunos hatha-yoguis. No la hacen los raja-yoguis y nosotros no lo recomendamos. Hay una etapa en la cual el discípulo puede cerrar sus ojos y reproducir dentro de sí mismo (o experimentar en la región astro-mental) las sensaciones de olor, gusto, vista y tacto; entonces, con objeto de retraerse a un estado más alto aún, debe poner su atención en el toque *interno*, que es "oir". Prestando su atención al sonido interior y siguiéndolo hasta lo más y más recóndito, se coloca a sí mismo en el punto en que le es posible practicar pratyahára, el refinamiento de toda

sensación, tanto interior como exterior, la etapa del vestibulo del conocimiento, así como la del de la ignorancia. Esta práctica se describe en el versículo siguiente:

Y en el quinto, oh matador de tus pensamientos, todos estos tienen que ser muertos de nuevo, sin esperanza alguna de reanimación.

La mayor parte de la gente suele abstraer su atención hasta cierto punto cuando, por ejemplo, tiene especial interés en la lectura de un libro; entonces no responden a las impresiones producidas sobre los sentidos por diversos olores, por objetos de visión y por sonidos circundantes. Ponerse uno a voluntad en esa condición, es pratyahára, y es prepararse para una meditación realmente fructífera. "Matar los sentidos sin reanimación", no significa otra cosa sino que éstos, como perros sumisos, se echan sobre el suelo cuando así se les ordena y no se levantan de allí hasta que se les llame.

Sobre este punto viene la siguiente nota al calce:

Esto significa que en la sexta etapa de desarrollo, que en el sistema oculto es el Dhárana, cada sentido, como facultad individual, ha de ser "Muerto" (o paralizado) en este plano, pasando al séptimo sentido, el más espiritual y sumiéndose en él.

Dhárana es el sexto peldaño del yoga, tal como está anotado en el *Yoga-Sutras*; es la concentración de la mente que ya hemos estudiado (1) y que sigue a pratyáhara. Puesto que la mente o *chittá*, se conceptúa como un sexto sentido, cuando Dhárana es ya completo y por lo mismo la mente cesa de funcionar en relación con las cosas del mundo externo, surge la intuición, llamada aquí el séptimo sentido. La vida nos enseña de dos maneras; por la tuición o instrucción que recibimos del mundo y por la intuición, la actividad del sér interno. Conforme avanzan los hombres en su peregrinación evolutiva, aumenta su intuición y ya no dependen tanto, como antes, de la instrucción que el mundo les da. Esta es, únicamente, otra manera de decir que el hombre que usa sus poderes internos puede aprender mucho más de una pequeña experiencia, que lo que puede aprender el hombre común de muchas de ellas. Por razón de la actividad de su inteligencia innata, el hombre desarrollado es capaz de advertir la gran significación aún de cosas muy pequeñas, mientras que la mente no desarrollada está llena de curiosidad; constantemente en busca de cosas nuevas, porque, no siendo buena para pensar, pronto agota la obvia significación de las cosas comunes y corrientes; esta mente es la que está anhelosa de "milagros" con relación a su experiencia religiosa, mientras permanece ciega a los innumerables milagros que constantemente la circundan.

(1) Ante. Pág. 580.

Aparta tu mente de todos los objetos externos, de toda visión exterior. Aparta las imágenes internas, no sea que proyecten una negra sombra en la luz de tu alma.

Tú estás ahora en el Dhárana, la sexta etapa.

En la práctica de la concentración es siempre necesario tener en cuenta tanto las fuentes externas, como las internas de interrupción; debe impedirse que la mente ponga interés en cualquier cosa externa, pues de no hacerlo así, el más ligero sonido despertará su curiosidad y echará a perder la concentración; hay que impedir también que la mente despierte dentro de sí imágenes relacionadas con el pasado o el futuro; durante la práctica se debe perder por completo el interés por lo que sucedió o por lo que puede suceder mañana; cuando esta concentración se ha llevado a cabo con buen éxito, comienza la siguiente etapa de práctica, la séptima, que se denomina *dhyána*, esto es, meditación.

Cuando hayas pasado a la séptima, oh tú, dichoso, no percibirás ya más el tres sagrado, porque tú mismo te habrás convertido en ese tres. tú mismo y la mente, como gemelos en una línea, y la estrella que es tu meta, fulgurando arriba de tu cabeza. Los tres que moran en la gloria y la bienaventuranza inefables han perdido ahora sus nombres en el mundo

de maya. Se han convertido en una estrella única, el fuego que arde pero que no se consume, el upadhi de la llama.

Y esto, oh Yogui del éxito, es lo que los hombres denominan Dhyána, el precursor directo de Samadhi.

Al pasar de dhárana a dhyána, de la concentración a la meditación, el aspirante en este Sendero penetra en la conciencia búddhica; ése es, entonces "tú mismo". La mente de que aquí se habla, es el manas superior, pues el manas inferior ha quedado en silencio; el principio manásico se ha elevado hasta el búddhico, siendo ya los dos como "gemelos en una línea" los dos vértices inferiores de un triángulo, tal como se indica en la nota siguiente:

Cada grado de desarrollo está simbolizado en el Raja-Yoga por una figura geométrica.

La de que se trata aquí, es el triángulo sagrado y precede al Dhárana. El... Δ ... es el signo de los Chelas superiores, mientras que otra clase de triángulos, el de los altos iniciados, es el símbolo "I" de que habla Buddha, y es empleado por el como emblema de la forma encarnada del Tathágata (Buddha) cuando se ha abstraído a los tres métodos de Prajna; una vez pasadas las tres etapas preliminares e inferiores, el discípulo ya no ve el ... Δ ... sino el, abreviatura del..... el septenario completo. No se expresa aquí su verdadera forma, pues casi con seguridad se apoderarían de ella

algunos charlatanes y la profanarían, usándola para propósitos fraudulentos).

La estrella que fulgura por encima de la cabeza, es el átma; pero también se refiere, como dice Madame Blavatsky en otra nota, a la estrella de la Iniciación que brilla sobre la cabeza del iniciado: Como el objeto que debe lograrse es la Cuarta Iniciación, o sea la del Arhat, la estrella de tal iniciación es la que conduce al plano átmico o nirvánico, que es su meta.

En esta etapa, en vez de mirar hacia arriba en pensamiento y de considerar la triada superior (Atma-Buddhi-Manas) como por encima de uno mismo, como hasta aquí ha sido el caso, el hombre se encuentra ya en el estado búddhico, unido manas con buddhi, como "manas-tajasi".

La "meditación" del iniciado al alcanzar esta etapa, lo conducirá, finalmente, a una subsiguiente unión de buddhi con átma. Al realizar tal unión, la triada superior habrá llegado a constituir una estrella, descrita en una nota al calce como "la base (Upadhi) de la jamás alcanzable llama, mientras se halle el asceta todavía en esta vida". —El combustible es la personalidad; el fuego es ese triple espíritu; la llama es la Mónada. Ni aún el Adepto entra plenamente al estado de la Mónada mientras permanezca en encarnación física. Dice así la señora Blavatsky:

Dhyna es la penúltima etapa En esta Tierra a no ser que se convierta uno en Mahatma completo. Conforme se ha dicho ya, en tal estado el Raja-Yogui es todavía espiritual-

mente consciente del Yo y de la actuación de sus principios superiores. Un paso más, y ascenderá al plano allende el séptimo; o bien cuarto, según ciertas escuelas. Estas últimas después de la práctica del Pratyahara, (Entrenamiento preliminar cuyo objeto es dominar la mente y los pensamientos) enumeran a Dhárana, Dhyana y Samadhi, comprendiendo a los tres bajo el nombre genérico de Sanyama. Samadhi es el estado en el cual pierde el asceta la conciencia de toda individualidad, incluyendo la suya propia. Llega a ser el todo.

Es significativo que los tres hayan de perder sus nombres. No son formas, pues su región es la región de la conciencia; los planos inferiores de la personalidad son planos de forma; vienen luego los planos de nombre o de "significado" pero la Mónada está más allá del nombre, allende lo que los hombres llaman conciencia.

El texto indica a continuación que, habiendo ya logrado la práctica de samadhi, el aspirante se ha convertido ahora en un Arhat, y ha llegado a la meta de los esfuerzos de que se trata en este fragmento.

CAPITULO XLII

LA META

Y ahora tu yo se halla perdido en el Yo; tú mismo en ti mismo, sumido en aquel ser del cual emanaste primitivamente.

*¿En donde está tu individualidad, Lanú?
¿En donde está el Lanú mismo? Es la chispa perdida en el fuego, la gota en el océano, el rayo siempre presente convertido en el todo y en radiación eterna. Y ahora, Lanú, tu eres el hacedor y el testigo, el radiador y la radiación, la luz en el sonido y el sonido en la luz.*

C. W. L.—Así como el hombre se eleva en la vida a la comprensión de que la personalidad es simplemente "éllo", y por tanto eleva su centro de conciencia hasta el yo superior, así también llega el tiempo en que descubre, como un hecho de experiencia, que esa conciencia es solamente "tú", no "yo". Cuando eso suceda, en, o al rededor de, la cuarta Iniciación, el yo inferior se funde en el verdadero yo, y desaparece lo que el hombre había pensado o sentido que era su in-

dividualidad. Y precisamente, así como aquel que ha logrado el estado búddhico reconoce y acepta la conciencia de los demás como suya propia y siente sus alegrías y penas como las suyas propias; así este hombre descubre ahora un solo "Yo" verdadero en todo.

La distinción entre la realización obtenida por el iniciado de grado inferior y la del Arhat; entre la conciencia del plano búddhico y la del átomico, ha sido ya expuesta en el *Bhágavad-Gítá*. En el primero de ambos estados el hombre ve el mismo Sér residiendo por igual en todos los seres; en el segundo ve que todos están en el Ser uno.

Esto, conforme al *Yoga Sutras*, es el estado de Kaivalya, de "Unicidad", de libertad, a cuya plena obtención se destruye la diferencia entre el que ve y lo visto; entre el sujeto y el objeto.

Conoces ya los cinco obstáculos, oh tu, bienaventurado; tu eres su vencedor, el señor del sexto, el expositor de los cuatro modos de verdad.

La luz que sobre ellos se difunde irradia de ti mismo, oh tú, que fuiste discípulo, pero que ahora eres maestro.

Y en cuanto a estos modos de verdad:

¿No has pasado por el conocimiento de toda miseria, la verdad primera? ¿No has vencido al Rey de Mara, en Tsi, el pórtico de la asamblea, la verdad segunda?

¿No has exterminado el pecado en la tercera

puerta, y adquirido la verdad tercera?

¿No has entrado en el Tau, el "Sendero" que conduce al conocimiento, la cuarta verdad?

Madame Blavatsky añade:

Los "Cuatro modos de verdad", en el *Buddhismo del Norte*, son: Ku, "Sufrimiento o Miseria"; Tu, "El Conjunto de las Tentaciones"; Mu, "Su Destrucción", y Tau, *El Sendero*. Los "Cinco Obstáculos" son: *El Conocimiento de la Miseria, la Verdad respecto a la fragilidad humana, los Refrenamientos opresores y la absoluta necesidad de arrancarse a todos los lazos de la pasión y aún de los deseos. El "Sendero de Salvación" es el último.*

Hay cuatro nobles verdades que enseñó al Mundo el Señor Buddha, que son: el Dolor, la causa del dolor, la cesación del dolor y la vía: estas verdades han sido expuestas ante el mundo occidental, con belleza y precisión maravillosas, en el inigualado poema de Sir Edwin Arnold, "*La luz del Asia*", del cual insertamos aquí los versos que siguen. Pero todos aquellos que busquen inspiración en el Sendero no deberían abstenerse de leer toda la obra.

"Vosotros que quereis seguir la senda de en medio, trazada para la clara Razón y aplanaada por la dulce Quietud; vosotros que aspiráis al camino elevado del Nirvana, escuchad las Cuatro Nobles Verdades:

"La primera verdad es la del Dolor o Pe-

sar. ¡No os dejéis engañar! la vida que amais es una larga agonía, solo quedan sus penas; son sus placeres como pájaros que brillan y vuelan; dolor del nacimiento; dolor de los días desesperados; pesares de la fogosa juventud y de la edad madura; dolor de los fríos y grises años de la vejez y dolor final de la muerte: he aquí lo que llena vuestra lastimosa existencia. El amor apasionado es dulce; pero las llamas fúnebres habrán de besar los senos sobre los cuales descansáis y los labios a los que unis los vuestros. Valeroso es el bélico Poder, pero los buitres desgarran los miembros del jefe y del Rey. Magnífica esta tierra; pero todos los hijos de sus selvas conspiran para su muerte recíproca en su sed de vivir; los cielos son de zafiro, pero cuando hambrientos los hombres griten, no harán caer una sola gota de agua. Preguntad a los enfermos, a los dolientes; preguntad al que claudica apoyado en su bastón, solo y abandonado; “¿Amáis la vida?” y os dirán que la criatura tiene razón al llorar desde que nace”.

“La segunda verdad es *la Causa del Dolor*. ¿Qué sufrimiento viene de sí mismo y no del deseo? Los sentidos se juntan a los objetos percibidos y se enciende el fuego ardiente de las pasiones; así se inflama *Trishná*, concupiscencia y sed de las cosas. Desatinadamente os aficionáis a sombras; os ilusionáis con sueños; plantáis en medio un falso Yo y a su alrededor establecéis un mundo imaginario. Estáis ciegos para las claridades supremas; sordos al rumor de las suaves brisas que vienen de mucho más allá que el cielo de Indra (el Creador); mudos para los reclamos de la vida

verdadera que conserva el que desdeñó la vida engañosa. Así aumentan las luchas y las concupiscencias que producen la guerra en el mundo; así sufren los pobres corazones engañados y corren las amargas lágrimas; así crecen las pasiones, las envidias, los enojos y los odios; así los años crueles con pies rojos de sangre siguen a los años llenos de exterminio. Por eso allí donde debería brotar el grano, se extiende la yerba-birán con su mala raíz y sus flores venenosas; las buenas semillas trabajosamente encuentran suelo propicio donde caer y germinar; y se aleja del cuerpo el alma saturada de emponzoñados brebajes y Karma renace con ardiente sed de nuevo placer; excitado por los sentidos el fozozo “yo” comienza otra vez y cosecha nuevos desencantos.”

“La tercera Verdad es: *la Cesación del Dolor*. Esta es la paz que vence al amor del yo y al apego a la vida; que del pecho arranca la pasión muy enraizada y calma la interna lucha; para que el Amor abrace la Eterna Belleza; para tener la gloria de ser amo de sí mismo y el placer de vivir allende los Dioses; para poseer incontable tesoro acumulado de servicios perfectos ya prestados, de deberes cumplidos con caridad, de palabras benévolas y días immaculados; no se disiparán estas riquezas en el curso de la existencia ni muerte alguna las depreciará. Termina entonces el dolor, pues han cesado la vida y la muerte. ¿Cómo podría alumbrar la lámpara cuyo aceite se consumió? El penoso adeudo antiguo está ya liquidado, la nueva cuenta se halla en blanco y así el hombre queda satisfecho.”

“La Cuarta Verdad es *“La Vía”*. Está am-

pliamente abierta, accesible a todos los pies, despejada y cercana al *Noble Octuple Sendero*, que va directo a la paz y al refugio. ¡Escuchad! Numerosas veredas conducen a estos picos gemelos cubiertos de nieve, en torno a los cuales se enredan las doradas nubes; trepando por las pendientes suaves o escarpadas se llega a las cimas donde se abre aquel otro mundo. Los seres de miembros vigorosos pueden atreverse a remontar el camino recto y peligroso que va a la cumbre de la montaña; los débiles deberán rodear por caminos más largos, con muchos lugares de descanso. Tal es el *Octuple Sendero* que conduce a la paz; va por alturas más o menos abruptas; el alma animosa se apresura; el alma desidiosa se atrasa; pero *todas alcanzarán* las nieves eternas bañadas por el sol. (1)

Los cinco impedimentos en el camino del candidato a Arhat pueden ser enunciados en varias formas, son los cinco que menciona Madame Blavatsky en la nota que acabamos de citar, o bien las cinco ligaduras o los cinco "Kleshas" mencionados en el "*Yoga-Sutras*" y que ya hemos explicado. (2)

Y ahora, reposa bajo el árbol Bodhi, que es la perfección de todo conocimiento; porque, sábelo, tú eres maestro del Samadhi, del estado de perfecta visión. ¡Mira! Tú has llegado a ser la Luz; tú te has convertido en el sonido; tú eres tu amo y tu dios, tú eres tú mismo, el ob-

(1) Op. Cit. Libro Octavo.

(2) Ante Pág. 590-593.

jeto de tus investigaciones, la incesante voz que resuena a través de las eternidades, libre de cambio, los siete sonidos en uno, la

Voz del Silencio

Aum Tat Sat.

La terminación Aum Tat Sat es una de las "Mahavakyams" o "Grandes Sentencias" de los Indúes. El significado de Aum lo hemos considerado ya; (3) Tat se refiere a lo Supremo. Filosóficamente los pronombres El y Ella son inadecuados para referirse a lo Supremo; y así se emplea Tat, que significa *Aquello*. Más allá de "ello" y de "Tú", está "Aquello" que es "Yo". Por lo tanto la expresión significa que es "*Aquello*" lo que es *Real*.

Todas las buenas obras comienzan y terminan con este pensamiento.

(3) Ante. Pág. 633-637.

177

Los caminos de la vida son como los caminos de la tierra, a veces rectos y a veces curvos, a veces fáciles y a veces difíciles, a veces seguros y a veces peligrosos.

El camino que elige cada uno depende de su destino, de sus deseos, de sus temores, de sus esperanzas.

Algunos van por el camino de la rectitud, otros por el camino de la curvatura, algunos por el camino de la seguridad, otros por el camino de la aventura.

El camino que elige cada uno depende de su destino, de sus deseos, de sus temores, de sus esperanzas.

Algunos van por el camino de la rectitud, otros por el camino de la curvatura, algunos por el camino de la seguridad, otros por el camino de la aventura.

El camino que elige cada uno depende de su destino, de sus deseos, de sus temores, de sus esperanzas.

Algunos van por el camino de la rectitud, otros por el camino de la curvatura, algunos por el camino de la seguridad, otros por el camino de la aventura.

El camino que elige cada uno depende de su destino, de sus deseos, de sus temores, de sus esperanzas.

Algunos van por el camino de la rectitud, otros por el camino de la curvatura, algunos por el camino de la seguridad, otros por el camino de la aventura.

PARTE VII
FRAGMENTO II
LOS DOS SENDEROS

CAPITULO XLIII

LA VIA LIBRE

C.W.L.—Llegamos ahora al segundo Fragmento traducido por Madame Blavatsky del "*Libro de los Preceptos de Oro*", con el título de *Los Dos Senderos*. No es este necesariamente una continuación del primer Fragmento, llamado "*La Voz del Silencio*", aun cuando sí comienza dirigiéndose a aquel que acaba de alcanzar la meta del Arhat. Nada hay que permita establecer una especial relación entre los tres fragmentos; desde todo punto de mira y para todos los propósitos, estos tres fragmentos son tres libros separados, que tratan de manera muy semejante el mismo asunto. Sin embargo, es una gran ventaja para el estudiante escuchar las enseñanzas sobre el Sendero una y otra vez, bajo formas ligeramente diferentes, pues con esto se renueva su entusiasmo; se fija su atención en puntos que pueden haber pasado inadvertidos, y en lo general le aporta amplitud de visión.

El presente Fragmento comienza dirigiéndose a aquel que acaba de ascender a la cima del Sendero y ante quien surge esta pregunta: ¿avanzará hasta la bienaventuranza nirvánica, sin cuidarse de los que que-

dan atrás, o se detendrá en el umbral y ayudará a aquellos que aún están ascendiendo?, ¿aprovechará la liberación para sí mismo o se quedará para impartir ayuda al mundo?

Y ahora, ¡oh maestro de compasión! Indica el camino a los demás hombres, contempla a todos aquellos que, llamando para ser admitidos, esperan, en la ignorancia y en las tinieblas, ver que repentinamente se abre la puerta de la dulce ley.

La voz de los candidatos:

¿No revelarás tu, dueño de tu propia conciencia, la doctrina del corazón? ¿Rehusarás guiar a tus siervos al sendero de la liberación?

El Párrafo inicial de este Fragmento podrá de pronto parecernos un poco extraño en estos tiempos modernos; estamos ya familiarizados con la idea de que el Sendero está abierto para quienquiera, en todas partes, independientemente de raza, credo, sexo, casta o color, siempre que vivan la vida que para hallarlo se prescribe. ¿Por qué, pues, algunos habrían de esperar en la ignorancia y en las tinieblas a que se abra una puerta para ellos?

El hecho es que, por el tiempo en que el Señor Budha dió sus enseñanzas en la India, se había vuelto muy rígida la religión de los brahmanes; en sus orígenes, tal fé había sido intensamente gozosa y li-

bre; pero al correr del tiempo los sacerdotes y los legisladores fueron extendiendo el sistema de castas a toda clase de detalles. Las llanuras de la India estaban densamente pobladas por atlantes y atlanto-lemurianos, cuando los Arios descendieron al país unos 10.000 años antes de Jesucristo; por eso el Manú juzgó necesario prohibir que todas esas razas se mezclaran por medio del matrimonio y hacia el año 8.000 antes de Jesucristo estableció el sistema de castas a fin de que no hubiera ya posteriores mezclas y para que pudieran perpetuarse las ya existentes. Al principio solamente fundó tres castas, la bráhmata, la Rajan y la Vish; la primera formada por Arios puros; la segunda por Arios y Toltecas y la tercera por Arios y Mongoles.

Por esto las castas se llamaron Varnas o colores; los Arios puros, blancos; los Arios y toltecas, entremezcla roja y los Arios y Mongoles, entremezcla amarilla.

Se permitía a las castas el matrimonio entre los miembros de ellas, pero prontamente creció la opinión de que el matrimonio debía restringirse a su práctica dentro de cada casta. Posteriormente aquellos que no eran Arios puros quedaron incluidos en la denominación general de Shúdras, pero aun aquí, en muchos casos, solía encontrarse algo de sangre Aria. Muchas de las tribus montaÑeras son parcialmente arios, algunas de ellas, muy pocas, lo son por completo, como la gente de Siaposh y las tribus gitanas.

Hay algunos pasajes en las escrituras indúes que ponen de manifiesto que era posible, para algunos individuos de carácter excepcional y de habilidad, elevarse en su categoría de casta; pero esto debió haber

sido en casos muy raros, y es lo cierto que durante algún tiempo antes del advenimiento del Señor Buddha existía la creencia general de que solamente un bráhmna podía esperar la liberación y que todo aquel que quisiera alcanzar tal meta debería primeramente buscar un medio para nacer como bráhmna. Para la mayoría del pueblo no era ésta una doctrina que diera muchas esperanzas, pues los bráhmanes nunca fueron numerosos; aún en nuestros días solamente se cuentan unos trece millones de ellos en una población de unos trescientos millones; y no se permitía a la casta inferior estudiar los libros sagrados.

Pero la enseñanza del Buddha abrió las puertas de par en par, enseñó que el mismo respeto debía concederse a cualquiera, de cualquier casta, que viviera la vida de su grado; y que, por lo contrario, un brahmán que no viviese tal vida, no sería acreedor a tal respeto, como se expresa en los versículos siguientes tomados del *Vasala-Sutta*:

*No se es de casta baja por el nacimiento;
Ni por nacimiento se hace uno Brahmán;
Sólo por las acciones nace uno en casta baja,
Sólo por las acciones se vuelve uno Brahmán.*

Muchos brahmanes me han dicho que realmente sienten ellos la verdad de esto en la vida práctica; se sienten mucho más atraídos por las personas de casta baja, que viven los ideales de la vida brahmánica, que por los miembros de su propia casta que abandonan sus ideales y llevan una vida de tipo inferior.

La finalidad del Señor Buddha no fué fundar una nueva religión, sino reformar el Hinduismo. Por cierto tiempo, casi toda la India se llamó a sí misma budista; había Hindúes budistas así como actualmente en la región noroccidental hay quienes se denominan hindúes sikhs. El Budismo, como religión, hace ya tiempo que desapareció de la India; los veinte o más millones que las estadísticas mencionan, pertenecen a la provincia de Burma, que, tanto geográfica como etnográficamente, constituye una región por completo separada. Pero el efecto que el Señor Buddha trató de producir, todavía subsiste en grado muy importante en la religión induista de nuestros días. Como ejemplo de ésto se puede mencionar el efecto de sus enseñanzas por lo que toca a los sacrificios de animales, que el Señor Buddha combatió tan enérgicamente: antes de su tiempo eran muy comunes; en la actualidad son sumamente raros. Así mismo, hoy, en la India, cualquier hombre que viva santamente, sea cual fuere la casta a la que pertenecía antes de hacerse sanyasi, es visto con reverencia por todos los demás. Y toda la gente del país considera al "*Bhágavad-Gitá*" como la más elevada autoridad, no obstante ser un libro de carácter muy liberal. En él, dice el Señor:

"Para todos los seres soy el mismo; no hay para mí ninguno odioso ni querido. Aquellos que verdaderamente me adoran con devoción, están en mí y yo también estoy en ellos. Aún el más pecador que me adore con todo el corazón será considerado justo, pues ha tomado una justa resolución; prontamente se volverá obediente al deber e irá a la Eterna Paz. ¡Oh Kaunteya, ten por cierto que mi devoto jamás perecerá. Quienes en mí se refugian, ¡Oh Pártha aunque sean de la matriz del pecado, mujeres, Vaishyas (mercaderes) y aún

Shudras (sirvientes), también hollarán el Sendero más elevado.” (1)

No debemos interpretar estas palabras en el sentido de que Shri-Krishna coloca a la mujer y a otros en un nivel inferior, sino como una refutación a ciertas supersticiones populares, entre ellas, la idea de que los que están encarnados en cuerpos femeninos son necesariamente inferiores y por ello no pueden llegar a elevadas metas espirituales.

Explica Madame Blavatsky en una nota al calce, que hay dos Escuelas de la doctrina del Buddha: la esotérica y la exotérica, respectivamente llamadas la doctrina del “Corazón” y la doctrina del “Ojo”; y que la primera de ellas emanó del corazón del Buddha, en tanto que la segunda fué obra de Su cerebro o cabeza. Otra interpretación que me fué dada, relaciona así los términos a los “ojos” y “corazón” del candidato: los ojos pueden conocer el esquema de las cosas, pero al camino elevado se puede entrar tan sólo cuando el corazón se haya puesto a tono con la vida interna.

Todo este pasaje se basa en la supuesta vacilación que se atribuye al Señor Buddha sobre cual debería ser su prédica. Se dice que al sentarse bajo el árbol Bodhi, en la mañana siguiente a Su iluminación, dudó de que el mundo pudiera comprenderlo y seguirlo, hasta que oyó una voz, como de la tierra atormentada por el dolor, que exclamaba: “Sí, ¡estoy perdida; yo y mis criaturas! Y luego, otra voz: ¡Oh, Supremo, predica tu gran Ley!” (2).

(1) Op. cit. IX - 29.32.

(2) “La Luz de Asia” Libro VII.

Dijo el Instructor:

Los senderos son dos; las grandes perfecciones, tres; seis son las virtudes que transforman el cuerpo en el árbol del conocimiento.

A lo anterior, Madame Blavatsky añade la nota siguiente:

“Arbol del conocimiento” Es el título con el cual los que siguen el Bodhi-Dharma (Religión-Sabiduría) designan a los que han alcanzado las alturas del conocimiento místico, los adeptos. —Nagarjuna, fundador de la escuela Madhyamika, era llamado “El Arbol Dragón”, representando el Dragón un símbolo de la sabiduría y del conocimiento. El árbol es objeto de veneración porque bajo el árbol Bodhi (Sabiduría) fué donde Buddha recibió su nacimiento e iluminación, predicó su primer sermón y murió.”

El Swami T. Subba Rao dió una interpretación algo diferente de este símbolo del árbol. Dijo que el cuerpo del candidato había llegado a ser un canal de conocimiento (y podríamos añadir que también de fuerza) de suerte que era una de las ramitas del Arbol que es la total Sabiduría del mundo.

Podemos agregar también la idea de que el Iniciado es parte del gran Arbol que es la Jerarquía, la Gran Fraternidad Blanca que tiene sus raíces muy lejos en los planos superiores y cuyas ramas alcanzan a todas las partes de la vida humana y aún a los reinos infe-

riores. Quienes hayan leído los últimos capítulos del libro *"Los Maestros y el Sendero"*, podrán apreciar debidamente este gran símbolo de un árbol, pues allí se muestra cómo las "ramas" de la Jerarquía Oculta se extienden desde una gran raíz.

En este enunciado acerca de los Dos Senderos; las Tres Grandes Perfecciones y las Seis Virtudes, tenemos un ejemplo del carácter metódico de la enseñanza del Buddha: siempre ayudaba a sus oyentes a recordar sus prédicas, dándoselas en forma tabular. Así, por ejemplo, habló de las Cuatro Nobles Verdades, cada una de ellas representada por una sola palabra que traería a la memoria un grupo bien definido de ideas. Habló también del Noble Octuple Sendero; de los Diez Pecados, clasificándolos en tres del cuerpo, cuatro de la palabra y tres de la mente; y de las Doce Nidánas o causas sucesivas de vida material y de dolor para el hombre.

Las virtudes trascendentales, o Páramitás, se computan algunas veces como seis; otras veces como siete; pero más comunmente como diez. Cuando estuve en Ceylán me las explicó el Sumo Sacerdote Sumángala. Las primeras seis, me dijo, son: Caridad perfecta; Moralidad perfecta; Verdad perfecta; Energía perfecta; Bondad perfecta y Sabiduría perfecta; las otras cuatro que se añaden a veces especialmente para los sacerdotes, son: Paciencia perfecta; Resignación perfecta; Resolución perfecta y Abnegación perfecta. En *"El Despertar de la Fe"*, de Ashvagoshá, traducido al inglés por Tetaro Zuzuki, se enumeran las páramitás como sigue: Caridad (*dána*); Moralidad (*cila*) Paciencia (*Ksánti*); Ener-

gía (*Virya*); Meditación (*Dyana*); Sabiduría (*Prájna*) y las cuatro adicionales: Tacto (*Upaya*); Plegaria o voto (*Pranddhána*); Fuerza (*Bala*) y Conocimiento (*Jnana*). En la nota al calce, en *"La Voz del Silencio"*, edición de 1924, aparece la siguiente lista tomada del *"Budismo Chino"* de Eitel: caridad, moralidad, paciencia, energía, contemplación, y sabiduría; y adicionales para los sacerdotes: uso de medios correctos, ciencia, votos piadosos y fuerza de propósito.

Cuando estuve en Ceylán comparé las aserciones de los orientistas con los sentimientos y pensamientos de los mismos budistas. Hay entre unas y otras una gran diferencia, pues las primeras son generalmente muy rudas, mientras que los segundos están llenos de vida; sin embargo, los monjes ilustrados tienen una precisión de conocimiento por lo menos igual a la de los más eruditos orientistas. Sir Edwin Arnold, en su libro *"La Luz de Asia"* ha dado una representación notablemente exacta del modo de vivir el budismo. Algunos han opinado que él introdujo al Budismo ideas y sentimientos del Cristianismo; pero esto no fué así en lo más mínimo; yo puedo testimoniar que los sentimientos descritos en el citado poema existen realmente entre el pueblo budista.

¿Quién se aproximará a ellos?

¿Quién entrará primero en ellos?

¿Quién oír primeramente la doctrina de los dos senderos en uno, la verdad sin velo acerca del corazón secreto? La ley que, rehuyendo el

estudio, enseña la sabiduría, revela una historia de pesares.

¡Ay!, ¡Ay!, es triste que todos los hombres posean Alaya, que sean uno con la grande alma, y que, poseyéndola, Alaya les aproveche tan poco. Contempla como a semejanza de la luna que se refleja en las ondas tranquilas, Alaya es reflejada por lo pequeño y por lo grande; reverbera en los más diminutos átomos y, sin embargo, no logra alcanzar el corazón de todo. ¡Lástima que tan pocos hombres se aprovechen del don, del inapreciable beneficio de aprender la verdad, la recta percepción de las cosas existentes, el conocimiento de lo no existente!

El "Corazón Secreto" es la Doctrina esotérica; es un símbolo que llega a nosotros desde los días de los Atlantes. En el más recóndito santuario del gran Templo de la Ciudad de las Puertas de Oro, yacía sobre el altar una pesada caja de oro, en forma de corazón, y únicamente el Sumo Sacerdote conocía el secreto para abrirla. Se la llamaba "El Corazón del Mundo" y significaba para ellos los más recónditos misterios que conocían; en ella guardaban sus más sagrados objetos y mucho de su simbolismo estaba relacionado con ella. Sabían que cada uno de los átomos late como un corazón y consideraban que el Sol tenía un movimiento similar que hacían coincidir con el período de las manchas solares. Con frecuencia se encuentran en sus li-

bros pasajes que nos dan la impresión de que ellos sabían más, en materia de ciencias, de lo que sabemos ahora, aun cuando las consideraban desde el punto de mira poético mas bien que desde el científico. Por ejemplo, pensaban ellos que la tierra respira y se mueve; y es positivamente cierto que recién los hombres de ciencia han llegado a descubrir que hay un diario desplazamiento regular de la superficie terrestre que podría interpretarse como correspondiendo en cierta manera, a una respiración.

Cuando Aryasanga emplea el término "Corazón Secreto", significa con él también los misterios internos. Dice a este respecto la nota de Madame Blavatsky.

El corazón secreto es la doctrina Esotérica.

Aquí el Instructor, con las palabras "rehuyendo el estudio" seguramente da a entender que hay ocasiones en que debemos retirar nuestra atención de la simple adquisición de conocimiento del exterior por conducto de los sentidos, y que podemos emplear tiempo en el desarrollo del conocimiento interno mediante la intuición. No podemos ser sabios sin el suficiente aprendizaje o conocimiento por lo que respecta a las cosas con las que tenemos que enfrentarnos en el mundo en nuestra esfera particular de obligaciones; pero, por otra parte, caeríamos en muchos errores si creemos que lo más importante en la vida sea acumular una gran suma de conocimientos, o si nos imaginamos que tal conocimiento tiene valor intrínseco, aparte del uso que podamos hacer de él en servicio de la humanidad.

En Europa hay tendencia a considerar y estudiar las cosas desde lo exterior mientras que el método Oriental es más bien considerarlas desde dentro; en nuestro presente estado de evolución, ambos métodos son necesarios. Cuando se haya desarrollado el vehículo búdico y la intuición descienda desde ese nivel hasta el cerebro físico, nos dará sabiduría verdadera y conocimiento perfecto; pero solamente en muy pocas personas está ya suficientemente desarrollado.

Aun cuando seamos capaces de mantener nuestra cabeza en las nubes, es necesario que nuestros pies descansen firmemente sobre la tierra y debemos sujetar las impresiones que nos vengan del interior a un juicio sereno, de igual modo que aplicamos el sentido común en las experiencias de la vida diaria; esto es necesario porque con mucha frecuencia se confunden los impulsos que proceden del cuerpo astral con las intuiciones que dimanan del Yo superior. Por ejemplo, suele ocurrir que algún ser desencarnado que advierte que estamos interesados en una cosa determinada, nos haga una sugestión desde el plano astral, y esta puede descender hasta el cerebro y semejar una intuición. Empero, es un hecho que la persona muerta podrá ser un observador muy incompetente del plano astral y por consiguiente podrá transmitirnos una información totalmente errónea.

El consejo de rehuír el estudio es útil, no solamente para los que están en el Sendero, sino para todo el que sea estudioso, si lo entendemos en el sentido que tiene realmente, esto es, en el de rehuír la *simple* acumulación de conocimiento; el mucho estudio de la

parte meramente externa de las cosas conduce con frecuencia al materialismo. Debido a que miran a su alrededor los grandes cataclismos, los sacrificios, la opresión, los pesares y los sufrimientos; y advierten que una gran cantidad de plegarias queda al parecer sin obtener respuesta alguna, mucha gente llega a creer que la ley de la vida son el conflicto y la lucha, que la naturaleza no tiene compasión. Pero el estudio del mundo, tan completamente como sea posible, considerándolo siempre como una gran escuela para la vida inmanente en sus múltiples formas, conduce a la sabiduría, que nos capacita para comprender que todas las cosas actúan armónicamente para el bien. Cuando se desarrollan la visión astral y las más elevadas formas de cognición, este hecho, de que todo va bien, ya no es asunto de comprenderlo mediante cuidadoso razonamiento: salta a la vista; nadie, con tal visión, podría ser materialista.

La palabra Alaya significa simplemente mansión o casa. Esotéricamente, dice Madame Blavatsky, tiene por lo menos, un doble significado, siendo a la vez el alma universal y el Sér de un Adepto avanzado; es la verdadera morada o casa del hombre, el aspecto universal de lo que es buddhi en la triada espiritual humana; es el aspecto varonil o positivo del alma universal, el Logos. Es la "Super-alma" de Emerson; el universal Yo superior de todos los seres; es lo que Platón llamó *Nous*, un principio exento de materia y que actúa con designio; el jivátma de los indúes; la fuente del divino pensamiento creador. En otras palabras es,

en el Segundo Logos, el alma espiritual Universal, de la cual es un rayo el *Buddhi* en cada hombre.

Que uno haya de tener "Conocimiento de lo no-existente" deberá sin duda parecer extraño a aquellos que no conozcan el significado filosófico exacto de la palabra "no existente". Existir significa estar fuera de, tener sér objetivo o externo. La calidad de sér que se llama existencia pertenece a todo el mundo que es visto como fuera de nosotros; pero la vida inmanente, o conciencia, tiene su propio estado de sér; llamémosla "*Istencia*" si así os parece; pero no "*existencia*". Nada podría ser más real que la realidad de esa vida consciente, que nosotros también poseemos porque formamos parte del mismo Logos, y eso es lo "no-existente" de lo cual el aspirante debe adquirir conocimiento. Todos los hombres son esencialmente divinos; pero para comprobarlo deben hallarse fuera de su propia luz; entonces no habrá ninguna sombra, ninguna ilusión.

CAPITULO XLIV

EL CONOCIMIENTO CEREBRAL Y LA SABIDURIA DEL ALMA

Dijo el discípulo:

¡Oh, Maestro! ¿Qué haré para alcanzar la sabiduría? Oh, tu, sabio, ¿Qué haré para obtener la perfección?

Dice el Maestro:

Ve en busca de los senderos pero, ¡Oh, Lanú! Sé limpio de corazón antes de emprender el viaje. Antes de dar el primer paso, aprende a discernir lo verdadero de lo falso, lo siempre fugaz de lo sempiterno, aprende, sobre todo, a separar el conocimiento cerebral de la sabiduría del alma; la doctrina del "Ojo", de la del "Corazón".

C. W. L.—Nada podemos añadir aquí sobre el asunto de lo real y de lo irreal a lo que ya hemos expuesto ampliamente al referirnos a la expresión. "De lo irreal conduceme a lo real" en los comentarios sobre "*A los Pies del Maestro*". (1)

(1) Ante. Vol. I Cap. IV.

Verdaderamente, la ignorancia se asemeja a un vaso cerrado y sin aire; el alma es como un pájaro preso en su interior, no gorgoea, ni puede mover una pluma. Mudo y aletargado permanece el cantor, y de agotamiento muere. Pero aún la ignorancia misma es preferible al conocimiento cerebral sin la sabiduría del alma para iluminarla y guiarla.

Ningún progreso oculto es posible para un hombre mientras sea extremadamente ignorante, por más desarrollado que pueda hallarse en otros sentidos. Sin algún conocimiento de la Verdad, y del Sendero, no podrá actuar en una dirección definida. La mayoría de los humanos tienen muy poco conocimiento de lo que realmente signifique ser un hombre; cuales son las cualidades y las acciones que determinan el progreso y cuales la regresión; y carecen por completo del concepto del gran destino hacia el cual todos nos dirigimos lentamente. Por tanto, su progreso es lento, muy lento. Hemos investigado clarivamente casi un centenar de vidas sucesivas de algunos "pitris" de segunda clase, o sea, hombres de segundo grado de desarrollo, y apenas hemos encontrado un crecimiento perceptible al final de esa serie de vidas.

Hay, sin embargo, una firme aunque lenta evolución de la masa total de vida que avanza constantemente y el individuo participa de este programa general: En lo absoluto, el hombre ha adelantado; pero en lo relativo este progreso ha sido muy pequeño. El

señor Sinnett compara este adelanto al de una persona que asciende una torre dando vueltas y vueltas por una escalera de caracol; llega a la misma posición, y frente a la misma perspectiva, una y otra vez; pero cada vez se halla un poco más arriba que antes. Podría parecer como si los hombres recibiesen un trato algo mejor al que merecen, pues vemos que aun el hombre ignorante, cuyos pensamientos son egoístas en nueve casos de diez, está avanzando en esta forma. Pero el hecho es que por pequeña que sea una fuerza dirigida hacia las cosas elevadas, es mucho más potente que una gran cantidad de fuerza encauzada hacia las cosas inferiores.

Si una décima parte de los pensamientos de un hombre son espirituales, ese hombre está por encima del tipo común; aún en tal caso el hombre da nueve pasos hacia atrás por uno hacia adelante; pero afortunadamente los nueve pasos de retroceso son muy cortos y el único paso de progreso es muy largo.

Se requiere una vida desgraciada para equilibrar lo bueno con lo malo, y para caer de nuevo en el crimen debe ser el hombre excepcionalmente malo. Además, el efecto de un pequeño bien obrar es de mucho mayor alcance debido a la estrecha asociación que obtiene entre los hombres, y el que lo genera, recibe mucho karma bueno.

Pero si la ignorancia es un gran obstáculo para el progreso, el conocimiento que no se lleva a la práctica es poco mejor; tampoco cuenta mucho. Aún cuando un hombre se interese por asuntos ocultos, puede permanecer claramente en el mismo nivel vida tras vida,

pues si el conocimiento no se aplica, hace poco bien; para el rápido progreso es absolutamente necesario poner en práctica el conocimiento.

Las semillas de sabiduría no pueden germinar y desarrollarse en un espacio sin aire, para vivir y cosechar experiencia, necesita la mente holgura y profundidad y fines que la atraigan hacia el Alma-Diamante. No busques tales fines en el reino de Maya; sino elévate allende las ilusiones, busca al eterno e inmutable "Sat", desconfiando de las falsas sugerencias de la fantasía.

Dice Madame Blavatsky en su nota al calce, que el Alma-Diamante, (Vajrasattva) es un título que se da al Supremo Buddha, el Señor de todos los misterios, llamado Vajradhara y Adi-Buddha. En "*La Doctrina Secreta*", sin embargo, expone la distinción entre Vajrasattva y Vajradhara, *Vajra* es un diamante, *Sattva*, en tal conexión como ésta, significa "Por naturaleza", esto es, carácter o alma, de manera que Vajrasattva es aquel cuya naturaleza o carácter sea como el diamante. Dhara significa portar o llevar, por lo cual Vajradhara, es el portador de un diamante. Avalokitésvara, "el Señor que es visto", es Vajrasattva, el Alma-Diamante o corazón diamante y es la realidad sintética de todos los Dhyani-Buddhas. El Primer Logos es Vajradhara o Vajrapani, el Portador del Diamante, o El de Manos-Diamantinas, llamado también en Tibetano Dorjechang; es el Uno más allá de todo condicionamiento o

manifestación; pero es El quien envía al mundo de manifestación *subjetiva*, la expresión de Su Corazón, Vajrasattva o Dorjesampa, el Segundo Logos. (1).

Que deba haber fines especiales requeridos para poner al candidato en pleno contacto con Aquello, es cosa análoga a lo que ya hemos visto en el proceso de individualización de un animal; en este caso, los puntos o fines son las cualidades más delicadas que el animal desarrolla, tales como afecto y devoción, por medio de las cuales se eleva hasta la condición humana de conciencia.

La mente del hombre también debe alcanzar puntos especiales para que pueda unirse con el Alma, y por lo que atañe al Iniciado, esos puntos deberán elevarse hasta Buddhi, que es el principio, en el sér reencarnante, que corresponde al Vajrasattva en un nivel más alto aún. Swami T. Subba Rao dijo que esto se refería al átomo elevando al ego hasta la mónada. Este mismo símil puede usarse también en muchos niveles diferentes.

Porque la mente es parecida a un espejo: cubrese de polvo a la vez que refleja.

Estas palabras, dice Madame Blavatsky, están tomadas de la Doctrina de *Shin-Sien*, quien enseñó que el alma humana es como un espejo que atrae y refleja cada átomo de polvo y que, como el espejo, tiene que ser vigilada y limpiada todos los días.

Shin-Sien fué el sexto patriarca del Norte de China, que enseñó la doctrina esotérica de Bodhidharma. En

(1) Op. cit. Vol. III p. 429.

"La Doctrina Secreta" se explica la posición de Bodhidharma como sigue:

Cuando el abuso de las escrituras budistas dogmáticas ortodoxas había llegado a su culminación y cuando casi se había perdido el verdadero espíritu de la filosofía del Buddha, vinieron de la India varios reformadores que establecieron una enseñanza oral: tales fueron Bodhidharma y Nagarjuna, los autores de las obras más importantes de la Escuela Contemporánea de China, durante los primeros siglos de nuestra Era. (2).

El polvo sobre el espejo simboliza los prejuicios, las ilusiones y las fantasías que se hallan en los cuerpos astral y mental; son claramente visibles para la visión de los respectivos planos como poderosos obstáculos que se oponen a un mejor pensar o sentir. Ya hemos considerado cuidadosamente, en nuestros comentarios sobre el libro "A los Pies del Maestro", los efectos de tales impedimentos y la manera de liberarse de ellos. (1)

Requiere las suaves brisas de la sabiduría del alma para sacudir el polvo de nuestras ilusiones. Procura, ¡Oh principiante, fundir tu mente con tu alma.

(2) Op. cit. Vol. III p. 429.

(1) Ante. Vol. I Pág. 266.

Huye de la ignorancia, huye igualmente de la ilusión. Aparta tu faz de las decepciones mundanales; desconfía de tus sentidos: son falsos. Pero en lo interior de tu cuerpo, en el sagrario de tus sensaciones, busca en lo impersonal al "Hombre Eterno" y una vez lo hayas encontrado, mira hacia dentro: Tú eres Buddha.

La experiencia común nos indica que debemos desconfiar de nuestros sentidos. Las impresiones de la vista, por ejemplo, deben corregirse por el cuidadoso estudio de los hechos, y nuestro juicio acerca de ellos, como en el caso del aparente movimiento del Sol alrededor de la tierra. Hay que tener cuidado, sin embargo, de no leer en estas palabras la idea de que los sentidos no deben usarse; deben emplearse en todos los planos para adquirir conocimiento y para hacer el trabajo y cumplir con el deber sin lo cual no hay progreso.

El "hombre eterno" es el ego reencarnante cuya vida es sumamente larga en comparación con la de la personalidad, persistiendo, como lo hace, a través de la serie completa de nacimientos y muertes.

La palabra "Buddha" se usa en tres sentidos diferentes: en algunas ocasiones, como en este caso, significa sencillamente Ilustrado, Iluminado o Sabio. En otras, se usa como nombre del Señor Gáutama; en otros casos designa el elevado puesto en la Jerarquía Oculta, del Jefe del Segundo Rayo, el gran departamento de la enseñanza y de la religión, que ha quedado descrito en el libro "Los Maestros y el Sendero".

Los budistas tienen una lista de veinticuatro Buddhas, de los cuales el que desempeña el puesto actualmente es el Señor Gáutama, a quien sucederá en el remoto futuro el Señor Máitreya.

Apártate de la alabanza, ¡Oh tú, devoto. La alabanza conduce al propio engaño. Tu cuerpo no es el "Yo"; tu "Yo" existe por sí mismo, sin un cuerpo, y no le afecta ni el elogio ni el vituperio.

La alabanza de sí mismo, ¡Oh discípulo, es a manera de torre elevada, a la cual ha subido un loco presuntuoso, que permanece allí en orgullosa soledad e inadvertido de todos, excepto de él mismo.

Muchísimos hombres se han echado a perder por la alabanza inmerecida, que conduce al orgullo a todo aquel que no ve con claridad lo que hay por delante o por encima de él. Aquellos discípulos que sean clarividentes en grado suficiente para ver a los Maestros con frecuencia, no se hallan tan propensos a este peligro como muchos otros, porque no pueden menos que comparar su propia pequeñez con la grandeza del Maestro; su propia lucecilla macilenta con la gloriosa luz solar de su Maestro. El hombre que mira hacia abajo y se compara con los que están por debajo de él, es el más propenso a caer en el orgullo.

Pero el mejor de todos los medios es el de no pensar en uno mismo sino estar constantemente ocupado con la labor del Maestro. Cada día hay para todos

nosotros mucho más de esa labor que lo que quizás podamos desempeñar; y el pensar en nuestra insignificante personalidad tan sólo es restar energías y tiempo al trabajo requerido. Sin duda hay varias razones por las cuales los Maestros no se muestran con mayor frecuencia de lo que lo hacen a aquellos que están en las primeras etapas de consagración a Su servicio. Una de ellas es que el discípulo, viendo al Maestro tan por encima de él, podría sentirse abrumado con su propia insignificancia y perder confianza en su habilidad para trabajar por el Maestro. Por eso, si bien por una parte es necesario evitar el orgullo, es también preciso, por la otra, no menospreciar nuestros propios poderes. Aquí, como siempre, el término medio es el correcto.

El simil de la torre es, en verdad, muy apropiado pues el orgullo aísla al hombre de sus semejantes. Por ejemplo, si el hombre está orgulloso de su saber, tratará de que permanezcan los otros más ignorantes que él, para disfrutar así de su posición de superioridad; y también, cuando imparta los conocimientos que posea, solamente lo hará con el fin de ostentación. Un hombre así está siempre ocupado en ampliar el abismo que existe entre él y los demás para poder mirarlos desde "su torre".

El falso saber es desechado por el sabio y esparcido a los vientos por la buena ley, cuya rueda gira para todos, así para el humilde como para el soberbio. La "Doctrina del Ojo" es para la multitud. La "Doctrina del corazón" es para los elegidos.

Los primeros repiten con orgullo: "Vean, yo sé", los segundos, aquellos que humildemente han recogido la cosecha, en voz baja dicen: "Así lo he oído".

Cada religión, en el transcurso del tiempo, acumula a su derredor muchas especulaciones y otros agregados. Por ejemplo, en el hinduismo hablan los Puranas de docenas de cosas respecto a lo que la gente debe hacer o no hacer; muchas de estas cosas han sido inventadas por los sacerdotes, ya fuere por su propia conveniencia o ventaja, o bien por una excesiva estimación del valor de muchas plegarias y ceremonias. También se desarrollan en dogmas y se añaden a la enseñanza original ciertas interpretaciones particulares de las exposiciones primordiales, como, por ejemplo, la horrible enseñanza del infierno eterno, que aún persiste entre la mayoría de los Cristianos.

La enseñanza esotérica al punto esparce todo esto al viento y hace volver la atención a las verdades vitales y esenciales. Empero, actuar del corazón es propio solamente del hombre fuerte y avanzado; para las masas, que marchan lentamente por la ancha vía de la evolución que suavemente asciende por la ladera, los libros son todavía la guía principal. Estas personas no se hallan todavía en la posición que se describe de la manera siguiente en el "*Garuda-Purana*": "Habiendo puesto en práctica los Vedas y los Shastras, y habiendo conocido la Verdad, el hombre sabio puede abandonar todas las escrituras, de igual modo que el hombre rico en granos desecha la paja."

Todas las escrituras budistas comienzan con: "Dícele así"... "Así he oído"... Es este un principio humilde. No nos dicen: "Esto es absolutamente cierto y debes creerlo", sino... "Esto es lo que se ha dicho y sería conveniente tratar de entenderlo para poder llegar a conocer los hechos reales". Es una actitud de investigación, no de dogmatismo. No obstante, aun cuando parezca extraño, ha habido quienes la han tomado en otro sentido y por completo equivocado, pues dicen: "...Es inútil sostener algo diferente acerca de este asunto, porque así fué dicho con autoridad!"

"Gran Tamizador" es el nombre de la doctrina del corazón, ¡Oh discípulo, la rueda de la buena ley se mueve rápidamente, muele de noche y de día; separa el dorado grano de la despreciable cascarilla, y de los desechos separa la harina. La mano del Karma guía la rueda, y sus vueltas marcan los latidos del corazón Kármico.

El verdadero saber es la harina; la falsa ciencia es la cascarilla. Si quieres comer el pan de la sabiduría tienes que amasar tu harina con las límpidas aguas de Amrita; pero si tú amasas escorias con el rocío de Maya, no harás sino preparar alimento para las negras palomas de la muerte, para las aves de nacimiento, decaimiento y dolor.

A la doctrina del Corazón se denomina "el Gran Tamizador" porque a medida que trabajamos en el

mundo, de la manera que indica, los errores que uno comete y los defectos que uno tiene son gradualmente tamizados y removidos. Si estuviéramos haciendo nuestro trabajo sin los ideales de la doctrina interna, seguiríamos cometiendo la misma clase de errores una y otra vez, vida tras vida. Mme. Blavatsky escribió en cierta ocasión que una cosa es desear hacer el bien y otra el saber qué es bueno hacer. Sin embargo, con nuestro imperfecto conocimiento, debemos seguir adelante y hacer lo mejor que podamos; esto es algo semejante a aprender un idioma cualquiera, ya que es un error tratar de aprenderlo a la perfección por medio de los libros antes de hacer el intento de hablarlo; hay que lanzarse a hablarlo y cometer equivocaciones y con tal esfuerzo, a su debido tiempo, aprenderemos a hablarlo sin errores; pero esto vendrá por supuesto, solamente si conversamos en tal idioma con personas que lo sepan correctamente.

En forma semejante, aunque el Maestro pueda permanecer invisible, guiará al discípulo que sinceramente trate de hacer lo mejor que pueda, hacia aquellas experiencias que habrán de "tamizar" sus faltas y errores. Mantened en la mente la convicción de que el bien final tendrá que llegar inevitablemente, y llenad vuestro corazón de amor; así podréis trabajar sin temor de errores, irán siendo éstos cada vez menores y menores; cada vez menos frecuentes, y finalmente se extinguirán.

De la analogía de la harina y el pan puede sacarse una moraleja: el verdadero conocimiento que se obtiene, no nos da pan, sino simplemente la harina con la cual habrá de hacerse el pan de la sabiduría; ama-

sar, es la acción del Yo superior que labora a base de las experiencias y las convierte en sabiduría real. En el hombre ordinario, la mayor parte de este amasar se verifica durante el período devachánico; pero el discípulo de un Maestro ha ampliado de tal manera el canal entre el Yo Superior y el inferior, que constantemente está obteniendo sabiduría.

El que solamente obtiene conocimiento externo haciendo uso para su estudio, de la mente inferior simplemente a la luz de la necesidad y placer personal, está, en verdad, amasando los desperdicios con rocío de "maya"; no está preparando el triunfo del Yo superior, no está transitando el Sendero; nada más está preparando el Karma de futuros nacimientos y muertes para sus futuros vehículos y personalidades que se marchitarán y morirán.

CAPITULO XLV

LA VIDA DE ACCION

Si te dicen que para convertirte en un Arhat, tienes que dejar de amar a todos los seres, diles que mienten.

Si te dicen que para conseguir la liberación has de odiar a tu madre y desatender a tu hijo; negar a tu padre y llamarle "amo de casa"; renunciar a toda compasión por el hombre y el animal, diles que su lengua es falaz.

Esto enseñan los Tirthikas, los incrédulos.

Si te enseñan que el pecado nace de la acción, y la bienaventuranza de la inacción absoluta, diles entonces que yerran. La falta de continuidad de la acción humana; la liberación de la esclavitud de la mente por medio de la cesación del pecado y de los vicios, no son para Deva-Egos. Tal dice la Doctrina del corazón.

C.W.L.—Llamar a un hombre "Amo de Casa",

es como decir que sus intereses están todavía puestos en las cosas terrenas; pero hacer esto con desprecio, como queda implícito en el texto, indicaría seguramente las orgullosas y austeras cualidades propias del sendero de la izquierda, que llevan hasta la arrogancia de los Magos Negros, quienes consideran lo mejor del amor humano nada más como sentimentalismo. Aún cuando el candidato pueda haberse elevado por sobre los deseos personales no puede despreciar a los que aún se hallan en la primera etapa de la evolución, ni ignorar que existen. La compasión y el anhelo de ayudar, son las cualidades de su carácter.

Que la expresión "Amo de Casa" puede interpretarse en sentido metafórico queda indicado en la siguiente nota de Madame Blavatsky:

Rathapala, el Gran Arhat, trata de esta suerte a su padre en la leyenda llamada RATHAPALA SUTRASANNE; pero, como todas estas leyendas son alegóricas (Por ejemplo: el padre de Rathapala tiene una casa CON SIETE PUERTAS) de ahí el reproche que se dirige a los que las aceptan AL PIE DE LA LETRA.

Madame Blavatsky describe a los Tirthikas como "Brahmanes ascetas que visitan los santuarios sagrados, especialmente los estanques sagrados. Un Thirta, literalmente, es un "Crucero de Caminos"; es, por lo tanto, un lugar para desembarcar, o bañarse; o cualquier santuario, que sea un sitio de cruce para los otros

mundos o para la vida superior. Un santuario es, por tanto, un lugar en donde se establece una conexión especial entre los mundos interno y externo. Probablemente los brahmanes ortodoxos y los hindúes en general que visitan tales tirthas, como por ejemplo, Benarés o Hardwar, fueron llamados incrédulos, porque en la mayoría de los casos no seguían al Buddha en Su enseñanza de que "Dentro de uno mismo hay que buscar la liberación."

En los comentarios sobre *A los Pies del Maestro*, hemos considerado con amplitud la necesidad de la acción y cómo puede aunarse la intensa actividad corporal con la calma, firmeza y serenidad del hombre interno. Los "Egos-devas" significa los egos reencarnantes, de acuerdo con Madame Blavatsky; pero Swami T. Subba Rao explicó que con este término se designa a los que aspiran a trabajar con los devas en la ayuda del mundo.

La Enseñanza del *Libro de los Preceptos de Oro* está obviamente dedicada a aquellos que desean seguir tal línea de trabajo. Actualmente no hay muchos egos encarnados que estén listos para especial enseñanza y entrenamiento; sería de muy pocos resultados, por ejemplo, buscar entre los habitantes de la extrema zona oriental de Londres personas ya listas para convertirse en discípulos de los Maestros; pero al correr del tiempo, el número de aquellos que requieren atención aumentará muy rápidamente y dentro de unos cuantos Siglos habrá ya muchos Arhats preparados para darles enseñanza; para entonces, se hará necesaria una gran cantidad de personas que puedan ayudar y para este trabajo somos llamados muchos de nosotros.

El Dharma del "Ojo" es la Encarnación de lo externo y de lo no existente.

El Dharma del "Corazón" es la encarnación de Bodhi, lo permanente y sempiterno.

La palabra dharma puede traducirse aquí por "Forma de religión" o "creencia" y bodhi es, simplemente, "Sabiduría".

La lámpara arde con brillantez, cuando la mecha y el aceite son puros; para purificarlos es menester un purificador, la llama no experimenta el proceso de purificación; "las ramas de un árbol son sacudidas por el viento; el tronco permanece inmóvil."

La acción y la inacción pueden juntas hallar cabida en ti; agitado tu cuerpo, tranquila tu mente; tan límpida tu alma como un lago de la montaña.

Cualquier sufrimiento que pudiera encontrarse en el sendero del progreso lo experimenta solamente el yo inferior. El Sér que tiene su asiento en lo interior conoce el valor aún de las experiencias dolorosas, y queda, por lo tanto, completamente satisfecho. Mucha gente no entiende que el sufrimiento sea en gran parte un asunto de actitud; explicó nuestra Presidenta en *El Cristianismo Esotérico*, cómo algunos de los mártires estaban llenos de gozo mientras soportaban

lo que para otros hubieran sido terribles dolores, porque estaban pensando en el grande honor que se les hacía al sufrir por la causa de su Señor; así pues, es verdad que, en último análisis, las ideas erróneas o la ignorancia son las bases de todo sufrimiento.

El sufrimiento físico es el más difícil de dominar. Nos es posible, en ocasiones, abandonar el cuerpo físico cuando está sufriendo; pero esto no significa que hayamos dominado el dolor; si es resultado de una enfermedad física determinada, en la cual un microbio haya de seguir su curso, ninguna aserción capacitará a una persona común para ahuyentarlo; pero en todos los casos una actitud alegre establecerá una gran diferencia. La mayoría de las personas podrán dominar el dolor astral, si en ello ponen el empeño debido; pueden rehusar permiso a sus sentimientos para admitir la idea que les causa dolor. Las emociones indeseables, tales como la envidia, los celos, el orgullo y el temor pueden considerarse como enfermedades astrales; podrán siempre ser extirpadas por medio de un esfuerzo persistente de sentir la emoción opuesta. El sufrimiento mental, principalmente la ansiedad, es aún más fácil de dominar.

En el cuerpo causal un hombre podrá tener una molesta sensación de insuficiencia; podrá sentirse incompleto; pero nada más. Aún cuando pueda sentir descontento por los defectos de su representante inferior, sabe bastante para ser paciente y perseverar. No es ignorante; pero la ignorancia es la que hace tan agudos nuestros sufrimientos aquí abajo. En la infancia, cuando éramos todavía más ignorantes, una molestia que durase un día nos parecía una tragedia terrible; al

ser reprobados en los exámenes, la idea de tener que esperar un año entero para lograr una nueva oportunidad, nos parecía una verdadera calamidad; si bien, al ir corriendo la vida, un año no parece un período muy largo. Para la personalidad, el fracaso de una vida puede constituir una tragedia; pero para el ego, que ha vivido cientos o millares de encarnaciones, podrá aparecer sin importancia.

Cuando el ego da origen a una personalidad, procede en manera muy semejante a un pescador que echa sus redes. No espera éste que todas las redadas tengan buen éxito y no se preocupa gran cosa por un fracaso. Cuidar de una personalidad es solamente una de las actividades del ego, y así, muy bien puede consolarse con los éxitos en otras fases de actividad. En todo caso, se trata solamente de la pérdida de un día y él podría decirse ¡“Bah!, bien podemos esperar a hacerlo mejor mañana”. Con frecuencia la personalidad quisiera recibir mayor atención de parte del ego, su superior, y puede estar segura de recibirla tan pronto como la merezca; tan pronto como el ego advierta que vale la pena concedérsela. El Sr. Sinnett habló con cierto humorismo de este deseo de la personalidad cuando dijo que lo que se necesitaba era una escuela donde se enseñara a los egos a prestar atención a sus personalidades.

En una etapa posterior, en el plano Búdico, empieza el hombre a tener contacto con la intensa felicidad que es la vida del Logos; al mismo tiempo se pone más en contacto con los demás hombres; en los planos inferiores comienza él a compartir sus sufrimientos, pero por lo que hace al mundo superior co-

nóce que los seres son chispas de lo Divino y eso le procura una bienaventuranza indescriptible, que hace que el sufrimiento le parezca nulo. Y así, el dolor y el sufrimiento únicamente aquejan a la personalidad y sólo existen mientras la conciencia está fija en los planos inferiores.

¿Querías tú convertirte en un Yogui del “Círculo del Tiempo”? Entonces, oh Lanú:

No creas que viviendo en selvas sombrías en orgulloso retiro y apartamiento de los hombres, no creas tú que alimentándote con raíces o hierbas, y mitigando la sed con la nieve de la gran cordillera; (1) no creas tú devoto, que esto pueda conducirte a la meta de la liberación final.

No imagines que con quebrantar tus huesos y lacerar tus carnes te unas a tu “Yo Silencioso”. No pienses que una vez vencidos los pecados de tu forma física, oh víctima de tus sombras, quedan cumplidos tus deberes para con la Naturaleza y el Hombre.

Una vez más, Aryasanga está predicando aquí contra la búsqueda de la liberación como un mero escape de la rueda de nacimientos y muertes. El yogui del “círculo del tiempo” es aquel que desea permanecer dentro del proceso del tiempo, en bien de la ayuda a

(1) Los Himalayas.

los demás. Cuando se considera el enorme período de tiempo durante el cual el Señor Buddha y el Señor Máitrea se estuvieron preparando para Su Gran labor como queda expuesto en *Los Maestros y el Sendero* (1) no puede uno menos de sentirse oprimido por el pensamiento de tan enormes períodos de existencia encarnada; indudablemente, sin embargo, el tiempo no puede ser para Ellos exactamente lo que es para nosotros; ni siquiera puede aplicarse al caso de Ellos la expresión "ante tu vista un millar de edades son como el transcurso de una tarde"; su sentido del tiempo tiene que ser en sumo grado distinto del nuestro. Ciertamente son Ellos también intensamente felices en Su trabajo, y cuando se goza de felicidad, cualquiera lo sabe por experiencia, el tiempo no cuenta; de hecho, en tales circunstancias, siempre deseamos que pudiera prolongarse.

En la mayoría de las religiones han surgido ideas muy erróneas con relación al ascetismo; en griego original, la palabra *asketes* significaba simplemente uno que se ejercita como lo hace un atleta; pero el sector eclesiástico restringió y cambió el significado de la palabra aplicándola a la práctica de la abnegación bajo varias formas, con el propósito de obtener progreso espiritual, fundándose en la teoría de que la naturaleza corporal, con sus pasiones y deseos, ha sido el baluarte del mal inherente en el hombre desde la caída de Adán, y de que por lo tanto, esa naturaleza debe ser reprimida por medio del ayuno y de la penitencia. En las religiones orientales se suele encontrar una

(1) Op. cit. Cap. XIV

idea semejante, basada en el concepto de la materia como esencialmente mala y deduciéndose de aquí que, para aproximarse al bien ideal o para escapar de las miserias de la existencia, es indispensable subyugar o torturar el cuerpo.

En ambas teorías hay una terrible confusión de pensamiento; el cuerpo y sus deseos no son ni buenos ni malos en sí mismos; pero lo cierto es que antes de que pueda lograrse un progreso real, deberán quedar sometidos al dominio del Yo interno superior.

Gobernar al cuerpo es necesario, pero torturarlo es una necedad. Parece que existe muy difundida la falsa noción de que, para ser realmente bueno, debe uno estar sufriendo constantemente; que el sufrimiento en sí es directamente agradable al Logos. Nada puede haber más grotesco que esta idea. En Europa, esta teoría por desgracia muy común, es uno de los muchos horribles legados que dejó la espantosa blasfemia del Calvinismo. Con mis propios oídos escuché decir a un niño en cierta ocasión: "Me siento tan feliz, que estoy seguro de que debo ser muy malvado"; he aquí un resultado verdaderamente horroroso de una enseñanza criminalmente falseada.

Otra razón para tal evangelio del malestar radica en confundir la causa con el efecto. Se puede observar que la persona realmente avanzada es de hábitos sencillos y que frecuentemente da poca importancia a una gran cantidad de pequeños lujos que el hombre común y corriente considera importantes y realmente necesarios. Pero tal desdén por el lujo es

el efecto, no la causa de su adelanto. No se preocupa por todas esas pequeñeces, porque hace tiempo que las ha dejado atrás y ya no le interesan; pero no porque las considere en manera alguna pecaminosas; y aquel que, ansioso todavía de poseerlas, lo imita en abstenerse de ellas, no por eso se convierte en un sér adelantado.

Es cosa cierta que no quedan satisfechos nuestros deberes para con el mundo por el hecho de habernos purificado. Entonces, en verdad, es realmente posible llevar a cabo nuestra mejor labor en servicio de nuestros semejantes y, puesto que en la vida superior rige la máxima: "de cada quien de acuerdo con su capacidad, y a cada quien de acuerdo con su necesidad", cuando hayamos dominado a "las sombras", los cuerpos inferiores, es cuando principian nuestros deberes más serios.

El "Yo silencioso", en este pasaje, se refiere, dice Madame Blavatsky, al séptimo principio, que es átma. Nuestros estudios sobre el primer fragmento nos han mostrado ya cómo esta idea del silencio va ligada a esa parte del Yo superior.

Los bienaventurados han desdeñado obrar de esa manera, el león de la ley, el Señor de Misericordia, al descubrir la verdadera causa de la humana pesadumbre, abandonó inmediatamente el dulce, pero egoísta reposo de la selva tranquila; de Arankaya pasó a ser el Maestro de la Humanidad. Después que Julai, hubo entrado en el Nirvana predicó en el

monte y en el llano, y pronunció discursos en las ciudades, a los Devas, a los hombres y a los Dioses.

Todas las tradiciones Budistas del Norte y del Sur están acordes en afirmar que el Buddha abandonó su soledad tan luego como logró obtener su iluminación interna y hubo resuelto el problema de la vida; y que inmediatamente comenzó a enseñar en público.

El término "Arankaya" significa un habitante de la selva. Relatan los libros que Gáutama se internó en la selva a fin de meditar y que allí se sentó bajo el árbol bodhi y resolvió obtener la iluminación. Cuando la hubo logrado, pasó a considerar si debía dar su enseñanza al mundo; sabía que la mayoría de la gente no podría entenderla y que por lo tanto, podría ocasionar daño. Pero entonces, como queda expuesto en el comienzo de nuestro estudio de este Fragmento, la voz de la tierra llegó a El y le suplicó que enseñara. No sé yo exactamente qué significa esta voz de la tierra, pero se dice que ella fué la que lo decidió a enseñar a la humanidad en el plano físico.

Varios son los títulos que se dan al Buddha en este pasaje; se le llama Julai, nombre chino correspondiente al Tathágata, título dado a cada Buddha. Tathágata significa, literalmente, "El que ha avanzado de igual modo" el que ha seguido los pasos de sus predecesores.

Es un hecho que cuando predicó el Buddha, otros, además de los hombres, se congregaron a su alrededor para oír Sus enseñanzas y para disfrutarle su aura.

Siembra buenas acciones y recogerás su fruto. La inacción en una obra de caridad viene a ser acción en un pecado mortal.

Ya hemos citado esto en nuestros comentarios sobre *A los Pies del Maestro*. Todo ser humano tiene la responsabilidad de ejercitar los poderes de conciencia que hubiere logrado desarrollar. Si deja de esforzarse y abandona el uso de ellos, es culpable de pecados de omisión, que son tan serios como los de perpetración; por ejemplo, deber nuestro es intervenir en casos de injusticia o crueldad, cuando podamos hacerlo sin causar más daño que beneficio, como tratándose de crueldad con los animales o los niños; el hombre prudente, al presenciar tales cosas, no se deja llevar por la indignación. Debe sentir piedad también por el culpable de la crueldad; su estado es, en muchos sentidos, más digno de compasión que el de la víctima y tendrá que sufrir, a su vez, de acuerdo con la ley del Karma; por eso, si podemos inducirlo a comprender el error de sus procedimientos y cesar en su crueldad, habremos hecho un bien a ambos.

Quando es nuestro deber intervenir y no lo hacemos, participamos del Karma del que comete la falta. Lo mismo sucede cuando permitimos que otro nos injurie sin oponer resistencia; estamos haciendo que les sea más fácil proceder mal; estamos creándoles una tentación, estamos ayudándoles y el Karma es nuestro en parte.

Así habla el sabio:

¿Te abstendrás de la acción? No es así como alcanzará tu alma su libertad.

Para llegar al Nirvana, debe uno lograr el conocimiento de sí mismo, y el conocimiento de sí mismo es hijo de obras amorosas.

Únicamente hasta que empezamos a trabajar para los demás, es cuando podemos adquirir conocimiento real de la vida. Al intentarlo, principiamos a saber dónde estamos y qué cualidades nos es necesario desarrollar. Hubo en cierta ocasión un anciano ciego que vivió en el Sur de la India, que dijo que su ceguera había sido para él fuente indirecta de gran felicidad. Se hallaba, a la vez, en la más extrema pobreza y había pasado su vida viajando de aldea en aldea, dedicándose a dar consejos a las gentes en sus dificultades y también a ayudarlos, en algunos casos, con sus poderes de yogui. Acostumbraba referir como, por medio de la meditación, había logrado despertar en sí el recuerdo de vidas pasadas; y recordaba que, algunos siglos antes, había sido un hombre muy rico y poderoso y había empleado su poder en perjudicar a los que llegaban a hacer algo que no le agradaba. Reconocía que su ceguera y pobreza eran consecuencia de su mal comportamiento en esa vida anterior. Decía que estaba seguro de que si hubiera continuado siendo rico, jamás hubiera podido aprender a amar a sus semejantes, ya que se habría colocado firmemente en caminos del egoísmo; pero ahora se veía precisado a mezclarse con los demás, muchos de los cuales conocían el sufrimiento; habían si-

do muy bondadosos para con él y le habían enseñado a amarlos. La felicidad de este amor, decía, comparada con su condición previa, era algo tan grande y tan incomparable que, en su opinión, no podía haber sufrimiento demasiado grande para conseguirla. Afirmaba ser discípulo de uno de nuestros Maestros y era ciertamente uno de los ejemplos de cómo el conocimiento de sí mismo es hijo de obras amorosas.

Ten paciencia, candidato, como aquel que no teme ningún fracaso, ni festeja triunfo alguno. Fija la mirada de tu alma en la estrella cuyo rayo eres tú, en la estrella flamígera que resplandece en los tenebrosos abismos del eterno ser, en las regiones sin límites de lo desconocido.

El discípulo no teme ningún fracaso porque sabe que el plan del Logos será llevado a cabo; ningún fracaso individual puede tener significación alguna. Podemos encontrar la oportunidad de hacer algo de Su trabajo; si dejamos de hacerlo no faltará quien lo haga en una u otra forma; para el Logos, esto nada significa aun cuando sí pueda tener enorme significación para nosotros. Constantemente acontece que los hombres desperdician sus oportunidades; pero los grandes planes preven toda posible contingencia. Parece que nuestros Maestros no advierten que dejamos pasar alguna oportunidad; pero creo que Ellos lo notan perfectamente. Madame Blavatsky solía decir acerca de cierta persona "ha ganado el derecho de tener su oportu-

unidad". Los Maestros dan siempre por sentado que nosotros aprovecharemos nuestras oportunidades.

El estudiante que ha procurado hacer una buena obra y ha encontrado que las fuerzas que se le oponen son demasiado grandes para él, no debe desalentarse ni perder la paciencia si comprende que todo esfuerzo en pro del bien deberá producir de alguna manera el efecto proporcionado, aún cuando los resultados no sean visibles y aun cuando la personalidad no logre la satisfacción que causa ver el bien que se ha hecho. Lo mismo sucede con el trabajo astral que se hace por la noche; ese trabajo es igualmente bueno y efectivo aun cuando esté hecho por quien no se halle capacitado para traer ningún recuerdo de ello a su cerebro físico. Las leyes naturales no dejan de actuar porque nosotros no veamos sus resultados o no podamos recordar lo que hayamos hecho.

Por lo general, las personas que han hecho las mayores obras del mundo no han visto el resultado de ello. Tenemos, por ejemplo, los tres años de predicación del Cristo, murió como un malhechor, execrado por el populacho, y a su muerte el número de Sus seguidores no pasaba de ciento veinte; hoy son millones. Guillermo Wilberforce, que trabajó con tenacidad durante más de cuarenta años contra los más grandes potentados, que impedían la abolición de la esclavitud en las colonias Británicas, supo, apenas tres días antes de morir, que por fin era ya ley la abolición de la esclavitud. La impaciencia y el desaliento hubieran hecho fracasar su causa. Todos estamos en posición semejante en nuestras esferas menores. No hay alguien que no pueda emprender alguna buena obra e impulsarla

con incansable e infinita paciencia, sin tomar en consideración el inmediato éxito o fracaso.

“La Estrella cuyo rayo eres tú”, es siempre aquello que brilla por encima de nosotros; para uno, es el ego; para otro, más avanzado, la mónada; y así sucesivamente, hasta llegar al Logos Planetario y aún al Logos de nuestro sistema.

Conocer nuestro propio astro es conocer también el rayo al cual pertenecemos, cuál de los siete grandes rayos es el que de una manera especial nos conecta con el Logos. Estos siete rayos están indicados en el capítulo que trata de los Chohanes de los Rayos, en “Los Maestros y el Sendero”, así como en “Los siete Rayos”, del Prof. Ernesto Wood. Cuando el Yo superior sea el amo de la personalidad, será ya posible para el discípulo especializarse en la labor del rayo al cual pertenece aquel Yo superior, y entonces puede ya progresar muy rápidamente en poder y utilidad.

Ten perseverancia, como aquel que perdura por siempre. Tus sombras viven y se desvanecen; aquello que en tí vivirá por siempre, aquello que en tí conoce, (porque es conocimiento), no tiene vida efímera; es él hombre que fué, que es y será, para quien jamás sonará la hora.

Además de paciencia, necesitamos perseverancia, y nada hay que pueda desarrollar mejor esta cualidad en nosotros mismos que una clara percepción del hecho de que somos perdurables a lo largo de las eda-

des y que la muerte es sólo un incidente pasajero, sin poder para desviarnos de nuestro sendero.

A veces la gente suele decir: “¿Para qué acometer tal o cual obra? Quizá no pueda darle término en esta vida”. Pero el hecho es que para todo propósito práctico, sólo hay una vida verdadera: la del ego que perdura para siempre. Es prudente comenzar cualquier labor en que estemos interesados, o bien la gran tarea de corregir nuestras faltas, aun en la vejez, porque todo el provecho que se obtenga se transfiere al cuerpo del próximo nacimiento y en éste, el impulso para continuar el trabajo, se sentirá cuando todavía sea joven. Si posponemos la obra para una vida futura, de nuevo podrá llegar la vejez antes de que se nos presente la oportunidad que hacia aquella nos llama la atención. Si ahora teneis noventa años y acabais de oír hablar de Teosofía y queréis volver a encontraros con estos conocimientos en la juventud de vuestra próxima encarnación, entregaos ahora a ella con todo el vigor que tengais. Existe también el gran beneficio que se deriva de nuestra estancia en el devachán, (a menos que seáis uno de los que tienen el privilegio de poder renunciar a ese período); pues en tal etapa se reconsidera cualquier trabajo ya hecho y se elabora en facultades que ayudarán grandemente en la próxima encarnación.

También es necesaria la perseverancia porque ninguna magna obra puede consumarse en corto tiempo. Pensemos, por ejemplo, en el artista que está pintando un gran cuadro: en los primeros días, o tal vez semanas, poco podrá mostrar en él; y es también muy posible que entonces no quede contento con lo que

haya podido terminar y tenga que comenzar de nuevo totalmente.

Una lección muy útil de perseverancia puede obtenerse del estudio de la historia de la Sociedad Teosófica en sus primeros días. Sus dos grandes fundadores, Mme. Blavatsky y el Coronel Olcott, no hubieran podido establecerla permanentemente, ni proporcionarle los materiales para su futuro crecimiento, si no hubiesen tenido una clara visión del lado interno de las cosas, una comprensión de que su trabajo era parte de un plan que debía desarrollarse en la eternidad, y que, por tanto, tenía asegurado el éxito; fundaron la Sociedad en Nueva York el año de 1875 y trabajaron prodigiosamente para escribir "*Isis sin Velo*", que al fin llegó a publicarse. Empero, unos cinco años después, se hallaron casi solos en la labor y les fué necesario irse a la India para comenzar de nuevo con la cooperación de algunos amigos. Aún allí mismo tuvieron que afrontar una serie interminable de contratiempos, año tras año, dificultades que hubieran anadado a otras personas.

La Señora Blavatsky, con un cuerpo siempre aquejado por el dolor, pudo sin embargo, trabajar incansablemente y producir *La Doctrina Secreta* y otras grandes obras, debido a su conocimiento de los Maestros y del lado interno de las cosas.

CAPITULO XLVI.

EL SENDERO OCULTO.

*Si pretendes lograr dulce paz y reposo,
oh discípulo, siembra con las semillas del
mérito los campos de las cosechas venide-
ras. Acepta las penas del nacimiento.*

C. W. L.—Aryasanga se esfuerza constantemente en inducir al discípulo a que siga el elevado sendero de la renunciación y no aceptar la paz del nirvana. Se ha definido la vida en el plano átomico o nirvánico como el descanso en la omniciencia; pero debemos entender que este descanso lo es solamente en el sentido de que no hay conciencia de un esfuerzo seguido de fatiga. Hay en ese plano la más tremenda actividad; tal es la verdadera esencia de la naturaleza del sér en tal plano, como ya he tratado de explicar. (1)

La gente necesita descanso porque siente fatiga; pero al estar en plena conciencia fuera del cuerpo, se encuentra uno con que la fatiga ha desaparecido y entonces ya no desea descansar. En tales condiciones, miramos el descanso algo así como consideramos

(1) Ant. pág. 647-648.

la muerte aquí abajo; no queremos menos, sino más poder y energía de la que gozamos. El Logos Solar no descansa ni un solo momento. Si lo hiciese durante un segundo solamente, todos nosotros dejaríamos de ser.

Muchos de los que han alcanzado el nirvána ya nada adicional tienen que ver con la evolución del mundo, y sin embargo, no parece posible que ninguno que haya ascendido hasta ese nivel deje de estar vertiendo gloria y esplendor sobre los mundos inferiores. Aun en el caso de uno que sea tan devoto que continuamente dirija todo su pensamiento hacia lo elevado y nunca hacia abajo, podría pensarse que no puede menos que derramar devoción hacia los de abajo.

Hay siete senderos que se abren ante el Adepto, y la mayoría de ellos llevan al candidato fuera de la tierra, pero todos son igualmente maneras de servir al Logos. De presumirse es que el Adepto está deseoso de ir a donde más se le necesite y donde pueda prestar mayor servicio; pero, por lo menos, parece necesario estar perfectamente conforme en someterse a "Las penas del nacimiento", si a ellas se le llama; cualquiera otra actitud y en especial la idea de evadirse egoístamente del mundo, o sea, de obtener la liberación para el yo individual separado, no podría conducir al aspirante a tanta altura. Para nosotros parecería que permanecer con la humanidad, y ayudarla, es la cosa más bondadosa que se pueda hacer; y esto es muy natural, pues si no podemos amar a aquellos que ya se hallan con nosotros y nos son co-

nocidos, ¿cómo podríamos amar a otros que nos son desconocidos? No debemos olvidar, sin embargo, que si los Señores de la Llama, que vinieron de Venus, no hubieran dejado Su sistema, y descendido al nuestro para ayudarnos, estaríamos actualmente cuando menos una ronda atrás de la posición a que ya hemos llegado. Podrá ser deber de algunos de nosotros, en lo futuro, ir a ayudar a cualquiera otro sistema menos adelantado que el nuestro.

Al mismo tiempo, no hay duda alguna que se irán necesitando más y más discípulos avanzados de los Maestros para llevar a cabo Su labor en la tierra. Es potestativo del Arhat ya no tomar nuevos nacimientos físicos, si así lo prefiere; pero es evidente que nuestros Maestros desean que continuemos naciendo en bien de la labor.

Pasa de la luz del sol a la sombra, para dejar más lugar a otros. Las lágrimas que riegan el árido suelo de dolores y tristezas, hacen brotar las flores y los frutos de retribución Kármica. Del horno de la humana vida y de su negro humo elévanse llamas aladas, purificadas, que remontándose más y más bajo el ojo kármico, tejen al fin la tela gloriosa de las tres vestiduras del Sendero.

Las palabras iniciales de este pasaje parecen implicar que no hay luz suficiente para todos, pero esto seguramente no es así; todos pueden ser felices; nosotros, como la tierra, somos los que hacemos nuestra

propia sombra; las tristezas y el dolor son hechura nuestra; son nuestro propio Karma, como todo aquello que nos sobreviene. Lo que Aryasanga quiere significar es que deberíamos estar siempre dispuestos a ayudar a los demás, aún a costa de molestias o pérdidas que podamos resentir.

Son unas cuantas las clases de acción que acarrear grandes sufrimientos Kármicos. La crueldad es una de ellas, por supuesto, y además hay otras, pero la mayor parte de los verdaderos sufrimientos de la gente deriva de la manera en que afrontan en su vida las contrariedades que les trae el Karma. Tales sufrimientos son los que de una manera bien definida pueden calificarse como "Karma de Contado". Uno de ellos son las egoístas lamentaciones a que se entregan los deudos de quienes, al fallecer, han pasado a un estado de existencia más feliz; lamentos que ocasionan sufrimiento a todos los presentes, inclusive, en ocasiones, a los mismos difuntos que sienten agudamente la depresión y la tristeza.

Lo que Karma trae a un hombre nunca es mayor de lo que él puede soportar, y soportarlo fácilmente; pero no pasa lo mismo con lo que éste añade con sus necios pensamientos, sentimientos y acciones.

Estas vestiduras son: Nirmanakaya, Sambhogakaya y Dharmakaya, la sublime vestidura.

Dejaremos el tema de las tres vestiduras para tratarlo ampliamente en nuestro estudio del tercer Fragmento. Representan tres posibilidades que se abren

ante el hombre que ha alcanzado el Adeptado; puede él aceptar el Nirvána inmediatamente, o tomarlo después de haber pasado por otras elevadas experiencias espirituales, o bien permanecer en contacto con la tierra, como un Nirmanakaya, para llenar el recipiente espiritual; o tal vez podrá encargarse de labores en otros globos o Sistemas. Esta última elección no es egoísta en manera alguna, por supuesto; ya que es imposible suponer que exista egoísmo en tales niveles.

En la primera edición de este libro se hacía referencia a "Buddhas Egoístas"; pero Madame Blavatsky, después de su muerte, indicó a nuestra Presidenta que suprimiera el pasaje que la contenía pues era causa de muchas y peligrosas malas inteligencias. Se refería a los que son llamados "Pratyeka-Buddhas", esto es, grandes Adeptos del mismo nivel que el Buddha, pero pertenecientes al primer rayo. Como "eka" significa "uno", ciertos budistas del Norte habían pensado que un Buddha-Pratyeka es aquel que trabaja solamente para sí mismo, idea que parecerá como una blasfemia para cualquiera que conozca en qué niveles se encuentran Ellos. Los tres Señores de la Llama, que son discípulos del Señor del Mundo, son Buddhas-Pratyeka; vinieron a la tierra para servirla y apresurar su evolución a lo largo de la línea del primer rayo; mientras que el Buddha trabaja en el segundo. Es una torpeza criticarlos por no hacer trabajo que no les corresponde; ello sería tan ilógico como criticar a un Magistrado porque no trabaje como maestro de escuela, diciendo: "Mirad, ¡qué poco le interesa la

educación de los niños! — De estos Grandes Seres he tratado de dar una descripción en el libro “*Los Maestros y el Sendero*” (1)

La vestidura Shangna puede en verdad proporcionar la luz eterna. La vestidura Shangna, sola, da el Nirvána de destrucción; pone término al renacimiento, pero, oh Lanú, también mata la compasión. Los Buddhas perfectos, que están revestidos de la gloria de Dharmakaya no pueden ya coadyuvar a la salvación del hombre. ¡Ah! ¿Serán los Yos sacrificados al yo; la humanidad al bienestar de Unidades?

Sabe, oh principiante, que este es el sendero abierto, el camino que lleva a la bienaventuranza egoísta, despreciada por los Boddhissattvas del “Corazón Secreto”, los Buddhas de compasión.

La vestidura Shangna es algo que está muy por debajo de cualquiera de las tres vestiduras antes mencionadas; significa aquí la liquidación del Karma y la destrucción de la personalidad por medio de la aniquilación de todos los deseos, inclusive el de la vida; implica una evolución del cuerpo causal muy superior a la que ha logrado la mayoría de los hombres, pero sin el desarrollo del amor y de la compasión y sin el deseo de ayudar al mundo. Un hombre que se haya

(1) Op. cit. Cap. XV.

libertado así de la necesidad de reencarnar, puede vivir como ego en los niveles superiores del plano mental durante un tiempo enormemente largo.

Parece como si Aryasanga, en este pasaje, casi manifestara disgusto contra aquellos que toman la vestidura Dharmakaya y se retiran a planos o sistemas distantes. Pero sería realmente imposible para él hacer eso. No pudo haber pensado que hubiera Buddhas egoístas. Los Buddhas-Pratyeka están ciertamente en el mismo nivel de adelanto que el Señor Buddha; tienen las mismas cualidades de compasión que él tiene; pero no es su deber desempeñar tal oficio; millares de años antes de haberse elevado a tales alturas, estos Grandes Seres debieron haber sido ya por completo incapaces de nada semejante al egoísmo. Debemos recordar que “*La Voz del Silencio*” fué escrita por un discípulo de Aryasanga después de haber muerto éste, por lo cual no es completamente responsable de la obra, y parece que en este caso el discípulo permitió que su propio concepto erróneo coloreara las ideas de su Maestro.

Vivir para el bien de la humanidad, es el primer paso, practicar las seis virtudes gloriosas es el segundo.

Tomar para sí la humilde vestidura del Nirmanakaya, es renunciar a la eterna felicidad de uno mismo para contribuir a la salvación del hombre.— Alcanzar la bienaventuranza del Nirvána, pero renunciar a ella, es el paso final, supremo, el más alto en el

sendero de la renunciación. Sabe, discípulo, que este es el sendero secreto escogido por los Buddhas de perfección que han sacrificado el Yo a los yos más débiles.

Las seis virtudes gloriosas son las páramitas, de las que ya hemos tratado en el capítulo XLIII; representan uno de los sistemas de recorrer el sendero; otro se da en el grupo de cualidades que se exponen en el libro "A los Pies del Maestro", seguido por las cuatro etapas del sendero propiamente dicho.

No es del todo cierto que el Nirmanakaya renuncia a la felicidad, pues el Adeptado es, en sí mismo, la obtención de la felicidad; lo que es cierto es que el Adepto podría permanecer por siempre en los estupendos niveles que ha alcanzado, y que, en lugar de ello, desciende al mundo para impartir su ayuda; al hacerlo así, no obstante, no abandona la eterna felicidad que le es inherente; El, sencillamente, decide trabajar en niveles inferiores.

Empero, si la "Doctrina del Corazón" es de un vuelo excesivamente elevado para ti: si necesitas de auxilio para ti mismo y te mes ofrecérselo a los demás, entonces, oh tú de corazón tímido, sábelo con tiempo, contentate con la "Doctrina del Ojo" de la ley.

Espera, todavía, porque si el "Sendero Secreto" es inaccesible para ti en este "día", estará a tu alcance mañana, sabe que ningún esfuerzo, ni el más insignificante, así

en la buena como en la mala dirección, puede desaparecer del mundo de las causas; ni aún el disipado humo queda sin huella. "Una palabra dura pronunciada en vidas pasadas, no es destruída, vuelve de nuevo". No nacerán rosas del pimentero, ni la argentada estrella del perfumado jazmín se convertirá en espina o en cardo.

Puedes crear hoy tus oportunidades para tu mañana. En la gran jornada, las causas a cada hora sembradas llevan consigo cada una de ellas, su cosecha de efectos, pues inflexible justicia rige al mundo.—Con poderoso alcance de acción que jamás yerra, imparte a los mortales vidas de felicidad o sufrimiento, progenie Kármica de todos nuestros anteriores pensamientos y actos. Atesora, pues, tanto mérito como haya en reserva para tí, oh tu de corazón paciente. Ten buen ánimo y contentate con tu suerte. Tal es tu Karma, el Karma del ciclo de tus nacimientos, el destino de aquellos que en su dolor y tristeza, han nacido al mismo tiempo que tu; regocíjate y llora de vida en vida, encadenado a tus acciones pasadas.

Si no pudiere uno adoptar inmediatamente la resolución de ser por completo inegoísta, no hay que desesperar. Debería cada uno trabajar en la recta dirección hasta alcanzar la posición en que aquel ideal le parezca perfectamente natural y de consecución

comparativamente fácil. A veces piensan algunos que, por no poder llevar a cabo un gran ideal que se les presenta, nada pueden hacer que valga la pena; se desalientan y, en consecuencia, enteramente nada hacen. El Señor Buddha fué muy prudente al tratar con toda clase de personas y cuidó de evitar esta clase de desaliento, hablando del Sendero elevado solamente a Sus monjes; predicó el Sendero medio a todos en general, diciéndoles que vivieran la vida más noble y elevada de que fueran capaces, para que más tarde estuvieran en condiciones de entrar en Su Orden. Les dijo que estaban creando hoy sus oportunidades para el mañana, esto es, para su próxima encarnación. No hay por qué desesperar, pues al hombre que aprovecha una oportunidad que se le presenta le vendrán muchas más, y aquel que usa los poderes que tenga, tan plenamente como le sea posible, sin esforzarse demasiado, sin duda desarrolla esos poderes en forma sorprendente.

El último párrafo se refiere a aquellos que nacieron juntos; es un hecho que la gente evoluciona en grupos que se van formando con las mismas personas que vienen juntas una y otra vez, en diferentes estrechas relaciones entre sí. Lo que acontece a uno en cualquiera de tales grupos reacciona enormemente sobre los demás para bien o para mal.

Debería ser un incentivo adicional para quienes tienen aspiraciones de progreso, darse cuenta de que, cualquier adelanto que les sea posible obtener, habrá de ser de gran beneficio para muchas personas cuyos destinos están estrechamente ligados con los suyos.

CAPITULO XLVII.

LA RUEDA DE LA VIDA.

Trabaja para ellos hoy y ellos trabajarán para tí mañana.

De la yema de la renunciación del yo, brota el dulce fruto de la liberación final.

Condenado a perecer está el que, por miedo a Mara, se abstiene de ayudar al hombre, como no sea en provecho propio. El peregrino que ansía refrescar sus secos miembros en las aguas que corren, y sin embargo, no se atreve a sumergirse en ellas por temor a la corriente, se expone a sucumbir de calor. La inacción originada por el miedo egoísta, no puede producir sino malos frutos.

El devoto egoísta vive sin objeto alguno. El hombre que no desempeña la tarea que tiene asignada en la vida, ha vivido en vano.

Sigue la rueda de la vida, sigue la rueda del deber para con la raza y la familia, el ami-

go y el enemigo, y cierra tu mente así a los placeres como a los dolores, agota la ley de retribución Kármica. Atesora siddhis para tu nacimiento venidero.

C. W. L.—Hay quienes piensan que, porque no pueden hacer grandes cosas o rápidos progresos, ningún esfuerzo vale la pena; esto es un gran error. Al menos pueden vivir para ayudar a aquellos cuyo karma los ha puesto en contacto. A menos que saquen el mayor partido de su condición actual jamás mejorarán de posición. Pero si así lo hicieran, al llegar el momento del gran esfuerzo que requiere la obtención de la primera iniciación, encontrarán amigos benévolos que les ayuden. Son amigos verdaderos los que son amigos del ego; los que no esperan que halaguemos sus propias emociones, muy limitadas y humanas y con frecuencia realmente egoístas; los que nos dejan siempre la libertad requerida para seguir el sendero más elevado.

Algunas buenas personas se abstienen de ayudar a los demás, temiendo ser impulsadas por un motivo egoísta. Con mucha frecuencia se imparte la caridad a los infortunados, no realmente con el deseo de ayudarlos, sino para librarse, el que da, de la desdicha que siente a la vista del sufrimiento; tales personas nunca saldrán en busca de gente que sufra para ayudarla. Otros hay también que sistemáticamente ceden parte de sus grandes ingresos a las organizaciones de caridad, para poder gozar del resto de ellos sin remordimientos de conciencia. El discípulo que sa-

be esto se pregunta en ocasiones si sus propios motivos serán puros; pero abstenerse de ayudar porque se dude de sus propios motivos, es seguramente una forma de egoísmo. Sean los que fueren nuestros motivos, debemos ayudar, aun cuando sólo cuenta, para el gran progreso en el sendero, lo que se hace simplemente para ayudar al que sufre sin pensar en uno mismo.

Al dar ayuda es necesario usar del discernimiento. Como dicen los indúes; la ayuda deberá darse a la persona debida, en el debido tiempo y en el debido lugar. Empero, la necesidad que hay de pensar en ello no debe causarnos vacilaciones. No siempre podemos estar seguros de cuál sea la mejor entre dos formas de acción; pero no obstante, debemos decidirnos por una de ellas, de tal manera que no se pierda por completo la oportunidad de practicar el bien. Hay ocasiones en que solamente podemos ayudar por medio del pensamiento; pero esto, como ya hemos dicho, (1) es muy importante. La energía de muchos que hacen trabajos vigorosos en el mundo, procede en gran parte de los que se dedican a irradiar fuerzas espirituales en la meditación.

La rueda del deber para con nuestra raza y nuestra familia; para con nuestros amigos y nuestros enemigos; ofrece, de hecho, las mejores oportunidades de progreso.

Los Señores del Karma están pendientes de que cada persona se encuentre en las condiciones más fa-

(1) Ant. Págs.

vorables para su progreso; dan a cada hombre el trabajo especial más apropiado para que desarrolle las cualidades que necesita. En las primeras etapas del desarrollo, podrá haber diez mil lugares en donde el hombre pueda encontrar las condiciones necesarias para su progreso; pero cuando una persona ya está más evolucionada, el medio en que viva tiene que ser elegido con sumo cuidado pues todos y cada uno deben ser colocados en las condiciones en que mejor puedan progresar; por lo tanto, es enteramente inexacto decir que algún hombre ha tenido éxito a pesar de sus circunstancias; se han puesto dificultades en su camino con el fin de que pueda trascenderlas y crecer en poderes y en carácter.

Al hombre que desempeña bien sus quehaceres diarios, pronto se le confían otros más elevados. Quienes guían el destino de la humanidad buscan asiduamente todo aquel a quien puedan confiarse trabajos finos y concienzudos. "Sé fiel en el desempeño de las tareas pequeñas y se te dará autoridad sobre muchas cosas", como dice la Biblia; ser director de muchas cosas equivale a hallarse en puestos de responsabilidad, y en el mundo oculto sólo se conceden tales puestos a quienes han demostrado ser fieles en cuanto a las cosas pequeñas: Tal es la prueba a que el Maestro nos sujeta. Hay muchos que desatienden los sencillos deberes cotidianos por algún ilusorio trabajo del futuro, quizá de dudosa utilidad y no destinado especialmente para ellos. Muchos también se lamentan de los lazos que formaron antes de encontrar la Teosofía, lazos que ahora les parecen un obstáculo; pero deben cumplir

con su deber; las trabas inconvenientes desaparecerán cuando llegue el tiempo de que aquella libertad sea lo más conveniente para el desarrollo del aspirante, y, lo que es más importante, para el trabajo del mundo; pero si se rompen prematuramente, sólo estorbarán de nuevo al hombre y le causarán más dolores y dificultades.

Si tú no puedes ser sol, sé entonces el humilde planeta. Si no te es dable resplandecer como el sol de mediodía sobre el monte nevado de eterna pureza, entonces, oh neófito, elige una vía más humilde.

Señala el camino, aunque sea vagamente y confundido entre la multitud, como lo muestra la estrella vespertina a aquellos que siguen su ruta en la obscuridad.

Contempla como Migmar, (Marte) cubriendo su ojo con su velo carmesí, pasa majestuosamente sobre la tierra adormecida, observa el áura ardiente de la mano de Lhagpa, (Mercurio) extendida con amorosa protección sobre las cabezas de sus ascetas. Ambos son ahora servidores de Nyima, (El Sol), dejados en su ausencia como centinelas silenciosos durante la noche. Uno y otro fueron, sin embargo, en pasados Kalpas, Nyimas resplandecientes y podrán en "días" venideros, convertirse de nuevo en dos soles, tales son las

caídas y los encumbramientos de la Ley Kármica en la Naturaleza.

Sé como ellos, Lanú, da luz y alivio al fatigado peregrino, y busca al que sabe todavía menos que tú; aquel que sumido en cruel desolación detiéndose hambriento del pan de la sabiduría y del pan que alimenta a la sombra, sin Maestro, sin esperanza ni consuelo, y hazle oír la Ley.

En una nota al calce dice Madame Blavatsky: *Ny-ma, el Sol de la Astrología Tibetana. Migmar, o Marte, está simbolizado por un ojo. Y Lhagpa o Mercurio, por una mano.*

Hay aquí diversos puntos de interesante analogía. Los dos Planetas que se mencionan dan su luz por la noche, cuando el sol desaparece y todo está obscuro. Así es como nosotros habremos de ayudar a aquellos que se hallan en obscuridad mayor que la nuestra; no hay alguien que no pueda encontrar a otro que sea más ignorante que él, y a quien pueda instruir. Aun cuando los que nos rodean no estén listos todavía para entrar en el Sendero, podemos conducirlos en la recta dirección hacia él.

Cuando se transfirió la vida de la luna a la tierra, los planetas brillaban y alumbraban como soles pequeños; pero Marte está ahora desierto en su mayor parte y por eso refleja una luz amarilla o rojiza. Desde el punto de mira del poético autor de estos versículos, ambos planetas están haciendo su mejor labor al dar ahora

luz al hombre. Esta idea ilustra el hecho de que nosotros no necesariamente estamos haciendo nuestro mejor trabajo cuando brillamos más. Y también, cuando se va a construir un edificio, han de ponerse primeramente los cimientos; éstos no cuentan mucho en lo relativo a la apariencia, pues quedan ocultos a la vista, pero sobre ellos se erigirá el edificio. Y así en el trabajo común de la vida diaria, el candidato está prestando un servicio útil a la sociedad y desarrollando al mismo tiempo los Siddhis elevados, que son los poderes espirituales del Ego.

El Instructor indica ahora al candidato lo que hay que decir a aquellos a quienes está tratando de conducir al Sendero:

Díle, oh candidato, que aquel que hace del orgullo y del amor propio unos siervos de la devoción; que aquel que apegándose a la existencia ofrece, no obstante, su conformidad y sumisión a la Ley, como una fragante flor depositada a los pies de Shakya-Thub-Pa, llega a ser un SROTAPATTI en la presente encarnación. Los Siddhis de Perfección pueden columbrarse lejos, muy lejos; pero se ha dado el primer paso. El ha entrado ya en la corriente y puede adquirir la vista del Aguila de las Montañas y el oído de la tímida Corza.

Díle, oh aspirante, que la verdadera devoción puede devolverle el conocimiento, aquel conocimiento que fué suyo en precedentes encarnaciones. La vista del Deva y el oído del Deva no se logran en una breve existencia.

Shákya-Thub-Pa es el Señor Buddha. El *Srotapatti* es, como queda explicado, "el que entra en la corriente". Puede observarse la analogía que existe entre el acto externo de poner nuestro servicio a los pies del Instructor y el cambio interno que se opera cuando el Manas, bien desarrollado, se da cuenta de la presencia de Budhi y se inclina reverentemente ante este más elevado principio, resolviendo usar de ahí en adelante todos sus poderes en obediencia a sus mandatos. En la vida ordinaria de los hombres se acostumbra generalmente que la naturaleza mental diga la última palabra; por ejemplo, en el asunto de la vivisección (1), muchas personas cuyos sentimientos se conmueven horrorizados con tales prácticas, admiten, sin embargo, que deben continuarse pues creen que es el único medio de obtener ciertos conocimientos que ayudarán a la humanidad. Pero la minoría, que está en lo justo, dice: "No Señor, es imposible que la vivisección conduzca al bien; nuestra naturaleza superior nos dice que tal práctica es completamente errónea". Si estas personas fueran la mayoría, harían que cesaran y se encontrarían entonces algunos otros medios de restaurar la salud humana; la mente se pondría a trabajar en obediencia a la más elevada intuición para encontrar un camino mejor.

Es seguro que todo aquel que se entusiasma cuando oye hablar del Sendero, se ha ocupado ya de él en una existencia anterior, quizá en muchas vidas previas. Saber esto es alentador pues así puede uno esperar que pronto recobrará lo que alcanzó en vidas pasadas, la

(1) Véase Cap. XXVII. 1er. Vol.

vista del Deva y el oído del Deva, que son las facultades de responder a la voz interna y de ver la vida y el mundo con los ojos del espíritu.

Sé humilde si quieres alcanzar la sabiduría; se más humilde aún si de la sabiduría ya eres dueño. Sé como el Océano que recibe todos los arroyos y los ríos. La potente calma del mar permanece inalterable, sin sentirlos. Refrena tu yo inferior mediante tu Yo divino Refrena lo divino mediante lo eterno.

Ah, grande es aquél que aniquila el deseo; más grande es aquél en quien el Yo divino ha destruído hasta la noción del deseo.

Vigila lo inferior, no sea que mancille lo superior.

Como ya he dicho, el que se halla en presencia de los Maestros no puede menos que ser humilde, porque es consciente del abismo que existe entre Ellos y él. Y no porque la presencia física del Maestro cause inquietud o depresión alguna, por el contrario, en Su Presencia nos encontramos mejor que nunca y nos damos cuenta de que podemos lograr lo que Ellos han logrado; lo mismo pasa con la obtención del conocimiento: el hombre que ha llegado a captar algunas grandes ideas puede, igualmente, darse cuenta de lo que queda por aprender y que él no sabe aún; y de qué gran misterio envuelve las cosas comunes y corrientes que otros creen que son enteramente sencillas y bien comprendidas. Y así, aquel que tiene mucho co-

nocimiento es capaz de ser humilde y por eso se previene al aspirante que, cuando el orgullo nazca en él, es señal de que inconscientemente está cerrando frente a sí la puerta que conduce a posteriores y más elevados conocimientos.

El candidato deberá también aprender a conducirse en medio de la confusión del mundo que pesa constantemente sobre él, física, astral y mentalmente, sin permitirle que lo agite. De tal manera deberá disciplinar sus vehículos inferiores que respondan no a esos llamamientos externos, sino a los mandatos internos. El Ego es divino; con su ayuda habrá de dominarse al yo inferior y, cuando esto se logre, el Ego, a su vez, deberá ser controlado por la Mónada, el eterno Sér. Para que todo esto pueda verificarse, el discípulo tendrá que vigilar constantemente sus vehículos, cuidando de la pureza del alimento, de la bebida y del magnetismo, de las palabras y sentimientos y pensamientos; como ha quedado ampliamente expuesto en "Los Maestros y el Sendero".

El camino hacia la liberación final está dentro de tu Yo. Tal camino empieza y termina más allá del yo. Menospreciada de los hombres y humilde, a los ojos altaneros del Thirtyka, es la madre de todos los ríos; vacía la humana forma a los ojos de los necios, aun cuando llena de las dulces aguas del Amrita. Con todo, el origen de los ríos sagrados es la tierra sagrada, y el que posee la sabiduría es honrado por todos los hombres.

El cristianismo ortodoxo considera generalmente que hay tres etapas en el desarrollo de un alma: primero, el hombre actúa rectamente por temor al infierno; segunda, procede así por el deseo de alcanzar el cielo; tercera, obra rectamente por amor a Cristo, que a Sí mismo se sacrificó con el fin de poner al hombre en esa condición de sentimiento. Hay, sin embargo, una cuarta etapa, cuando se encuentra la manera de realizar que nosotros somos uno con el Sér. Entonces el hombre obra rectamente porque así es la rectitud; ya ni siquiera con el fin de complacer al Maestro ni expresar gratitud hacia El. Nuestra liberación es, pues, desde lo interno. Ninguna consideración externa puede regir nuestros pasos de progreso en el Sendero; no es cuestión de cuanto tiempo hemos permanecido a cierto nivel; daremos el siguiente paso cuando hayamos desarrollado dentro de nosotros mismos las cualidades y los poderes necesarios. No hay que impacientarse por esto, pues, como dice el proverbio tamil: "la fruta madura no se queda en la rama".

El Tirthika, como ya lo hemos dicho, es el asceta brahmán que visita los santuarios sagrados; y es evidente que aquí se le considera como sintiendo algo de orgullo por haberlo hecho así. De igual manera, algunos de los Hadjis, (los musulmanes que han llevado a cabo una peregrinación a la Mecca), están orgullosos de haberla hecho. Estos hombres se parecen algo a ciertas gentes "de sociedad" de nuestros tiempos, que sienten orgullo al decir que han visto la última comedia o que han leído el último libro de actualidad, si bien podría ser difícil decir qué han aprendido con

ellos. Tal vez el escribiente de Aryasanga, como era budista, no estaba libre de sentimientos sectarios ya que, al parecer, consideraba a todos los Tirthikas como si fuesen de ese tipo. La grande atracción en Benares, Hardwar, Kumbakonam y otros Tirthas, es el bañarse en los ríos sagrados. En el último lugar mencionado, los peregrinos acuden a un enorme estanque que creen estar alimentado por corrientes subterráneas, con agua del Ganges. (1) Pero nuestro escritor budista señala, con aparente orgullo, que la fuente principal de los ríos sagrados de la India es la tierra sagrada, esto es, el Tibet. Es un hecho digno de advertir que los grandes ríos, el Ganges, el Indus y el Airávati o Irrawadi (2) nacen todos muy cercanos, en los Himalayas, y corriendo en diferentes direcciones, hacia el Este, hacia el Sur y hacia el Oeste, bañan y abarcan la parte superior de la India en su gigantesco abrazo de millares de millas. Esos orgullosos ascetas, dice el escritor, no reconocen que el Tibet, país que desprecian, es la madre de todos los ríos sagrados; y traza una analogía entre el Tibet y la India, considerando a la India como el cuerpo que contiene las dulces aguas de la inmortalidad sólo en la incorrecta visión de los necios, y al Tibet como al manantial de la Sabiduría que debe ser honrado por todos los hombres, esto es, por todos los que no son necios.

(1) El Ganges corre a distancia de 1,670 kilómetros de Kumbakonam. (N. del T.)

(2) El río Irrawadi atraviesa Burma de Norte a Sur, desembocando en Rangún; y este país ya no forma parte política de la India. (N. del T.)

LA SENDA DEL ARHAT

Los Arhans y los Sabios de visión ilimitada son tan raros como el florecimiento del árbol Udambara. Nacen los Arhans a la hora de la media noche, al mismo tiempo que la sagrada planta de nueve y siete tallos, la Flor Santa que se abre y despliega en las tinieblas surgiendo del límpido rocío y sobre el lecho helado de las nevadas cumbres, alturas no holladas por pie pecador alguno.

C. W. L.—En la actual etapa de evolución, son muy raros los hombres que han alcanzado el nivel de Arhat. Esto es completamente natural, ya que se espera que la humanidad habrá de obtener la iniciación Asekha tan sólo al final de la séptima ronda y el estado de Arhat la precede por lo general por sólo siete vidas. Con todo, el grado de Arhat se halla por completo dentro de nuestro alcance; es, principalmente, cuestión de comprender lo que se persigue, y luego, de usar nuestra voluntad para llegar a esa meta. Bajo la influencia del Señor Buddha fueron millares los que se convirtieron en Arhats; todo lo cual se debió a su tremendo magnetismo. Pronto estará entre nosotros

Su sucesor y también tendremos entonces extraordinarias ventajas.

El simbolismo de este pasaje es susceptible, posiblemente, de varias interpretaciones diferentes; la hora de la media noche muy bien puede interpretarse como el momento más oscuro que precede a la aurora, esto es, cuando el candidato parece hallarse abandonado de todos, aún de su Maestro. En la cuarta Iniciación es cuando el séptimo principio entra en acción, al avanzar el candidato hacia el plano átmico: la sagrada planta de los siete tallos puede simbolizar esto y el número nueve también, porque el séptimo principio es realmente tres en uno que, con los otros seis, hacen nueve. El número nueve está considerado por los Hindúes como muy sagrado.

Solamente soportando las más grandes pruebas, descendiendo a lo más profundo de la obscuridad, podrá el candidato desarrollar las cualidades que se requieren para esta Iniciación; la flor sagrada se abre y despliega en aquella obscuridad, pero viene como resultado del desarrollo en el plano búdico.

Ningún Arhan, oh Lanú, llega a serlo en aquella encarnación en que, por vez primera, empieza el alma a suspirar por la liberación final. Empero, oh Tú, ansioso, a ningún guerrero que voluntariamente se ofrezca a pelear en la fiera lucha entre los vivos y los muertos, a ningún recluta puede negarse el derecho de entrar en el sendero que conduce al campo de batalla.

Porque, o vencerá o sucumbirá. Si vence, ciertamente el Nirvana será suyo. Antes que deseche su sombra, su envoltura mortal, esa causa preñada de angustias y de dolor sin límites, venerarán los hombres en él un grande y Santo Buddha.

Y si sucumbe, aun entonces tampoco caerá en vano; los enemigos a quienes mató en la última batalla, no volverán a la vida en su próximo nacimiento.

Pero si quieres obtener el Nirvana, o renunciar al premio, no sea tu incentivo el fruto de la acción y de la inacción, oh tú, de corazón intrépido.

Sabe que al Bodhisattva que trueca la Liberación por la renunciación, para asumir las miserias de la vida secreta, se le califica de tres veces honorable, oh tú, candidato a sufrir durante los ciclos.

Swami T. Subba Rao interpretó la batalla entre los vivos y los muertos como la oposición entre los que conocen y los que no conocen. Es de recordarse que esta distinción fué hecha también por el Maestro Kúthumí al enseñar a Alcione: dijo que había solamente dos clases de personas, las que conocen (el Plan de Dios) y las que no lo conocen; los que han visto ya el camino y los que aun no lo ven. Dijo igualmente que

los más dignos de compasión, no eran los fanáticos y los intolerantes, sino los millones que ignoran que haya alguna cosa más allá del mundo que valga la pena de obtenerse y son felices en su ignorancia. Madame Blavatsky interpretó que la lucha es entre el inmortal Ego superior y el ego personal inferior, o sea, entre los vivos y los muertos, respectivamente.

Jamás está la puerta cerrada para los que realmente quieren acercarse al sendero oculto. Al que desea hacerlo así, debe dársele su oportunidad de ensayar. Y entonces, aun cuando fracase, no será en vano, pues algunos de sus enemigos, sus vicios y debilidades, habrán sido destruídas y no lo perturbarán de nuevo.

Es muy raro que alguien cometa errores tan graves que lo hagan regresar a una categoría de vida claramente inferior, como por ejemplo, en la India, a una casta más baja; pero si un hombre practica la magia negra, poniendo en juego poderosas fuerzas del mal, y se ejercita mucho en esa línea, podrá arrancar por completo la personalidad, del ego, y crearse un karma tan malo que le sea necesario regresar hasta condiciones primitivas. Tales casos son muy raros. Una persona que hubiere sido verdaderamente indigna de su clase o casta, habrá de regresar, por lo general, a vivir en ambiente muy desagradable en la misma clase, social o tal vez inferior. Con todo, sería una gran torpeza no intentar elevarse, por temor al peligro de una caída desde una posición muy alta y de mayor responsabilidad.

Por otra parte, un hombre que llegare a Arhat, dice el texto: "será honrado como un grande y santo Buddha"; el Arhat, por supuesto, técnicamente, no es

un Buddha; pero sí será Budha, es decir, sabio e iluminado.

Madame Blavatsky explica que la "vida secreta" es la del Nirmanakaya; su grandeza está oculta a la vista del hombre, y, sin embargo, continúa viviendo en este mundo. El término se usa aquí en un sentido general, no solamente para designar a los que permanecen en el umbral de la liberación a fin de poder llenar el repositorio de la fuerza espiritual, sino para todos los que permanecen tras Ellos, incluyendo así a los Miembros oficiales de la Jerarquía, tales como nuestros Maestros. Sin embargo, actualmente reservamos este término para los que siguen una de las siete grandes líneas después de tomar la Quinta Iniciación: Aquellos que llenan el depósito.

De nuevo encontramos aquí la idea del sendero de pesadumbre. La afirmación se presta un tanto a confusión; más bien, se trata de un empleo equivocado del término sufrimiento. Ciertamente es que un Maestro que está usando cuerpo físico no disfruta el goce de actuar en el plano nirvánico; pero seguramente El sonreirá al oír decir que sufre. Cuando un hombre obtiene la conciencia nirvánica, no la pierde porque conserva un cuerpo físico, excepto cuando está trabajando activamente en los planos inferiores. En cualquier momento, entre una y otra carta que estuviera escribiendo, o en un intervalo cualquiera de su actividad en el plano físico, puede El pasar inmediatamente a la conciencia superior y proseguir allí su labor, cosa infinitamente más satisfactoria y por completo más gloriosa y feliz de lo que se puede imaginar aquí abajo.

Es verdad que regresar de los planos superiores a la existencia física es como pasar de la luz del sol a un lóbrego calabozo; pero eso a nadie le preocuparía si en tal sitio se encontrara una persona muy amada y necesitada de ayuda. La vida física implica la renuncia de la gloria superior; pero el objeto definido de ayudar satisface al alma a un grado tal, que ciertamente no hay sufrimiento. Sin duda, en una etapa mucho más baja de evolución, cualquier persona que sabiendo que otra está sufriendo y necesita de la ayuda que ella pueda darle, se abstenga de proporcionarla por acudir a divertirse en otra parte; será después perturbada profundamente por el remordimiento, y su pena, en último resultado, será mayor que si al principio hubiere renunciado a sus placeres. En realidad, la mayor felicidad que todos podemos lograr proviene de hacer siempre lo mejor que sepamos.

Hay muchísimos candidatos que no sufren propiamente una caída; pero que no son conscientes de su progreso; muchos de ellos ceden ocasionalmente a la depresión y tienen el sentimiento de que sus esfuerzos han sido en vano, pues nada encuentran que se los manifieste. No deberían dejarse llevar por la depresión, porque ésta corrompe la atmósfera astral en que actúan los demás y por tanto es egoísta. Enteramente aparte de esto, tal actitud es torpe, pues deberían saber que constantemente están haciendo verdaderos progresos internos. Mucho antes de que se den cuenta de ello en el cerebro físico, el cuerpo astral, y tal vez el mental, ya se habrán organizado por su meditación y en los mundos internos podrán estar haciendo labor muy

definida y útil de diversas maneras. Podrá parecer que toda la vida sea un fracaso; sin embargo, se habrá hecho mucho que aprovechará para la vida siguiente y entonces hará posible algún conspicuo progreso, quizá aún en el plano físico.

En una vida cualquiera, el hombre desarrolla cualidades tanto buenas como malas, estas últimas se muestran en los cuatro sub-planos inferiores del mundo astral y como reflejan su influencia en el plano mental, solamente en sus cuatro sub-planos inferiores, no afectan al ego para nada; las únicas emociones que pueden aparecer en los tres sub-planos superiores del mundo astral, son las buenas, tales como el amor, la simpatía y la devoción; estas emociones afectan al ego en el cuerpo causal, pues este reside en los sub-planos correspondientes del mundo mental. Por consiguiente, aún de esta manera mecánica, se puede ver que cualquier sentimiento o pensamiento de clase más elevada produce un resultado permanente en el yo superior. Y, puesto que el ego es el que recorre el Sendero, cada esfuerzo en pos de la rectitud, es un paso definido de progreso. Por tanto, no hay razón alguna para desesperar; ni para dejar para mañana, solamente porque no podamos hacerlas todas al mismo tiempo, las cosas que podamos hacer ahora.

El Sendero, es uno, discípulo; no obstante, a su término se divide en dos, marcadas están sus etapas por cuatro y siete portadas. En uno de los extremos, bienaventuranza inmediata; en el otro, la bienaventuranza diferida.

Ambas son la recompensa del mérito: tuya es la elección.

El Sendero uno se convierte en dos: el descubierto y el secreto. El primero conduce a la meta; el segundo, a la inmolación de sí mismo.

Cuando a lo permanente es sacrificado lo mutable, tuyo es el premio, la gota retorna al punto de donde procedió. El sendero abierto conduce al cambio sin cambios, al Nirvana, al glorioso estado de lo absoluto, a la felicidad que sobrepasa al humano entendimiento.

Y así, el primer sendero es la liberación.

Sí; sólo hay un camino y éste es por el desenvolvimiento del carácter. A este respecto no hay límite alguno a las posibilidades del ego; las más nobles cualidades de los más grandes hombres existen en germen en todos nuestros prójimos y florecerán más o menos tarde. Y al final, cuando uno ha hecho todo lo que es posible en el reino humano, con las limitaciones propias del humano cerebro y el medio ambiente, el sendero se bifurca y deberá uno escoger entre la liberación y la renunciación. Aquí el término liberación significa la aceptación del nirvana, si bien algunas veces, a nivel más bajo, expresa el mero escapar de la rueda de nacimientos y muertes, como hemos visto ya al estudiar el libro *A los Pies del Maestro*.

Los que no pertenecen a la Logia Blanca usan otros métodos, con los cuales a menudo desarrollan poderes psíquicos hasta un grado relativamente elevado; pero como el sendero de la magia gris no queda sujeto a restricciones, como las que marca la Gran Logia Blanca, más o menos tarde el hombre abusa de tales poderes, ya que la tentación es demasiado fuerte. En ocasiones, sin embargo, quienes siguen las otras líneas terminan por ponerse en contacto con las verdaderas enseñanzas y se comprometen ante la Logia. Especialmente en Norte América, existe una gran cantidad de enseñanzas de ocultismo, más o menos públicas, de gran diversidad; pero el Sendero real es uno: el Sendero de Santidad; la formación del carácter.

Las cuatro portadas que aquí se mencionan son las cuatro iniciaciones que conducen al grado de Arhat, descritas con amplitud en *Los Maestros* y *el Sendero*. Otra forma de exposición divide el sendero en siete etapas, como veremos en el tercer fragmento de este libro.

Cuando el aspirante alcance los más elevados niveles del Sendero, recobrará la memoria de sus vidas pasadas, si bien, al mismo tiempo, su conciencia se habrá ensanchado enormemente, de modo que abarcará gran cantidad de seres y se dará cuenta de que su poder y su amor no son suyos, sino de Dios; se habrá perdido el sentido de separación y, mirando retrospectivamente, advertirá haber vivido bajo la ilusión de la separatividad. Verá también que sus vidas pasadas fueron muy vulgares; que el punto de conversión en ellas generalmente no fueron los sucesos que consideraba co-

mo los más notables e importantes mientras estaba experimentándolos, sino que, frecuentemente, las pequeñas cosas de la vida diaria fueron las que en realidad influyeron en el mayor progreso.

Pero el segundo sendero es la renunciación, y por esto se le llama "Sendero del Dolor".

El Sendero secreto conduce al Arhan a sufrimientos mentales indecibles; sufrimiento por los muertos vivientes; y compasión impotente por el sufrimiento kármico de otros hombres; no se atreven los sabios a suavizar el fruto del Karma. Porque está escrito "Enseña a evitar todas las causas; deja que sigan su curso los efectos, ya fueren oleaditas o impetuosas olas de marejada".

Por los "Sufrimientos mentales indecibles" del Arhan, (que es otra manera de decir Arhat), se entiende, en el sendero oculto, el dolor que procede de la simpatía; ve todas las penas y tristezas del mundo; pero a la vez también toda su alegría; siente la mayor compasión hacia "los muertos vivientes", esto es, hacia la gran mayoría de la humanidad, que ni siquiera sabe que hay algo por lo que deba esforzarse. En segundo lugar está la "compasión impotente" que se despierta mirando el sufrimiento kármico, los resultados de las torpezas cometidas, consecuencias que no puede suavizar (que no se atreve, diríamos). Podemos explicar a la gente el mecanismo del karma, a fin de que so-

porten sus experiencias dolorosas del mejor modo posible mitigando así hasta cierto punto el sufrimiento; pero no podemos apartar los resultados de las acciones cometidas.

Ni aún siquiera en el Cristianismo exotérico se explica que el "perdón" de los pecados significa que sus resultados queden abolidos. En la Iglesia Anglicana, por ejemplo, al ser ordenado un sacerdote se le confieren poderes para perdonar pecados, de acuerdo con las palabras que las escrituras cristianas atribuyen al Cristo: "Cualesquiera pecados que perdonéis les serán perdonados y los que retengáis les serán retenidos", pero se le explica que el poder que se le otorga es el de reconciliar al ofensor con Dios, en contra de quien se había puesto al pecar, o, en otras palabras, que puede hacer que el hombre entre de nuevo en la corriente de la evolución, contra la cual se había colocado, impidiendo así su propio progreso. Tras este concepto cristiano luce una hermosa idea; pero más hermoso aún es el postulado Teosófico de que el hombre jamás podrá quedar desligado de lo Divino, pues aún el hombre que cae en *avichi* es todavía parte de la Deidad.

Ha sucedido repetidas veces que algunos estudiantes buenos y fervorosos se hayan abstenido de prestar ayuda, temerosos de intervenir en el karma de otra persona. Nadie puede intervenir en la ley de Karma, como nadie puede alterar la ley de la *gravitación*; si con la mano levanta Ud. un libro, lleva éste en sí la fuerza potencial de la gravitación, y al momento en que se retira la fuerza empleada para sostenerlo, inevitablemente caerá el libro. La ley del Karma opera en

la misma forma; el Karma no liquidado aún, es semejante a una energía potencial: puede quedar en suspenso por millares de años o por cientos de vidas, pero cuando llegue el tiempo, se manifestará.

La gente cree a veces que el Karma es despiadado, pero no es así, es tan impersonal como cualquier otra ley de la naturaleza. En el mundo físico las leyes actúan sin tomar en cuenta las buenas o malas intenciones; si un niño cae a un precipicio, la suma del daño que sufra depende de la altura de la cual cayó y de la suavidad o dureza del suelo donde caiga, pero no de consideraciones de orden moral, tales como si el niño hubiere estado tratando de sacar a un compañero del peligro; o de que quisiera cortar flores para su madre; o de que se haya precipitado en un arranque de pasión. De igual manera, si un hombre coge una barra de hierro candente, podrá hacerlo para evitar que caiga sobre alguna otra persona o bien con la intención de golpear a alguien; el daño que sufra la mano será igual en ambos casos; tal es la forma en que Karma actúa en el plano físico; pero en el plano mental, las intenciones tienen enorme significado, puesto que con nuestros pensamientos formamos nuestro futuro carácter.

Así, nunca deberá uno abstenerse de dar su ayuda cuando sea posible. Si habiendo hecho lo más que podamos, no hemos logrado servir a una persona, podemos decir: "Su Karma no le permitió ser ayudado", o bien: "Mi Karma no me concedió el privilegio de ayudarlo"; pero eso es todo. Todo lo que realmente importa es que trabajemos en favor de los demás. El trabajo es expansivo y acumulativo; si ponemos a una

persona en contacto con la Teosofía, podrá élla atraer otras diez, y cada una de éstas, diez más.

Otra interpretación que admite este versículo... "Los sabios no se atreven a suavizar el fruto del Karma", es que, si un gran Adepto tratase de acabar con algún mal aparente, por ejemplo, con toda la pobreza, no efectuaría un bien real sino que solamente iría contra la Ley del Logos. No quiero significar que el Logos desea que exista ese mal: sería blasfemia decir que Su esquema incluye necesariamente el sufrimiento, o que El lo ocasione; el sufrimiento resulta únicamente de que, (en nuestra ignorancia), hacemos lo que la Ley expresamente nos indica que no hagamos. Cierto es que todos han sufrido; nadie, hasta donde sabemos, ha elegido siempre lo mejor sin cometer nunca errores; pero el sufrimiento siempre nos ha corregido cuando hemos rehusado aprender de otra manera. Y así es cómo la Ley hace que para todos nosotros sea cosa cierta la obtención final de la indecible felicidad del Nirvana.

El "Sendero Patente", no bien hayas llegado a su meta, te conducirá a rechazar el Cuerpo Bodhisattvico, y te hará entrar en el estado tres veces glorioso de Dharmakaya que implica el olvido del mundo y de los hombres para siempre.

El "Sendero Secreto" conduce igualmente a la felicidad Paranirvánica, pero al fin de Kalpas sin cuento, de Nirvanas ganados y

perdidos por piedad y compasión inmensa por el mundo de mortales engañados.

Pero se ha dicho: "El último será el más grande". — Samyak Sambudha, el Maestro de Perfección, abandonó su Yo para la salvación del mundo, deteniéndose en los umbrales del Nirvana, el estado puro...

Hemos considerado ya las Tres Vestiduras y hemos visto que no puede atribuirse idea alguna de egoísmo al que tome cualquiera de ellas. Los Nirmanakayas son como las órdenes contemplativas que se dedican a llenar el repositorio de fuerza espiritual para el uso de los Adeptos que están en contacto con el mundo; son cincuenta o sesenta los puestos que deben ser cubiertos por éstos últimos; el Nirmanakaya conserva aún sus átomos permanentes, y así, supongo yo, puede ocupar cualquiera de tales puestos, cuando alguno de ellos queda vacante; el puesto de Bodhisattva queda vacante una vez en cada raza raíz; pero hay muchos designados para ocupar ese puesto en un futuro lejano que ahora están siendo preparados. Muchos de los que llegaron al grado de Arhat durante la encarnación del Señor Buddha, continúan como Nirmanakayas, debido a su enseñanza.

Todos estos oficios y puestos deberán quedar cubiertos, y los que renuncian al Nirvana se ofrecen voluntariamente para desempeñar los trabajos que po-

dríamos calificar como despreciables. El Adepto, si podemos decirlo así, no siente tanto la pérdida de goce como la del conocimiento, que, actuando en el plano nirvánico, podría ser un millón de veces más efectivo que en los más bajos; con todo, alguien debe ejecutar ese trabajo inferior. En el esquema del Logos, el trabajo más pequeño es tan necesario como el más grande, de igual manera que el aceitado de una locomotora es tan necesario como su conducción.

El cuerpo bodhisattvico a que aquí se alude es el formado por todos aquellos que permanecen en el mundo para ayudarlo, no solamente por el de los que, en número muy limitado, serán Buddhas.

Detenerse en el umbral del Nirvana significa que uno no entre en él y abandone por completo los planos inferiores, como lo hacen algunos y pudiera haberlo hecho el Buddha si así lo hubiera preferido. Los que así permanecen, tienen la más alta conciencia en toda su plenitud y también conservan su conciencia aún aquí abajo en el plano físico, pudiendo así trabajar en cualquier plano en que sea necesario. Se dice que el Buddha se halla, en Su nivel, libre del sistema solar; que puede trasladarse a cualquiera de los planetas del sistema, de igual modo que algunos de nosotros podemos trasladarnos a otros planetas de nuestra cadena: sin embargo, aún para El mismo tiene que haber algún límite, porque no ha entrado todavía en la conciencia del Logos. No sé yo si Su conciencia incluya al sol; Swami T. Subba Rao habló alguna vez del sol como de un lugar de

vida tan intensa, que ni aún los Dhyán Chohans pueden penetrar en él.

El plano búdico parece llevarnos a cualquier lugar a través de nuestra cadena de mundos. La conciencia nirvánica pudiera significar conciencia en cualquier parte del sistema solar. En la Cuarta Iniciación se llega a tocar el Nirvana; pero esto no significa la plena conciencia de ese plano; es la entrada a la parte inferior del mismo y tiene uno todavía que ascender sub-plano tras sub-plano, hasta adquirir la plena conciencia de todo el plano.

Se dice que el Sr. Buddha ha alcanzado el Paranirvana: y así, es posible considerar diferentes niveles de Nirvana; los diferentes sub-planos del plano Atmico, luego los dos planos de nuestro sistema que están más allá y así en adelante, hasta los más elevados planos cósmicos.

Ahora posees ya el conocimiento acerca de los dos Senderos. Llegará el tiempo en que elijas, oh tú, de alma ansiosa, cuando hayas llegado al fin y pasado las siete portadas. Tu mente está iluminada, ya no te hallas entre pensamientos ilusorios, porque lo has aprendido todo. Ante ti está la verdad sin velo, mirándote severamente a la cara. Ella dice:

“Dulces son los frutos del reposo y de la liberación para provecho del Yo; pero más dulces aun son los frutos de un duradero y

amargo deber: Ah! La renunciación en beneficio de los demás, en bien de sus semejantes que sufren”.

Aquel que se convierte en Pratyeka-Buddha presta obediencia solo a su Yo. El Bodhisattva que ha ganado la batalla, que tiene en su mano el premio de la victoria, dice, no obstante, en su compasión divina:

“En provecho de otros cedo este gran premio”, efectúa la mayor renunciación, es un Salvador del mundo.

.....

¡Mira! La meta de la Beatitud y el largo Sendero de amargura están en el último extremo. ¡Puedes elegir la una o el otro, oh aspirante al dolor, durante los ciclos venideros!...

¡Aum Vajrapani Hum!

La mayor renunciación es renunciar a la labor más elevada después de haberla visto, para hacer trabajos menores, que, como hemos visto ya, son igualmente necesarios. La renunciación de los deseos de la personalidad es una renunciación del todo inferior.

No debemos teñir aquí nuestro pensamiento en lo más mínimo con el popular concepto cristiano de

un Salvador que viene a salvarnos del tormento eterno. Esta idea, por supuesto, no es sino una horrible deformación de la primitiva y verdadera enseñanza cristiana, como por ejemplo, la que fué expuesta por Orígenes, que creía en la deificación del hombre por medio de Cristo. Todo aquel que se haya elevado a la verdadera comunión con el Maestro, se ha identificado con El y está salvado, seguro de concluir el recorrido del Sendero en el presente ciclo. El significado original del término "salvado" queda ya explicado en "*Los Maestros y el Sendero*". (1)

Cuando hablamos de los Nirmanakayas como de una Muralla Protectora, no nos imaginamos, ni por un momento, que Ellos nos están protegiendo contra los malos poderes que esperan una oportunidad para asaltar a la humanidad; Ellos están dedicados, como se ha dicho antes, a llenar el recipiente de fuerza que usa la Gran Fraternidad Blanca, para ayudar y guiar inteligentemente a la humanidad, doquiera sea posible, y salvarla de muchos errores que de otra manera podría cometer; apartándola así del sufrimiento que entonces resultaría.

No termina este fragmento con "*Om mani padme hum*" como terminó el primero, sino con una diferente fórmula "*Aum vajrapáni hum*". Vajra significa un rayo lo mismo que un diamante. Esa voz nos recuerda a Júpiter "Tonante" con sus rayos y también a Thor, el Dios Nórdico. Este rayo es el "*dorje*", el cetro de poder, del cual he dado un bosquejo en el libro "*Los Maestros y el Sendero*".

(1) Op. cit. Pág. 146

FRAGMENTO TERCERO

LOS SIETE PORTALES

CAPITULO XLIX

LAS ALTURAS PARAMITICAS

Acharya, la elección está hecha; estoy sediento de sabiduría. Ahora, has rasgado el velo puesto ante el Sendero secreto, y me has enseñado el Yana mayor. He aquí tu siervo dispuesto para que le guíes.

C. W. L.—Hay una nota al calce acerca de la palabra acharya, que significa un preceptor espiritual o gurú: explica que entre los budistas del norte, los acharyas son elegidos entre los hombres santos y versados en "gotrabhu-jnana." Gotrabhu es el hombre listo para cualquiera de las iniciaciones, el que tiene todas las cualidades y sólo espera el permiso para presentarse. Gotrabhu-jnana es el conocimiento de esas capacidades. Los Maestros —Adeptos que toman discípulos o aprendices— son los que tienen ese conocimiento.

El término fiana ha quedado ya explicado en el capítulo XXX.

Bien está, Shrāvaka. Prepárate, porque tendrás que viajar solo. El Maestro no puede sino indicar el camino. El Sendero es uno para todos; los medios para llegar a la meta han de variar según los peregrinos.

La palabra shravaka viene de la raíz shru, que significa escuchar; el "oyente" es el que concurre a las instrucciones religiosas, dice una nota al calce, y cuando de la teoría se pasa a la práctica o ejecución del ascetismo, se convierte en shramana, de la palabra *shrama*, esfuerzo: estos dos términos tienen un significado muy semejante al de los griegos *akoustikoi* y *askitai*.

Todos los que recorren el Sendero deben adquirir las mismas cualidades o virtudes; pero los modos de amaestramiento para ello son muy variados. Hay siete grandes tipos de seres humanos, o siete rayos, y a lo largo de cada uno de ellos son conducidos los aspirantes hasta los instructores en su propio rayo. Aun dentro del mismo tipo, la enseñanza se adapta a las necesidades individuales de cada quien y así los discípulos de un Maestro reciben con frecuencia tratamientos del todo diferentes. Un Maestro puede mandar a uno de sus discípulos a la reclusión y a otro a luchar en la vida del mundo; puede dar a alguno la satisfacción de que está recibiendo enseñanza y a otro dejarlo sin que lo sepa por un largo período de tiempo. Del entrenamiento de los diferentes tipos, hemos dado una explicación en *Los Maestros y el Sendero*.

¿Qué escogerás, oh tú de corazón intrépido? ¿El Samtan de la "Doctrina del Ojo", la cuádruple Dhyana, o bien seguir tu camino por las Paramitas, seis en número, nobles puertas de virtud que conducen a Bodhi y a Prajna, el séptimo escalón de la sabiduría?

El escabroso sendero de la cuádruple Dhyana va serpenteando hacia lo alto, tres veces grande es aquel que sube hasta la empinada cumbre.

Las Paramíticas alturas encuéntranse cruzadas por un sendero más escarpado aun. Tienes que luchar disputando tu camino a través de siete fortalezas defendidas por astutos y crueles poderes, las pasiones encarnadas.

Poco se habla en este fragmento de la cuádruple dhyana, pero mucho de las paramitas. De los pasos de la meditación o dhyana se habla siempre como de tres, según hemos visto al estudiar el primer fragmento, y todos ellos, tomados en conjunto, reciben el nombre de sanyana. Estos tres son dharana, dhyana y samadi, o concentración, meditación y contemplación, y existe también la práctica preliminar de pratyahara, que completa los cuatro. Hemos estudiado también las paramitas en el fragmento segundo. Se dice aquí que el sendero para la adquisición de esas virtudes tiene siete portadas, en cada una de las cuales, el candidato tiene que luchar con una gran falta o pecado hasta matarlo.

Parece fuera de lugar el considerar la meditación y el desarrollo de esas cualidades como cosas contrarias, ya que ambas son necesarias: no se puede meditar sin tener esas cualidades, y no se pueden desarrollar esas mismas cualidades hasta la perfección, sin meditar. Bien puede ser que aún en su tiempo, Aryasanga haya considerado en contraste el sendero de reclusión del hombre que evitaba las dificultades y distracciones del mundo, con objeto de irse a meditar lejos de los hombres, y el sendero de la vida espiritual, que debía vivirse en medio del mundo de los hombres, que requiere la práctica de ideales en todos los asuntos de la vida diaria. Así pudo él estar hablando del primero como de un sendero alto y del segundo como más elevado aún, o como más escarpado todavía. Los ejemplos de los hombres que alcanzaron la perfección en medio del bullicio de la vida mundana son muy comunes en los libros indúes. Los grandes gurús del *Mahabharata* ejercieron su actividad en la cámara del consejo y en el campo de batalla, y se menciona también un comerciante en la persona de Tuladhara. En el *Bhágavad-Gitá* se enseña el sendero del deber y de la acción, y Shri Krishna dice a Arjuna, su discípulo, que Janaka y otros obtuvieron la perfección por medio de la vida activa y que él debe proceder así, ejerciendo la acción sin la mira personal del fruto de esta y en beneficio de la humanidad. (1)

Una ojeada a los opuestos de las paramitas nos

(1) Obra citada, III-20.

muestra la naturaleza de crueldad y astucia de los poderes que deben ser combatidos. El hombre ególatra se olvida de que es una unidad en el todo, de que, como dijo Epicteto, sin la humanidad a su alrededor, no sería ni siquiera un hombre. La caridad y el desarrollo general ético o la moralidad en su plenitud de sentido, acaban con esta egolatría y le hacen capaz de pensar más en los otros que en sí mismo y se convierte en benefactor de los que sufren, en buen compañero de sus iguales y en discípulo aprovechado de sus maestros.

El hombre con frecuencia permite que su paciencia se irrite por el resentimiento, se "siente herido", se siente descontento y se lamenta interior, si no exteriormente: esto significa que olvida que precisamente porque hay una ley de justicia, encargada constantemente de hacer que sean pagadas las deudas entre unos y otros, tiene que haber injusticias aparentes. Algunas veces un hombre desea ver prontamente el resultado de su trabajo, porque está pensando en sí mismo, no en el trabajo y desea alardear de él, o, por lo menos, congratularse por lo que ha llevado a cabo; posteriormente se entristece porque los esfuerzos que ha hecho con buen propósito parecen haber fracasado; aún muestra algo de impaciencia y descontento por ello: más tarde, verá que lo importante era el esfuerzo y no los resultados; cuando estos sentimientos ya no lo perturban, habrá obtenido la virtud de la paciencia.

Además, el hombre "primitivo" o "natural" es perezoso. Gusta de calentarse al sol y no se esforzará

hasta que el hambre le impulse a ello o hasta que sienta el deseo de vanagloriarse de colgar más cráneos de su cinturón, lo que lo impele a levantarse mientras duermen sus salvajes compañeros. La energía intrépida e incansable no es "primitiva" o "natural". Observad a nuestra Presidenta utilizando todos los momentos del día, trabajando siempre, sin perder nunca el tiempo. ¿Suponéis que era cosa natural en ella en tiempo pasado estar siempre trabajando? Procede así porque ha visto la hermosura de la meta, que es el ser un auxiliador de la humanidad.

La meditación tampoco es "natural" o primitiva; requiere mucha mortificación, un duro esfuerzo de la mente y mantener sujeto el cuerpo. La adquisición de la sabiduría exige también estudio y esfuerzos y en algunas ocasiones el valor de afrontar experiencias molestas y aun peligrosas.

Ten buen ánimo, discípulo; acuérdate de la regla de oro. Una vez que hayas pasado por la puerta Srotapatti, "El que ha entrado en la corriente"; una vez que haya hollado tu pie el lecho de la corriente nirvánica, en esta o en alguna vida venidera, no tienes más que otros siete nacimientos ante ti, oh tu de voluntad diamantina.

Siete vidas es el período medio entre la primera y la cuarta iniciaciones; pero el hombre que tiene la suficiente fuerza de voluntad, puede alcanzar la meta en menos tiempo; es esto semejante a la preparación

que hace un estudiante para su examen; se considera que un período de cierto tiempo de estudio es suficiente para que el alumno pueda pasar; pero un hombre no muy esforzado, puede lograrlo en más o menos tiempo. Con frecuencia dos vidas han llevado a un hombre desde la primera iniciación hasta el grado de Arhat y algunos pocos han alcanzado esa meta en una sola vida; en estos casos se observa la misma regla para la obtención del Adeptado, pues el grado de Arhat es precisamente la mitad del camino.

Mira: ¿Qué ves ante tus ojos, oh aspirante a la sabiduría divina?

"Sobre el abismo de la materia está el manto de las tinieblas; entre sus pliegues yo lucho. Bajo la mirada mía vuélvese más denso, señor; se disipa con el movimiento de tu mano. Una sombra se agita arrastrándose a semejanza de los anillos de la serpiente que se extiende... Se agranda, se hincha y desaparece en la obscuridad".

Es la sombra de ti mismo, más allá del sendero, proyectada en la lobreguez de tus pecados.

Sería preferible hablar aquí más bien de fallas o defectos, que de pecados; estos se vuelven mucho más peligrosos en el sendero, de lo que antes fueron; se necesita, pues, una férrea determinación de extirpar

los todos completamente, de inmediato, para poder recorrer el camino. Cuando el hombre advierte una falta en sí mismo debe hacer precisamente lo opuesto sin vacilaciones y con tenacidad, hasta que esa falta haya desaparecido completamente. Pocos son los que están dispuestos a hacerlo así. Hay quienes desean que se les diga con franqueza qué es lo que los mantiene retrasados; si uno lo hace corre el riesgo de perder su amistad; por lo general se indignan y manifiestan que ya saben que cometen faltas; pero no aquella sobre la cual ha sido llamada su atención y declaran que no advierten en quien lo ha hecho, ni mucho juicio ni mucha intuición. Hay algunas excepciones, pero tal es la regla general.

En el sendero, el hombre tiene que vivir de acuerdo con sus propias reglas y no seguir las reglas o convenios del ambiente social en que se encuentra; esto aumenta sus dificultades y los peligros: ha de esforzarse lo más que pueda; de esto podemos estar seguros, pues si no fuera así, estaría desperdiciando los frutos de los esfuerzos de muchas vidas, lo cual sería una insensatez; los demás no tienen medios para juzgarlo; tiene en su mano una clave que los otros no poseen y para él, por tanto, todas las cosas se manifiestan con diferente aspecto; le son necesarios los pensamientos bondadosos de los demás, no las críticas de los que no lo entienden, pues no deja de ser impresionado por ellos y le ayudarán a ascender rápidamente y a convertirse en un poder de elevación del mundo.

“Si, Señor; yo veo el Sendero, con su base en el cieno y su cima perdida en la gloriosa luz

nirvánica. Y ahora veo las cada vez más angostas portadas en el aspero y espinoso camino a Jnana”.

Tu ves bien, Lanu. Estas portadas conducen al aspirante a través de las aguas, “A la otra orilla”.

“La otra orilla” es una frase constantemente usada: hay dos formas distintas de simbología que hacen uso de esta metáfora; en una la vida total se asemeja al océano y los hombres son transportados a la otra orilla entre la muerte y el renacimiento por el Mahayana y el Hinayana; la segunda es de un significado más técnico. En la primera gran iniciación, un hombre sale de la evolución general que ha completado, y empieza una especial; hasta donde está permitido, la ceremonia que entonces se celebra, ha sido descrita en *Los Maestros y el Sendero*, incluso las palabras “Tú has entrado en la corriente; que pronto puedas alcanzar la otra orilla”, (1)

Esa orilla, por supuesto, es el Adeptado.

Cada pórtico tiene una llave de oro que abre su puerta; y estas llaves son:

I. Dana, la llave de caridad y de amor inmortal.

(1) Obra citada, capítulo VII.

Esta caridad no consiste simplemente en dar limosnas, ni en lo que comunmente se llama una actitud caritativa, aun cuando ésta es mucho más meritoria que lo primero; significa estar completamente dispuesto a dar al servicio lo que uno es y lo que uno tiene; no son muchas las personas que han llegado a esa etapa de encontrarse listas para dedicar todo su tiempo, toda su energía, todo su dinero, sus sentimientos y sus pensamientos a tal fin. Y aun para aquellos que han llegado a ese punto, hay otra etapa, pues puede existir aún la falla de identificar el trabajo con uno mismo, en lugar de identificarse uno con el trabajo. Muchos son los que están deseosos de hacer una gran obra, pero son pocos los que se olvidan de ellos mismos hasta el punto de hacer un trabajo insignificante que nadie tome en cuenta y por el cual ni las gracias les son concedidas. El discípulo del Maestro tiene que mirar a su alrededor y ver si hay algo que hacer, que él pueda hacer y que no se haya hecho; no ver con desprecio la más humilde tarea, pensando "yo soy demasiado bueno para hacer eso". En el trabajo del Maestro no hay ninguna parte que sea más importante que otra, aun cuando algunas porciones son más difíciles que otras y requieren, por tanto, un amaestramiento especial o facultades y habilidad menos comunes.

Para sacrificarse plenamente, es necesario sacrificar los sentimientos; si estos son susceptibles de ser heridos, se gastará cierta cantidad de fuerza en sentirse ofendido, fuerza que debería dedicarse al trabajo. Debemos hacer siempre lo mejor que nos sea posible, sin detenernos a pensar "qué buena persona soy".

Además, debemos tener también "amor inmortal". Dijo Tennyson, refiriéndose a los muertos:

Ven transcurrir las horas como Dios,
Con mirada más amplia que la nuestra,
Que a todos nos perdona.

Dios lo sabe todo y no pierde la paciencia. Nosotros somos propensos a perder la paciencia entre unos y otros y a cansarnos pronto de tener indulgencia; pero Dios no.

Se ha dicho muy bien: "*Tout comprendre, c'est tout pardonner*". ("Comprenderlo todo es perdonarlo todo".)

2. *Shila, la llave de la armonía en la palabra y la acción, la llave que contrabalancea la causa y el efecto, y que no deja ya lugar a la acción Kármica.*

La palabra "shila" se traduce por lo común simplemente por "conducta"; pero aquí el escritor pone énfasis en la idea de armonía. El que practica shila debe estar siempre atento a su propio dharma, estudioso de lo que le es dado hacer con los poderes que tiene y en la posición en que karma lo ha colocado; esta es también la cualidad que habrá de liquidar sus cuentas kármicas lo más pronto posible y que lo capacitará para alcanzar una libertad siempre en aumento y mayores oportunidades de hacer el bien.

3. *Kshanti, la dulce paciencia que nada puede alterar.*

Al mismo tiempo que en esta etapa de su viaje el candidato debe adquirir esta virtud en gran proporción, ésta permanece todavía en condiciones de ser perfeccionada más adelante. Ser totalmente sereno es una condición muy elevada. Al Arhat se le llama: el perfecto —el venerable— y tiene, sin embargo, cinco ligaduras de las que habrá de libertarse antes de alcanzar el adeptado y de estas ligaduras, la penúltima es la posibilidad de incomodarse por alguna cosa.

4. *Vairagya, la indiferencia al placer o al dolor; vencida la ilusión, percibese la verdad pura.*

Toda la tercera parte de nuestros comentarios sobre el libro *A los Pies del Maestro*, se reduce a la cualidad de vairagya, que ahí se traduce por carencia de deseos. Como queda dicho con anterioridad, comunmente se traduce por indiferencia o carencia de pasión.

Esta cualidad la posee aquel hombre que está siempre ansiosamente alerta sobre su trabajo, pero que nunca permite que consideraciones de orden personal obstruyan su camino; se ha libertado de sentimientos que pueden ser heridos, pero no ha perdido su simpatía; es indiferente a las cosas que comunmente desvían a los hombres; no le perturban las pasiones, sino que tiene serenidad de juicio. Esta llamada indiferen-

cia no significa que el hombre no ponga entusiasmo en su trabajo, sino que lo ejecutará lo mismo cuando sea penoso y perturbador que cuando sea placentero. Cuando esta cualidad esté bien desarrollada, el hombre verá que la mayoría de nuestros placeres y de nuestras penas son ilusiones y son causadas por una manera equivocada de tomar las cosas, podrá comprobar la verdad que hay en las palabras del antiguo estoico, de que nuestras opiniones sobre las cosas nos perturban más que las cosas mismas.

5. *Virya, la energía impertérrita, que desde el cenagal de las terrenas mentiras, lucha abriéndose paso hacia la verdad suprema.*

Cada persona que se aproxima al Sendero tiene sus cualidades especiales en relación con las cuales encontrará algunas de estas portadas fáciles de pasar y otras difíciles: la cualidad de la paciencia, por ejemplo, podrá ser, por lo general, mucho más fácil para el discípulo oriental y la cualidad de la energía para el occidental. Cuando esta lista de facultades se presenta ante nosotros por primera vez, a algunos nos extraña por qué las más difíciles fueron colocadas al principio; en realidad no fué así: el Señor Buddha fué hindú y se dirigió al pueblo indostánico, y probablemente puso en su lista en primer lugar las cualidades que quizá encontrarían los hindúes más fáciles de obtener.

Es ciertamente difícil, cuando se ha obtenido primeramente una gran cantidad de energía o virya, adquirir después la dulce paciencia o kshanti. Una per-

sona que tiene esta energía y oye hablar del sendero, quiere inmediatamente recorrerlo hasta el final; pero si no cuenta con la paciencia, causará tal perturbación a lo largo del camino y engendrará tal cantidad de karma penoso, que se retrasará considerablemente. Por otra parte, el hombre que tenga paciencia y no energía, se contentará tal vez con caminar poco a poco y su progreso será muy lento.

Actualmente hay en el Oriente una tendencia de esta clase. Recuerdo que, en Ceylán, alguien me dijo que en tiempos antiguos la gente realmente alcanzaba el Nirvana; pero que ahora los tiempos son malos (estamos en lo que llaman "la edad oscura"; en Kali-yuga); y que estas consecuciones ya no serán posibles, si bien quizá volverán a serlo en un distante y glorioso futuro. Los Grandes Maestros están todavía con nosotros y aun cuando, como dicen las escrituras cristianas, estrecha es la puerta y angosto el camino, todavía hoy, como siempre, se puede encontrar esa puerta y transitar por ese camino.

En estos asuntos nadie puede decir dónde se encuentra. Para muchos la Teosofía es como un recuerdo; eso significa que algo supieron de esto en anteriores encarnaciones; si en esas vidas un hombre se ha esforzado por llegar al Sendero, un poco más de esfuerzo en esta vida, lo llevará hasta él; pero si ahora está solamente comenzando a esforzarse tiene por delante mucho que caminar y sería necesario un valor casi sobrehumano para entrar en la corriente en esta encarnación.

Los esfuerzos que están haciendo muchos teósofos

implican una gran tensión: por eso suelen producirse tan grandes perturbaciones en la Sociedad Teosófica; mucha irascibilidad y muchas desavenencias. He oído decir que otras Sociedades tienen mucho menos de estas contrariedades. Esto es natural: al ingresar en una Sociedad de geografía o de geología u otra semejante, sencillamente se asocia uno con un grupo de personas que trabajan unidas para adquirir más conocimiento, generalmente de un orden particular; pero en la Sociedad Teosófica, son muchos los que están imponiendo una gran tensión a sus cuerpos astral y mental, lo cual reacciona sobre sus cuerpos físicos. Creo, por lo tanto, que mientras sigamos tratando con un grupo de gente sensitiva y aún imperfecta, que se están desarrollando más rápidamente de lo que la naturaleza determina en su curso normal, la historia de la Sociedad seguirá registrando probablemente muchos disturbios aun cuando se está aproximando el tiempo en que cada uno de los miembros llegue a adquirir la "dulce paciencia que nada puede alterar".

*6. Dhyana, cuya puerta de oro, una vez abierta,
conduce al Narjol hacia el reino del eterno
Sat y su contemplación incesante.*

En ediciones anteriores de este libro aparecía mal escrita la palabra narjol, pues decía naljor, equivocación que se corrigió posteriormente y que fué debida al hecho de que Madame Blavatsky leyó la palabra astralmente y cuando se lee un libro astralmente, se ve lo que está escrito al frente de la página y también el

revés de los caracteres, como desde el reverso de la hoja misma. Por supuesto que no hay que fijar la atención en el reverso de la página, sino en la parte extendida ante la vista, la que aparecerá así perfectamente legible, quedando el reverso de la hoja fuera de foco. No obstante, leyendo de esta manera es muy fácil caer en errores y tomar algunas cosas al revés; sucede esto especialmente cuando se trata de números; se puede advertir inmediatamente si el número 7 está siendo visto al revés; pero el 18 puede confundirse muy fácilmente con el 81.

Madame Blavatsky confundió en ocasiones los números en esta forma; solía leer astralmente libros raros de los que solamente existen uno o dos ejemplares y algunos de nosotros tuvimos que ir al Museo Británico para verificar una cita que ella indicaba encontrarse digamos, en la página 139, y que aparecía en la 931. Generalmente encontramos que eran exactas sus citas, aun cuando en ocasiones había en ellas pequeñas inexactitudes; recuerdo que en cierta ocasión omitió la palabra no, lo que daba a la frase un sentido del todo diferente. Como quiera que Madame Blavatsky no sabía Sánscrito, ni Pali, ni Tibetano y tenía que confiar por completo en su memoria cuando usaba palabras de esas lenguas, cosa que hacía con frecuencia, lo extraño no es que haya cometido algunos errores, sino que estos hayan sido unos cuantos solamente.

La palabra narjol, que ha motivado esta pequeña digresión, es una palabra tibetana que significa adpto o santo o, más bien, yogui; se deriva de otra palabra

que significa "paz". Narjol es, pues, aquel que se esfuerza por alcanzar la paz interna.

Dhyana, o meditación, es lo que abre las puertas del yo superior. La mayor parte de nuestra información teosófica y de lo que se halla en las escrituras antiguas, ha llegado a nosotros por medio de la clarividencia. Hay una gran cantidad de investigaciones que han de hacerse por medio de la clarividencia. En química oculta, por ejemplo, hemos examinado los elementos y algunos compuestos; pero hay aún una enorme cantidad de trabajo en este campo de investigación para que lo lleven a cabo los que tengan la facultad de la visión y de la amplificación etericas, juntamente con la paciencia para observar y contar los átomos una y otra vez.

Las *Estancias de Dzyan* deben haber sido escritas por alguien que pudo leer en las mentes de los Devas directores y ver así lo que tenían en proyecto. Lo que nosotros hemos dicho con respecto a cadenas y rondas puede no ser exacto, pero la información que hemos dado sobre los planos astral y mental, que es el resultado de millares de observaciones, puede considerarse como razonablemente exacta; podrá todavía haber errores debidos a una generalización prematura —cosa que pasa en todas las ciencias—, ya sea confundir lo normal con lo anormal o bien pasar inadvertidas algunas clases de fenómenos susceptibles de formar una teoría general. Tal fué, por ejemplo, nuestra primera idea respecto a los intervalos entre las vidas y sobre la manera en que los egos encarnaban regularmente en sub-razas sucesivas, que se expuso era de acuerdo

con el curso normal de la evolución, hasta que pudimos descubrir que hay otro tipo de egos que nacen varias veces en una misma sub-raza y que encarnan con doble frecuencia que los otros. Puede que haya media docena más de tipos de los que ya conocemos; todo lo que podemos decir es que aún no los hemos encontrado en nuestras investigaciones.

Las Escrituras antiguas son especialmente valiosas por haber sido escritas en su mayoría por personas que podían ver clarivamente; se desecha mucho de su contenido por la forma de presentación de las ideas, expresadas a veces con sabor arcaico. Cada época ha tenido su propio método de expresión. Nuestra moderna expresión es completamente escueta: decimos las cosas tan claramente como nos es posible. En el antiguo Egipto, para poner un ejemplo diferente, todo se decía vistiéndolo poéticamente; los gnósticos lo envolvían todo en una elaborada simbología. Por tanto, el que quiera estudiar el *Libro de los Muertos*, o *Pistis Sophia*, aun suponiendo que pueda obtener una traducción exacta, lo que no es siempre el caso, tendrá, además, que procurar colocarse en la actitud mental de la época en que tales libros se escribieron y eso es muy difícil; además, ello requiere tiempo —más de aquel que puede disponer el hombre moderno, si aparte de esto tiene que ganarse la vida de alguna otra manera.

En la antigüedad, en todas partes del mundo, la vida era mucho más descansada; era costumbre hacer que las cosas fueran cómodas y fáciles para todo mundo y, por lo general, dejar para mañana todo aquello que

fuera susceptible de posponerse. Al examinar un gran número de vidas pasadas, advertí lo mismo en todas partes; no había trenes que tomar, ni periódicos o revistas que conseguir a hora fija o en fecha determinada; lo más semejante que pude hallar a una publicación regular, fué una serie de cartas que salían a luz por intervalos, los cuales eran muy largos y totalmente irregulares, de modo que transcurrían a veces meses enteros entre las ediciones de unas y otras.

No obstante todo ello, los hombres obtenían el Adeptado en aquellos lejanos días; pero debe haber sido muy difícil para ellos adquirir virya, la indomable energía que se requiere para el Sendero. Además, la actividad sin descanso, la prisa incesante de nuestro mundo occidental moderno no es exactamente lo mismo que virya. Frecuentemente es el apremio externo lo que obliga a los hombres a mostrar su energía; si no son puntuales y asiduos en sus negocios, la competencia es tal que otros se les adelantarán y no serán capaces de ganarse la vida; pero el estudiante de ocultismo es movido por su propia compulsión interna, y está siempre trabajando con firmeza, pero sin prisas ni agitación, porque desea que su trabajo quede bien hecho.

Probablemente el principal peligro en este asunto es el de hacer demasiado poco, el dejar sin hacer lo que debe hacerse. Por otra parte, algunos echan a perder su trabajo por querer hacer demasiado. La señora Besant es un magnífico ejemplo del término medio; siempre está trabajando; siempre plantea el uso de todo su tiempo en la forma más ventajosa; pero no intenta

hacer más de lo que le es posible. Dice con frecuencia: "Ese no es trabajo mio porque no tengo tiempo para hacerlo".

Hay verdad en el dicho de que el hombre más ocupado dispone siempre de más tiempo, y eso se debe a que él no emplea mal su tiempo. Pero hay algunos que toman a su cargo más trabajo del que realmente pueden hacer, algunas veces porque tienen la creencia, que puede estar bien fundada, de que nadie más a su alrededor puede hacer ese trabajo igualmente bien; tal fué una vez el caso, hace ya muchos años, de cierto Secretario General de una de las Secciones de la Sociedad Teosófica: era un trabajador espléndido, dotado de gran habilidad y su opinión de que él era el que podía hacer mejor el trabajo estaba probablemente justificada; pero emprendió tantos trabajos, que no pudo hacer por falta de tiempo, y que se fueron acumulando de tal modo, que cuando su sucesor se hizo cargo del puesto, encontró las cosas en una confusión casi irremediable.

Es preferible en esta materia, colocarse en el término medio, distribuir el trabajo cuidadosamente y emplear parte del tiempo en enseñar y amaestrar a otros trabajadores.

Con frecuencia es mucho más molesto enseñar a otro cómo hacer un trabajo, que el hacerlo uno mismo; pero debe esperarse que después de haber indicado a otra persona cómo hacer una cosa, una, dos o diez veces si es preciso, sea capaz de hacer el trabajo ella sola cien veces, de modo que, al final, habrá provecho.

7. *Prajna, cuya llave hace del hombre un Dios,*

constituyéndole en Bodhisattva, hijo de los Dhyanis.

Tales son las llaves de oro de las portadas.

Hemos llegado ahora a la última de estas cualidades, Prajna, que significa, una vez más, sabiduría: más bien en el sentido de una facultad de conciencia que de conocimiento; es sabiduría porque penetra en la vida que está más allá de la forma. Jnana, que también se traduce por sabiduría, no es una facultad, pero prajna sí lo es.

Se dice que esta facultad hace al Bodhisattva; este término se usa aquí en un sentido amplio: técnicamente, un Bodhisattva es aquel que está destinado a convertirse en Buddha; que ha hecho ante un Buddha viviente la promesa de que en una vida futura, ocupará él ese oficio; pero todos los hombres igualmente pasarán por el nivel de Bodhisattva en sus diversas líneas. Hay siete grandes líneas planetarias, con cada una de las cuales trabaja un maestro que recibe discípulos. Cada hombre, yendo en su propia línea, llegará finalmente a ponerse en contacto con un Maestro que se halle a la cabeza de esa línea. Existe, sin embargo, la posibilidad de que un hombre cambie de línea, movido por su devoción a un maestro particular, pero esto requiere cierta cantidad adicional de estudio y esfuerzo, porque cada quien se adapta con mayor facilidad al adiestramiento oculto de su propia línea.

El hombre que ha llegado a ser un Buddha debe haber hecho con anticipación de millares de años su promesa ante un Buddha viviente, y se dice que desde

ese momento en adelante la influencia del Buddha lo cubre con su protección y que cuando, en su oportunidad, alcanza el Buddhado, la gran influencia del Buddha espiritual envuelve al Buddha encarnado. Se dice del señor Gautama, que hizo su promesa ante el Buddha Dipankara, se supone que este último estuvo también presente, cerca de El, durante los años de la prédica de Gautama Buddha. Solamente puede uno repetir lo que se ha dicho sobre estas elevadas materias, pero, ciertamente, la idea es muy hermosa. Es también natural, pues sabemos que en un nivel mucho más bajo, el maestro está siempre protegiendo al discípulo, que es una parte de su conciencia.

CAPITULO L

AFINANDO EL CORAZON

Antes que puedas acercarte a la última portada, oh forjador de tu libertad, tienes que hacerte dueño de estas paramitas de perfección, las virtudes trascendentales, en número de seis y diez, a lo largo del penoso sendero.

Porque, oh discípulo, antes de que te halles en disposición de encontrarte con tu instructor cara a cara, con tu maestro de luz a luz, ¿qué se te ha dicho?

Antes que puedas acercarte a la portada de lantera, has de aprender a separar tu cuerpo de tu mente, a disipar la sombra y a vivir en lo eterno. Para ello has de vivir y alentar en todo, como en ti alienta todo cuanto ves; has de sentirte residir en todas las cosas, y a todas las cosas en el Sér.

C. W. L.—La expresión encontrar a tu maestro de luz a luz, expone una verdad maravillosa; cuando el discípulo se pone en contacto con la conciencia de su maestro, y queda envuelto en ella por primera vez,

su aura reluce brillantemente con la luz del Maestro, como se ha explicado en *Los Maestros y el Sendero*.

Estos versículos cruzan nuevamente en gran parte el campo atravesado al principio del primer fragmento; separar el cuerpo de la mente significa literalmente que debe uno aprender a crear el mayavi rupa, y metafóricamente, que se debe discernir qué es la realidad y comprender que uno no es el cuerpo. El cuerpo astral es la sombra del físico; este no debe ser destruído; pero su influencia sobre el discípulo debe suprimirse; debemos usarlo, pero no permitir que nos domine. Vivir en lo eterno no significa abandonar el mundo, sino que deben juzgarse todas las cosas siempre desde el punto de vista de la vida eterna. Todas estas cosas las hemos estudiado cuando comentamos el libro *A los Pies del Maestro*.

El que aprende a vivir desde el punto de vista de lo eterno, del ego reencarnante, pronto comprende que nada de lo que nos sucede, procedente de lo externo, tiene importancia alguna. Cuando leemos *Las Vidas de Alcyone* vemos que muchos de los personajes que en ellas intervienen atravesaron por muchos sufrimientos; algunos de esos personajes fuimos nosotros y sabemos que esos sufrimientos fueron temporales y que ahora no nos afectan. Observando lo pasado, nos extraña a veces que esos personajes hayan podido soportar tantos sufrimientos; pues bien, los soportaron y pasaron a salvo por ellos. No siempre es tan fácil admitir que pueda uno atravesar con bien el sufrimiento presente, porque uno está envuelto en él y no lo mira en perspectiva. No se puede esperar ver claramente la totali-

dad de una experiencia o de un suceso en el cual está uno sumergido; un soldado en el frente de batalla, por ejemplo, ve muy poco de lo que está sucediendo y, por lo general, no comprende la importancia del movimiento o maniobra particular en que toma parte; su participación en la obra puede parecerle insignificante y, sin embargo, puede ser un factor importante en la decisión de la batalla, o puede ser espectacular y prominente y, no obstante, puede no ser realmente vital para el buen éxito de su partido.

Sin embargo, no creo que podamos encarecer la importancia de la Sociedad Teosófica; es uno de los movimientos más importantes que jamás ha visto el mundo. Para el mundo externo de los gobernantes y estadistas, aparece como otra sociedad cualquiera: una simple agrupación de personas; no obstante, fué fundada por dos maestros que habrán de ser los jefes de la sexta raza raíz; ellos están escogiendo entre nosotros la gente adecuada para tomar parte en esa raza y en su desarrollo inicial; pero fácilmente podemos dar mucha importancia a nuestra participación personal en la obra de la Sociedad; nadie es indispensable, como hemos tenido ocasión de comprobar en el curso de la historia de la Sociedad; aun nuestros grandes guías, Madame Blavatsky y el Coronel Olcott han desaparecido, pero la Sociedad ha sobrevivido a su pérdida y ha proseguido la difusión de sus ideales impregnando el mundo con ellos, porque los maestros permanecen.

Los discípulos de los maestros tienen que aprender a identificar sus conciencias con las de sus semejantes, y por ello se prescriben con frecuencia ciertos ejercicios para ese propósito. Los resultados son a menudo

sorprendentes cuando el discípulo comienza a esforzarse por penetrar en la conciencia de varios animales; estos seres tienen líneas de pensamiento muy limitadas y algunas acciones que con frecuencia la gente atribuye a motivos tomados de la experiencia humana, frecuentemente son debidos a algo muy diferente. Por otra parte, los animales siguen sus contadas líneas de pensamiento más ampliamente de lo que por lo general se cree; así es que en ciertas direcciones les atribuimos mucho más de lo que hay en ellos; pero en otras, mucho menos.

Con frecuencia se pone a un discípulo en el cuerpo de alguna otra persona para que pueda comprender la posición en que ésta se encuentra colocada y también para que pueda darse cuenta de sí mismo en diferentes formas. Hace muchos años que el Sr. Damodar K. Mavalankar me refirió una experiencia algo ruda de esta índole: fue él cierto día sacado de su cuerpo y se le hizo entrar en el de un marino ebrio, en el muelle de un país extranjero. Mavalankar era un brahmán, con toda la repugnancia hereditaria de la casta brahmánica —si así podemos llamarla hacia todo contacto con lo que sea bajo o impuro; una repugnancia tan intensa que casi ninguna persona occidental podrá comprenderla; naturalmente, su conmoción fue tremenda; se halló sumergido en lo que para él era una suciedad indecible. Sin embargo, en medio del horror en que repentinamente se vió envuelto, fue capaz de continuar identificándose a sí mismo y decirse: “yo no soy esto; yo soy Damodar”, y pudo permanecer sereno y pensar: “ésto también es

humanidad; debo también simpatizar con ésto”. Así salió airoso de la prueba.

Muchas personas, si fueran sometidas a una prueba semejante, sufrirían una gran conmoción y pensarían tener una pesadilla terrible y al luchar locamente por librarse de ella, se causarían daño a sí mismas; para la mayoría, quizás, el primer sentimiento sería de disgusto; pero un Adepto nunca siente cosa semejante; no puede uno de estos seres transigir con nada que no sea correcto; tiene que advertir esto mucho mejor de lo que nosotros lo podemos hacer pero no está disgustado; conoce todas las etapas de la vida humana; recuerda que él también ha pasado por algo parecido en pasadas edades, quizás en algún otro planeta; su conciencia budhica está perfectamente desarrollada y cuando así es el caso, uno es capaz de incluir a los pecadores dentro de sí mismo; entonces no siente repulsión ninguna hacia el hombre que está actuando mal; tiene sólo el deseo de dar toda la ayuda posible; por lo general, sin embargo, la ayuda que se puede impartir a la gente que se halla aún en estas etapas, es pequeña y debe darse con cautela; no únicamente es necesaria la simpatía, sino también la sabiduría para poder comprender a qué cosas puede responder, y paciencia y tacto para hacerle comprender las excelencias de una vida un poco superior a aquella que ha estado llevando.

Por medio de esta experiencia de identificación es como aprende uno la simpatía sabia, y creo yo que es la única forma en que se puede hacer ésto perfectamente; entonces ve uno por qué un hombre hace ciertas

cosas y cómo aparecen ante él; los que no han tenido tal experiencia, deben hacer los mayores esfuerzos para ver las cosas desde el punto de vista de los demás.

No permitirás que tus sentidos hagan de tu mente un sitio de recreo.

No separarás tu sér del Sér y de los demás seres: antes sumirás el océano en la gota y la gota en el océano.

Así estarás en perfecta armonía con todo cuanto vive: imparte amor a los hombres como si fuesen tus condiscípulos y discípulos de un mismo maestro, hijos de una misma tierna madre.

El primero de estos versículos nos hace recordar la parte inicial del primer fragmento que dice: "La mente es el gran destructor de lo real, "DESTRUYA EL DISCIPULO AL DESTRUCTOR". La mente es tal destructor porque hemos permitido que se llene de prejuicios. Es un conocimiento común que nosotros nunca vemos a otra persona, sino al pensamiento que tenemos de ella. Destruir al destructor, sin embargo, no quiere decir que debemos hacer a un lado el intelecto y confiar solamente en nuestros impulsos, que están un grado más abajo; debemos elevarnos al nivel intuicional, que está por encima del intelecto y permitirle determinar a cuáles objetos deben ser dirigidos nuestros pensamientos.

Si la gente pudiera ver los efectos de los prejuicios en el cuerpo mental, se quedaría sorprendida. La

materia de ese cuerpo está, o debería estar, en un constante fluir rítmico y sus diferentes partes o círculos tienen que ver con diferentes líneas de pensamiento. Si tiene uno algún prejuicio en relación con determinada clase de pensamientos, hay una congestión en el círculo que tiene relación con esa línea y la materia de ese lugar ya no continúa fluyendo con libertad; la forma que asume en el cuerpo mental esa congestión, es exactamente como una gran verruga; deberíamos ser capaces de ver a través de cualquier porción del cuerpo mental; pero el efecto de esa verruga es interponerse en nuestra visión; cuando tratamos de ver a través de esa parte del cuerpo mental, las cosas aparecerán deformadas, como ya ha quedado explicado antes. (1)

Es en tal sentido que se dice que la mente es el destructor de lo real; aun las mejores personas tienen ciertos prejuicios. Algunos, por ejemplo, que se vanaglorian de estar libres de ellos en cierto orden de cosas —en cuanto a casta o color, por ejemplo— los tienen en otro, quizá en cuanto a las costumbres; no toman en cuenta que tal persona tenga la piel morena, o blanca, o roja, o amarilla; pero si encuentran que alguien come sin cubiertos, o que tiene en su hablar un dejo de provincia, no son ya tan indiferentes.

Los más nocivos de estos prejuicios son generalmente aquellos que sufrimos sin advertirlo, aquellos que tal vez han crecido con nosotros desde la niñez y son excesivamente difíciles de extirpar. El único medio de dominarlos por completo, es el amor. Si las maneras de un hombre no nos agradan, ya aprenderá otras

mejores en su oportunidad; si no en esta encarnación, en la siguiente; pero ese hombre es parte del Logos lo mismo que nosotros. El amor de Dios, como la paz de Dios, está más allá de la comprensión, y no solamente lo perdona todo, sino que ni siquiera advierte la necesidad de perdonar.

Debemos aprender a sentir amor hacia todos los seres, como si fueran nuestros hermanos y discípulos; los lazos que existen entre los discípulos de un mismo Maestro, son los más fuertes que se conocen en el mundo, a excepción de los que unen a los miembros de la Fraternidad; con el tiempo el discípulo aprenderá a extender la cualidad de amor que ha adquirido en tales condiciones de unidad, hasta que lo sienta hacia todo lo que ve.

Los instructores son muchos, el alma-mater es una, "Alaya", el alma universal. Vive en esa Alma como su rayo vive en ti. Vive en tus semejantes como ellos viven en Ella.

Esta es la misma idea de la unidad expresada en una forma más bella aún.

Antes que puedas mantenerte en pie en el umbral del sendero; antes de cruzar la primera portada, tienes que fundir a los dos en el uno y sacrificar lo personal al Yo impersonal, destruyendo así el "Sendero" que hay entre los dos: Antahkarana.

El significado general de estos versículos es del to-

do claro para nosotros; pero el empleo de la palabra antahkarana no es muy usual, especialmente en vista de la nota que sobre ella pone Madame Blavatsky, que dice: "Antahkarana es el manas inferior, el medio de comunicación o comunión entre la personalidad y el Manas superior o alma humana. En el acto de la muerte, es destruído como sendero o medio de comunicación, y sus restos sobreviven en forma de kamarupa, el "cascarón".

En la última parte del tercer tomo de *La Doctrina Secreta*, Madame Blavatsky emplea algunas veces la palabra kama-manas, significando lo que nosotros llamamos ahora la mente inferior, o sea, una mente cuyo carácter se forma durante la vida personal, bajo la influencia de kama. El antahkarana puede, por lo tanto, considerarse como el manas inferior puro y sin mancha, el rayo del manas superior. Durante la vida, es posible para el hombre ponerse en contacto con el manas superior a través de ese canal y, como hemos visto ya en *Los Maestros y el Sendero*, (1) el discípulo se dedica a la tarea de ampliar en tal forma ese canal que quede siempre abierto y la actividad del manas superior pueda expresarse todo el tiempo en la personalidad; pero después de la muerte, el hombre de tipo medio no tiene ya la libertad que ha tenido en vida de iniciar nuevas actividades o de poner en práctica nuevos experimentos; se halla en el mundo de los efectos de las causas que ha puesto en juego durante la vida terrenal y debe primeramente extinguir sus bajas emociones acumuladas en el plano astral y luego

(1) Obra citada; capítulo VIII.

sus elevadas emociones reunidas en el plano mental, en las condiciones devachánicas; así, en cierto sentido, su antahkárana ha dejado de funcionar como medio de conducción hacia abajo; esto no se aplica, sin embargo, al hombre que es dueño de sus sentimientos y pensamientos, ni al discípulo que recorre a voluntad el plano astral y el mental inferior.

Durante la vida, el ego en el cuerpo causal ha destinado algo de su energía propia, por decirlo así, a la búsqueda de experiencia útil a la cual pueda adaptarse su personalidad y en la proporción en que esta personalidad fracase en su misión, esa energía, esos rayos del manas superior, se perdieron quedando sólo como un centro para el "cascarón", o si acaso, para la producción de un "residente en el umbral", si son suficientemente fuertes para sobrevivir hasta la siguiente encarnación.

En términos teosóficos usuales, después de la muerte, el hombre permanece en el plano astral por un período más o menos largo, de acuerdo con la cantidad y vitalidad de sus deseos egoístas, ya sean toscos, refinados o mixtos; entonces llega a su segunda muerte, la muerte del cuerpo astral y entra en el devachán, una especial condición en el plano mental inferior, en su cuerpo mental inferior, en la cual perfecciona todas sus aspiraciones y deseos inegoístas. Mientras se encuentra en tal estado, alguna parte de su abandonado cadáver astral puede todavía, si ese cuerpo fué grosero, hallarse navegando en un ambiente análogo. Todo esto ha sido tratado muy ampliamente en mis pequeñas obras *El Plano Astral* y *El Plano Devachánico*. Cual-

quier intento de describir ampliamente estos estados post-mortem, significaría aumentar este libro hasta hacerlo poco manuable.

Cuando escribí el artículo sobre Almas Perdidas, que se incorporó después a *La Vida Interna*, pensé en una sencilla explicación de la conexión entre la mente superior y la inferior. Con mucho, la mayor parte del ego pertenece al sub-plano superior del plano mental; una porción menor pertenece al segundo sub-plano y una parte más pequeña todavía, al tercero; podemos, pues, imaginar un diagrama que represente el ego en estos tres sub-planos, en la forma de un corazón convencional cuya parte inferior remata en punta. En una persona común solamente esa pequeña punta descende hasta la personalidad, de modo que sólo una porción muy pequeña del ego está activa con relación a ella. Probablemente, tratándose de personas no evolucionadas, la parte del ego que está en actividad, no llega a ser más de la centésima parte; en los estudiantes de ocultismo, un poco del segundo subplano está también en actividad; los estudiantes más avanzados tienen en actividad una gran parte del segundo subplano, y en la etapa inferior a la de Arhat, está activa cerca de la mitad del ego.

El dominio que el ego ejerce sobre sus vehículos inferiores es solamente parcial y el antahkarana puede considerarse como el brazo que se extiende entre la pequeña porción del ego que ha despertado y la parte que está abajo, la mano, que con frecuencia se olvida de lo superior y aun llega a actuar en contra de él;

cuando el brazo y la mano están perfectamente unidos, este hilo, ya muy atenuado, cesa de existir.

La palabra antahkarana, en sánscrito, significa el órgano o instrumento interno y su destrucción implicaría que el ego no necesitaría ya de instrumento, sino que podría trabajar directamente sobre la personalidad.

El ego realmente pierde una parte de sí mismo, cuando su cohesión como un todo es más débil que las fuerzas que lo aprisionan; pero ha ganado algo también durante la vida y, generalmente, (exceptuando siempre el caso de una vida sumamente perversa) la ganancia es mayor que la pérdida resentida como consecuencia de su asociación con el manas inferior. Un poco del ego y un poco del manas inferior quedan en el kama-rupa en la segunda muerte; antahkárana debe, pues, considerarse como el eslabón que une al Yo superior con el inferior y que desaparece cuando una misma voluntad gobierna los dos.

Debes hallarte preparado para responder al Dharma, la ley inflexible, cuya voz te interrogará al dar tu primer paso, el inicial:

¿Has cumplido con todas las reglas, Oh, tú, de esperanzas sublimes?

¿Has puesto a tono tu corazón y tu mente con la gran mente y corazón de la humanidad entera? Porque así como en la rugiente voz del río sagrado resuenan a manera de ecos los sonidos todos de la naturaleza, así

también el corazón de aquel que pretenda entrar en la corriente, debe vibrar respondiendo a cada suspiro y pensamiento de todo cuanto vive y alienta.

Madame Blavatsky nos explica aquí, en una larga nota, que los budhistas del Norte y de hecho todos los chinos, hallan en el hondo rugir de algunos de los grandes ríos sagrados, la nota clave de la naturaleza; nos llama la atención hacia el hecho, bien conocido en las ciencias físicas, así como también en ocultismo, que el sonido en conjunto de la naturaleza, tal como se escucha en el rugir de los grandes ríos, en el zumbar que producen las copas de los árboles en las grandes selvas, o en el rumor de una ciudad que desde lejos nos llega, posee un tono definido y perfectamente perceptible; todo esto es verdad y el que ha aprendido a percibir esa entonación, puede siempre escuchar el sonido subyacente en la naturaleza. Cada planeta tiene también su sonido especial; entona su propia nota mientras se mueve a través del espacio y por ese tono sabe el Logos si todo va bien en Sus mundos, algo semejante a cómo un maquinista experto puede decir, por el sonido de su locomotora, si está en buen orden todo el mecanismo. Así debe el aspirante escuchar constantemente el sonido de la vida en todo lo que le rodea.

Esto nos lleva a la cualidad de la simpatía, sobre la cual se insiste tanto en este libro: con frecuencia juzgamos que comprendemos a nuestros más íntimos amigos; pero realmente no es así, como a menudo podrá

darse cuenta un observador extraño; (1) pero un Maestro comprende siempre; posiblemente no dejará El de comprender; puede decir que no aprueba algo que observa; pero siempre estará en perfecta simpatía y entiende sin que nos sea necesario decir una sola palabra. Debemos tratar de comprender a los demás, esforzándonos por ver las cosas como ellos las ven; comprendiendo cuáles son sus pensamientos pero no obrando como ellos lo hacen.

Los discípulos pueden compararse a las cuerdas de la Vina, eco del alma; la humanidad a su caja armónica; la mano que la pulsa al soplo melodioso de la gran alma del mundo. La cuerda que no responde a la pulsación del maestro, en dulce armonía con todas las demás, se rompe y es desechada. Así las mentes colectivas de los Lanus-Shravacas tienen que estar acordes con la mente del Acharya, (una con el Alma Universal), o separarse por completo.

La Oculta Jerarquía hace uso de los discípulos como si fueran las cuerdas de una vina, en la cual puede sonar la espléndida música de la marcha de la evolución, para que a su vez pueda resonar entre los humanos. ¿Qué haría Ud. siendo músico con una cuerda que no quisiera combinarse, sino que procurara resaltar de modo prominente? La arrojaría lejos. Todo el que tenga una hacha propia que afilar; que quie-

(1) Ant. Págs. 157, 171, 450

ra conocimiento o liberación o cualquiera otra cosa para sí mismo, no es adecuado para ser discípulo del maestro; atendiendo a esto, tendrá que ser probado todo discípulo; le darán trabajos que, si los descuida, quedarán sin hacer; si el trabajo es importante, el Maestro tendrá siempre un proyecto listo, pero cuando esté a punto de cristalizar puede ser abandonado y esa cuerda será desechada.

El discípulo debe estar en armonía no solamente con el gran propósito del maestro, sino también con los demás trabajadores; cada hombre debe hacer el trabajo de su propio departamento sin inmiscuirse en lo ajeno; cuando el trabajo de los otros se pone en contacto con el suyo, tan solo podrá ayudar o estorbar; es su deber ayudar, hacer las cosas tan fáciles como sea posible en pro del hermano; esta mutua tolerancia y ayuda, obra como el aceite en la maquinaria: cuando el aceite falta la máquina puede trabajar todavía; pero no tan fácilmente, y se hace necesaria más energía para hacerla marchar; si se pone toda la energía en el trabajo y, sin embargo, se desperdicia algo de ella en fricciones, equivale a dar sólo una parte de la energía; debe uno tener en la mente no su propio desarrollo, ni aun siquiera el éxito de su departamento sino el bien del conjunto.

Así obran los "Hermanos de la Sombra", los destructores de sus almas, el temible clan de Los Dad-Dugpas.

Madame Blavatsky aplica la palabra Dugpa, en

todas sus obras, a los hermanos de la sombra, a los magos negros, como solemos llamarlos. Quizá este nombre no esté muy bien elegido, ya que los dugpas no merecen completamente todas las cosas severas que ha dicho de ellos.

En el Tibet, antes de que el budhismo penetrase en esa región, se practicaba mucho el culto de los elementales y espíritus de la naturaleza y se les hacían regularmente ofrendas de carácter propiciatorio; la religión era de bajo nivel, como tiene que ser con todas las religiones de naturaleza propiciatoria. "Los Bhons y los Dugpas", dice Madame Blavatsky, "y las varias sectas de los Gorras-Rojas, se consideran como los más versados en hechicería; habitan en el Tibet occidental, en el pequeño Tibet y en Bhutan." La vieja religión vive así todavía.

Lo mismo ha sucedido en otras religiones; en el cristianismo, por ejemplo, como ya he indicado, (1) persiste aún la adoración a Jehovah, una deidad de tribu, celosa de los demás dioses: nada sabían los judíos de una suprema Deidad, hasta que fueron arrastrados a la cautividad por los asirios; trataron entonces de identificar al Dios Supremo del que oían hablar, con su deidad particular y esto originó mucha confusión: desgraciadamente el cristianismo se contaminó de esto, que todavía aparece en el servicio eucarístico inglés; en la parte inicial de este servicio, se da lectura a los diez mandamientos judíos; pero más adelante, en el mismo servicio, hallamos que se designa a Dios con las palabras "Dios de Dios", Luz de

(1) Ant. Págs. 492-495

Luz, Verdadero Dios de Verdadero Dios." La vieja idea de la propiciación trascendió también hasta el cristianismo en la extraña idea de que Dios fué sobornado por la muerte de su propio hijo.

En el Tibet, aun cuando el budhismo envió no menos de tres misiones a ese país y la mayoría son budhistas de una u otra especie, la vieja religión aparece una y otra vez, pues tiene mucho ascendiente en el corazón del pueblo. El mismo fenómeno puede hallarse en los Apeninos italianos, donde la antigua religión etrusca, mucho más vieja que la romana, se encuentra todavía; la Iglesia Católica ha luchado contra esto; pero en vano. Otro ejemplo es evidente en Ceylán: allí los habitantes son budistas y hay algunos cristianos, descendientes de los que fueron convertidos por los portugueses; sin embargo, en los momentos de verdadera necesidad, de enfermedades o de calamidades serias, los budistas y los cristianos vuelven a la par a la antigua "adoración del diablo"; si se les pregunta por qué proceden así, contestarán: "por supuesto que somos budhistas o cristianos y personas civilizadas; pero, después de todo, puede haber algo más en la antigua religión y no hay ningún daño en procurarse mayor seguridad".

La terminación *pa* significa simplemente "gente"; así, los seguidores del maestro Kuthumí son llamados en el Tibet Kut-Hum-pa; los bhon-pa son los secueces de la religión aborígen; los descendientes de los que fueron convertidos en la primera misión, son llamados Ninma-pa; esa primera incursión del budhismo se corrompió rápidamente al ponerse en contacto con

la antigua fe; la secta Kargyu está representada por los descendientes de las personas convertidas por la segunda misión, que fue enviada al Tibet algunos siglos después que la primera. Los Dug-pa, o Gorras Rojas, pertenecen a esta secta y son, por tanto, derivados de los Bhon-pa. Los Dug-pa también cayeron en la impureza dejándose influir por las viejas creencias.

Vino luego la tercera y última reforma, llevada a cabo por Tsong-ka-pa. Los seguidores de este son los Gelupa, o Gorras-Amarillas. Pertenecen a esta secta el Lama Dalai y el Lama Teshu y el gobierno actual del país; a ella pertenecen también, externamente, nuestros dos Maestros. Los que forman esta secta usan en las grandes ocasiones túnicas amarillas y unas curiosas gorras puntiagudas semejantes a yelmos.

Aryasanga perteneció a los Gorras-Amarillas; lo mismo, por supuesto, fué Alcyone en su última encarnación como discípulo de aquel. Quizá Alcyone dió excesiva fuerza a las expresiones de su instructor, cuando habló de los Gorras-Rojas. Llamarlos "asesinos de sus almas" es cosa que difícilmente puede armonizar con el espíritu de la religión budhista.

La secta Dug-pa, pues, no es quizá tan mala como se la ha descrito: no son sino budhistas que añaden a sus creencias la adoración de la naturaleza. Este antiguo culto —dicen sus enemigos— incluye los sacrificios de animales y aún los sacrificios humanos a la vez.

Los Gorras-amarillas se oponen a ellos, porque están tratando de mantener un budhismo más puro; sus reglas son más estrictas y es mucho menos lo que ad-

miten del culto a la naturaleza, aun cuando no han logrado quedar libres por completo de esta práctica, por lo cual quizá algún día se emprenda una nueva reforma. De entre la tribu Dug-pa, algunos se han adscrito a los Gorras-amarillas y han llegado aun a atraer la atención de nuestros maestros; así, no pueden ser del todo malos. Los Bhon-pa no forman una clase muy prominente de magos negros, por lo que, llamarlos "hermanos de la sombra", es darles mayor importancia de la que merecen, aun en su propia línea.

¡Has puesto a tono tu ser con el gran dolor de la humanidad, oh candidato a la Luz?

¿Sí? . . . Entonces, puedes entrar. Sin embargo, antes de poner el pie en el triste sendero del dolor, será bueno que conozcas primero las asechanzas dispuestas en tu camino.

.....

Hallamos aquí otra vez la idea del sendero del dolor; no hay sufrimiento en este sendero; hay, sí, tremendo esfuerzo; pero con él, el mayor gozo en el trabajo: de este gozo han hablado muchos instructores, con el resultado, en ocasiones, de que sus discípulos, al tropezar pronto con serias dificultades, han sufrido desalientos. Es evidente que Aryasanga deseaba no extraviar a ninguno de sus discípulos y por eso puso énfasis en las dificultades.

Hay una etapa difícil que todos tienen que atra-

vesar; la etapa entre dos certezas; muchos en tal situación no dan importancia a las cosas del mundo; no hacen caso, por ejemplo, de si tienen dinero o casas hermosas y vestidos, o no: si la riqueza les viene, la reciben como una responsabilidad que tienen que afrontar como otra cualquiera; pero se sienten igualmente satisfechos con tener únicamente lo necesario; las cosas inferiores no tienen ya interés para ellos y, simultáneamente las cosas elevadas son aún cuestión de fe, no de conocimiento, ni de experiencia; en esas condiciones, el hombre tiene inevitablemente una vida monótona y a veces miserable, que puede prolongarse más o menos y también repetirse varias veces.

Pero cuando se ve claramente lo elevado todo cambia y el sendero se convierte en radiante felicidad; entonces las cosas bajas han perdido toda su atracción. Veamos el caso de nuestra Presidente: si dedicara su tiempo y su talento a cosas mundanas, seguramente que lograría gran fama y encumbrada posición en una o en varias actividades; pero si le preguntásemos si tendría placer en abandonar el camino que ha elegido, para satisfacer la ambición de cosas humanas, es seguro que contestaría: "Ciertamente que no; ¿por qué habría de hacerlo? Nada puede igualar la delicia del servicio del Maestro".

Hay en la vida del discípulo un gozo mucho mayor que el que puede dar ninguna vida mundana, por muy hermosas que sean las circunstancias; renuncia a las posesiones de todas clases, pero ¿qué es lo que de ellas puede obtener? En la India es frecuente que un hombre prominente, que ha sido quizá el primer mi-

nistro del Estado, y que ha tenido gran influencia, fama y riquezas, lo abandone todo, se ponga un manto amarillo y salga de sus mansiones sin poseer absolutamente nada; procede así conociendo perfectamente ambas formas de vida y viendo con claridad que la que ha dejado es pobre en riqueza real y en gozo verdadero en comparación con la que habrá de llevar viviendo como ermitaño o como sanyasi ambulante. Es muy frecuente que los que ocupan una posición elevada, como la del finado Zar de Rusia, por ejemplo, puedan hacer muy poco en favor de la humanidad. Una posición semejante no tiene, pues, atractivos para el ocultista. Recuerdo el caso de un estudiante muy avanzado a quien se le dió a elegir entre permanecer como persona oscura o elevarse a una posición prominente en uno de los más grandes países del mundo; escogió esta última alternativa y a su tiempo llegó a ser primer ministro de la Gran Bretaña; en este puesto se encontró sujeto por poderosos intereses egoístas y resintió la oposición del poder de la iglesia; sintiendo el peso de su responsabilidad, asumió una política conciliadora; aun cuando sus propósitos fueron los de ampliar las libertades del pueblo y consolidar el imperio y aun cuando el éxito coronó sus esfuerzos en esta última parte de sus fines, lamentó siempre la elección que hizo —elección que había sido perfectamente altruista, y murió desilusionado.

CAPITULO LI

LAS TRES PRIMERAS PUERTAS

Armado con la llave de la caridad, del amor y de la tierna compasión, seguro estás ante la puerta de Dana, la puerta que hay a la entrada del sendero.

C. W. L.—Vuelve ahora Aryasanga a tratar de las siete portadas, considerándolas como etapas en el sendero y mirándolas especialmente desde el punto de vista de los peligros que amenazan al aspirante; el aspecto brillante de este asunto, el ánimo y la fuerza que recibe el aspirante, se hacen a un lado por el momento; es muy conveniente recordar esto, para que el sendero no aparezca demasiado triste.

Dana, como se ha dicho ya, significa más que la simple limosna, más aún que el sentimiento de caridad; implica entregarse uno mismo totalmente al servicio de la humanidad, sin retener nada.

¡Mira, oh feliz peregrino! La portada que tienes frente a ti es alta y anchurosa: Parece de fácil acceso. El camino que la atraviesa es recto, liso y lleno de verdor; aseméjase a un claro lleno de sol en las oscuras profundidades de la selva; a un punto de la tierra re-

flejado del paraíso de Amitabha. Ruiseñores de esperanza y aves de irisado plumaje trinan posados en las verdes enramadas, cantando victoria a los intrépidos peregrinos; cantan las cinco virtudes del Bodhisattva; la quintuple fuente del poder Bodhi y los siete escalones del conocimiento. ¡Pasa adelante! Pues como has traído la llave, estás seguro.

Este pasaje nos da una hermosa y poética descripción del sendero, tal como aparece en su primera parte al feliz peregrino; al principio piensa que el sendero está lleno de gozo y que es muy agradable y fácil de transitar; es fácil cuando ha visto uno el cáliz sagrado, abandonando todo lo demás; pero pasado algún tiempo, puede palidecer la visión, el primer entusiasmo decae y el hombre comienza a sentirse cansado.

Es propio de la naturaleza humana desear cambios constantes. Observad cómo la gente se precipita con cualquier novedad, y cómo, poco tiempo después, su interés se amortigua, la búsqueda se hace monótona y vuelve su atención hacia alguna otra cosa.

Los estudios de las vidas de Alcione nos muestran cómo la mayoría de la gente hace muy pocos progresos, aun en una serie de veinte o treinta vidas. Un hombre escribió, después de oír qué nombre llevó en esas Vidas y de saber que cincuenta mil años antes fue casi el mismo que es ahora: "Si alguien me hubiese dicho que hace veinticinco mil años yo no era otra cosa que un salvaje de los bosques, no lo hubiera podido creer." A lo cual contesté yo: "Si hace veinti-

cinco mil años hubiera usted sido un salvaje de los bosques, es probable que todavía lo seguiría siendo."

No obstante, si una persona siente entusiasmo por un objeto espiritual, inmediatamente obtiene un rápido progreso; si no puede continuar sosteniendo su entusiasmo, es una lástima; pero probablemente con ese sólo ímpetu ha logrado lo que le correspondía obtener en su vida presente. Ahora bien, nosotros no sólo tenemos el motivo de ir adelante, sino también una gran cantidad de conocimientos que nos capacitan para ello y que nos ayudan a no retroceder.

Debemos esforzarnos por conservar siempre nuestro entusiasmo y no permitir que ciertas disposiciones de ánimo nos pongan a merced de ser influídos por los acontecimientos del plano físico o de los planos psíquicos. Nosotros sufrimos una tremenda prueba en nuestro entusiasmo, a la muerte de Madame Blavatsky; y recuerdo que tendía a disminuir cuando nos dejó. Tenía ella la facultad de alentarnos en nuestros esfuerzos y, cuando se fue, nos sentimos débiles, aun cuando algunos de nosotros habíamos ya tenido éxito en ponernos en contacto directo con el maestro.

Hacia la segunda puerta el camino es también verde; pero es escabroso y va serpenteando hacia arriba; sí, hasta la roqueña altura. Nieblas grises se suspenderán sobre su áspera y peñascosa cima, y más allá todo quedará obscuro. Según va ascendiendo el peregrino, resuena más débil en su corazón el canto de esperanza; el estremecimiento de la duda ame-

naza apoderarse de él: su paso va siendo menos firme.

¡Cuidado con ello, candidato! Precavete del temor que va extendiéndose como las negras y silenciosas alas del murciélago de la media noche, entre el claro de luna de tu alma y su grandiosa meta que allá en lontananza se vislumbra.

El temor, ¡oh discípulo!, mata la voluntad y paraliza toda acción. Si de la virtud Shila esta falto, el peregrino tropieza y guijarros kármicos lastiman sus pies en el pedregoso sendero.

El discípulo, por lo general, comienza con espléndido entusiasmo y luego se empieza a debilitar: esto es porque esperaba, aun cuando no lo confiese ni a sí mismo, que su vida iba a cambiar totalmente: quizá se habría imaginado que iba a tener una vida llena de fenómenos extraños o que iba a darse cuenta siempre de la presencia del maestro y así ser capaz de mantenerse siempre en el más elevado nivel: su vida *ha cambiado*, pero no en la forma que pensó.

Cuando aparece la duda, en algunos estudiantes es una duda con respecto a la totalidad de los conocimientos teosóficos; no han tenido todavía contacto consciente con el Maestro y aún comienzan a dudar de su existencia y a pensar que tal vez estén persiguiendo un fuego fatuo. Yo confío en que tal forma de duda no habrá de asaltar a ninguno de nosotros; pero si así fuera, lo mejor es regresar hasta los primeros principios: volved hasta el comienzo; pasad una inspección a los motivos; examinad la evidencia.

Luego hay la duda de uno mismo, que algunas veces asalta al principiante; puede ser que uno no esté manifestando la divinidad como lo desea; pero hay que continuar en el esfuerzo sin dudar, porque el éxito está absolutamente asegurado para todos los hombres y la duda es un gran obstáculo para su logro. Si una persona está segura desde un principio, de que no podrá nadar, nunca estará en condiciones de aprender a ello; más que ninguna otra dificultad real, la duda hará que se hunda bajo el agua. Otro que tenga confianza, aprenderá casi inmediatamente.

La dificultad para muchos aspirantes al sendero, es que tienen la duda de si podrán lograr buen éxito. Pues bien: todos los que tal duda sufran, deben continuar en su esfuerzo y libertarse de sus prejuicios contra ellos mismos, pues no son otra cosa, desechándolos con ayuda del razonamiento. Deben decirse a sí mismos: "Voy a hacerlo, bien sea que pueda o no".

Los símiles que usa Aryasanga son siempre hermosos: habla aquí de la luz de luna del alma, que brilla con una luz reflejada del Logos, el sol, y también del alma espiritual, budhi, y del espíritu, atma; no debe el aspirante permitir que nada se interponga, pues esto hará que el alma quede en la obscuridad.

"Las silenciosas alas del murciélago de la media noche", es una representación muy vívida de la manera como el temor sorprende al hombre. El temor es una cosa de las más destructivas y nos está oprimiendo por todos lados, pues el mundo está lleno de él en multitud de formas: el hombre de negocios, por ejemplo, vive constantemente en un torbellino de temores; el empleado está temeroso de lo que su superior pueda

pensar de él o de perder su empleo: las gentes religiosas están temerosas de la muerte, del infierno, del destino de sus amigos desaparecidos y de toda clase de cosas absurdas; muchos niños viven en un continuo temor de sus mayores, de sus padres y maestros, como he indicado ya en comentario anterior. (1)

Bien dice Aryasanga: "precávete del temor": obscurece el alma y vuelve más oscura, la reflexión del Logos. El Logos es amor y, como dijo San Juan, "El amor perfecto desecha el miedo." (2)

La virtud Shila es armonía, buena conducta. El ocultista tiene un código moral diferente al del mundo: diferente en el sentido de que es mucho más estricto. No está ligado por las reglas y convenciones sociales, sino por algo más fuerte: los principios de la vida espiritual, que no permiten la más leve desviación de la verdad, del amor y de la vida de servicio, sin dejar lugar para la satisfacción de los deseos personales.

Ten seguro el pie, oh candidato. Baña tu alma en la esencia de Kshanti. Porque ahora te acercas a la portada de ese nombre, la puerta de fortaleza y paciencia.

Hemos llegado a la tercera portada. Kshanti es paciencia y fortaleza; se requiere un entusiasmo constante: no la clase de entusiasmo nervioso, ansioso, esporádico, que consume al que lo posee antes de que haya llevado a cabo nada útil.

(1) Ant. Pág. 468

(2) I epístola de Juan IV-18.

*No cierres los ojos, ni apartes la vista del dorje;
las saetas de Mara hieren siempre al hombre
que no ha alcanzado vairagya.*

Mara es el rey del deseo, la personificación del deseo; se dice, pues, que sus flechas hieren siempre a los que no han alcanzado la condición de Vairagya o carencia de deseos.

Madame Blavatsky nos da en una nota una descripción de Dorje o Vajra, el trueno, la Vara del Poder, que ha sido mencionado ya en el segundo fragmento. Dice así:

El Dorje es el Vajra Sánscrito un arma o instrumento en manos de algunos Dioses (los Dragshed. Tibetanos, los Devas que protegen a los hombres); se les atribuye la virtud oculta de repeler las malas influencias purificando el aire como el ozono en química. Es también un Mudra, posición y actitud adoptadas para la meditación, en resumen, es un símbolo de poder sobre las influencias invisibles malignas, sea como posición o sea como talismán. Los Bhons y Dugpas, sin embargo, habiéndose apropiado ese símbolo, hacen de él un mal uso para propósitos de magia negra. Entre los "Gorros Amarillos" o Gelugpas, es un símbolo de poder como lo es la cruz para los cristianos, si bien no es en manera alguna más supersticioso. Entre los Dugpas, es, como el doble triángulo invertido, el signo de la hechicería.

El cetro de poder que se conserva en Shamballa y que se usa en las iniciaciones y en otras ocasiones, es, probablemente, el talismán más poderoso de este pla-

netas. Es, al mismo tiempo, un gran símbolo de ese poder que no puede resistirse, que, sentido en nosotros mismos, hace que el temor nos sea imposible.

Los talismanes no son meras reliquias de la superstición medioeval, como algunos creen. Si alguien, que sea sensitivo en el menor grado posible, se acerca a la caja que se halla en el Museo Británico y que contiene antiguas joyas gnósticas, fácilmente puede convencerse de ese hecho, porque la influencia que emana de algunas de ellas se percibe claramente. Un talismán es un pequeño objeto cargado de magnetismo y cuyo propósito es repeler todas las influencias que no armonicen con el magnetismo de que está cargado; su acción puede compararse a la de un giróscopo, que gira en forma tal que en ocasiones se rompe antes que permitir que su movimiento cambie de dirección.

Una joya es el mejor talismán, pues conserva el magnetismo, por ser el tipo más elevado de mineral. En circunstancias ordinarias, el temor comienza débilmente y sólo gradualmente adquiere fuerza. En todos los casos semejantes, un talismán, cargado con el magnetismo de la clase apropiada es una ayuda, pues repele aquellas primeras débiles vibraciones. El que lo usa, por tanto, tiene tiempo para rehacerse, apelar a su propia fuerza y poner en movimiento en su cuerpo astral vibraciones de calidad opuesta.

Aryasanga vuelve ahora al asunto del temor:

Guárdate de temblar. Bajo el halito del miedo, se enmohece la llave de Kshanti; la llave enmohecida se resiste a abrir la cerradura.

Cuanto más avances, tantos más lazos encontrarán tus pies. El sendero que conduce hacia lo alto está iluminado por un solo fuego; la luz del arroyo que arde en tu corazón. Cuanto más ose uno, tanto más obtendrá; cuanto más tema, tanto más palidecerá aquella luz, la única que puede guiarle, porque así como el único rayo de sol que resplandece en la cumbre de una gran montaña, al desvanecerse va seguido de la negra noche, otro tanto acontece con la luz del corazón. Cuando ésta se extinga, una sombra negra y amenazadora caerá de tu propio corazón sobre el sendero, y el temor clavará en el suelo tus plantas.

Precávete, discípulo, contra esa sombra letal. Ninguna luz irradiada del espíritu puede disipar las tinieblas del alma inferior, a menos que de ella haya desaparecido todo pensamiento egoísta, y que el peregrino diga: "Yo he renunciado a esta forma pasajera; he destruido la causa; las sombras proyectadas pueden, como efectos que son, no existir más." Porque ahora ha estallado el grande y último combate, la lucha final entre el Yo superior y el inferior. Mira, el campo de batalla mismo se halla ahora engolfado en la gran guerra, y no existe ya.

Pero una vez que hayas pasado la puerta de Kshanti, esta ya dado el tercer paso; tu cuerpo es esclavo tuyo.

Claramente hacen ver estos versículos que el candidato debe aprender a hacer a un lado por completo al yo inferior. El temor corresponde a este, pues el Yo superior no tiene nada que temer en el mundo; el único temor que un verdadero hombre puede sufrir —dijo un antiguo filósofo romano—, es que él mismo deje de usar hasta el maximum todas sus virtudes y sus poderes para el bien.

El egoísmo pertenece también al yo inferior y en este asunto tendrá que invertirse el hábito de centenares de encarnaciones; durante cierto tiempo puede uno sentirse algún tanto egoísta, aun cuando su corazón se halle definitivamente opuesto a eso; podría compararse esto a lo que sucede cuando, para detener a un barco de vapor, se hacen trabajar repentinamente las máquinas en sentido contrario; el barco camina todavía en contra de las máquinas; pero de ahí a poco la fuerza de impulsión hacia adelante quedará neutralizada y entonces el barco obedecerá perfectamente a la maquinaria.

Hasta que se libra uno del egoísmo, el Yo superior no puede brillar plenamente dentro de la personalidad; el ego mismo, o alma, puede tener lo que se asemeja al egoísmo, aunque esto es completamente diferente del egoísmo de la personalidad: puede no tomar en cuenta a los demás si permanece únicamente como manas y no como manas-taijasi, o sea, manas ligado fuertemente con búddhi, y así, puede ser egoísta en ese sentido; pero nunca podrá caer en el error de pensar que puede medrar a expensas de los otros, error que es

bastante común aquí abajo. Frecuentemente los comerciantes hacen ciertas cosas que saben que son indebidas; piensan que han logrado utilidades; que se han colocado por encima de sus vecinos; pero cometen así un grave error; haciendo a un lado la ley de karma que tiene que operar indefectiblemente, el hombre ha dedicado su mente a proyectar cómo engañar, y tiene que sufrir la reacción de toda la fuerza de pensamiento y de deseo que ha puesto en juego en tal dirección. Ha dado los primeros pasos en la formación de un hábito y en la próxima vez que haya oportunidad de hacer algo clandestinamente, le será algo más fácil caer en la tentación y un poco más difícil dominarse y obrar rectamente; si pudiese ver toda la transacción y no sólo una pequeña parte, se daría cuenta de que no ha ganado, sino de que ha perdido enormemente.

Un ego no puede sufrir ceguera semejante. El hombre que engaña, porque solamente ve los resultados inmediatos en el plano físico, es como un general que abandonará todo el campo de batalla, para tomar solamente una pequeña posición; podría capturar esa posición; pero perdería la batalla.

Si habéis alcanzado la etapa en que hayáis destruído el egoísmo, podréis decir: "He destruído la causa" —la causa de toda molestia y dolor aquí abajo.

El campo de batalla que está ahora engolfado y ya no existe, es el antahkarana, que desaparece cuando lo superior absorbe lo inferior, que deja de existir.

Se deja ver que Aryasanga tenía en el fondo de la

mente la idea de una correspondencia entre las siete portadas y los siete principios del hombre: las tres primeras están relacionadas en cierto modo con los tres principios inferiores de la personalidad, mientras que la cuarta es concerniente a la mente inferior pura, que es un rayo del manas superior y que es también el antahkarana; en este punto, las tentaciones comienzan a ser las de los principios elevados y pertenecen, por lo tanto, al hombre interno.

CAPITULO LII

LA CUARTA PUERTA

Prepárate ahora para la cuarta; la portada de las tentaciones que tiende lazos al hombre interno.

Antes que puedas aproximarte a esa meta; antes de alzar la mano para levantar la aldaba de la cuarta puerta, tienes que haber dominado en ti todos los cambios mentales y destruído el ejército de sensaciones mentales que, sutiles e insidiosas, se deslizan inadvertidas dentro del radiante sagrario del Alma.

C. W. L. En la experiencia de muchos de los aspirantes al Sendero está el hecho de que las faltas comunes que se han encontrado y conquistado en la vida ordinaria, reaparecen más tarde en una forma diferente; podéis haber dominado el orgullo, por ejemplo, en sus formas mundanas ordinarias pero este reaparecerá de nuevo como orgullo espiritual; así también, podéis haberos librado del deseo de ganancias mundanas, pero este deseo surgirá nuevamente en la forma de deseo de progreso personal o de conocimiento solamente para gozar una satisfacción personal nada más por sentir

que uno tiene conocimiento. Luego, aun cuando la compasión haya comenzado a constituir un poder en la vida, el egoísmo tratará de conquistarla y de hacer que únicamente queráis libertaros de la causa de vuestro propio descontento y desdicha, poniendo el objeto del sufrimiento fuera de la vista: algo semejante al caso de una señora (si hay alguna de esta clase) a quien le disgusta que haya polvo en su habitación y se limita a esconderlo debajo de la alfombra, en vez de mantener el lugar completamente limpio.

Aun el odio vuelve de nuevo, por increíble que pueda parecer que un vicio tan grosero se manifieste entre aquellos que se están esforzando por vivir la vida superior.

Algunos de nuestros estudiantes se aproximan a él peligrosamente cuando alguno difiere de sus opiniones en cualquier asunto; en el de las cadenas planetarias, por ejemplo, ¿o en la cuestión de si Marte y Mercurio pertenecen o no a nuestra cadena planetaria!

Por supuesto, si se les pregunta categóricamente "¿odiáis a Fulano o Zutano porque su opinión en este punto es diferente a la vuestra?", lo negarán; pero, no obstante, no irán a visitar al otro, y si por casualidad se lo encuentran, se sentirán muy turbados y molestos, o, tal vez, encubrirán sus sentimientos con una urbanidad artificial, una superficie lisa, como aceite sobre el agua.

Esta falta es singularmente persistente y ha sido la causa de algunos de los mayores trastornos del mundo. ¿No fué todo el mundo cristiano sacudido y cortado en dos partes, en el siglo IV, a causa de una tilde en una

letra de una palabra? Esta tilde venía a significar en la palabra una diferencia de si era el segundo Logos de una *misma* substancia que el Primero, o de substancia *semejante*. Esta fue toda la disputa que asoló Alejandría y en que participaron los llamados arrianos y los ortodoxos. Y en la actualidad, ¿no están millones de cristianos de un lado y otros millones en el otro, todo a consecuencia de la cuestión de si el tercer logos procede directamente del primero o del primero a través del segundo? Esta es la famosa "controversia filioque" sobre lo que se llamó la Procedencia del Espíritu santo, que condujo al cisma entre las dos grandes secciones de la Iglesia Cristiana. La Iglesia Oriental o Griega sostiene que el Espíritu Santo, el Tercer Logos, procedió del Padre (procedencia directa); y la Iglesia Occidental o Romana sostiene que procedió del Padre y del Hijo (doble procedencia); toda la disputa es sobre algo de lo que nadie puede saber nada y que no tiene importancia práctica para nadie; diagramas que nos han sido mostrados nos permiten inferir, a nosotros los teósofos, que ambos puntos de vista son correctos; pero ninguno de los bandos recibiría con agrado nuestra sugestión.

En el buddhismo, para poner otro ejemplo, existe división entre dos grandes secciones de correligionarios, debido a la cuestión de si la plataforma que se erige sobre el agua para la práctica de ciertas ceremonias, debe estar compuesta de tres tabloncillos o bien de cuatro. ¿Tienen que practicar separadamente sus ceremonias a consecuencias de esta divergencia de opinión!

¿Qué importancia tiene que Marte o Mercurio per-

tenezcan o no a nuestra cadena? Podemos ser hombres o mujeres igualmente buenos, tan buenos ciudadanos, teósofos tan entusiastas, tan fieles servidores de los maestros, y, confío yo, tan buenos amigos, no importa cuáles sean nuestras opiniones. En lo personal, yo estudio y observo tan cuidadosamente como me es posible, y luego expreso lo que sé, pues creo que esto no es sino mi deber; pero nunca he pretendido tener la infalibilidad y estoy aprendiendo cada día más; nunca pensaría encontrar faltas en nadie que no esté de acuerdo con lo que yo expongo. Más de una vez, ciertamente, he oído decir a nuestra Presidenta, cuán profundamente desea que nadie haga un dogma de nada que ella haya dicho, pues tal cosa significaría hacer de ella un obstáculo para el progreso futuro de nuestra Sociedad y una causa de divisiones: Si tiene élla alguna ansiedad será con respecto a este peligro.

Se estima que los teósofos han hecho a un lado la idea de la infalibilidad de cualquier fuente particular de conocimiento. La cuestión para nosotros, cuando se promulga una nueva idea es: "¿Parece esto verdadero? Inspira, eleva, ilumina?" y no "¿quién lo dijo? ¿En qué libro está escrito?" Hay algunos, sin embargo, que, habiendo hecho a un lado la fe ciega en la Biblia, la han transferido a *La Doctrina Secreta*, la que, aun cuando es una mina de maravillosa sabiduría, no es perfecta, como dice su autora; no es, dijo ella, sino una selección de fragmentos de las bases fundamentales de la doctrina secreta, en los que se presta especial atención a algunos hechos encontrados por diversos escritores y deformados hasta perder toda seme-

janza con la verdad. Cita ella las palabras de Montaigne: "He hecho aquí solamente un ramillete de flores escogidas, sin haber puesto otra cosa de mi parte, que el cordón que las une." *La Doctrina Secreta* habrá de ser un arca de tesoros para los teósofos por centenares de años; no echemos sobre ella la maldición del dogmatismo. En ocultismo no hay quien pueda decir la última palabra. El conocimiento que hasta el presente hemos adquirido es únicamente como el levantamiento de una pequeña esquina de un gran velo; no tenemos ninguna idea de lo que podrá ser revelado cuando se levante otra parte del velo.

Antes de tener esperanza de pasar esta cuarta portada, dice Aryasanga, hay que haber dominado los cambios mentales en uno mismo; las actitudes vienen y van y colorean nuestra perspectiva muy efectivamente. Es difícil para el hombre darse cuenta de que cuando se encuentra bajo la obscuridad de la depresión, el mundo externo no está realmente más negro de lo que estaba con anterioridad; cuando ha caído sobre él un gran dolor que lo trastorna, siente como un choque cuando, al salir al mundo exterior, advierte que el sol brilla todavía y que la gente está sonriendo y aun riendo.

Un hombre muy desgraciado siente a veces enojo al ver a los demás tan felices como de costumbre. Piensa que el mundo es despiadado y que no se preocupa mucho *por él*; se olvida de que ayer, cuando él era feliz algunos otros estaban sufriendo y de que él no se preocupó por nadie y siguió su vida muy satisfecho. Sé que la depresión es algo muy real; pero siempre es creada o permitida por el hombre mismo. En algunas

ocasiones proviene de la mala salud; de un exceso de fatiga o de irritabilidad nerviosa; a otros les llega del mundo astral, donde hay muchos de los llamados muertos, en un estado de depresión. No siempre es nuestra culpa, por lo tanto, el que sobrevenga la depresión, pero siempre es nuestra culpa el permitir que permanezca en nuestra mente.

Una gran cantidad de gente parece imaginar que su actitud hacia las cosas las modifica. "¡Oh, no, nunca me hará usted creer esto", dirá una persona así, imaginando que su falta de creencia resuelve el asunto en cuestión; pero, si algo es un hecho, sigue siendo un hecho, ya sea que lo crea o no. Esta es una de las pequeñas formas en las que se manifiesta la presunción humana.

Debemos también tener cuidado de que los pensamientos fortuitos no pongan obstáculos a nuestra condición de servicio y de no dejar una oportunidad de hacer un buen servicio a alguien porque no nos agrade alguna cosa de él; la forma en que se corta el pelo, por ejemplo. Tal cosa parece una bagatela; pero pone de manifiesto las condiciones de nuestra mente y carácter. Con frecuencia se interpone en el asunto un pensamiento relativo a la raza, la clase o la casta. El brahman de la India frecuentemente descuida su deber hacia un paria por este motivo. No se pueden negar las enormes diferencias de clase; pero todos deben contar con buenas oportunidades de elevarse tanto como les sea posible, ya sea social o moralmente. No es posible, por supuesto, cambiar las condiciones de miles de seres grandemente y en poco tiempo; no se

puede elevar a los pánchamas hasta la condición de los brahmanes, pero siempre se puede mostrar la consideración mayor y más bondadosa hacia esta gente y dar ayuda a todo aquel que pueda recibirla.

Si no quieres ser muerto por ellas, debes hacer inofensivas tus propias creaciones, las hijas de tus pensamientos, invisibles, impalpables, que pululan en torno de la humanidad, progenie y heredera del hombre y de sus despojos terrenales; has de considerar la vacuidad de lo aparentemente lleno, la plenitud de lo aparentemente vacío.

La plenitud de lo aparentemente vacío es una frase llena de significado: pensamos primeramente en el koilon, el éter del espacio: la creencia común es que el espacio es algo vacío; pero el hecho es que está lleno de una substancia de tal densidad que difícilmente puede imaginarse: lo que está "vacío", es la materia que para nosotros aparece como sólida: la materia que vemos consiste en agujeros en la materia real, en burbujas formadas en el koilon. Como dijo recientemente un científico francés: "Il n'y a plus de matiere. Il n'y a que des trous dans l'etere." (No hay materia. Hay solamente agujeros en el éter.) El último veredicto de la ciencia, con relación al éter del espacio es que su densidad es diez mil veces mayor que la del agua y cerca de quinientas veces mayor que la densidad del metal más pesado; lo más denso que podamos pensar.

Los hindúes hablan de la raíz de la materia, o mulaprakriti, de la cual, según creo, el koilon es una densificación: dicen que cuando el Logos se realizó a sí mismo, cuando se diferenció de lo Absoluto, y miró hacia atrás, por decirlo así, sobre ese Absoluto, no vió sino un velo tendido sobre ello, y ese velo es mulaprakriti. En *La Doctrina Secreta*, Madame Blavatsky cita las palabras de Swami T. Subba Rao, sobre este asunto, como sigue:

“Cuando una vez este (esto es, el Logos, . . . la primera manifestación de Parabrahman”) comenzó a existir como ser consciente. . . desde su punto de vista objetivo, Parabrahman apareció ante él como mulaprakriti. Téngase esto bien presente. . . pues aquí reside la raíz de toda la dificultad que han encontrado los diversos tratadistas de la filosofía vedantina con respecto a purusha y prakriti. . . Este mulaprakriti es material para El (el Logos), como cualquier objeto material lo es para nosotras. Este mulaprakriti no es más Parabrahman que el agregado de atributos de un pilar es el pilar mismo; Parabrahman, es una realidad incondicionada y absoluta y mulaprakriti es una especie de velo que lo cubre; Parabrahman por sí mismo no puede verse tal como es; es visto por el Logos a través de un velo entre ambos, y ese velo es la poderosa expansión de la materia cósmica. . .” (1).

El logos que aquí se menciona es el logos de nuestro universo, en el cual hay millones de sistemas solares y no el logos de un sistema solar; fue él quien sopló su aliento en la raíz de la materia, quien cavó los agu-

(1) Obra citada, Tomo 1, pág. 462. Véase también pág. Nº 616 de este libro.

jeros en el espacio, para que el universo entrara en la existencia. Catorce mil millones de esas burbujas hacen un átomo físico y dieciocho de estos hacen un átomo de hidrógeno, que es el más ligero de los elementos químicos.

Por lo tanto, es un hecho que todo lo que conocemos como materia no es otra cosa que agujeros en la verdadera materia. La presión de esa materia-raíz es de varios millones de toneladas por pulgada cuadrada. Cuando los hombres aprendan a excluir esta presión, serán capaces de usar tan tremenda fuerza para mover sus máquinas; serán, capaces de utilizar la fuerza del Logos que está en el átomo, la cual resiste aquella tremenda presión. Pero será preciso que primero liberen la fuerza implicada en la desintegración del átomo físico.

La plenitud de lo aparentemente vacío y la vacuidad de lo aparentemente lleno pueden estudiarse en una gran variedad de experiencias comunes. La atmósfera está llena de los pensamientos de otras personas y de otros seres. Como se dice en “El Mundo Oculto”:

“Cada pensamiento del hombre, conforme evoluciona, pasa al mundo interno y deviene una entidad activa, asociándose, incorporándose, pudieramos decir, con un elemental, esto es, con una de las fuerzas semi-inteligentes de los reinos; sobrevive como una inteligencia activa, como criatura engendrada por la mente por un período más largo o más corto, proporcionado a la intensidad original de la acción cerebral que lo motivó: así un buen pensamiento se perpetúa como un poder activo y benéfico y un mal pensamiento como un demonio maligno; y así el hombre está con-

tinuamente poblando su ambiente en el espacio con un mundo propio, lleno del producto de sus fantasías, deseos, impulsos y pasiones; ambiente éste que reacciona sobre cualquier organismo sensitivo o nervioso que con él se ponga en contacto, en proporción a su intensidad dinámica." (1).

Por otra parte, uno puede estar meditando en un cuarto que esté vacío o lleno de gente; en el último de esos casos, el cuarto podrá parecerle vacío, porque los reunidos en él no le afectan grandemente; en el primer caso, puede, sin embargo estar lleno el cuarto de poderosas presencias e influencias invisibles atraídas ahí por la meditación y dedicadas a derramar sus fuerzas sobre él, que aparentemente está solo.

Algo semejante puede observarse en las diversas circunstancias de la vida; muchos acontecimientos aparentemente importantes, pasan sobre nosotros sin afectarnos, mientras que algún pequeño incidente puede influir sobre toda nuestra vida; la muerte de algún pariente cercano o la pérdida de nuestra fortuna parecen tan importantes, cuando ocurren, que piensa uno que constituirán puntos cruciales en nuestra vida y, sin embargo, bien puede ser que, al final, carezcan por completo de importancia; tal ha sido mi experiencia: Siendo joven, perdí toda la considerable riqueza que poseía, en el gran desastre financiero de 1886; me pareció entonces un gran acontecimiento: no obstante, no tuvo importancia ninguna. Pero el haberme encontrado casualmente con una persona que me habló de Madame Blavatsky, fué causa de la modificación

(1) Obra citada; pág. 111.

de toda mi vida; el encuentro me pareció casual, pero debe haber sido determinado y preparado en ese "vacío" aparente que en realidad es toda plenitud posible.

De igual modo, un Deva, al pasar por donde daba yo una conferencia a algunos teósofos de Adyar, un domingo por la mañana, notó mi presencia; me explicó las formas en que los Devas habrán de influir sobre los hombres por medio de la religión, en los comienzos de la sexta raza-raíz; creí entonces que sólo se trataba de la atención de un amigo que pasaba; pero ahora estoy seguro de que aquello fué mucho más, en vista del resultado que ha tenido; nos dió a conocer mucho acerca de los principios de la nueva raza y nos condujo a las investigaciones en que se basa la segunda parte de la obra "El Hombre, de dónde y cómo vino, a dónde va", y un poco más tarde, a las investigaciones que hice juntamente con la Dra. Besant, que dieron por resultado la primera parte del citado libro. Examinando esa comunidad del futuro, pude ver que la Dra. Besant habrá de ser recordada, como resultado de ese libro, cuando haya sido olvidado todo lo que ella ha escrito con anterioridad al mismo; pero su obra más importante, por la cual habrá de ser recordada en toda la historia, está aún por escribirse.

*Oh, intrépido aspirante, mira al fondo más recóndito de tu propio corazón, y responde:
¿Conoces los poderes del Sér, tú que percibes
sombas exteriores?*

La pureza es algo muy grande, pero no es suficiente; el recién nacido es puro, porque nada sabe ni del bien ni del mal. También se necesita el conocimiento para poder obrar y también la voluntad para poner ese conocimiento en acción. Los animales son más puros que el hombre; los vegetales son más puros aún; no tienen la imaginación del hombre que le hace buscar los placeres materiales, desafiando o menospreciando las leyes naturales, haciendo de ellas caso omiso. Con todo, es necesario que el hombre pase por esta experiencia con la materia para que pueda adquirir conocimiento y luego volver a lo divino, de lo cual descendió, reconquistando su pureza. Salimos del Logos como una nube divina, pero volvemos a El como seres divinos con poderes definidos.

El hombre en el sendero ha reconocido en sí mismo al ser divino y está saliendo de la influencia del mundo de las sombras, cuya realidad es solamente relativa; no hay para él más realidad que la de la immanente vida, que le ofrece un campo mucho más rico de experiencia consciente que la excitación que producen los impactos de las cosas externas; ha creído que las sombras eran reales, absolutamente reales, más reales que ninguna otra cosa, a lo largo de muchas encarnaciones y todo esto ha sido necesario, ya que, sin la atracción de las sombras, nunca hubiera despertado, nunca hubiera fijado su atención, nunca hubiera aprendido nada en absoluto.

De no ser así, estás perdido.

Porque en la cuarta senda, la más leve bri-

sa de pasión o deseo agitará la luz tranquila sobre los muros blancos y limpios del Alma. El más ligero anhelo, o pesadumbre por los ilusorios dones de Maya a lo largo del Antah-kárana que es el puente entre tu Espíritu y tu yo, el camino real de las sensaciones que son los rudos excitadores de Ahankara; —un pensamiento cualquiera, tan rápido como el relámpago, te hará perder tus tres premios, los premios que has ganado.

Aryasangá habla ahora de "vairagya", y dice que cuando el hombre está esforzándose en perfeccionarlo, la más pequeña respuesta a la atracción de las cosas, o el deseo de ellas, lo hace retroceder a las filas de los que aún se sienten conturbados por ellas. Esto nos hace recordar el símil del alma tan limpia como el lago de una montaña, que aparece en el segundo fragmento. (1) Usa aquí Aryasanga el símil de la lámpara para dar idea de la firmeza que debe obtenerse en esa etapa. Aun un pensamiento casual nos puede hacer retroceder; esto es cierto; pero debemos tener presente que será así si el pensamiento es de uno mismo. Como ya he explicado antes, si se trata de la simple reflexión de un pensamiento ajeno, si se trata de una forma de pensamiento pasajera, que ha llamado la atención del hombre, sin que este lo haga suyo, entonces no hay el mismo trastorno en nuestra pureza y tranquilidad, en nuestra "vairagya". Algunas veces, personas muy buenas se ven afligidas por pensamientos pasajeros de

(1) Ant. Pág. 772.

esta clase y piensan que deben ser muy perversas para tener tales ideas; pero si no los aceptan y nutren, ni los lanzan fuera, reforzados, para que sigan su obra de destrucción, no cometen en realidad ninguna falta. Cierto es que no podríamos ser conscientes de un pensamiento malo o impuro, si este no encuentra en nosotros algo semejante con qué ponerse en contacto; pero esto es solamente decir que no somos todavía perfectos. Si un pensamiento de tal naturaleza flotara a través de la mente de un Adepto, ni siquiera lo notaría; pero si muchos pensamientos semejantes se congregaran a su alrededor, podría serle necesario hacer que se retiraran, de la misma manera que nosotros ahuyentamos las moscas o los mosquitos; no hay que perturbarse innecesariamente, pues, por las instintivas tendencias a la ira, al egoísmo o a ciertos pensamientos descarriados poco deseables; son un legado, una herencia del pasado o pertenecen a vuestro ambiente; pero no hay que darles cabida, porque si así lo hacemos no solamente dejaremos de lograr *vairagya*, sino que perderíamos los tres triunfos ya obtenidos y tendríamos que ascender nuevamente desde el mismo principio del Sendero.

A *Antahkárana* se le llama aquí el camino de las sensaciones; es el medio misterioso por el cual las cosas materiales pueden afectar a la conciencia, el canal entre el objeto y el sujeto, lo que produce un impacto sobre un órgano sensorial, de manera que aparezca en la conciencia como sensación; tal sensación, la percepción directa de las cosas, es mucho más intensa que cualquier descripción por medio de palabra;

el haber oído, visto o sentido algo, nos da una mayor idea de su realidad que simplemente haber pensado en ello; por eso, la percepción clarividente de los otros planos es mucho más valiosa que cualquier descripción que de ellos podamos hacer; es también la razón por la que los libros de yoga dicen que el testimonio de los demás y los juicios que ellos puedan tener sobre las cosas que aún no hemos visto, tienen que ser reemplazados, en fin de cuentas, por la directa percepción del aspirante, pues únicamente esto puede dar una clara visión de la verdad.

A las sensaciones se les llama aquí los rudos despertadores de *ahamkara*: *aham* significa "yo" y *kara* es hacer; por lo que *ahamkara* significa: *hacedor del yo*". La gran intensidad de aquella experiencia directa evoca por contraste la intensidad del sentido de nuestra propia existencia; y como este proceso ocurre en todos los planos, estimula también la intensidad de la falsa personalidad, mientras el hombre está aún en el mundo; pero cuando camina con firmeza por el sendero y la ilusión del yo personal ha quedado destruída completamente, evoca el *sér*, que es el *Atma*, la voluntad, en el hombre espiritual. Hemos estudiado ya en el primer fragmento, (1) esta forma elevada de *ahamkara*, de la que se hace frecuente mención en la filosofía hindú.

Pues sabe que lo eterno no conoce cambio alguno.

(1) Ant. Págs. 617-618.

En breves palabras: debemos estar deseosos de sacrificar lo bajo a lo elevado; no es posible trasladar las cosas mundanas al reino de los cielos; las leyes y las condiciones del mundo superior no cambiarán para acomodarse a los deseos del aspirante.

Aléjate para siempre de las ocho espantosas miserias. De no hacerlo, con seguridad no puedes llegar a la sabiduría, ni a la liberación”, dijo el gran Señor, el Tathágata de perfección, “Aquel que ha seguido las huellas de sus predecesores”.

Las ocho espantosas miserias son: malicia, pereza, orgullo, duda, deseo, engaño, ignorancia y vidas futuras; la última de ellas parece extraña a primera vista; pero su significado es completamente claro: que la vida en este mundo es miseria en comparación con lo que tienen que ofrecernos los planos superiores.

El título de Tathágata se traduce aquí como “aquel que ha seguido las huellas de sus predecesores”. En Ceilán se nos dijo que esta palabra significa “el que ha sido enviado rectamente”; esto quiere decir que ha sido enviado por la Gran Fraternidad Blanca, como su mensajero ante el mundo; y el así enviado tiene que seguir necesariamente los pasos de los que vinieron antes que él; por esto la historia de las iniciaciones aparece con ligeras variantes en la tradición de las diferentes naciones, especialmente en la forma que se llama el mito solar.

Austera y exigente es la virtud de Vairágya. Si quieres ser el amo en esa senda, debes mantener tu mente y tus percepciones, mucho más libres que antes, de la idea de matar la acción.

Tienes que saturarte de Alaya puro; llegar a identificarte con el alma-pensamiento de la Naturaleza. Aunado con ella, eres invencible; de élla separado, te conviertes en sitio de recreo del Samvritti, origen de todas las ilusiones del mundo.

Sigue una extensa nota que explica la palabra Samvritti:

Samvritti es aquella de las dos verdades que demuestra el carácter ilusorio o vacuidad de todas las cosas. En este caso es verdad relativa. La escuela Mahayana enseña la diferencia entre estas dos verdades; Paramarthasatya y Samvrittisatya (Satya, “verdad”.) He aquí la manzana de la discordia entre los Madhyamikas y los Yogacharyas, negando los primeros y afirmando los últimos, que cada objeto existe debido a una causa precedente o a una concatenación. Los Madhyamikas son los grandes Nihilistas y Negadores, para quienes todo es Parikalpita, ilusión y error, tanto en el mundo del pensamiento y subjetivo, como en el universo objetivo. Los Yogacharyas son grandes espiritualistas. Samvritti, por lo tanto, como verdad solamente relativa, es el origen de toda ilusión.

Es el discernimiento, la primera de las cuatro cua-

lidades, lo que nos puede capacitar para distinguir siempre entre lo real y lo relativamente real, que a veces denominamos irreal. Cada vez que penetramos a través de lo irreal y vemos lo real, se hace más fácil volver a hacerlo de nuevo, porque aquello por medio de lo cual reconocemos lo real es el Dios que llevamos en nuestro interior; mientras más se despierte en nosotros, más fácil nos será ver sus propósitos en todas las cosas y su vida en los demás hombres.

El mismo puro Alaya, que está en nosotros y también tras la Mente Divina en la naturaleza, ha sido realizado por los videntes de todas las religiones. Un musulmán culto me dijo en una ocasión que la bien conocida frase del Islam: "La iláha ilá, llah", no significa "No hay más Dios que Dios", como se traduce por lo general, sino "Nada hay sino Dios". Me explicó que las palabras árabes pueden interpretarse literalmente para obtener con ellas el primero de los mencionados significados, pero que el último es el significado esotérico, interpretación que se comunica secretamente entre ellos.

Esta es la verdadera proclamación del monoteísmo; no simplemente que hay muchos dioses, sino que solamente hay uno que es digno de ese nombre y de adoración. Esta interpretación esotérica, si es exacta, constituye un fuerte lazo de unión entre el hinduismo que habla de "Uno, solamente, sin segundo", el Uno en quien, dicen, está a la vez el ser y el no ser.

*Todo es impermanente en el hombre,
excepto la pura y brillante esencia de Alaya;*

el hombre es su rayo cristalino; un rayo de luz inmaculada en lo interior, una forma de barro material sobre la superficie inferior. Ese rayo es el guía de tu vida y tu verdadero yo, el vigilante y el pensador silencioso, la víctima de tu yo inferior. No puede tu alma ser herida sino a través de tu errante cuerpo: controla y domina a los dos, y podrás cruzar seguro la cercana "Puerta de la Ecuanimidad".

Nada es permanente sino el Uno; la personalidad del hombre subsiste sólo un corto tiempo, hasta el fin de su período devachánico; el ego subsiste a través de toda la serie de encarnaciones humanas, tal vez por lo que dure un período catenario; la mónada, sin duda alguna dura más tiempo aún; pero aun ella es impermanente; sólo permanece el Uno. No es que hayamos de perdernos; bien podemos decir con Emilia Bronte:

Aunque la tierra y el hombre desaparezcan
y los soles y los universos dejen de ser
y Tú solo quedaras
toda existencia existiría en Tí.

La mónada humana es una chispa de la llama una; mientras está en el tiempo, parecerá que está en evolución; hablando con la más profunda reverencia, aun el Logos parece estar evolucionando; corresponde a todo lo que hay de más elevado y grande en nuestro concepto de Dios, y, sin embargo, cierto es que

El no será el mismo al fin del sistema solar que lo que fué al principio, período que por lo que a El toca, es una encarnación.

La "forma de barro material" es sólo útil para el hombre en la medida en que permite el desarrollo de la chispa divina en él. La parte material no puede afectar a la chispa divina en el sentido de causarle verdadero daño; pero sí puede apresurar o retardar su desarrollo, lo que equivale a procurarle ayuda o daño: por esto se le llama la víctima del ego inferior.

La cuarta portada se denomina aquí "La puerta del equilibrio" porque corresponde al principio medio del hombre. Es siempre un problema si obtendrá la supremacía la voluntad externa o la interna; habiendo el candidato desarrollado y purificado sus principios inferiores, físico, astral y mental, debe ahora cargar su peso al lado de los principios elevados y hacer del desarrollo de estos, su actividad principal.

Ten buen ánimo, osado peregrino que a la "otra orilla" te diriges. No hagas caso de los murmullos de las huestes de Mara; ahuyenta a los tentadores, los pérfidos espíritus, los envidiosos Llamayin del espacio sin límites.

Hay una nota respecto a la palabra Llamayin, que dice que estos son elementales y espíritus malignos adversos a los hombres y enemigos suyos. No hay criatura que haga el mal por el mal mismo; pero sí hay elementales que son perjudiciales al hombre, que viven su propia vida en la cual nosotros nos interpo-

nemos. Los elementales son muy semejantes a las criaturas salvajes; no son enemigos del hombre, pero les disgusta nuestra intromisión en sus dominios y sienten resentimiento porque los hombres los han tratado mal.

Los espíritus de la naturaleza son criaturas gozosas; lo peor que se les puede atribuir es que hacen pequeñas travesuras burlonas que causan molestia a las personas que tienen que soportarlas; no están de acuerdo con la conducta del hombre, porque este hace muchas cosas que para ellos son odiosas y una fuente de trastornos. Viven vida alegre y tranquila en los campos y les agrada jugar con los pequeñuelos de las criaturas silvestres a las que aman, así como a las flores y los árboles; no tienen ninguna contrariedad en su vida inocente, ni sufren la presión de la necesidad, pues no necesitan luchar para conseguir alimento y vestido, como el hombre.

El hombre se entromete en esta selvática felicidad; caza y mata los animales que son sus amigos; tala los árboles que aman, para plantar sus mieses o para levantar casas; mancha el ambiente con las sucias emanaciones del alcohol y del tabaco; toda la hermosura del campo se transforma para ellos en desierto y son obligados a ahuyentarse; pueden sentir algo semejante a lo que el artista cuando ve un panorama hermoso estropeado y convertido en repugnante hacinamiento de fábricas, cuyas chimeneas vomitan negras humaredas que destruyen la hierba, las flores y los árboles. A esto nosotros lo llamamos progreso y puede ser así para nosotros; pero los espíritus de la natu-

raleza lo consideran de manera diferente, pues significa la ruina de sus albergues y la muerte de sus amigos.

De aquí proviene que los espíritus de la naturaleza evadan la presencia del ser humano y que cuando este pasea por un bosque o una pradera, huyen de él para evitar su contacto. El hombre puede lograr que desaparezca esa aversión en la misma forma en que podemos a veces hacer que los animales silvestres pierdan la timidez que les inspiramos; un yogui puede acariciar a los animales silvestres que se le acercan mientras se sienta para meditar. Si vamos al campo y nos esforzamos por permanecer quietos durante una o dos horas, los pequeños animales, como las ardillas y los pájaros se nos acercarán. De un modo semejante, si vivimos por largo tiempo en un lugar, los espíritus de la naturaleza advertirán gradualmente que somos un ejemplar inofensivo de la humanidad y a su tiempo querrán trabar amistad con nosotros y al fin jugarán a nuestro derredor y se sentirán muy orgullosos de tener un amigo humano. En el plano astral estas criaturas consideran a los hombres como seres intrusos y de carácter perturbador y peligroso, como nosotros podríamos considerar a un invasor; se ocupan, por lo tanto, en procurar amedrentarlo, no causan, sin embargo, tentaciones al hombre. Son principalmente las formas de pensamiento del hombre mismo las que hacen esto.

Hay ciertos hombres, a los que solemos llamar magos negros que obran oponiéndose al progreso espiritual de la humanidad, creyendo sinceramente que

nuestras elevadas emociones no son algo bueno, sino residuos de deseos y sentimientos animales. Tales magos pueden ver a una persona en alguna situación especial, alguien que esté haciendo rápido progreso en el Sendero y que puede ser afectada por ellos en ese tiempo; pueden estimar que les conviene enviarle en contra un elemental que trastorne sus propósitos y coloque obstáculos que se opongan al trabajo del Maestro. Esto es lo que más se aproxima a la popular idea cristiana del demonio tentador; no obstante, el aspirante no debe sentir temor por esto, pues el peor de los magos negros no puede hacer nada a un hombre, ni por medio de él, si este es firme en su actitud y piensa solamente en el trabajo del maestro y no en sí mismo.

¡Mantente firme! Te acercas ya a la portada del centro, la puerta de la angustia con sus diez mil asechanzas.

Subyuga tus pensamientos, oh, tú, que luchas por la perfección; si pretendes atravesar sus umbrales, subyuga tu alma; tú que vas en busca de verdades inmortales, si a la meta quieres llegar.

Concentra la mirada de tu alma en la luz una y pura, que está exenta de afección y haz uso de tu llave de oro.

.....

Bien puede hablar Aryasanga de las diez mil asechanzas, pues el candidato se imagina muchas veces que ha obtenido ya vairagya o carencia de deseos, sólo para encontrar que en alguna forma sutil vuelve a encontrar, una y otra vez, las mismas asechanzas.

Aun el alma, el manas superior, tiene que estar bajo el mando de la naturaleza búddhica.

Como hemos visto ya, la vida búddhica comienza en la primera iniciación, si es que no antes, y el candidato recorre ese plano sub-plano tras sub-plano. Este trabajo solamente puede llegar a la perfección si el alma misma, el manas superior, coopera convirtiéndose a su vez en servidor de aquel elevado principio; entonces, cuando esta obra está hecha, y el candidato está listo para el siguiente plano, tomará su cuarta Iniciación y caminará por otro umbral.

Estar libre de afección significa, aquí, quedar libre de ser afectado; como hemos visto ya, tal es el significado de vairagya.

CAPITULO LIII

LA QUINTA Y LA SEXTA PUERTAS

Ha llegado a su término la penosa tarea; tu labor casi ha concluído. Muy poco falta para pasar el ancho abismo que abría sus fauces para tragarte.

.....

Has atravesado ya el foso que rodea la puerta de las humanas pasiones. Has vencido ya a Mara y su hueste furiosa.

Has extirpado de tu corazón la corrupción y lo has sangrado de todo deseo impuro.

C. W. L.—No debemos interpretar equivocadamente la afirmación de que el trabajo del candidato está casi concluído: el nirmanakaya, en su mucho más elevado nivel, trabaja aún y lo mismo puede decirse del Logos mismo; pero quizá debemos trazar una distinción entre la penosa tarea de liberarse de los defectos de la personalidad y la actividad gloriosa que continúa en los planos elevados después de que la personalidad ha sido conquistada.

Igual pensamiento se aplica a la cuestión de la fatiga: el trabajo incesante causa gran fatiga al cuerpo físico;

pero en los planos del ego el trabajo es gozo purísimo; no existe ya diferencia entre trabajo y juego, como la hay en los planos inferiores. (1) Una vez que el hombre ha visto el Gran Sacrificio del Logos y la forma en que los Maestros se entregan a su trabajo, no queda ya para él otra posibilidad que la de colaborar con él y hacer todo lo que le sea posible para ayudar.

Estamos aún considerando a un hombre que no es del todo puro, porque aún es capaz de algún egoísmo. Un pensamiento es impuro cuando tiene el más ligero tinte de egoísmo, por bueno que pueda ser en otro sentido. Puede haber un pensamiento con algo de orgullo; por ejemplo: "Los demás me juzgarán bien por haber hecho esto". Esto podría llamarse impuro cuando consideramos este alto nivel del sendero. No sólo debemos desechar toda impureza, sino que debemos procurar que nunca nos llegue.

Mas no ha concluído todavía tu tarea, glorioso combatiente. Construye alto, Lanú, el muro que circundara la Isla Santa, el dique que protegerá tu mente del orgullo y de la satisfacción al pensar en la grande hazaña llevada a cabo.

Un sentimiento de orgullo echaría a perder la obra. ¡Ah! constrúyelo fuerte, no sea que, en su furioso embate, las olas que suben al asalto y baten la orilla desde el grande océano del Maya Mundial, traguen al Peregrino y la

(1) Ant. Pág. 647.

Isla; sí; aún después de haber conseguido la victoria.

Tu "isla" es el ciervo; tus pensamientos los sabuesos que le fatigan y acosan en su carrera hacia la corriente de vida. ¡Ay del ciervo que es alcanzado por las furias ladradoras antes de llegar al valle del refugio, Jnan Margá, llamado "Sendero del Conocimiento Puro"!

Para poder sostener la posición que ha ganado ya, contra la fuerte presión del pensamiento de millares de personas, de la cual hemos hablado con frecuencia, necesita ahora el aspirante fuerte concentración y positivo poder de pensamiento: esta fuerza le es necesaria antes de que pueda tener éxito en la meditación que lo habrá de llevar hasta los niveles más elevados del plano búddhico.

La "isla", nos dice Madame Blavatsky, es el ego superior, el yo pensador; deben ser eliminados todos los bajos pensamientos, para que lo elevado pueda manifestarse; y uno no debe de ningún modo convertirse en medium; hay gran diferencia entre dejar un lugar vacío y permitir que alguien de afuera entre y tome posesión de él; tal es la diferencia entre el yogui y el medium; ahí también radica la diferencia entre el teósofo y el espiritista; las dos escuelas están acordadas en que el hombre es eterno y en que su progreso no tiene límites; pero la última considera que es conveniente para el hombre ser un medium para buenos espíritus, mientras que la primera insiste en que debe

conservar su propia conciencia positiva bajo todas las circunstancias y sostiene que no hay nada que pueda dar la mediumnidad pasiva, que no pueda obtenerse por la clarividencia consciente.

Aryasanga dice: "¡ay del ciervo que es alcanzado!" Esto significa, ay del ego que es víctima de prejuicios por haber sido vencido por la presión de los pensamientos del exterior: no podrá, en tales condiciones, alcanzar el lugar del verdadero pensamiento.

Habla Madame Blavatsky del sendero del conocimiento puro, o Jnana Marga, esto es literalmente el sendero de Jnana, o el sendero del conocimiento puro, de Paramartha, o Svasamvedana (en sánscrito), la reflexión evidente de por sí o auto-analítica Jnana (Ñana) es, entre los hindúes, el conocimiento superior, sabiduría; no el conocimiento inferior concerniente al mundo, que recibe el nombre de vijnana.

Antes que puedas decidirte por el Jnan-Marga y llamarlo tuyo, tiene que llegar a ser tu alma como el mango maduro, tan dulce y suave como su dorada y brillante pulpa para los ajenos pesares; tan dura como el hueso del fruto para tus propias angustias y penas, oh conquistador de la felicidad y del dolor.

Endurece tu alma contra las asechanzas del Yo, hazla merecedora del nombre de "Alma-diamante", porque así como el diamante profundamente sepultado en el palpitante co-

razón de la tierra, no puede jamás reflejar las luces terrenas, así son tu mente y tu alma; sumergidas en el Jnana Marga, nada deben reflejar del ilusorio mundo de Maya.

De nuestro dolor personal cantó así Longfellow:

Pero ahora ha caído ya de mí
Hundióse en el mar,
Y sólo pesares de los demás
Echan sus sombras sobre mí.

Debemos ir un paso más, aún, y no permitir que dolor alguno proyecte su sombra sobre nosotros. Cuando únicamente sentís el pesar de otro no le dáis ninguna ayuda, sino que aumentáis su pena; pero cuando sentís una verdadera compasión, emanáis vibraciones de amor y le impartís una ayuda positiva. El Maestro siempre siente compasión; pero nunca pesar; no puede sufrir, aun cuando se identifique en realidad con los que están sufriendo porque es uno con ellos y conoce el gozo de su existencia en los planos superiores y la admirable gloria del estado hacia el cual están evolucionando, con certeza infalible de alcanzarlo.

El peligro para la mayoría de los hombres es que cuando ahuyentan el pesar de sus corazones tienden también a perder la compasión y en tal caso pueden caer en el sendero de la izquierda, el sendero de la magia negra. Los hermanos de la sombra se vuelven totalmente indiferentes a los sentimientos de los otros,

así como a los suyos propios y reprimen con austeridad todos los sentimientos, alegando que son un desperdicio de energía.

Una vez llegado tú a tal estado, las portadas que has de conquistar en el sendero abren de par en par sus puertas para dejarte el paso franco, y los más formidables poderes de la naturaleza no tienen ninguna fuerza para detener tu curso. Tú serás dueño del septuple sendero; mas no antes de entonces, oh candidato a pruebas indecibles.

Parece probable que las pruebas indecibles no son peligros y dificultades tan grandes que queden fuera de descripción, sino más bien que son de una naturaleza no conocida por los hombres comunes y sólo solamente por el ego. El sendero a través del cual Aryasanga conduce a sus lectores, es un sendero interno para el ego. Cuando la personalidad ha quedado conquistada en los mundos externos, el ego tiene que escalar varios planos que están por encima de él, y por tanto, tiene que hacer lo que no puede describirse.

Otra interpretación posible es que el candidato se encuentra ahora capaz de hacer lo que antes juzgaba imposible. El hombre ordinario se inclinaría a pensar, por ejemplo, que la pureza y el inegoísmo de que constantemente hemos estado hablando, son cosas que están fuera de su capacidad y del todo imposibles de obtener, que son un consejo para el perfeccionamiento. Pero algún día, si trata de obtener esas

cualidades y si persiste en deseárselo y procura obtenerlas, advertirá que es cosa perfectamente natural y fácil para él lograrlas.

El hombre común considera que es imposible hacerlo así y no se ocupa de ello; pero nosotros hemos aprendido, como Napoleón, a borrar esa palabra de nuestro diccionario; no es imposible para el lector de esta página obtener el adeptado dentro de veinticuatro horas; esto le sería posible si tuviese la voluntad suficiente; una voluntad, sin embargo, que nadie parece tener; pero haciendo a un lado el tiempo, es posible para él obtener el adeptado: si fija su vista en la meta y va directamente adelante, sin pensar en el tiempo que transcurre, en plazo relativamente corto se encontrará ahí.

Hasta entonces, te espera un trabajo mucho más arduo aún; tienes que sentirte a ti mismo todo pensamiento, y, sin embargo, tienes que desterrar todos los pensamientos de tu alma.

Has de alcanzar tal fijeza de mente, que ninguna brisa, por fuerte que sea, pueda lanzar en ella un pensamiento terreno. Así purificado, el santuario debe estar vacío de toda acción, de todo sonido o luz mundanales; así como cae exánime la mariposa en el umbral, sorprendida por el cierzo helado, así también todos los pensamientos terrenos deben caer muertos ante el santuario. Míralo escrito:

"Antes que la llama de oro pueda arder con una luz inalterable, ha de permanecer la lámpara bien guardada en un lugar al abrigo de todo viento." Expuesto a la variable brisa, oscilará el haz luminoso, y la trémula llama proyectará sombras engañosas, negras y siempre cambiantes, sobre el blanco santuario del alma.

He aquí una descripción poética de la concentración: tal fijeza del manas superior que ni en ese plano pueda entrar nada del exterior. Esto es lo mismo que dharana, mencionada en el primer fragmento, (1) aun cuando en este fragmento se llama virya, que significa fuerza, no física, por supuesto, sino la indomable y firme virilidad del ego.

En el primer fragmento, la sexta etapa se llama dhárana; pero aquí virya es la quinta portada. No hay en esto ninguna confusión de números, ya que la quinta portada conduce a la sexta etapa; en esa etapa el hombre usa la cualidad que adquirió en la quinta etapa para ser admitido en la sexta a través de la quinta portada.

La misma cualidad es el pasaporte al plano búdhico; cuando el hombre se ha elevado hasta este nivel, ha acallado temporalmente su actividad mental superior y después de esto, en vez de sus propios pensamientos, se siente él mismo todo pensamiento: es uno con los demás y todos los pensamien-

(1) Ant. Pág. 576.

tos de los demás son pensamientos suyos. En esta etapa siente la cualidad de unidad del Logos Solar; para él es esto ya una realidad definida, un asunto de experiencia directa, no nada más una hermosa idea o una ocasional inspiración conmovedora. Si todo esto puede llegar en cierta medida al cerebro físico, es ya otra cuestión; la mayor parte de ello no puede descender hasta ese plano. Y la concentración y la meditación en esas altas esferas se hacen en su mayor parte fuera del cuerpo físico, durante el sueño.

Con frecuencia hablamos de combatir los sentimientos y los pensamientos terrenos; en tal etapa nos colocamos en terreno de igualdad con respecto a ellos; pero el estado que ahora estamos considerando, es aquel en que esos pensamientos caen muertos en el umbral del aura. Las intensidades de vibración de los cuerpos respectivos son de tal manera tremendas, que las formas de pensamiento de baja calidad caen derribadas y no pueden penetrar. Hay muchos ejemplos de esto en el plano físico: si una rueda está girando lentamente, podemos arrojar una pelota a través de sus rayos; pero no cuando se mueve con rapidez; si un chorro de agua es lo suficientemente fuerte, no podemos cortarlo con una espada; ésta será lanzada hacia afuera como si el agua fuera sólida. Uno de los cuentos de hadas, muy conocido por los niños, habla de un hombre que podía permanecer bajo la lluvia y blandir su espada por encima de la cabeza con tal rapidez que ni una gota de agua podía atravesar el círculo y caer sobre él.

La cita acerca de la lámpara está tomada del

Bhagavad-Gita, que, un poco adelante, dice: "A ella se asemeja el yogui que subyuga su pensamiento, absorto en el yoga del Yo" (1) y luego continúa explicando que el yogui ve el Sér por el Sér y en el Sér queda satisfecho, que piensa que no hay ninguna ganancia mayor que esta y que no se altera ya más, ni aun siquiera por los grandes pesares. (2).

Esta experiencia del yogui es una verdadera intuición, porque procede del interior, de una parte más profunda de la naturaleza que el nivel causal. Cómo una intuición desciende hasta la personalidad, si así lo hace, depende del tipo de persona que la experimenta. De esta trasmisión hay dos maneras principales: una que viene a través del plano mental superior al inferior y la otra es directa desde buddhi hasta el cuerpo astral.

Cuál de estas líneas pueda uno seguir más fácilmente, depende de la manera como cada quien fue individualizado al trascender el reino animal, hace largo tiempo. Algunos llegaron a ese nivel a través de un profundo conocimiento; otros por medio de una oleada de elevada emoción, probablemente de devoción hacia un dueño humano. En el primero de esos modos esa intuición descenderá hasta la mente inferior como una convicción, sin que se requiera ningún razonamiento para tener la certeza de su verdad en el presente, aunque debe haber sido entendida en vidas anteriores, o fuera del cuerpo en el plano mental inferior. En el caso de los que se individualizaron por medio

(1) . Obra citada, VI.19

(2) . Obra citada, VI.22

de la emoción, la intuición se recibe a través de los sentimientos; no por la mente.

En ningún caso pueden esas intuiciones llegar satisfactoriamente, a menos de que los vehículos sean firmes. Es como la trasmisión de una nota musical; si ha venido no solamente por conducto del aire, sino a través de una gruesa pared, puede llegarnos apagada y volverse muy diferente de lo que fué; si tiene que pasar a través de algo perturbador, por ejemplo, un huracán, será aún mucho menos clara; este último símil indica muy bien el caso en que los cuerpos astral y mental estén muy agitados.

Y entonces, oh tú, perseguidor de la verdad, tu alma-mente vendrá a ser a manera de un elefante loco que se enfurece en la selva, tomando los árboles por enemigos vivos; perece en su intento de matar las sombras siempre mudables, que danzan en medio de rocas que el sol ilumina.

No sé yo si tal cosa sucede en las selvas; pero la idea es que cuando un elefante se enloquece toma los árboles por enemigos vivos, o, lo que es peor todavía, se lanza contra las rocas y perece; de igual manera, hay quien ha pasado por la experiencia de que, cuando la mente siente la recién despertada energía del Yo superior, procedente de arriba, se rebela con una última explosión de ferocidad contra su nuevo dueño, renuente en su orgullo y temor, a perder la independencia que ha disfrutado durante tanto tiempo; entonces se enfurece, y, de la profundidad de cada

rincón, saca las últimas reservas de su ejército de dudas y suspicacias para combatir contra la luz, tomando por enemigo hostil a cada uno de sus movimientos. La mente es un baluarte de orgullo y lo que de él hubiere quedado surge lleno de odio hacia su superior, tal como los perseguidores de Jesús avanzaron hostiles y lo mataron, incapaces de soportar la comparación de Su pureza y grandeza con su propio molde terrenal.

Ten cuidado, no sea que, en su solicitud por el Sér, perdiese tu alma su apoyo en el suelo del conocimiento Dévico.

Ten cuidado, no sea que, dando al olvido el Sér, pierda tu alma el dominio sobre su temblorosa mente y con ello el derecho al legítimo goce de sus conquistas.

El conocimiento dévico se refiere aquí, como antes, al conocimiento de lo divino subyacente en toda manifestación. Existe el peligro de que el candidato, ansioso de ver que está caminando en la debida dirección, se convierta, no en egoísta, pero sí en egocéntrico; hay una verdadera distinción entre ambas cosas. Ninguno de nosotros se apropiaría voluntariamente de algo, sabiendo que esto perjudicaría a otra persona: este defecto aparecería en el aura como una coloración café grisácea; pero si hay el peligro de volvernos egocéntricos, considerando en demasía todas las cosas desde nuestro propio punto de vista; esto aparece en el aura como un endurecimiento de su superficie externa, que impide que las impresiones del exterior penetren a ella.

La otra advertencia se refiere al Sér uno que nunca debe ser olvidado. El aspirante debe recordar siempre que todos son uno; que la divina unidad está en todo. Esta es una instrucción práctica para todos los planos. En lo físico el hombre debe ser limpio, honrado y veraz, para no contaminar a la sociedad; astral y mentalmente, sus sentimientos y sus pensamientos deben ser puros, no para tener el placer de ser así, sino en beneficio de todos los que nos rodean.

¡Ten cuidado con el cambio! Porque el cambio es tu gran enemigo. Este cambio te vencerá por completo, y te rechazará del sendero que recorres, hundiéndote en los profundos y cenagosos pantanos de la duda.

Esta advertencia contra el cambio parece extraña a primera vista, en especial cuando tenemos presente que todos nosotros estamos siempre cambiando y que al recorrer el sendero nos hemos convertido en ese sendero y nos hallamos así muy ocupados en cambiarnos a nosotros mismos. Lo que esto significa es que debemos tener cuidado durante el período de cambio, de no mudar lo que constituye nuestra base, o sea nuestra actitud esencial. Hay un período de prueba durante el cual se abandonan todas las cosas mundanas que se tenían en mucha estima, sin tenerse aún un apego permanente a las cosas nuevas y elevadas; estas últimas se han hecho visibles en determinados momentos de exaltación, cuando los hé-

mos alcanzado, pero una y otra vez hemos descendido de ellos a aquella condición de sequedad espiritual mencionada por tantos místicos. Lo que se requiere, pues, es seguir apegados a la visión de lo elevado, a través de todas las fluctuaciones y sin cambiar la posición esencial.

Estos cambios pueden originarse de diferentes modos: algunas veces resultan simplemente de que el cerebro físico se congestiona un poco o se debilita, esto afecta a los vehículos; pero no debemos permitir que afecte al hombre real. Cuando tales fluctuaciones se presentan, debemos decirnos: "Ya sabía que esto iba a venir y sé que antes veía con claridad; ahora mi visión es confusa y comienzo a dudar; pero también sé que pronto me pasará esta depresión, que es únicamente una fluctuación de mi cuerpo astral." En ocasiones la gente sufre una gran sacudida y pasa por una prueba al abandonar la pintoresca fé de la niñez, cuando advierte que no puede explicar los hechos de la vida, ni satisfacer las necesidades de la mente y el corazón; entonces viene con frecuencia la duda de todo y una condición de desconcierto que se sabe que ha llegado a durar en casos extremos varias vidas. En tales casos conviene escuchar, leer y pensar y asirse a la hipótesis que mejor explique los hechos hasta que desaparezca la duda con el conocimiento que habrá de venir seguramente tarde o temprano. No es necesario, por supuesto, tener que pasar por un período de escepticismo; es bien posible detener el acrecentamiento de la duda y ampliar nuestra religión

poco a poco hasta llegar a la comprensión teosófica de su mensaje.

Prepárate y se previsor a las cosas con tiempo. Si lo has intentado y fracasaste, oh combatiente intrépido, no te desanimes a pesar de ello; sigue luchando y vuelve de nuevo a la carga una y otra vez.

El guerrero animoso, perdiendo su sangre vital que fluye a borbotones por sus anchas y abiertas heridas, atacará todavía al enemigo, le arrojará de su fortaleza y le vencerá antes que él mismo expire. Obrad así, pues, todos vosotros, los que fracasáis y sufrís; obrad como él, y de la fortaleza de vuestra alma, arrojad a todos vuestros enemigos—ambición, cólera, odio y hasta la misma sombra del deseo— aun cuando hayáis fallado...

Recuerda, tú, que luchas por la liberación del hombre, que cada fracaso es un éxito, que cada esfuerzo sincero gana con el tiempo su galardón. Los tallos de los santos gérmenes que brotan y se desarrollan invisibles en el alma del discípulo, se robustecen a cada nueva tentativa; doblánse como juncos, pero jamás se quiebran, ni pueden nunca destruirse; antes bien, florecen cuando llega la hora.

.....

Pero si viniste preparado, entonces no tengas temor alguno.

En el curso de una nota al pie, que Madame Blavatsky pone a estos pasajes, se refiere a la bien conocida creencia de que cada santo nuevo es un nuevo soldado que entra en el ejército que trabaja por la liberación de la humanidad y a que en los países budhistas del norte, donde se enseña la doctrina de los nirmanakayas, cada nuevo Boddhisattva recibe el nombre de libertador de la humanidad. Debemos recordar, por supuesto, que alude a todos aquellos que han llegado a ser Arhats, no sólo al Gran Ser que desempeña la labor de Boddhisattva. Todo aquel que hace progresos los hace para todos.

El candidato no puede tener ambición personal en el sendero; la idea de gloria para uno mismo es egoísta, y mucho antes de haber alcanzado esa etapa, el aspirante ha vuelto su voluntad resueltamente contra tales deseos. El discípulo del maestro no piensa ya "¿Qué es lo que yo quiero?", sino "¿Qué es lo que quiere el maestro?" Cuando nos damos cuenta de que somos chispas del fuego divino, solamente podemos pensar en lo que es la voluntad de Dios. Somos partes de él; separadamente no podemos tener ninguna gloria; y así es como la idea de la gloria personal es un completo error.

Nadie que continúe en sus esfuerzos puede fallar; puede ser que no logre obtener todo lo que se había

propuesto en un tiempo determinado; pero si ha puesto energía en su esfuerzo, esa energía no puede desperdiciarse, y, como la acción y la reacción son iguales y opuestas, cada vez que se hace un esfuerzo, reacciona este sobre él para darle mayor fuerza en el futuro. Más aún, todo aquel que se esfuerce tiene que alcanzar buen éxito, porque toda la tendencia de la evolución está de su parte; no sabe cuál podrá ser el espesor de la pared kármica de obstáculos que tiene que romper, ni tampoco en qué momento podrá llegar a la luz que está del otro lado.

En estas circunstancias es sencillamente necio desesperarse o abandonar los esfuerzos porque no se obtiene ningún resultado visible. En el gran poema de Federico Myers, "*San Pablo*", nos encontramos con estas palabras: "¡Oh, tú, hombre, ¿por qué desesperas? Dios te perdonará todo excepto la desesperación". Desesperar es un pecado contra el Espíritu Santo; desesperar de nuestro poder es desesperar de su poder que está actuando a través de nosotros; es colocarse fuera de su poder.

Aryasanga indica al candidato que sea como el combatiente que pelea y gana la batalla justamente al momento de expirar: debe sostenerse hasta el último momento, sin ceder jamás. El instructor sabía que la muerte no es más que una cosa trivial, que no debemos tomar en cuenta en nuestro trabajo. Nos llegará a cada uno de nosotros a su debido tiempo; algunos viejos pueden aún vivir muchos años y algunos jóvenes pueden morir repentinamente; debemos continuar nuestra labor después que ella llegue, exactamente como lo hicimos antes.

De aquí en adelante está libre tu camino por la puerta Virya, la quinta de las siete portadas. Ahora estás en la senda que conduce al refugio de Dhyana, la sexta, la portada Boddhi. La puerta Dhyana es como un vaso de alabastro, blanca y diáfana; arde en su interior un áureo fuego inalterable, la llama de Prajna, que irradia del Atma.

Tú eres ese vaso.

He aquí un ejemplo maravillosamente hermoso; el vaso de alabastro, en cuyo interior arde un inalterable fuego aureo; representa bien el cuerpo o envoltura búdhica que es del todo transparente y que no ofrece obstrucción a la unidad de vida en ese nivel. Dhyana es la más elevada meditación en ese cuerpo, la que consiste en concentrarse en algo y en comprender su más íntimo significado, o durante la cual se fija el pensamiento en un Gran Ser y tratando de sentirse uno mismo como parte de él; no existe ya ningún conocimiento externo, no se permanece fuera y se piensa en el objeto como separado de uno mismo; se da uno cuenta de la naturaleza del objeto volviéndose uno con él, contemplándolo desde el interior.

Te has apartado tú mismo de los objetos de los sentidos; has viajado por el "Sendero de Visión", por el "Sendero de Audición" y te encuentras en la luz del conocimiento. Has llegado ya al estado de Titiksha.

Oh, Narjol, tú estás a salvo.

.....

La misma palabra titiksha se ha aplicado, como hemos visto, a una de las cualidades, a uno de los puntos de buena conducta, que significa paciencia. Este mismo término se aplica ahora nuevamente a un estado más elevado. En una nota al margen Madame Blavatsky dice que significa "suprema indiferencia, sumisión si es necesario, a lo que se llama 'goces y sufrimientos para todos', pero sin que resulte de tal sumisión ni placer ni dolor; en una palabra, es llegar a ser, física, intelectual y moralmente, indiferente e insensible tanto al placer como al dolor".

Eso no está expresado con mucha claridad; el candidato no obra por consideraciones de placer o de dolor; hace simplemente lo que considera que es su deber; aún siente placer y dolor en sus vehículos, tal como acontece a los demás; pero puede decirse, sin embargo, que es tan grande el gozo en este nivel, que tan intensamente están sus pensamientos fijos en la meta, que el placer y el dolor han perdido su fuerza. Aun cuando el Cristo pudo sufrir en toda plenitud y exclamar: "¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" "no obstante, en su corazón sonaba el grito: "¡Dios mío, Dios mío, cómo me has glorificado!", conforme expliqué al describir la cuarta iniciación en "Los Maestros y el Sendero".

CAPITULO LIV

LA SEPTIMA PUERTA

Sabe tú, conquistador de pecados, que en cuanto un Sowani ha cruzado el séptimo sendero, la naturaleza entera se estremece de gozoso temor, y se siente subyugada. La estrella argentada comunica con su centelleo la nueva feliz a las flores nocturnas; el arroyuelo, con el rumor de sus ondas, trasmite la noticia a los guijarros, los rugidos de las oscuras olas del océano lo participan a las rocas que bate la marea, cubriéndolas de espuma; las perfumadas brisas lo cantan a los valles, y los majestuosos pinos murmuran misteriosamente: "Ha surgido un Maestro, un Maestro del día."

C. W. L.—Maestro del día significa que está a salvo por lo que toca al presente ciclo; se refiere, por tanto, al candidato que ha alcanzado su primera iniciación, lo mismo que al que ha llegado a la otra orilla. Que toda la naturaleza se regocija con tal acontecimiento, es un hecho real, descrito aquí en forma hermosa y poética. Muchas personas, cuando ocurre uno de esos casos, se sienten inefablemente felices, y,

en ocasiones, sienten una definida conmoción espiritual. La mayoría de los que forman nuestras razas civilizadas no son suficientemente sensitivos para poder ser conscientes de estos acontecimientos; pero los que son sensitivos, pueden muy bien sentir de esta manera: "Me siento singularmente feliz. No me explico lo que está sucediendo." "Tal es la forma en que lo siente la naturaleza, como sensación general de bienestar.

La mayoría de la gente está ahora ocupada en el desarrollo de la mente y ha perdido por ello mucha sensibilidad, la cual es más bien resultado del desarrollo de las emociones y sentimientos, que del mental. Los salvajes de tipo elevado son mucho más sensitivos de muchas maneras; pero, por lo general, solamente en forma indefinida y sin ejercer ningún control sobre su sensibilidad. Reciben impresiones y con frecuencia están en condiciones de predecir sucesos de un modo general. Todo esto vuelve de nuevo a tornarse, pero en forma más clara y definida, en una vuelta más alta de la espiral, con el desarrollo de las emociones elevadas. Cuando alcancemos este desarrollo, no solamente tendremos la sensación de bienestar y felicidad en estas grandes ocasiones, sino que también sabremos por qué sentimos y de qué centro proviene esa grandiosa canción de júbilo. El resto de la naturaleza, aun cuando se halla por abajo de nuestro nivel, no está aún tan concentrada en las cosas materiales como muchos de los hombres. Un animal, a menos que esté muy ocupado con el deseo de satisfacer el hambre o alguna otra necesidad corporal, es, por lo general: un tanto sensible a esa emoción.

El gran propósito de la Sociedad Teosófica no es tanto servir al desarrollo mental, sino elevar a los que se hallan dispuestos a responder, a las influencias búdicas, a despertar de nuevo la sensibilidad de sus miembros en una vuelta más alta de la espiral y prepararlos para la nueva raza; no menosprecia el desarrollo mental —muy lejos de ello— sino que prepara para la etapa siguiente, en la cual el amor intuicional producirá armonía y fraternidad y utilizará el intelecto, ya desarrollado, en edificar una nueva civilización, basada en esos ideales. Nuestra sociedad, estando en íntima simpatía con los planos elevados, es muy sensible a las fuerzas liberadas cuando nace otro "Hijo del Hombre." Recibe el primer contacto de este gran efluvio y esto le imparte nuevos ímpetus; su trabajo se aumenta y se amplía, y progresa tanto en número como en sentimientos fraternales.

Algunas veces, no obstante, este estímulo de vida produce fricciones, como resultado de la pérdida del sentido de la proporción. En la mente de algún miembro surge alguna gran idea; el empuje de fuerzas la intensifica y es eso muy bueno cuando se trata de un hombre bien equilibrado, que puede pugnar por el triunfo de sus propias ideas sin sentir desprecio por las de los demás; pero cuando no existe el equilibrio y hay estrechez de criterio, las diferencias de opinión se hacen más fuertes. Tenemos nuestras especiales líneas de trabajo en Teosofía. Algunos toman una forma determinada de actividad y otros otra; pero el peligro se presenta cuando alguien comienza a pensar que su línea es la que debe seguir toda la Sociedad y darle todo su apoyo.

Cuando otras personas tratan de desarrollar sus ideas, se inclina él a creer que los otros no hacen lo mejor posible en beneficio de la Sociedad, porque no se apresuran a ayudarlo. No deja de ser natural que el entusiasmo en tales casos cause fricción, cuando el amor fraternal y la verdadera tolerancia no alcanzan el grado que deberían tener.

Nuestra gran Presidenta nos ha explicado de vez en cuando cómo trabaja con frecuencia con otros en el desarrollo de alguna "idea de segunda o tercera preferencia"; ella sabe cuál es la mejor; pero transije calladamente en favor de la buena armonía y para que los demás puedan tener la experiencia de desarrollar sus ideas. Si una persona se acerca a ella para exponerle algún plan del que está muy satisfecha, aun cuando por lo general no sea el mejor, no lo desanima, sino que le dice: "adelante, procure hacerlo y prosperar"; esa persona se esfuerza en lograrlo y quizá después de uno o dos años advierte que no es lo mejor y lo modifica; pero en ocasiones se han obtenido muy buenos resultados de esta manera.

Casi siempre es prudente dejar que los demás desarrollen sus propias ideas; pero siempre es lamentable que traten de imponerlas con excesiva insistencia sobre los demás. La experiencia nos dice, cada vez con mayor claridad, que lo más importante en la Sociedad es que la armonía reine entre sus colaboradores. Ciertamente, puede afirmarse que la armonía entre los trabajadores es más importante que el buen éxito en cualquier trabajo. Así, pues, que cada quien siga la mejor inspiración que le venga; pero que cada quien tenga también la mayor simpatía hacia las ideas indi-

viduales de los demás. Si podemos dedicarnos a una vigorosa actividad sin que peligre el espíritu de armonía que hace de la Sociedad un canal perfecto para las fuerzas superiores; una puerta abierta hacia los Grandes Seres, sin duda está bien, pero no de otra manera.

La estrella argentada que en el texto se menciona puede considerarse también como la estrella de la iniciación; es el signo del pensamiento y la presencia del Rey. En la ceremonia de la iniciación, aquel que obra como representante de El, el Iniciador Uno, lo llama para ratificar todo lo que se ha hecho, y la respuesta es el centelleo de la estrella de plata.

Yérguese ahora él, como blanca columna hacia el occidente, y sobre cuya faz el sol naciente del pensamiento eterno derrama sus primeras y más gloriosas ondas. Su mente, como un mar tranquilo y sin orillas, se extiende por el espacio sin límites. En su potente diestra tiene la vida y la muerte.

Si, él es poderoso. El poder viviente que ha quedado libre en él, aquel poder que es el mismo, puede elevar el tabernáculo de la ilusión por encima de los dioses, por encima del gran Brahm y de Indra.

Por conducto de la Gran Fraternidad Blanca descendiendo al mundo toda la luz que alumbra la obscuridad de la vida humana y acelera enormemente la evolución de la humanidad. Con frecuencia se ha usado, para simbolizar la posición de la Fraternidad,

el símbolo del Oriente, y el miembro de ella que vuelve la faz para impartir su ayuda al mundo externo, puede considerársele, por tanto como mirando hacia Occidente.

La ilusión a que aquí se hace referencia es la de la separatividad; el aspirante ha alcanzado ya su liberación de esa ilusión y en el sendero se irá elevando paso a paso, plano tras plano, hasta que haya destruído esa ilusión en cada uno de ellos y sea dueño de sí mismo en todos los planos de la vida humana. Parece que no hay ningún límite en la altura a que un hombre puede elevarse, de manera que no hay exageración en hacer referencia a Brahma e Indra, aun cuando, sin duda alguna, esta referencia no se hace en sentido muy general. También esto nos recuerda las palabras de "La Luz del Asia": "Puedes elevar tu destino por encima del de Indra." (1)

Puede hallarse una relación de esta elucidación en el cambio de rayo descrito en "Los Maestros y el Sendero"; es posible, en la jerarquía de nuestra tierra, avanzar más en el primer rayo que en el segundo y más en el segundo que en cualquiera de los cinco restantes; así que, cualquiera que haya alcanzado la séptima iniciación en uno de los cinco últimos rayos, deberá cambiarse al segundo o al primero, si quiere proseguir hacia la octava iniciación, y al primer rayo solamente, si quiere ir más adelante aún. "La Doctrina Secreta" compara a Indra con el segundo Logos, el Dios-Sol y Brahma es el tercer Logos, el Creador. En la Jerarquía, estos dos están re-

(1) Obra citada, libro octavo.

presentados por (1) el jefe del segundo rayo, el Buddha, y (2) el Mahachohan, que gobierna los cinco rayos, del tercero al séptimo; el Señor del Mundo está en el primer rayo y ha elevado su destino más alto que el de los otros dos.

¡Ahora alcanzará él con seguridad su gran recompensa!

¿No empleará los dones que ésta le confiere para su propio reposo y bienaventuranza, sus bien ganadas felicidad y gloria, él, el vencedor de la gran ilusión?

¡No, oh, tu, candidato al oculto saber de la naturaleza! Si queremos seguir las huellas del santo Tathagata, estos dones y poderes no son para nosotros.

¿Pretendéis así poner un dique a las aguas nacidas en el Sumeru? ¿Torced la corriente en vuestro propio beneficio, o la hacéis retroceder a su fuente primitiva, a lo largo de las sinuosidades de los ciclos?

Nos hallamos otra vez con la cuestión de la liberación de la cadena de nacimientos y muertes y con su concomitante idea de reposo. En esta etapa no puede haber ninguna sensación de fatiga o de trabajo, tal como la entendemos aquí abajo; pero observando desde aquí el destino de un adepto que permanece encarnado durante millones de años, se nos presenta como algo espantosamente cansado; no obs-

tante, el candidato a quien Aryasanga se dirige, mira desde abajo y el instructor desea que el aspirante no se sienta mal dispuesto para afrontar ese futuro, aun cuando en el presente sólo pueda ver la parte más oscura del cuadro. Describir los goces de aquella vida elevada es tal vez imposible para él; no pueden expresarse en los términos de la mundana felicidad que conocemos; es, por tanto, algo peligroso ofrecer esos goces como atracción al candidato, pues podría esto ser causa de que fijara su mente en alguna forma más baja de felicidad, sin darse cuenta, y esto podría retardar su progreso.

El monte Meru o Sumeru, es el monte de los dioses, que corresponde, en lo general, al Olimpo de los griegos. Todo bien dimana de esa fuente; toda esa corriente fluye sobre cada uno de los miembros de la Fraternidad y por su conducto debe fluir sobre el mundo; de otra manera aquél estará represando, literalmente, esa corriente; pero en tal caso, claro está, será uno de los fracasados.

Si tú quisieras que esa corriente de conocimiento tan duramente ganado, de sabiduría nacida del cielo, permaneciera como cristalino arroyuelo, no deberías dejar que se convierta en un charco lodoso.

Sabe, que si quieres llegar a ser cooperador de Amitabha, la "Edad sin Fin", debes, como los Bodhisattvas Gemelos, difundir la luz adquirida sobre toda la extensión de los tres mundos.

Sobre esto Madame Blavatsky pone la nota siguiente:

En la simbología búddica del norte, se dice de Amitabha o "Espacio sin Límites", que tiene en su paraíso dos Bodhisattvas, Kwan-Shi-Yin y Tashishi, quienes irradian constantemente luz sobre los Yoguis, quienes salvaran a los hombres a su vez. Su encumbrada posición en el reino de Amitabha, es debida a los actos de compasión llevados a cabo por ambos, como tales Yoguis, cuando vivían en la tierra, dice la alegoría.

Esto es un tanto complicado y requiere cierta explicación. Madame Blavatsky hace aquí de Amitabha el equivalente de Parabrahman; pero es difícil entender cómo puede ser esto así, ya que el primero es la Luz Sin Límites, la Sabiduría Iluminada, la Esencia de todos los buddhas. Parabrahman es el primer miembro de la gran trinidad y Avalokiteshvara es el segundo, que es también Amitabha, al que se describe como el "principio medio" del Buddha. Con este segundo, o "principio medio" nos es posible colaborar, pero no con Parabrahman.

Sin embargo, Madame Blavatsky habla con frecuencia de los dos como si fueran uno, pues Parabrahman es la sabiduría oculta y se manifiesta como Avalokiteshvara, Ishvara el manifestado, el Logos. Mirando hacia arriba desde abajo, hay en nosotros, como en todo, un dios que es visto (el segundo de los tres)

y un dios que está oculto (el primero de los tres). (1)

El principio medio se llama también el Boddhisattva y se describe como dual, masculino y femenino, o sea Kwan-shi-yin, el aspecto masculino, y Kwan-yin, el aspecto femenino de Avalokiteshvara. Este último, se dice "asume cualquier forma, a voluntad "para poder salvar a la humanidad".

Todos los tres mundos, dice una nota al margen, son palabras que se refieren a "los tres planos del ser, el terrestre, el astral y el espiritual". Madame Blavatsky emplea aquí el término astral en un sentido no usual, como lo hizo también en "La Doctrina Secreta" cuando tocó este tópico: considera al hombre en su conjunto, desde la mónada hasta los cuerpos materiales, y lo divide en tres partes: primera, la espiritual, que es la mónada; segunda, la astral, que comprende nuestro atma-buddhi-manas, o sea el rupa más allá de los sentidos, y, tercera, la material o terrestre, que comprende nuestros cuerpos mental inferior, astral y físico.

Podemos también considerar la referencia a los dos boddhisattvas en otro sentido, esto es, como refiriéndose a los dos grandes hermanos, el señor Gautama y el señor Maitreya, que representan el principio medio de la jerarquía; el primero encargado de los mundos superiores, y el último, dirigiéndose hacia abajo, por decirlo así, para encargarse de las personalidades de los hombres en los planos inferiores. La historia del maravilloso esfuerzo y sacrificio de estos dos hermanos

(1) Ant. Pág. 614

queda narrada en "Los Maestros y el Sendero". (1)

Pero quizás la interpretación más práctica de esta alegoría, desde el punto de vista humano, es esta: Gautama se unificó con Amitabha, esto es, se convirtió en Buddha; continúa su obra en los planos elevados; pero en el mundo de los hombres, trata por medio del Bodhisattva dual, cuya forma masculina es Kwan-shi-yin, el señor Maitreya, siendo la forma femenina Kwan-yin, el compañero misterioso y shakti del anterior en casi todas las religiones.

Sabe que la corriente del conocimiento sobrehumano y de la sabiduría devica que has adquirido, debe, desde ti mismo, canal de Alaya, ser vertida en otro cauce.

Sabe, oh Narjol, tú del sendero secreto: sus puras y frescas aguas tienen que servir para endulzar las olas amargas del océano; ese inmenso mar de pesares formado de lágrimas humanas.

El conocimiento sobrehumano probablemente se refiere a la clave de conocimiento que se entrega al iniciado cuando da su primer paso. El hombre que ha pasado a través de varias iniciaciones tiene ciertos conocimientos que le están prohibido comunicar a los demás; obra de acuerdo con esos conocimientos y, necesariamente esto provoca ciertas diferencias en lo que

(1) Obra citada, capítulo XIV.

hace y la manera en que vive, otros pueden observar esas cosas y practicarlas, ya sea por imitación o por devoción; los que protestan por naturaleza condenan esta clase de imitación de personas notables, sosteniendo que una persona puede ser grande en ciertos sentidos; pero no así en muchas otras cosas y que quienes los imitan pueden fácilmente caer en la superstición, como lo hizo la gente en el cuento del gato y la pata de la cama. (2) Dicen también que una vida de confianza en uno mismo desarrolla poder. Todo esto es cierto; pero ambos métodos tienen sus beneficios y sus peligros, por lo cual cada quien debe proceder en la forma que le sea natural, poniendo cuidado en tratar de entender y respetar a la persona que siga el otro camino. No es contra la razón imitar los hechos de una persona que sepa algo más que nosotros; un niño imita a sus mayores porque está convencido de que saben más que él, y, en la mayoría de los casos, está en lo justo; también es razonable que el niño, en general, considere a su padre como el hombre más grande del mundo y nadie pensaría en decirle que está equivocado.

La sabiduría dévica es probablemente la sabiduría divina que nosotros llamamos Teosofía. Es el conocimiento de los mundos como la mansión de la vida divina, y no simplemente como regiones externas. Ar- yasanga hace siempre distinción entre lo que uno sabe realmente y lo que solo se cree; si estuviera hablando en alguna de nuestras reuniones teosóficas, podría decirnos: "Debéis creer en la existencia de los planos as-

(2) Ant. Pág. 339

tral y mental, porque es una necesidad racional; pero no conoceréis esto hasta que tengáis experiencia directa." Tal conocimiento es sobrehumano solamente en el sentido en que está más allá del alcance de la humanidad actualmente normal, aun cuando quedará dentro del alcance de la persona media a su debido tiempo.

La experiencia directa constituye una gran diferencia en nuestra comprensión de estas verdades. Recuerdo haber oído decir una vez al Dr. W. T. Stead que él había practicado extensos estudios e investigaciones de las cosas psíquicas; pero que un día tuvo una visión clarividente que dió a todo ello nuevo color y realidad: estaba quedándose dormido, cuando vió ante sí un pequeño cuadro de la playa, con las olas abatiéndose contra las rocas; algo pequeño, pero que le enseñó mucho. "Ahora" —dijo— "comprendo lo que quiere decir un clarividente cuando dice que ve tal o cual cosa."

Cuando la Dra. Besant y yo comenzamos a ver los planos internos, nos dimos cuenta de la enorme diferencia. Estábamos ya familiarizados con los hechos del mundo astral y mental, desde el exterior; pero la visión directa de ellos dió vida a todos nuestros conceptos. Aun cuando se trate de asuntos del plano físico, el hombre que sólo aprende de los libros, tiene únicamente un conocimiento bien preparado; pero el que ha *vivido* tal conocimiento lo tiene lleno de luz y colorido. Recuerdo bien esta diferencia entre los monjes budhistas de Ceylán, con los que acostumbraba ponerme en contacto: algunos parecían ser muy conocedores de los libros y podían hacer citas para

ilustrar cualquier punto de su religión, mientras que otros que habían tenido alguna experiencia en la meditación, hacían menos citas, pero decían mucho más.

La clarividencia no surge repentinamente en forma tal que pueda confiarse en ella; se requiere un amaestramiento muy cuidadoso para que una persona pueda ser capaz de ver correctamente, de darse cuenta del significado de lo que ve y de eliminar la ecuación personal. Se puede poner un telescopio en las manos de un hombre y esperar que así conozca todo acerca de los astros; pero sabrá muy poco a menos que haya sido entrenado para usarlo propiamente y para que arroje sobre lo que él ve gran cantidad de conocimiento e inteligencia. Los astrónomos han encontrado que deben también tener en cuenta un margen de tolerancia por lo que toca a la ecuación personal en sus consideraciones.

En clarividencia esto acontece bajo muchas formas: pueden verse las cosas un poco más grandes, un poco más azules o más rojas, etc. El fanatismo de la persona es también evidente en forma de prejuicios: una dama clarividente, por ejemplo, que fuera también ardientemente cristiana, persistiría en asociar la idea del bautismo con cualquier derrame de agua que pudiera ver y se sentiría muy ofendida si los demás no estaban de acuerdo con su interpretación. No podemos ver las cosas plenamente, como sería necesario para una exactitud perfecta, ni aun haciendo los mayores esfuerzos. Puede ser que aún en Su nivel del adeptado, los maestros se hagan cargo de sus "ecuaciones personales", cuando trabajan en los planos inferiores.

El iniciado tiene, sin embargo, una absoluta certeza resultante de su experiencia en cierto número de asuntos, que lo capacita para ser un canal de las fuerzas superiores; esto altera la polaridad de sus vehículos causal y mental, de tal manera que puede ser empleado, como otros no pueden serlo, por muy desarrollados que puedan estar en otros sentidos.

¡Ah! Una vez que hayas llegado a ser como la estrella fija en los más altos cielos, desde las profundidades del espacio ese astro celeste y refulgente ha de brillar para todos, excepto para él; da luz a todos; pero no la tomes de nadie.

No debemos entender que la estrella esté triste porque tiene que brillar; brilla porque no puede evitarlo. "Los seres siguen su propia naturaleza: ¿qué ventaja obtendrán de refrenarse?", dice el "Bhagavad-Gita. (1) El refrenamiento produce siempre pesar; aquel que ama al mundo desea derramar su luz por siempre sobre él; sentiría dolor si no lo pudiera hacer así.

Un gran ejemplo de esto dan las grandes entidades que viven en forma de granos de arroz o de hojas de sauce del sol, a fin de que, por su medio, el calor, la luz y la vitalidad puedan fluir sobre el sistema. Esto se considera siempre como un sacrificio de su parte; pero es un sacrificio espontáneo; es la forma de expresión de su naturaleza interna. En vez de vivir una vida de espléndida actividad en algún plano superior,

(1) Obra citada, III, 33.

del cual no tenemos idea, usan cuerpos físicos y viven en ellos en beneficio de los mundos que flotan alrededor de nuestro sol; forman, ciertamente, un muro protector, un canal a través del cual Alaya puede fluir a otro cauce.

¡Ah! En cuanto llegues a ser como la pura nieve de las cañadas de las montañas, fría e insensible para el tacto, cálida y protectora para la semilla que duerme profundamente en su seno... Esta es ahora aquella nieve que ha de recibir la helada mordicante, las rachas del norte, protegiendo así de sus afilados y crueles dientes, la tierra que guarda la esperada cosecha, la cosecha que alimentará al hambriento.

El símil de la nieve es muy hermoso, pero no debe abusarse de él. El discípulo debe llegar a ser como la nieve pura: blanca, límpida, sin mancha. Sin duda que cuando Aryasanga habló de ella a sus discípulos, apuntaba a los picos cubiertos de nieve que tenía siempre a la vista.

La nieve es insensible no en el sentido de ser nociva de alguna manera, sino en el de ser inafectable por el frío; no importa cuán fría pueda volverse la temperatura del aire, la nieve permanece exactamente igual. Porque no es afectada es capaz de proteger a la tierra del más intenso frío. Tal es la posición a que debe elevarse el aspirante; debe ser insensible sólo en el sentido de que no debe importarle ser perturbado o herido por algo exterior, sea lo que fuere; pero debe seguir impar-

tiendo su protección a la semilla que duerme bajo su seno.

La semilla es la deidad que reside en el hombre; está comenzando a despertar en todos aquellos que vuelven su atención a las cosas elevadas y se esfuerzan por desarrollarse a sí mismos. Es la semilla que debe ser protegida en los demás; dice uno de los Upanishads que en la bellota existe potencialmente el roble; tiene solamente que desarrollarse y que extraer del aire, de la tierra y de la luz solar todo lo que la capacita para manifestarse. De igual modo, la chispa divina que está dentro de nosotros, la mónada, tiene todas las posibilidades del Logos que habremos de ser algún día, pero tiene todavía que desarrollarse.

Debemos procurar para esas semillas divinas, las condiciones bajo las cuales puedan desarrollarse mejor en los planos inferiores; debemos, pues, recibir la helada mordicante, las rachas del norte, de manera que protejamos a los que pudieran ser afectados y retenidos por ellas. Hay quienes están listos para la enseñanza espiritual y deben ser alimentados con manjar espiritual; esos son los hambrientos y a ellos debemos dar el alimento que necesitan para que crezcan. No saben bien qué es lo que necesitan, pero tan pronto como se les presenta, lo toman. Esa ha sido la experiencia de algunos de nosotros con relación a la Teosofía: en el momento mismo en que se nos puso ante la vista, sentimos: "Eso es exactamente lo que yo había estado buscando", aun cuando antes de haber oído hablar de ella, no sabíamos bien lo que necesitábamos. Hay muchos otros que están esperando de la misma manera el momento de

reconocerla, y a nosotros nos corresponde ser como la nieve, cuya función es proteger mientras dura el frío, y luego, cuando ya brilla el sol, fundirse y desaparecer.

Esto es exactamente lo que hacemos en el hogar a favor de los pequeños; cuando los tiempos son difíciles o hay contrariedades de cualquier clase, cuidamos de que los niños no las sepan; si escasean los alimentos, los niños comen primero y el padre y la madre toman lo restante. Felizmente hay tanto del instinto divino en nosotros, que conocemos que es nuestro deber el proteger a los niños y a los desamparados.

El mismo espíritu debe inspirarnos en otras actividades de la vida. Estamos ya un poco más adelante de los que nada saben; estos son los más dignos de compasión, no los que están sufriendo trastorno y dificultad y torturas mentales, luchando por alcanzar la luz, tales como los que están inquietos porque su religión no les exprese todo lo que ellos necesitan; estos no son quienes más piedad necesitan ya que, por lo menos, han despertado y pugnan por hallar la luz. Es la gran humanidad huérfana, la formada por los que no saben que hay algo por qué luchar, son los más merecedores de compasión. No podemos hacer mucho por ellos. Lo único que se puede hacer por un pollito que está aún dentro del cascarón, es proporcionarle el calor conveniente. El calor del afecto es la vida que podemos derramar. Debemos ser amables, fraternales y justos. Cuando algunos necesiten enseñanza, podemos dárselas; pero mientras tanto, *siempre* podemos darles amor y formar buenos pensamientos para ellos, pues aun cuan-

do no puedan recibir el pensamiento preciso, habrán de sentir su calor, como el polluelo en el cascarón.

Se ha dicho que es muy bueno predicar y enseñar; pero el mejor de todos los sermones es una vida noble; una razón para ello es que tal prédica afecta a la gente que no sabe aún lo que necesita. La masa, el pueblo, se dedican a ganarse la vida y a cuidar a sus familias, y para nada se preocupan de Teosofía o de religión. En Inglaterra, considerada en Europa como un país religioso, la capacidad de lugares destinados al culto es insuficiente para una décima parte de la población; los templos y las capillas de diferentes clases no están llenos, por lo general, ni siquiera a la mitad, pudiendo, pues, decirse que no más de un vigésimo de la población asiste habitualmente a los servicios religiosos. Nuestras hermosas conferencias teosóficas causan muy poca impresión en la masa del pueblo; podríamos igualmente silvar una canción o leer un trozo de poesía; pero la gente observa siempre a las personas más adelantadas o educadas y se forma su opinión con respecto a los que están mejor situados educacional o socialmente; quien lleva una vida noble, honesta, pura está así predicando efectivamente a todos los que no pueden ser afectados por nada de lo que se diga.

Una crítica contra los esfuerzos de los misioneros es que dan mayor importancia a la prédica que al ejemplo. Un misionero se establece, por ejemplo, en un bungalow o casita de campo de una aldea de la India, próximo a la residencia del magistrado europeo y recaudador de rentas, que es una especie de rey de la localidad; casi todos los hindúes de la comarca son estricta-

mente vegetarianos y temperantes, mientras que el misionero mata por sí mismo los animales que le proveen de carne y conserva a mano una garrafa de whiskey o de alguna otra bebida fuerte, aunque no participe en las cacerías de pequeños animales o de pájaros a las que se entregan sus amigos europeos; predica luego la pureza y el amor a Cristo y en ocasiones se atreve a ultrajar los objetos de adoración de la gente del pueblo; por lo general no logra ningún resultado, a no ser entre algunos hipócritas que pueden obtener beneficios materiales relacionándose con él; en las escuelas es frecuente que trate de desarraigar la creencia religiosa de los niños, sin implantar la suya; rara vez convierte a un buen hindú en un buen cristiano, lo que en ningún caso traería ninguna ventaja; pero sí suele suceder que convierta a un buen hindú en un cristiano indiferente. Sería mejor que se dedicara a llevar una vida de santidad, que pudiera ser comprendida por los hindúes y les hablara luego del Cristo como de su divino Gurú que le ha inspirado y ha hecho de él lo que es. Aun para su propio intento esto sería mejor, porque los hindúes son de amplio criterio y están dispuestos generalmente a conceder a Aquellos a quienes otros adoran, un lugar entre sus propias encarnaciones divinas.

Con frecuencia oímos decir que los países orientales están siendo rápidamente cristianizados, con lo que se quiere expresar que están adoptando rápidamente la civilización moderna, (la luz eléctrica, los servicios sanitarios) y que están abandonando determinadas costumbres sociales, tales como la reclusión de las mujeres de alta clase social y el matrimonio prematuro, lo

que fue muy común en la Europa cristiana de hace un par de siglos. Quizás se olvidan de cómo los cristianos ortodoxos en Europa combatieron contra las ciencias y la reforma social y cómo esos progresos tuvieron que abrirse campo a la fuerza contra ese mismo "Cristianismo" que la mayoría de los misioneros está aún predicando. Esta situación sería cómica, si no fuera a la vez hipócrita y cruel.

Condenado por tí mismo a vivir durante los venideros Kalpas, inadvertido por los hombres y sin que te lo agradezcan: Incrustado como piedra entre las otras innumerables piedras que forman el "Muro Protector", tal es tu porvenir si pasas por la Séptima Portada. Construído por las manos de numerosos maestros de compasión, levantado con sus tormentos, cimentado con su sangre, escuda a la humanidad desde que el hombre es hombre, protegiéndole contra nuevas miserias y sufrimientos mucho mayores..

Con todo, el hombre no lo ve, ni lo percibirá, ni querrá prestar atención a la palabra de sabiduría... porque no lo conoce.

Pero tú lo has oído; tú lo sabes todo; oh, tú, de alma ansiosa y sincera... Y tú has de escoger. Por lo tanto, escucha aún otra vez.

No puedo menos de pensar que los discípulos de Aryasanga deben haber sido algo deficientes de alguna

manera, porque parece que él cree necesario reiterar una y otra vez que nada deben esperar para ellos mismos. Eso también se nos ha dicho a nosotros; pero me atrevo a confiar en que los que somos estudiantes de ocultismo, hemos llegado a un estado en que no nos preocupa ni la ingratitud ni pasar desapercibidos por la gente.

La idea de esperar tales recompensas parece ser exponente de un estado un tanto inferior.

El estudiante de ocultismo no espera agradecimientos ni placeres como resultado de su trabajo, aun cuando actúe cuidadosamente y con previsión. Es deber del ocultista prever cuál será el probable resultado de su acción o su palabra, y no hacer nada precipitadamente; debemos hacer todo lo mejor posible y cuidar que el fracaso no se deba a nuestra falta de esfuerzo; pero nos es indiferente ver o no los resultados.

Supongamos, por ejemplo, que uno de los miembros de nuestra Sociedad recibe el encargo de establecer una logia en algún nuevo distrito; dedica toda su devoción a este propósito; hace uso de todo su tacto y obra lo mejor posible en todos sentidos; después no se preocupa de que sean muchos o pocos los que se incorporen en la logia. Sería torpe que tristemente dijera: "Si hubieran enviado a otro cualquiera, hubiera tenido éxito esa empresa"; esa persona fue enviada para que trabajara lo mejor que pudiera, no para ejecutar el trabajo que algún otro pudiera hacer. Es un error que un hombre se compare con otros.

La expresión "Muro Protector" ha sido causa de muchas ideas equivocadas; es un símbolo muy hermo-

so, pero, como todos los símbolos, no debe llevarse demasiado lejos. Ningún mal puede amenazar a la humanidad que no sea creado por ella misma. Nosotros mismos somos nuestros únicos posibles enemigos. No hay quien pueda dañar a un hombre, salvo él mismo y no hay tampoco ninguno que pueda realmente ayudarlo, a no ser también el mismo; los demás pueden únicamente ponerlo en el camino de aprender cómo ayudarse; o colocarlo en una posición en la que, si no tiene cuidado en evitarlo, puede dañarse. El hombre en el mundo externo estima que es dañado por otro que lo difama; pero el hecho es que, cuando está colérico, con su cólera se daña a sí mismo, y que no hay ninguna necesidad de sentirse iracundo. Se dice que es cosa natural el sufrir disgustos, puede ser esto así para el hombre de poco desarrollo; pero no para aquel que ha aprendido algo más.

La expresión "desde que el hombre es hombre" puede tener dos significados: puede interpretarse en el sentido de que el Muro Protector ha existido siempre, desde que el hombre llegó a ser hombre; o puede significar que fué creado porque el hombre es hombre solamente y por lo tanto capaz de dañarse a sí mismo muy seriamente a menos de que reciba ayuda, protección y dirección desde arriba. Probablemente ambos significados son verdaderos. Sabemos que la Logia de Adeptos es muy antigua; que existía mucho antes de que la humanidad alcanzara el nivel necesario para producir Adeptos y que en esos tiempos pertenecían Ellos a otras cadenas previas.

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

CAPITULO LV.

EL SENDERO ARYA.

En el sendero de Sowan, oh Srotapatti, estás seguro. Si, en aquel Marga donde no encuentra más que tinieblas el cansado peregrino; en donde, desgarradas por los espinos y abrojos, las manos gotean sangre y los pies son heridos por enhiestos y agudos pedernales, y en donde Mara esgrime sus más poderosas armas, hay un galardón, INMEDIATAMENTE más allá.

Tranquilo e impasible, deslízase el peregrino siguiendo la corriente que conduce al Nirvana. El sabe que, cuanto más sangren sus pies, tanto más blanco y limpio quedará. Sabe bien que después de siete nacimientos breves y pasajeros, el Nirvana será suyo...

Tal es el sendero de Dhyana, el refugio del yogui; la gloriosa meta anhelada por los Srotapattis.

C. W. L.—El término Sowan es otra expresión bud-

dhista que tiene el mismo sentido que Srotapatti, el hombre que ha alcanzado su primera iniciación. Al final de lo que aquí se denomina el sendero de Dhya-na, la meditación por medio de la cual va ascendiendo con firmeza a través de los niveles del plano búd-dhico, toma la cuarta iniciación, y entra inmediatamente en el plano nirvánico.

No descansa en ese punto, sin embargo, sino que entonces camina por el sendero del arhat hacia la puerta de prajna. Este término, sin duda alguna, tiene conexión con la ruptura de la última de las ligaduras que es la ignorancia o avidya: se ha dicho que la traducción de avidya por medio de la palabra ignorancia, que es tan común, es inadecuada y que sería mejor traducirla por falta de sabiduría. La idea es que por mucho conocimiento que un hombre tenga sobre las cosas como se ven desde el exterior, es todavía ignorante; pero cuando se da cuenta de esas cosas desde el interior, cuando se ha dado cuenta de que el mismo Sér, el Uno, está por igual en todo, puede ver el lado interno de todas estas cosas y entonces posee la sabiduría. Jnana es sabiduría y el Jna de prajna tiene el mismo significado, siendo *pra* un prefijo que implica actividad o movimiento hacia adelante; por lo tanto, prajna se traduce a veces por conciencia, y también por inteligencia, discernimiento o simplemente sabiduría.

En la práctica, significa, no que el adepto posea todo el conocimiento, sino que está en posición de obtener el resultado de cualquier conocimiento que desee; el maestro Morya, por ejemplo, cuando tuve

el privilegio de ponerme en contacto con él por primera vez, hablaba inglés muy imperfectamente y con un acento muy fuerte; de entonces acá, ha logrado expresarse con mucha fluidez, aun cuando en ocasiones aún conserva su acento peculiar; el maestro Kuthumi se ha expresado siempre en inglés, desde que lo conocemos, con mucha facilidad y sin ningún acento impropio; pero a la vez con una o dos pequeñas peculiaridades como podría tener cualquier persona, las que nos permiten identificar su estilo.

Recuerdo una de mis primeras experiencias, cuando uno de los maestros deseaba enviar una carta en lengua tamil: como no sabía ese idioma, dió instrucciones a uno de sus discípulos que lo sabía, de que pensara lo que él quería decir; observó cómo estos pensamientos se expresaban en la mente de su discípulo y precipitó luego una carta que quedó correcta, aun cuando no sabía él, en su cuerpo, el significado de los símbolos escritos.

Me acuerdo de que mis íntimos sentimientos de devoción y reverencia sufrieron un poco con la idea de que un maestro no supiera tamil; pero pronto descubrí que no vale la pena para un adepto el saber todas las cosas, desde nuestro punto de vista. Recuerdo una observación que hizo un hombre extremadamente hábil cuando él mostró que ignoraba el tema con respecto a algún asunto de astronomía o alguna otra ciencia: un amigo suyo expresó sorpresa de que dejara ver su ignorancia en la materia y dijo: "¿Qué! ¿Quiere usted decir que no sabía eso?" A lo que el primero contestó: "No; no lo sabía; y aun ahora que

usted me ha hablado de ello, pondré a un lado ese pensamiento y probablemente olvidaré todo acerca de eso; mi cerebro es capaz solamente de conservar cierta cantidad de información y voy a ser un especialista en mi ramo'.

La capacidad del cerebro es limitada y no es cuerdo adquirir una gran cantidad de información sobre lo que tenga poca conexión con nuestra vida y nuestro trabajo. Una vez conocí a un joven que me dijo que había sido un fervoroso lector de los libros de una gran biblioteca de información del Norte de Inglaterra, hasta que un día hizo el cálculo de cuanto tiempo le tomaría únicamente leer todos los libros que necesitaba estudiar tan solo en aquella biblioteca particular. Sus cálculos le hicieron ver que le sería necesario cerca de quinientas vidas dedicando a esto ocho horas al día. Resolvió, pues, elegir sus libros en adelante, con mucho cuidado.

Es uno de los grandes problemas de la vida el decidir justamente cuáles son los conocimientos que debemos tratar de adquirir. El karma pone a nuestro alcance todo aquello que necesitamos saber para nuestro inmediato progreso; nos es posible trascender esos límites y gastar nuestro tiempo y nuestras energías en un estudio que no será útil en nuestras vidas, si bien será de importancia para algún otro. Mientras más aprendemos, más nos damos cuenta de la desalentadora inmensidad de las cosas; somos como pequeños insectos dentro de una gran habitación mirándola desde un rincón.

Nos damos cuenta de esa inmensidad cuando exa-

minamos una larga serie de vidas. Debido a la larga duración, fue necesario usar la precesión de los equinoccios para marcar los períodos de tiempo; los astrónomos computaron esos períodos en cerca de veinticinco mil años; pero una visión más elevada mostró que eran de treinta y un mil años. La inexactitud de la investigación científica en estos asuntos se debe a lo limitado del período de tiempo sobre el cual pudieron extender las observaciones: unos cuantos centenares de años, o, si los registros de los caldeos se toman en cuenta, unos cuantos millares de años; las investigaciones quedaron, por tanto, limitadas a un arco de círculo muy pequeño, por medio del cual tuvieron que computarse las dimensiones del todo, y así, el más pequeño error en la aproximación con una se multiplica muchas veces. Pero esto es nada al lado de una edad de Brahma con sus 311,040,000 millones de años. Y las mayores distancias que podemos imaginar, son nada en relación con los años luz que separan las estrellas.

Podemos imaginar dos clases o tipos de hombres ilustrados: puede uno llegar a serlo adquiriendo una inmensa cantidad de conocimientos; el otro, proveyéndose de un grupo de libros bien seleccionados, y teniendo el conocimiento que lo faculte para obtener de ellos la información que necesite. El conocimiento del Adepto es, en cierta forma, del segundo tipo; no le es indispensable poseer libros, pues tiene la facultad de obtener cualquier conocimiento que quiera, casi al momento. Si un adepto desea conocimientos sobre un asunto determinado, puede hacerse a sí mismo uno con ese asunto y llegar al fondo del mis-

mo instantáneamente y luego observar los detalles circundantes conforme los necesite.

El adepto se acerca al asunto desde un plano superior y pudiera, por lo tanto, parecernos a nosotros, que estamos en los planos inferiores, que hubiera muchas cosas que él no supiera. Me parece posible que, si un adepto actuara ahora entre nosotros, pudiéramos encontrar que sabíamos más que él en ciertos asuntos; pero cuando se trata de realidades, del fondo de la cuestión, de llegar hasta lo esencial, el maestro sabe mucho más que cualquiera de nosotros. Hagamos por comprender esto tomando en consideración el estudio de la geología: el estudiante compra algunos manuales y estudia el asunto por varios meses o quizá por varios años. ¿Qué haría un maestro si quisiera saber geología? En cualquier parte del plano búddhico o nirvánico, penetraría en la idea que yace en el fondo de esta ciencia y se unificaría con ella; luego, desde ese punto de vista, examinaría todos los detalles que pudiera requerir. Por tanto, si bien indudablemente algunos de nosotros podemos tener una información detallada que no posea un determinado maestro, tiene él poderes de conocimiento diferentes a los nuestros.

Un adepto que quiera emplear sus energías físicas y su tiempo en los definidos propósitos que siempre tiene en perspectiva, puede muy bien hacer a un lado muchas cosas y no incomodarse por ellas para nada; pero, además de esto, debemos tomar en cuenta el hecho de que su conciencia es no sólo ciertamente mucho mayor que la nuestra, sino también de diferente

clase, y, sin duda alguna, totalmente indescriptible para los que aún no hemos alcanzado esa etapa.

El arhat tiene aún ante sí siete vidas por regla general, antes de lograr el adeptado, pero no le es necesario vivirlas en cuerpo físico; debe descender hasta el plano astral, pero el usar o no cuerpo físico en esas siete vidas, es enteramente optativo de su parte; mientras está en el cuerpo astral, puede, en cualquier momento que lo desee, gozar de la conciencia nirvánica, pero como mientras estamos en el cuerpo físico nos es posible solamente llegar a un plano inmediatamente inferior al más elevado que se puede alcanzar cuando estamos en el cuerpo astral, el arhat encarnado físicamente, puede tener esa experiencia nirvánica solamente cuando abandona su cuerpo durante el sueño o en trance. La residencia normal de la conciencia del Arhat es el plano búddhico; si estuviera hablando con alguien en el plano físico, o ejecutando algún trabajo que requiere atención, su conciencia podría fijarse en el cerebro físico; pero cuando lo abandona y descansa por un momento, su conciencia regresa a su morada habitual; tiene libre el acceso a diversos planos y puede enfocar su conciencia en cualquier nivel que desee, aun cuando haya siempre un fondo de conciencia búddhica o nirvánica.

Debemos tener cuidado de no juzgar en forma equivocada a los que habitualmente usan la conciencia más elevada: ha habido casos en que una de esas personas no fuera comprendida por quien le habló y no obtuvo inmediatamente una respuesta comprensible, debido al hecho de que la atención de aquella estaba

por entonces abstraída; en tales circunstancias hay quienes han interpretado esto como indiferencia o abandono; es más prudente estar alerta para interpretar lo que está sucediendo y, si recibimos una respuesta incierta, retirarnos para experimentar en otra ocasión. Muchas veces me he acercado al Maestro en su habitación, y habiendo notado por la apariencia de Su aura, que estaba ocupado, juzgué más conveniente esperar que terminase Su trabajo y me retiré a hacer otro trabajo para después volver.

Todo este simbolismo de éste y otros pasajes similares, acerca del fatigado peregrino, desgarrado por las espinas y bañado en sangre, etcétera, es algo desagradable para mí; es, por supuesto, una forma materialista de simbolizar las dificultades que experimentan todos los aspirantes en cierto grado; pero yo preferiría ejemplos más agradables. La gente difiere de opinión, naturalmente y uno reconoce que lo que a unos les parece casi repulsivo, es, para otros, algo muy natural; nunca he podido lograr que me agrade el simbolismo sufi que habla, por ejemplo, de beber sabiduría como vino, ni algunas partes del simbolismo de los puranas que representan demasiado materialmente la devoción que los gopis sienten hacia Shri Krishna; por supuesto que entiendo lo que quieren significar los sufis: que en la misma forma en que el hombre ahito de vino olvídase de todo lo demás, así debe estar pleno de sabiduría divina, hasta que sea esta todo para él; preferiría yo decir con el salmista: "Como el ciervo está jadeante por el agua de los arroyos,

así está anhelante por tí, oh, Dios, el alma mía" (1)
Sin embargo, no queremos criticar a los que usan símbolos diferentes de los nuestros.

No es así cuando él ha cruzado y ganado el sendero arhata.

Allí Klesha es destruído para siempre, las raíces de Tanhá son arrancadas. Pero aguarda discípulo... Una palabra todavía. ¿Puedes tú destruir la compasión divina? La compasión no es un atributo. Es la ley de las leyes, la armonía eterna, el Sér de Alaya; una esencia universal sin límites, la luz de la perpetua justicia y el concierto de todas las cosas, la ley del amor eterno.

Cuanto más te identifiques con ella, fundiendo tu ser en su ser, cuanto más se una tu alma con aquello que es, tanto más te convertirás en compasión absoluta.

Tal es el sendero Arya, el sendero de los Buddhas de perfección.

En las notas al margen con respecto a este pasaje, dice Madame Blavatsky: "Klesha es el amor al placer o a los goces mundanos malos o buenos" y "Thana la voluntad de vivir, que es la causa del renaci-

(1) Salmos, 42. 1.

miento." Los kleshas son técnicamente considerados por los hindúes como las cinco formas de apego al mundo que constituyen los grandes contratiempos y obstáculos del sendero. Hemos tratado ya de ellos en nuestros comentarios al primer fragmento. (2) Thana, como se ha explicado ya antes, es la sed que sufre el ego por las fuertes vibraciones de la existencia material, las que, en las etapas iniciales de su evolución, lo ayudaron a despertar a una más vívida realización de su propia existencia.

Hay también una nota al calce sobre la compasión, como sigue:

Esta compasión no debe ser considerada bajo la misma luz que "Dios, el amor divino" de los teístas. La compasión figura aquí como una ley abstracta e impersonal, cuya naturaleza, siendo armonía absoluta es puesta en confusión por la discordia, el sufrimiento y el pecado.

Siempre he juzgado que tal vez nuestra gran fundadora no fue en este pasaje muy justa con los teístas; dice que no debemos pensar en la absoluta compasión como en Dios, el amor divino; por mi parte, creo que podríamos pensar así de ella, pero únicamente teniendo de Dios, el amor divino, una idea más elevada, más grande, más noble que la que muchos se forman de él.

Esta idea aparece en forma verdaderamente muy

(2) Ant. Págs. 590-592

personal en muchos libros devocionales. En algunos de los libros católicos romanos, y en algunos otros de los quietistas, encontramos expresiones como estas: "Cristo, el amante de Su iglesia" apropiadas más bien para referirse al amor de las personas en el plano físico, también en la India, los prosélitos de Chaitanya y algunos otros, emplean expresiones materiales semejantes: hablan de un amor como el amor humano, aunque glorificado.

Probablemente Madame Blavatsky pensaba en estas cosas y nos advirtió que no hay que identificar la compasión absoluta con la idea del amor divino. El amor divino es más fuerte que la compasión; pero demasiado abstracto para poder expresarse en palabras; no es una cualidad de Dios, sino que es *El*. El es todo amor y nada existe que no sea amor. Así, pues, creo que esta absoluta compasión es simplemente lo que nosotros entendemos por Dios, no por un dios personal, sino por la suma realidad que yace tras de todo. Y porque eso es amor absoluto, nosotros, que somos uno con todo lo demás en ese amor, debemos sentir la necesidad de dar nuestra ayuda a los otros.

Además. ¿Que significan los rollos de escrituras sagradas que te hacen decir las siguientes palabras?:

"¡Aum! yo creo que no todos los Arhats logran la dulce fruición del sendero nirvánico"

"¡Aum! yo creo que no todos los Buddhas entran en el Nirvána-Dharma."

"Si; en el sendero Arya no eres ya un Srotapat-

ti; eres un Bodhisattva. La corriente está ya atravesada.

Cuando se dice que no todos los Buddhas entran en la corriente Nirvana-Dharma, el término Buddha está empleado de un modo general, significando todos aquellos que han sido iluminados y han alcanzado la luz o la sabiduría. Madame Blavatsky dice: "En la fraseología de los budhistas del Norte, todos los grandes arhats, adeptos y santos son denominados Buddhas." Y cuando dice el texto: "Eres un Boddhisattva, quiere decir aquel que se está preparando para llegar a ser un buddha en ese sentido general y puede tomarse como equivalente de la palabra arhat. —Habla aquí el texto del sendero arya, mientras que antes hablaba del sendero arhat. La palabra arya significa noble, y puede ser que el término arhat, aplicado al sendero, lleve un cierto tinte de su significado general de digno o venerable, de tal manera que no sea simplemente el sendero del arhat, sino el sendero noble y venerable, en contraposición del otro sendero, esto es, el de la aceptación del nirvana, por el cual, como hemos visto ya, Aryasanga, o bien su transcriptor, se inclina a menospreciar.

Se ha explicado ya que la palabra bodhisattva tiene, por lo menos, tres significados; uno de los cuales es el nombre del oficio en la jerarquía del futuro Buddha, que es el instructor de los devas y de los hombres de una raza-raíz particular. Dice Madame Blavatsky en una nota al margen, que el sentimiento popular correctamente coloca al boddhisattva un lugar más alto de

reverencia que a un perfecto Buddha. El Buddha es, por supuesto, un oficial de grado más alto; pero, considerando que el boddhisattva, que en nuestra raza-raíz es el señor Maitreya, es el gran instructor de los mundos inferiores, puede decirse que está en directo e íntimo contacto con ellos, y puede, por lo mismo, ocupar lugar más preferente en su devoción, de la misma manera que puede ser mayor nuestro afecto y lealtad para un príncipe que está a cargo de una provincia, que para el gran emperador lejano a quien rara vez o nunca llegamos a ver.

Con frecuencia se ha preguntado si los budhistas adoran al Buddha. El Coronel Olcott, cuando escribió su "Catecismo Budhista", tuvo que enfrentarse con esta cuestión: "¿El Buddha fue Dios?" Su respuesta negativa fue objetada por los budhistas de Burma, mientras que los budhistas de Ceilán quedaron del todo satisfechos. En Ceylán el señor Buddha es considerado como el hombre perfecto, como un instructor hacia quien sienten profunda gratitud. Pero en Burma la religión tiene mayor colorido devocional, y, prácticamente, se adora al señor Buddha. En cierto sentido, ambos puntos de vista son correctos: en esencia, todos los hombres son divinos; en los hombres imperfectos, la divinidad está velada, pero en el Señor Buddha, Dios está brillando.

Estas diferencias locales de carácter filosófico y devocional son debidas al temperamento de los pueblos de los dos países; el budhismo abarca los dos aspectos. Todas las grandes religiones han comenzado proporcionando enseñanzas para todos los tipos de seres; pero en cada caso, al correr de los siglos, ciertas partes o as-

pectos de la enseñanza han ido perdiendo fuerza, mientras que otras han ido tomando prominencia. El cristianismo de nuestros días proporciona casi exclusivamente enseñanzas para las personas de tipo devocional: del conocimiento y filosofía que tuvo en la enseñanza gnóstica, queda muy poco; la religión musulmana apela principalmente a la parte devocional, aun cuando hay filosofía entre los sufis; la religión judía está en caso semejante, aun cuando, sin embargo, el Talmud ofrece un sistema filosófico. De todas las religiones, quizás el hinduismo es la única en la actualidad que presenta ambos aspectos, filosófico y devocional, con igual brillo y fervor.

CAPITULO LVI

LAS TRES VESTIDURAS

Verdad es que tú tienes derecho a la vestidura Dharmakaya; pero el Sambhogakaya es más grande que un nirváni, y más grande aún es el Nirmanakaya, el Buddha de compasión.

C. W. L.—Llegamos ahora a las tres vestiduras, sobre las que Madame Blavatsky pone una extensa nota, que habré de comentar muy detalladamente. Las vestiduras se refieren a las diversas líneas de actividad que quedan abiertas ante aquel que ha alcanzado la quinta iniciación; muy poco se ha dicho hasta ahora sobre los siete senderos que puede seguir el adepto, pero hemos resumido toda la información útil en el siguiente pasaje: (1)

Cuando el reino humano ha sido trascendido y se halla el hombre en el umbral de su vida suprahumana, como espíritu liberado, se abren a su elección siete senderos: (1) puede entrar en la feliz omnisciencia y omnipotencia del nirvana, con actividades muy más allá de nuestro conocimiento, para llegar a ser, tal vez, en algún mundo futuro, un avatara o encarnación di-

(1) De "El Hombre, de dónde y cómo vino, a dónde va"

vina: a esto se le suele llamar "tomar la vestidura dharmakaya"; (2) puede entrar en el período espiritual, frase que comprende significados desconocidos, entre los cuales está probablemente el "tomar la vestidura Sambhogakaya"; (3) puede convertirse en una parte de esa tesorería de fuerzas espirituales en la que los agentes del Logos se proveen para su trabajo, tomando la vestidura nirmanakaya; (4) puede quedarse como miembro de la jerarquía oculta que protege al mundo en el cual ha alcanzado su perfección; (5) puede pasar a la próxima cadena, para colaborar en la construcción de sus formas; (6) puede entrar en la espléndida evolución angélica (dévica), (7) puede ofrecerse al servicio inmediato del Logos, para ser empleado por él en cualquier parte del sistema solar, para ser su servidor y su mensajero que solamente vive para hacer su voluntad y desempeñar su trabajo en todo el sistema que él rige. Como un general tiene su estado mayor, cuyos miembros llevan sus mensajes a cualquier parte del campo de batalla, así son ellos el estado mayor de aquel que sobre todo manda, "los Ministros de Aquel que lleva a cabo su 'Gozo'".

En los primeros tiempos, en la cadena lunar, estos senderos quedaban abiertos probablemente ante el arhat, porque ese era el máximo progreso designado para la humanidad en aquella cadena. La línea de los que permanecen en la jerarquía en nuestra tierra conduce a la sexta iniciación, o sea la de chohan, y más aún, hasta la séptima, o sea la de mahachohan; esta es la máxima iniciación que es posible en los rayos del tercero al séptimo, pero en el segundo rayo puede

darse un paso más, el de buddha y en el primero todavía uno más, el de señor del mundo.

En la división de los siete caminos en tres secciones, que se da aquí, no hay duda de que el sendero del trabajo en la jerarquía queda incluido entre los que se denominan nirmanakayas, juntamente con el sendero nirmanakaya propiamente dicho; nuestros maestros que conservan sus cuerpos físicos para ciertas actividades relacionadas con sus trabajos dan siempre a los hombres la mayor parte de su ayuda en los planos superiores; trabajan habitualmente en los cuerpos causales de los hombres y, en algunas ocasiones, en los vehículos búddhico y átomico.

El nirmanakaya conserva, por lo general, su cuerpo causal, esto es, el augeoide, la forma gloriosa que ha ido construyendo en el curso de su evolución. Con ese cuerpo retiene también los átomos permanentes de los planos mental inferior, astral y físico, de manera que cuando así lo desea, que es una cosa muy rara, puede construirse un vehículo en cualquiera de esos planos, para manifestarse en él; ordinariamente vive en su cuerpo causal y emplea su tiempo en generar fuerzas espirituales que se vierten en el recipiente de estas y son luego distribuidas por los miembros de la Jerarquía y por sus discípulos. Ambas clases, dice Madame Blavatsky, "prefieren permanecer invisibles (en espíritu, por decirlo así) en el mundo y contribuir a la salvación de los hombres influenciándolos para que sigan la buena ley."

Más adelante habla ella del nirmanakaya, como aquella forma etérea que adoptaría uno en el momen-

to en que, abandonando su cuerpo físico, apareciese en su cuerpo astral, poseyendo, por añadidura, todo el conocimiento de un adepto; el bodhisattva desarrolla esta forma en sí mismo, a medida que avanza en el sendero. Habiendo alcanzado la meta y rehusado su goce, continúa en la tierra como adepto; y cuando muere, en lugar de ir al nirvana, permanece en aquel cuerpo glorioso que ha tejido para sí mismo, invisible para la humanidad no iniciada, para velar por ella y protegerla”.

Madame Blavatsky usa aquí el término cuerpo astral en un sentido muy diferente de aquel en que comunmente lo empleaba, y del que ahora se usa, pero lo emplea también de esta manera en un artículo sobre El Misterio del Buddha, en el tercer tomo de “La Doctrina Secreta”. Explica allí que Shri Shankaracharya, que apareció en la India poco después de la muerte del señor Buddha, fué, *en cierto sentido*, una reencarnación del Buddha, esto es, en cuanto que usó los restos “astrales” de Gáutama y dice que tales “cuerpos astrales” deben considerarse como poderes o dioses separados o independientes, más bien que como objetos materiales; y concluye: “De aquí que la forma correcta de representar la verdad sería decir que los diversos principios, el bodhisattva, de Gáutama Buddha, que no pasaron al nirvana, se reunieron para dar forma al principio medio de Shankaracharya, la entidad terrena.” (1)

Para poder comprender este misterio del Buddha, debemos primeramente comprender la constitución del

(1) La Doctrina Secreta, Tomo III, Pág. 381.

átomo físico y luego cómo evolucionan ellos al ser usados en el cuerpo humano, tanto de una manera general, para construir sus partículas, como de un modo especial, como átomos permanentes. Cuando se observa un átomo físico ultrínimo por medio de la vista etérea, primero que nada se ve que tiene semejanza con una jaula de alambre; luego, fijándose más atentamente, se advierte que cada filamento está formado por una espiral más fina y que en todos hay siete juegos de tales espirales. En cada ronda de evolución, va entrando en actividad una de estas siete espirales, y como estamos ahora en la cuarta ronda de la encarnación de nuestra cadena terrestre, no hay al presente más que cuatro espirales en actividad en la mayoría de los átomos; en cada ronda se desarrollará un nuevo juego, de tal manera que en la séptima ronda todas las siete espirales estarán en actividad; los átomos, pues, serán átomos mejores en la séptima ronda de lo que son ahora y la gente que viva durante esa ronda encontrará, por lo tanto, mucho más fácil que en la actual, responder a las cosas internas y a la vida superior.

Este despertamiento o evolución de los átomos es debido al uso que de ellos se hace en los cuerpos de criaturas vivientes, desde el mineral hasta el hombre. Todas las cosas están formadas por átomos, que flotan a nuestro alrededor en números inconcebibles; tiene que haber algunos que nunca han sido usados para nada, pero otros han sido tomados y desechados frecuentemente por los cuerpos de los seres vivientes. Unos cuantos de ellos han experimentado constante asociación con el hombre, habiendo sido adoptados como átomos permanentes para ser lleva-

dos de vida a vida a través de todo el ciclo de encarnaciones de un hombre. Los átomos viven así con nosotros y forman nuestros cuerpos. Se dice que una vez en cada siete años cambia cada una de las partículas de nuestro cuerpo; algunos hombres de ciencia han reducido ese período a tres años; es probable que la estructura ósea cambie mucho más lentamente, pero me parece razonable imaginar que el material cárneo se renueve del todo en tres años aproximadamente. Las partículas de la sangre cambian mucho más rápidamente aún; no debería sorprendernos saber que estas partículas son reemplazadas totalmente en períodos de unos cuantos días.

Todos los átomos que son absorbidos por las cosas vivientes cambian de manera considerable; los que forman parte de la tierra son, por eso, muy poco evolucionados; pero los que componen las piedras preciosas están considerablemente desarrollados. Los vegetales y los animales ofrecen todavía mejor oportunidad; pero la evolución mejor posible para los átomos es la de ser incorporados en los cuerpos de seres humanos. Entre los hombres ofrecen mejores condiciones los que viven la vida oculta que los menos avanzados, ya que tienen cuerpos más puros a causa de lo que comen y de lo que beben (más bien dicho de lo que no comen y de lo que no beben). Conforme evolucionamos, atraemos también mejores átomos y nuestros cuerpos tienden más y más a rechazar los átomos menos evolucionados.

Cuando un hombre alcanza el adeptado, no puede expresarse a sí mismo a través de los átomos ordinarios que nos circundan; tienen que ser átomos especialmente adelantados y refinados, porque se requiere que sus

diversos vehículos sean así mucho más puros que los nuestros y capaces de vibrar a ritmos que los nuestros no pueden soportar.

Cuando una persona alcanza el nivel de buddha, le es del todo imposible encontrar átomos que le sean útiles, excepto los que han sido empleados como átomos permanentes y han estado, por tanto, todo el tiempo en el cuerpo humano, a excepción de los intervalos entre las encarnaciones. Los átomos permanentes son mucho más evolucionados que los otros; están en el más completo desarrollo de átomos de la séptima ronda en los hombres que están a punto de convertirse en adeptos; han alcanzado el mayor grado de desarrollo posible para un átomo y llevan en ellos mismos todas las cualidades que han ido adquiriendo en anteriores nacimientos.

Todos los átomos permanentes de todos aquellos que, en relación con este mundo y probablemente con esta cadena de mundos habían obtenido el adeptado y que habían sido desechados por ellos, fueron reunidos y coleccionados por el señor Gautama o para él; fue él el primer Buddha de nuestra raza humana; todos los que habían sido Buddhas antes que El, vinieron de alguna otra evolución y sin duda alguna vinieron provistos de todo lo que necesitaban en lo que se refiere a sus cuerpos; pero el señor Gáutama, que fue el primer Buddha realmente humano, tuvo que construirse sus cuerpos con materiales de esta cadena. Así, pues él, los construyó o bien otros Grandes Seres lo hicieron por El.

Su cuerpo causal fue construido con los "remanentes" o átomos permanentes de todos los cuerpos cau-

sales que habían sido usados por tales grandes seres; su cuerpo mental fue también construido de las unidades mentales de tales seres, reunidas, y su cuerpo astral fue hecho con sus átomos astrales permanentes; no hubo suficientes para construir el vehículo completo, de manera que hubo que emplear también algunos átomos ordinarios, los mejores disponibles, pero de carácter ordinario que se pudieron obtener, pero estos fueron galvanizados en su actividad por los otros y son reemplazados por átomos permanentes que se obtienen de cada uno de los nuevos adeptos que toma la vestidura sambhogakaya o la dharmakaya. Así se ha formado un juego de cuerpos que es absolutamente único; no hay más cuerpos de esta clase en el mundo, ni material tampoco para hacer otro juego semejante; fueron usados por el señor Buddha y conservados después.

Estamos ahora en situación de comprender el aserto de Madame Blavatsky de que los principios del Buddha fueron empleados para edificar los principios medios de Shri Shankaracharya; pero el Shankaracharya físico fué un hombre completamente diferente y el átoma de Shankaracharya fué absolutamente distinto de el del señor Buddha; estos tres cuerpos intermediarios fueron usados por Shankaracharya y están siendo ahora empleados por el señor Máitreya. Madame Blavatsky empleó en su artículo una curiosa nomenclatura. San Pablo dividió al hombre en tres partes: espíritu, alma y cuerpo: por espíritu entendía lo que nosotros llamamos mónada; por alma el ego, y por cuerpo, seguramente, la personalidad: Madame Blavatsky alude a la misma triple división; pero dice que el Buddha es una persona de tal manera exaltada que no podemos pen-

sar de sus principios componentes del mismo modo que en los de un hombre. Así, pues, en lugar de hablar de la mónada del Buddha, habla de ella como del Dhyani Buddha; llama luego a sus principios intermedios, Su bodhisattva; en tercer lugar nomina al cuerpo del Buddha, Manushya Buddha. Y así tenemos estas tres cosas como los principios del Buddha: la mónada del Buddha, que, por ser él uno con ella en un sentido que no es el caso referir, se llama el Dhyani Buddha; el Bodhisattva y, luego, el Manushya Buddha, que es su manifestación en el plano físico. Los cuerpos astral y mental, que no han sido desintegrados, quedan también incluidos en Bodhisattva.

Al principio, nos causó mucha confusión la terminología de Madame Blavatsky; pero, al ir conociendo los hechos más plenamente, comenzamos a darnos cuenta de lo que quiso significar cuando dice que el Manushya Buddha muere, el Dhyani Buddha entra en el nirvana y el Bodhisattva permanece en la tierra para proseguir la obra del Buddha. La palabra Bodhisattva designa los principios del Buddha, que usa el actual Bodhisattva. Como el señor Máitreya los está usando actualmente, no son tales principios los que vemos en el plenilunio de Wesak, pues estos se llaman la sombra del Buddha. (1) Esto no es más que una reflexión suya, de la misma manera que la imagen viviente es una reflexión de los cuerpos astral y mental del discípulo; (2) pero El funciona a través de ellos y los usa.

(1) Los Maestros y el Sendero, Capítulo XIV.

(2) La misma obra, Capítulo V.

He dejado explicado en "Los Maestros y el Sendero" que la obra del señor Buddha, en alguna forma incomprensible para nosotros, no tuvo un éxito enteramente satisfactorio. Tanto él como el señor Máitrea estaban mucho más adelantados que el resto de la humanidad; pero, en el tiempo en que se necesitó el primer buddha humano, ninguno de ellos estaba lo suficientemente avanzado para desempeñar tan elevado puesto; cuando llegó el tiempo, el señor Gáutama, en su gran amor por la humanidad, dijo que él se capacitaría a cualquier costo para desempeñar ese puesto, que haría el gran sacrificio necesario para avanzar El mismo muchísimo más rápidamente. (3)

Hízolo así, y por ello todo el mundo buddhista lo venera en una extensión tan grande que no es posible comprender, a menos que se haya vivido allí. Vivió la vida de Buddha y efectuó Su labor, y contemplándola, nos parece una vida maravillosa; es imposible encontrar en ella el menor defecto, descubrir algo que no llegue a la perfección, así en su vida como en sus enseñanzas y sus obras, sin embargo, de lo cual, se dice que algunas partes de ella no quedaron enteramente completas. Para poder compensar cuanto pudiera faltar, se celebraron dos arreglos: el primero fue que el mismo señor Buddha tomó a su cargo aparecer una vez al año y dar su bendición (aparece el plenilunio de Wesak y derrama fuerzas espirituales que imparten gran ayuda a la humanidad). Luego, tendría que haber una encarnación casi inmediatamente después de su muerte, y esta

(3) "Los Maestros y el Sendero", Cap. XIV

demanda fue satisfecha con el nacimiento de Shri Shankaracharya.

Lo primero que supimos con respecto a la relación oculta entre el señor Buddha y Shri Shankaracharya, provino de la enseñanza dada por el señor Sinnet en "El Buddhismo Esotérico" Dijo ahí que el señor Buddha reencarnó como Shri Shankaracharya, que Shankaracharya fué sencillamente Gáutama en un nuevo cuerpo. Pero pronto supimos que eso no fué así, por la razón —entre muchas otras— de que Shankaracharya fue un hombre del primer rayo y el señor Buddha fue el jefe del segundo. Madame Blavatsky cita esa observación del señor Sinnet y dice que su afirmación es verdadera en cierto sentido oculto; pero que la forma en que está puesta es muy engañosa. Se le hizo a dicha señora la pregunta de si Shankaracharya era el señor Buddha en una nueva forma, y su respuesta fue que era el Gáutama astral dentro del externo Shankaracharya, cuyo atma era, sin embargo, su propio divino prototipo, el celestial hijo de la luz, nacido de la mente.

Cuando Madame Blavatsky dice que Shankaracharya fué un Buddha, pero no una encarnación del Buddha, da a entender que él es un Buddha Pratyeka, esto es, un Buddha en el primer rayo. El vive aún en Shamballa, en el cuerpo que trajo de Venus. Los cuerpos de los Señores de la Llama no son como los nuestros en ningún sentido; jamás cambian sus partículas, y han sido comparados a cuerpos de vidrio; son semejantes a los nuestros pero son mucho más gloriosos y yo supongo que ellos los trajeron ya completos de Venus y que están contruídos de la materia física de

aquella evolución. Madame Blavatsky dice que Shankaracharya fué un avatara en el pleno sentido del vocablo, la morada de una llama de los más elevados seres espirituales manifestados. Como un avatara es, literalmente hablando, uno que "cruza" o "desciende", y no uno de nuestra humanidad, el término está aplicado exactamente, porque él es uno de los tres señores de la llama, procedentes de Venus, que permanecen en nuestra tierra como auxiliares y discípulos del Señor del Mundo.

Para volver al asunto general de los nirmanakayas, la nota de Madame Blavatsky dice adelante: "Es una parte del buddhismo exotérico del Norte venerar como santos a todos estos grandes personajes, y aun dirigirles plegarias, como hacen los griegos y los católicos con sus santos patronos; por otra parte, las enseñanzas esotéricas no sostienen semejante cosa. Por griegos entiende a los miembros de la iglesia griega, ya que los griegos de la antigüedad no acostumbraban elevar plegarias y ciertamente nunca a los santos. Cuando dice que las enseñanzas esotéricas no están a favor de las plegarias a los nirmanakayas, significa que ningún estudiante esotérico elevará oraciones a los nirmanakayas en demanda de ayuda, pues ya él sabe que no están ellos en conexión alguna con los individuos, sino dedicados por completo a hacer fluír sus espléndidas energías en su propia línea de actividades.

No obstante, se dice que esos grandes seres, los buddhas de compasión, reciben la reverencia popular más que aquellos que han seguido los otros senderos. Dice también Madame Blavatsky: "Esa misma vene-

ración popular llama Buddhas de Compasión a Aquellos bodhisattvas que, habiendo alcanzado el rango de arhat (o sea, que han atravesado el sendero cuarto o séptimo), rehusan pasar al estado nirvánico o adoptar la vestidura dharmakaya y pasar a la otra orilla, pues entonces estaría fuera de su poder ayudar a la humanidad, aun en lo poco que el karma permite."

Las ideas principales están aquí perfectamente claras; pero la terminología es causa de alguna confusión. Todo adepto ha pasado a la otra orilla; esa es la terminación del sendero, que comenzó a recorrer cuando entró en la corriente. Como se dice en el texto, "la corriente se cruza" antes de hacer la elección de estas tres vestiduras; y es el adepto, no el arhat, en el sentido ordinario de la palabra, el que hace la elección. El que toma la vestidura dharmakaya, cruza hacia la otra orilla, pero en un sentido más pleno.

"La Sambhogakaya", continúa diciendo Madame Blavatsky, "es lo mismo, pero con el brillo adicional de tres perfecciones, una de las cuales es la completa extinción de todo lo concerniente a la tierra". Quien elige esta vestidura, entra en una línea nirvánica y toma el nirvana en una etapa posterior; retiene el átomo nirvánico, el cuerpo nirvánico pero creo que ninguno de los átomos inferiores; por lo general, se manifiesta a sí mismo en ese plano como el triple espíritu; incluida en este grupo está probablemente aquella clase de hombres perfectos que se unió al estado mayor del Logos; no quedan ya por más tiempo especialmente ligados con nuestra tierra, sino que están al servicio del Logos, para ser enviados por él a cualquiera parte de su sistema.

Viene luego la vestidura Dharmakaya, que es "la vestidura de un Buddha completo, esto es, sin cuerpo ninguno; aliento ideal, conciencia sumergida en la conciencia universal, o alma desprovista de todo atributo." Esto quiere decir que el hombre que toma la vestidura dharmakaya se sumerge en la mónada; desecha por completo todos sus átomos permanentes y trabaja únicamente en los planos elevados, siendo el nirvánico el más bajo para él; quema sus naves, por decirlo así, y comienza la vida cósmica; pero yo creo que si así lo desea, puede aun manifestarse como el espíritu triple, pero sin retener, según entiendo, ni el átomo nirvánico.

A través de toda nuestra evolución conservamos siempre el mismo cuerpo causal, hasta que somos capaces de elevar nuestra conciencia al plano búddhico; y entonces, el mero acto de concentrarnos en ese cuerpo, hace que el vehículo causal se desvanezca; sin embargo, tan pronto, como hace uno descender de nuevo su conciencia al plano mental superior, reaparece el cuerpo causal, no es ya el mismo que era antes, porque sus partículas se han disipado; pero se asemeja exactamente en todos sus aspectos al dicho cuerpo. Un proceso similar ocurre en el caso de la vestidura dharmakaya; el hombre ha desechado su manifestación en el plano nirvánico, pero, creo que si desciende a ese nivel por un momento, inmediatamente le viene un átomo del todo semejante, una vestidura nirvánica por medio de la cual puede manifestarse como el triple espíritu.

Comparando las tres vestiduras, podemos decir que la dharmakaya no conserva nada que esté por debajo

de la mónada, aun cuando nada sabemos de lo que pueda ser la vestidura de la mónada en su propio plano; la sambhogakaya conserva su manifestación como un triple espíritu, y, según creo, puede el hombre que elija esta vestidura, descender y mostrarse en un augoeides temporal. El nirmanakaya parece ser que conserva su Augoeides y todos sus átomos permanentes, y tiene, por lo tanto, el poder de manifestarse el mismo en cualquier nivel que desee. No obstante, los tres son iguales en desarrollo; la diferencia es solamente que aquel que desecha sus átomos permanentes, es, por lo mismo, incapaz de hacerse visible en los niveles inferiores y en que desecha sus átomos porque no los necesita para la clase de trabajo que ha de desempeñar; el hombre que retiene sus átomos, tiene el poder de descender a esos planos y de trabajar en ellos, pero no puede decirse, hablando con propiedad, que aquellos que elijan el otro trabajo son en ningún sentido menos importantes, inferiores en valor o en honor. Podríamos pensar que aquel que trata con grandes fuerzas solares a un nivel más elevado, es más importante; pero esto es un error, porque todo el sistema solar es una manifestación del Logos.

Madame Blavatsky habla de todos estos káyas como de cuerpos búddhicos; al hacerlo así, empleó el término búddhico como adjetivo de buddha y usa la palabra buddha como un equivalente de nuestro término Adepto Ashoka, el que ha pasado la quinta iniciación; nosotros hemos restringido este término a aquel que ha tomado la iniciación búddhica; nuestros maestros están dos pasos más abajo que ellos; pero

se habla de ellos como de "buddhas vivientes" en el Tibet.

El pasaje que cierra la nota dice: "La escuela esotérica enseña que Gáutama Buddha, con varios de sus Arhats, es un Nirmanakaya no existiendo otro más elevado que El debido a lo inmenso de su renuncia y sacrificio en bien de la humanidad". No debemos entender esto en el sentido de que Gáutama Buddha y varios de sus arhats forman un nirmanakaya, sino en el de que él es uno de tales Seres y que varios de Sus prosélitos han tomado la misma línea. Luego se dice que no conoce la humanidad un sér más elevado. Este aserto es perfectamente exacto, si con ello se indica que de nuestra humanidad ningun otro ha alcanzado todavía tan elevado puesto como el Señor Gáutama.

Ni aun el Bodhisattva, el mismo señor Máitreya, que hace ya mucho tiempo era igual a él, como he explicado en "Los Maestros y el Sendero", ha dado todavía el paso que hará de él un buddha; si lo hubiera hecho así, no podría ocupar su puesto actual como jefe del departamento de enseñanza del mundo; con frecuencia se le llama Maitreya-Buddha, por los budhistas, pero eso es un título honorífico.

Hay en la jerarquía un nivel más elevado aún que el de Buddha: el nivel del gran Rey que es el Iniciador uno; pero como él es uno de los señores de la llama, que vinieron de Venus, sigue siendo cierto que Gáutama Buddha es el más elevado de nuestra humanidad.

Ahora inclina la cabeza y escucha bien, oh Bodhisattva. Habla la compasión y dice:

"¿Puede haber bienaventuranza cuando todo

lo que vive debe sufrir? ¿Te salvarás tú y oirás gemir al mundo entero?"

Has oído lo que se ha dicho.

Ahora llegarás al séptimo escalón, y cruzarás la puerta del conocimiento final, pero será tan solo para desposarte con el dolor: si deseas ser Tathagata, sigue las huellas de tu predecesor; permanece lleno de abnegación hasta el fin interminable.

Estás ya iluminado; elige tu camino.

.....

Una vez más Aryasanga expone su idea predominante e insiste ante sus prosélitos para que sigan el sendero de la compasión. Dice que no es posible abandonar a nuestros hermanos mientras estén sufriendo. Hemos ya considerado este asunto del sufrimiento con toda amplitud y hemos advertido que aún cuando el arhat sigue trabajando en un mundo lleno de sufrimientos, su conciencia en los planos superiores conoce la gloria que está inmanente en todo; conoce las cimas de felicidad que todos los hombres deben alcanzar infaliblemente, de manera que es imposible para él sufrir como sufre el hombre ordinario en su limitada visión de la gloria de la vida. El arhat a quien aquí se le dirige la palabra, llamándole bodhisattva puede participar en el cántico triunfal del Señor Buddha tan bien expresado en "La Luz del Asia":

¡No estáis atados! el alma de las cosas es suave; el corazón del Ser tiene una paz celeste; la voluntad es más fuerte que el dolor; lo que era bueno se torna mejor y después excelente. Yo, Buddha, que lloré todas las lágrimas de mis hermanos, yo, cuyo corazón fue roto por el dolor del mundo entero, río y soy feliz, ¡pues hay Libertad! (1)

Cuando Aryasanga insiste ante sus prosélitos para que permanezcan inegoístas hasta el fin sin término, emplea una expresión notablemente similar a la frase que en el cristianismo se traduce: "Mundo sin fin"; la expresión latina es "in secula seculorum", en la edad de las edades. Significa hasta el fin de nuestro grupo de mundos, o, tal vez, el fin de nuestra presente cadena. Lo que se nos sugiere es que debemos permanecer en contacto con la humanidad, hasta que se haya completado el trabajo del presente ciclo humano y la humanidad haya llegado a su meta.

La manera en que nosotros hacemos la ofrenda de nosotros mismos es algo diferente de la anterior: nos hemos puesto a la completa disposición de los maestros, sin pedirles que nos dediquen a este o a aquel trabajo, dejándolo todo absolutamente a su voluntad, diciendo: "Aquí estoy; enviadme". El deseo de Aryasanga era que sus discípulos siguiesen la misma línea por él escogida. Quizá tenía el sentimiento de que eran necesarios muchos más trabajadores urgentemente en esa particular actividad. Hablaba en un cierto período de la historia de la India, durante el reinado

(1) Obra citada, libro VIII.

del rey Harsha, cuando parece ser que hubo una decadencia de la religión, cuando las gentes se ocupaban más de las formas externas que de la verdadera vida que hay detrás de ellas; cuando todo se había vuelto muy especializado y algo artificial; en esas circunstancias quizás sintió la necesidad de más instructores para la restauración de la vida religiosa y el ideal de servicio.

Finalmente, insta a sus discípulos para que se conviertan en tatháguas, a que sigan los pasos del señor Buddha; les dice que están ahora iluminados y que deben elegir su camino. Sigue luego una línea de puntos, la que parece indicar que la persona está haciendo su elección y prorrumpe luego en una magnífica peroración:

Contempla la suave luz que inunda el cielo de oriente. Los cielos y la tierra entonan juntos himnos de alabanza. Y de los cuádruples poderes manifestados, elevase un canto de amor, así del fuego flamígero, como del agua fluente, y así de la tierra de suave perfume, como del aire impetuoso.

Escucha! . . . Desde el vórtice profundo e insondable de aquella aurea luz en que se baña el vencedor, elévase la inarticulada voz de la naturaleza entera, pregonando con mil acentos:

Regocijaos, hombres de Myalba. Un peregrino ha vuelto de "La otra orilla", ha nacido un nuevo Arhán.

He hablado ya del regocijo de toda la naturaleza cuando nace un nuevo iniciado. En este júbilo, se dice ahora, se unen el cielo y la tierra. El espíritu de la tierra adquiere un nuevo y adicional sentido de bienestar. Ese espíritu es una gran entidad, absolutamente diverso a las de tipo humano, para la cual la tierra toda actúa como un cuerpo físico. Es difícil comprender la naturaleza de tal ser. Cuando pensamos en la tierra simplemente como un enorme globo que gira a través del espacio, sin órganos especializados, podríamos extrañar que sirva de cuerpo a algún ser; pero si todas las criaturas que viven sobre ella contribuyen a su conciencia, no necesita más ojos que los de ellas; vive en su vida y así obtiene experiencia; más aún, la tierra gira en su órbita como uno de los planetas de un poderoso coro, cada uno de los cuales da su propia nota en la música de las esferas, poseyendo dentro de sí misma todas las cosas que nosotros tenemos que alcanzar.

Esta entidad vive en una escala muy diferente a la nuestra. A nuestros cuerpos les correspondió tener un tamaño determinado y vivir por cierto tiempo; esto nos parece la medida correcta y de aquí que parezca despreciable una criatura diminuta con un corto lapso de vida y sea respetable una criatura grande y de vida prolongada; pero el tamaño y la duración de la vida no son un criterio de desarrollo o progreso. Algunos animales antediluvianos fueron muchísimo mayores que el elefante; pero fueron mucho menos inteligentes, así como los rinocerontes y los hipopótamos de la actualidad son de mente inferior a la del perro. No debemos asumir,

por lo tanto, que porque el espíritu de la tierra tiene un cuerpo formado por un globo de trece mil kilómetros de diámetro y que por el hecho de que su encarnación se prolonga a un período mundial completo, sea más inteligente que nosotros. La conciencia es un punto en cada uno de nosotros; la del espíritu de la tierra parece que es de una curiosa multiplicidad y, no obstante su gran tamaño, parece ser menos avanzada en cierto sentido, que la de muchos de los grandes devas que se mueven alrededor de su cuerpo.

Si nos hallamos en alguna colina, y si miramos el campo que la circunda, podemos advertir que está permeada por algo del espíritu de la tierra; esa vida parece que se divide en partes, ya sea temporal o permanentemente. Un paisaje hermoso, que ha sido admirado por muchas personas, queda animado por una vaga individualidad, que es parte de ese espíritu. Esa admiración, ya sea por parte de seres humanos o de grandes entidades dévicas, parece estimular la vida en esa porción de la tierra, de manera que responde al sentimiento de gozo. Cuando admiramos un bello paisaje, actúa éste sobre nosotros; pero nosotros también actuamos sobre él; esta respuesta es un incremento a lo que siente la vida en los reinos mineral, vegetal y animal.

Cuando un hombre recibe la iniciación, las influencias a que se ha hecho receptivo en los planos superiores emanan de todas partes de su ser. Aun cuando el efecto es pequeño en los cuerpos sólidos, líquidos y gaseosos del plano físico, hay muchas radiaciones del

doble etéreo y de los cuerpos astral y mental, las que son sentidas, como hemos visto ya, por los reinos de la naturaleza y por aquellos hombres susceptibles de responder a ellas.

Los cuádruples poderes manifestados son los de la tierra, el agua, el fuego y el aire, los cuatro Devarajas o Maharajas, que son los administradores del karma para nosotros aquí abajo; los subalternos, por decirlo así, de los Lipika, los grandes señores del karma: sus nombres entre los hindúes son, según se dice, Dhritarashtra, Virudhaka, Virupaksha y Vaishravana y cada uno de ellos está a la cabeza de una línea de desarrollo. Se dice que Dhritarashtra es el jefe de los Gandharvas, los espíritus del aire, los grandes devas que se expresan mediante la música; les está asignado siempre el Oriente y siempre son simbolizados por el color blanco; jinetes ataviados de blanco, que cabalgan en blancos corceles y portan escudos de perla. Bajo el imperio de Virudhaka están los Kumbhandas, los ángeles del Sur, los espíritus del agua, que tienen a su cargo el Sur, porque la parte sur del mundo tiene más agua que tierra. Están representados por el color azul, el color del agua, y se dice que llevan escudos de zafiro. Bajo el dominio de Virupaksha están los Nagas, los ángeles del Poniente, los espíritus del fuego, cuyo color es el rojo y quienes llevan escudos de coral; Ezequiel los describe como criaturas igneas, llenas de ojos en su interior y también como ruedas aladas. Vienen luego los Yakshas, regidos por Vaishravana: a estos les está consagrado

el Norte; los devas o ángeles de la tierra y su color siempre es el oro; el del oro escondido bajo la tierra. (1)

Madame Blavastky describe Myalba como "nuestra tierra atinadamente llamada "Infierno", y el mayor de todos los infiernos, por la escuela esotérica. La doctrina esotérica no conoce más infierno o lugar de castigo que un planeta o tierra habitado por hombres. El avichi es un estado y no una localidad." Aunque algunas personas sufren en el plano astral después de la muerte, no puede esto considerarse de ningún modo, como un castigo; sufren a consecuencia de su propia imaginación desordenada o de sus bajos deseos y aun cuando las cosas pueden ser malas en algunas ocasiones en ese plano, lo peor de ellas no es tan pobre, ni tan sórdido, como lo que a veces acontece aquí, todos aquellos que han tenido experiencias en los planos superiores estarán de acuerdo con Madame Blavatsky en su afirmación de que no hay nada tan malo como la vida física.

"Un peregrino ha vuelto de la otra orilla" significa evidentemente que alguien ha alcanzado el nivel más alto; pero que ha elegido, sin embargo, seguir trabajando entre los hombres en este mundo. Generalmente pensamos en la otra orilla como sinónimo de la quinta iniciación, no de la cuarta; pero en este caso la palabra empleada en sentido limitado.

Aryasanga termina con la salutación.

(1) La Luz del Asia, libro I.

PAZ A TODOS LOS SERES

Bendiciones semejantes a esta se encuentran al final de todos los libros religiosos hindúes y buddhistas. Aryasanga termina su libro con gran regocijo: ha hablado a veces del sendero del dolor, pero lo termina con un magnífico canto de gozo y de paz.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

INDICE

SECCION II

LA VOZ DEL SILENCIO

Parte VI

Fragmento I

LA VOZ DEL SILENCIO

	Págs.
Capítulo XXX.—Prefacio	539
Capítulo XXXI.—Los Poderes Elevados y los Inferiores	563
Capítulo XXXII.—El Destructor de lo Real	583
Capítulo XXXIII.—Lo Real y lo Irreal	597
Capítulo XXXIV.—La Voz Que Nos Previene	607
Capítulo XXXV.—El Yo y el Todo Yo	623
Capítulo XXXVI.—Los Tres Vestíbulos	639
Capítulo XXXVII.—La Madre del Mundo	661
Capítulo XXXVIII.—Los Siete Sonidos	675
Capítulo XXXIX.—Conviértete en el Sendero	691
Capítulo XL.—La Vía Unica	705
Capítulo XLI.—Los Ultimos Pasos	719
Capítulo XLII.—La Meta	731

Parte VII

Fragmento II

LOS DOS SENDEROS.

		Págs.
Capítulo	XLIII.—La Vía Libre	741
Capítulo	XLIV.—El Conocimiento Cerebral y la Sa- biduría del Alma	755
Capítulo	XLV.—La Vida de Acción	769
Capítulo	XLVI.—El Sendero Oculto	787
Capítulo	XLVII.—La Rueda de la Vida	797
Capítulo	XLVIII.—La Senda del Arhat	809

Parte VIII

Fragmento III

LOS SIETE PORTALES.

		Págs.
Capítulo	XLIX.—Las Alturas Paramíticas	827
Capítulo	L.—Afinando el Corazón	849
Capítulo	LI.—Las Tres Primeras Puertas	871
Capítulo	LII.—La Cuarta Puerta	883
Capítulo	LIII.—La Quinta y la Sexta Puertas ...	907
Capítulo	LIV.—La Séptima Puerta	927
Capítulo	LV.—El Sendero Arya	951
Capítulo	LVI.—Las Tres Vestiduras	965

ESTA OBRA SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 15 DE NOVIEMBRE DE 1956, EN
LA IMPRENTA "COSMOS", S. DE R. L.,
DR. CARMONA Y VALLE 60-A.
MÉXICO, D. F.

**FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ**